

Kim

Por

Rudyard Kipling

***Free*editorial** 

Capítulo 1

*¡Oh vosotros que camináis por la Senda estrecha
Junto a los resplandores del infierno hasta el Día del Juicio
Sed amables cuando los paganos oren*

Al Buda en Kamakura!

El Buda en Kamakura

Desafiando las ordenanzas municipales estaba sentado a horcajadas sobre el cañón Zam-Zammah en su plataforma de ladrillo, frente a la vieja Ajaib-Gher, la Casa de las Maravillas, como los nativos llamaban al Museo de Lahore. Quien posea el Zam-Zammah, «El dragón con aliento de fuego», posee el Punyab, porque la gran pieza de bronce verde es siempre el primer botón del conquistador.

Kim —que había echado a patadas al chico de Lala Dinanath de los muñones del cañón— tenía una cierta justificación, ya que los ingleses dominaban el Punyab y Kim era inglés. Aunque su piel era de un moreno carbón, como la de cualquier nativo; aunque hablaba de preferencia la lengua nativa y se expresaba en su lengua materna con un deje entrecortado e inseguro; aunque estaba en términos de perfecta igualdad con los niños pequeños del bazar; Kim era blanco, un blanco pobre entre los más pobres. La mestiza que lo cuidaba (fumaba opio y aparentaba regentar una tienda de muebles de segunda mano en la plaza donde esperaban los carruajes de alquiler baratos) les contó a los misioneros que ella era hermana de la madre de Kim; pero la madre de este había sido niñera en la familia de un coronel y se había casado con Kimball O'Hara, un joven sargento portaestandarte de los Mavericks, un regimiento irlandés. Tras la boda, O'Hara aceptó un puesto en la línea de ferrocarril Sind-Punyab-Delhi y su regimiento regresó a casa sin él. La esposa murió de cólera en Ferozepore y O'Hara empezó a beber y a vagabundear arriba y abajo de la línea de ferrocarril con el niño de tres años de ojos vivarachos. Preocupados por el niño, las sociedades filantrópicas y los capellanes intentaron arrebatarlo, pero O'Hara se mantuvo a distancia, hasta que se cruzó con la mujer que fumaba opio y, a través de ella, le cogió el gusto, y murió como los hombres blancos pobres mueren en la India. En el momento de su muerte, sus posesiones consistían en tres papeles. A uno de ellos le llamaba su *ne varietur*, porque estas palabras estaban escritas en el papel y sobre ellas echó su firma; otro de los papeles era su certificado de exención. El tercero era el certificado de nacimiento de Kim. En sus gloriosas horas bajo el efecto del opio solía decir que, un día, esos papeles conseguirían

hacer del pequeño Kimball un hombre. Bajo ningún concepto debía Kim separarse de ellos, ya que eran parte de una gran magia —una magia como la que los hombres practicaban por allí, tras el museo, en el gran Jadoo-Gher blanquiazul, la Casa Mágica, como llamamos a la Logia masónica—. Todo acabará bien algún día, decía el padre, y el cuerno de Kim sería exaltado entre columnas, monstruosas columnas de belleza y fuerza. El mismo coronel, montando a caballo, a la cabeza del mejor regimiento del mundo, se ocuparía del chico, del pequeño Kim, el cual debería ser más afortunado que su padre. Novecientos demonios de primera clase, cuyo dios era un toro rojo sobre campo verde, se ocuparían del niño, en recuerdo de O'Hara, del pobre O'Hara, que fue capataz de cuadrilla en la línea ferroviaria de Ferozepore. En ese punto solía llorar amargamente hundido en la silla de junco rota de la veranda. Por ello, tras su muerte, la mujer cosió el pergamino, el papel y el certificado de nacimiento dentro de una pequeña funda de cuero a modo de amuleto que ató alrededor del cuello de Kim.

—Y algún día —dijo la mujer, recordando confusamente las profecías de O'Hara—, vendrá por ti un gran toro rojo sobre campo verde y el coronel montando un gran caballo, sí, y —pasando al inglés— novecientos demonios.

—Ah —dijo Kim—, lo recordaré. Vendrán un toro rojo y un coronel a caballo, pero primero dijo mi padre que vendrán los dos hombres que prepararán el terreno para esas cosas. Así es como mi padre decía que hacían siempre; y siempre es así cuando los hombres hacen magia.

Si la mujer le hubiera enviado al Jadoo-Gher local con esos papeles, la Logia provincial habría acogido sin duda a Kim y lo habría enviado al orfanato masónico en las montañas; pero la mujer desconfiaba de lo que había oído sobre la magia. Kim también tenía sus ideas al respecto. Al alcanzar la edad de la indiscreción, aprendió a evitar a los misioneros y a los hombres blancos de aspecto serio que querían saber quién era y lo que hacía. Porque Kim no hacía nada, y esto con un éxito inaudito. Es cierto que conocía la maravillosa ciudad amurallada de Lahore desde la Puerta de Delhi hasta el foso exterior del Fuerte; que estaba a partir un piñón con hombres cuyas vidas eran más extrañas que cualquiera que Haroun al Rachid soñara jamás; que vivía una vida tan aventurera como la de Las mil y una noches, pero ni los misioneros ni los secretarios de las sociedades filantrópicas podían apreciar la belleza en ello. El mote de Kim en los barrios era Pequeño Amigo de todo el Mundo y, muy a menudo, gracias a su agilidad y a su facilidad para pasar desapercibido, llevaba a cabo encargos nocturnos por las azoteas abarrotadas de gente por cuenta de jóvenes de moda, refinados y galantes. Se trataba, naturalmente, de intrigas amorosas —estaba tan seguro como de que había conocido todo lo malo desde que aprendió a hablar—, pero lo que a él le gustaba era el juego en sí: el deslizarse a escondidas a través de los oscuros

canales y las callejuelas, el trepar por una cañería, la vista y el ruido del mundo femenino en las terrazas de los tejados y la huida precipitada de azotea en azotea bajo el manto de la caliente oscuridad. Luego estaban los hombres santos, los faquires embadurnados de cenizas junto a sus altares de ladrillo bajo los árboles a la orilla del río, con quienes tenía un trato familiar; Kim los saludaba cuando regresaban de una peregrinación mendicante y, cuando no había nadie por allí, comía de su mismo cuenco. La mujer que cuidaba de él, le apremiaba, entre lágrimas, para que llevara ropas europeas: pantalones, una camisa y un sombrero desgastado. Kim encontraba más fácil ponerse la vestimenta hindú o la musulmana cuando se ocupaba de ciertos asuntos. Uno de esos señoritos finos —el que fue hallado muerto en el fondo de un pozo la noche del terremoto— le había dado una vez una indumentaria hindú completa, la ropa de un chico de la calle de casta baja, y Kim la tenía guardada en un lugar secreto bajo algunas vigas en el almacén de madera de Nila Ram, detrás de la Corte Suprema del Punjab, donde los troncos del fragante deodar reposan secando después de haber descendido el curso del Ravi. Cuando había negocio o jolgorio a la vista, Kim echaba mano de sus pertenencias, regresando al alba a la veranda exhausto de gritar de júbilo detrás de una procesión de boda o de chillar en un festival hindú. A veces había comida en la casa, pero lo contrario era lo más frecuente y entonces Kim volvía a salir para comer con sus amigos nativos.

Mientras golpeteaba con sus talones contra el flanco del Zam-Zammah, Kim interrumpía de vez en cuando su juego del rey del castillo con el pequeño Chota Lal y Abdullah, el hijo del vendedor de dulces, para soltarle alguna insolencia al policía nativo que vigilaba las filas de zapatos a la entrada del museo. El obeso punyabí sonreía con tolerancia: conocía a Kim desde hacía mucho tiempo. Lo mismo le sucedía al aguador, que rociaba con el agua de su odre de piel de cabra la carretera seca. Y otro tanto a Jawahir Singh, el carpintero del museo, inclinado sobre nuevos embalajes. A Kim lo conocía todo el mundo de vista, excepto los campesinos de la región, que se apresuraban camino de la Casa de las Maravillas para contemplar las cosas que la gente fabricaba en su provincia y en las otras. El museo estaba dedicado a las artes y manufacturas indias, y cualquiera que buscara la sabiduría podía pedirle al conservador del museo que le explicara algún detalle.

—¡Abajo! ¡Abajo! ¡Déjame subir! —gritaba Abdullah, trepando por la rueda del Zam-Zammah.

—Tu padre era un pastelero, tu madre robaba el ghi —canturreaba Kim—. ¡Todos los musulmanes se cayeron del Zam-Zammah hace mucho tiempo!

—¡Déjame subir! —chilló el pequeño Chota Lal con su casquete bordado en oro. La fortuna de su padre ascendía quizás a medio millón de libras esterlinas, pero la India es el único país democrático del mundo.

—Los hindúes también se cayeron del Zam-Zammah. Los musulmanes los empujaron. Tu padre era un pastelero...

Se quedó quieto porque, doblando la esquina del ruidoso bazar Motee, venía, arrastrando los pies, un hombre como Kim, que creía conocer a todas las castas, no había visto aún. Tenía casi seis pies de altura, llevaba una vestimenta de pliegues superpuestos de una tela color marrón sucio, parecida a una manta de caballo, y ningún pliegue le daba a Kim una pista sobre un oficio o una profesión conocidos. De su cinto colgaban un gran plumier de hierro calado y un rosario de madera como los que llevan los hombres santos. En su cabeza llevaba una especie de gorro gigante en punta y con orejeras. Su cara era amarilla y arrugada, como la de Fook Shing, el chino que fabricaba botas en el bazar. Los extremos de sus ojos se arqueaban hacia arriba y parecían pequeñas hendiduras de ónice.

—¿Quién es ese? —preguntó Kim a sus compañeros.

—Quizás sea un hombre —dijo Abdullah, mirándolo pasmado con el dedo en la boca.

—Eso sin duda —replicó Kim—, pero no es un hombre de la India que yo ya haya visto.

—Un sacerdote, a lo mejor —dijo Chota Lal, notando el rosario—. ¡Mirad! ¡Entra en la Casa de las Maravillas!

—Nay, nay —dijo el policía, negando con la cabeza, al hombre—. No entiendo vuestra lengua. —El alguacil hablaba en punyabí—. Oh Amigo de todo el Mundo, ¿qué dice este hombre?

—Mándale para aquí —dijo Kim y se bajó del Zam-Zammah, volteando sus talones desnudos—. Él es un extranjero y tú eres un búfalo.

El hombre impotente se dio la vuelta y se acercó hacia donde estaban los chicos. Era viejo y su caftán de lana todavía apestaba a la artemisa maloliente de los pasos de montaña.

—Oh niños, ¿qué es esta casa grande? —les preguntó en un urdu bastante bueno.

—¡El Ajaib-Gher, la Casa de las Maravillas! —Kim no le dio ningún tratamiento, como Lala o Mian. No podía adivinar el credo del hombre.

—¡Ah! ¡La Casa de las Maravillas! ¿Puedo entrar?

—Está escrito sobre la puerta. Todos pueden entrar.

—¿Sin pagar?

—Yo entro y salgo. Y no soy ningún banquero —se rio Kim.

—¡Vaya! Soy un hombre viejo. No lo sabía. —Entonces, pasando su rosario entre los dedos, se volvió de lado hacia el museo.

—¿Cuál es tu casta? ¿Dónde está tu casa? ¿Vienes de lejos? —preguntó Kim.

—Vine por Kulu, más allá del Kailas, pero ¿qué sabéis vosotros? Vengo de las montañas, donde —suspiró— el aire y el agua son puros y frescos.

—¡Aha! Khitai (un chino) —dijo Abdullah con orgullo. Una vez Fook Sing le había echado de su tienda por escupir a un ídolo chino colocado sobre las botas.

—Pahari (un montañés) —dijo el pequeño Chota Lal.

—Sí, niño; un montañés de unas montañas que nunca verás. ¿Has oído alguna vez hablar de Bhotiyal (Tíbet)? No soy un khitai, sino un bhotiya (un tibetano), si queréis saberlo, un lama, o, digamos, un gurú en vuestra lengua.

—Un gurú del Tíbet —dijo Kim. No había visto todavía un hombre así—. ¿Hay entonces hindúes en el Tíbet?

—Nosotros somos seguidores de la Senda Media, vivimos en paz en nuestras lamaserías, y yo voy a visitar los cuatro lugares sagrados antes de morir. Ahora sabéis vosotros, que sois unos niños, tanto como yo, que soy viejo. —Y les sonrió con benevolencia.

—¿Has comido?

El lama revolvió entre los pliegues alrededor de su pecho y extrajo una escudilla de madera desgastada para mendigar. Los niños asintieron. Todos los sacerdotes que conocían mendigaban.

—No quiero comer todavía. —Giró su cabeza como una tortuga vieja al sol—. ¿Es cierto que hay muchas imágenes en la Casa de las Maravillas de Lahore? —Repitió las últimas palabras como quien quiere asegurarse de una dirección.

—Es verdad —dijo Abdullah—. Está lleno de buts paganos. Tú también eres un idólatra.

—No le hagas caso a este —dijo Kim—. Esa es la casa del Gobierno y no hay idolatría en ella, sino sólo un sahib de barba blanca. Ven conmigo y te lo enseño.

—Los sacerdotes forasteros comen a los niños —le susurró Chota Lal—. Y él es un forastero y un but-parast (idólatra) —dijo Abdullah, el musulmán.

Kim se echó a reír.

—Es alguien nuevo. Corred al regazo de vuestras mamas y poneos a salvo.

¡Vamos!

Kim giró el torniquete del registro automático; el anciano le siguió y se paró asombrado. En el vestíbulo de entrada estaban las figuras más grandes entre las esculturas greco-budistas esculpidas, sólo los sabios saben cuándo, por artesanos olvidados cuyas manos habían intentado representar, y no sin talento, el toque griego que les había sido misteriosamente transmitido. Había cientos de piezas, frisos de figuras en relieve, fragmentos de estatuas y losas llenas de figuras que una vez recubrieron las paredes de ladrillo de los stupas y los viharas budistas de la región del norte y que ahora, desenterradas y etiquetadas, constituían el orgullo del museo. Con la boca abierta en éxtasis, el lama se volvía hacía una cosa y la otra, y finalmente se detuvo absorto frente a un altorrelieve que representaba la coronación o la apoteosis del Gran Buda. El Maestro aparecía sentado sobre un loto cuyos pétalos estaban cincelados tan profundamente que parecían casi desprendidos de la base. A su alrededor había una jerarquía de reyes, ancianos y antiguos Budas adorándole. Debajo había aguas cubiertas de lotos, con peces y pájaros acuáticos. Dos dewas con alas de mariposa sostenían una guirnalda sobre su cabeza; sobre ellas, otro par sostenía una sombrilla, sobre la cual despuntaba la diadema enjoyada del Bodhisattva.

—¡El Señor! ¡El Señor! Es el Sakya Muni mismo —casi gemía el lama y en voz baja empezó la maravillosa invocación budista:

A él la Senda, la Ley, solo

A quien Maya sostiene bajo su corazón,

El Señor de Ananda, el Bodhisattva

—¡Y está aquí! La Ley más Excelsa está aquí también. Mi peregrinación ha comenzado bien. ¡Y qué obra de arte! ¡Qué obra de arte!

—Por allí está el sahib —dijo Kim, y se deslizó de lado entre las vitrinas del ala de artes y oficios. Un inglés de barba blanca estaba mirando al lama; este se volvió hacia él con gravedad, lo saludó y, tras revolver un poco, sacó un cuaderno de notas y un trozo de papel.

—Sí, este es mi nombre —dijo el inglés sonriendo ante los caracteres infantiles y torpes.

—Uno de nosotros, que hizo una peregrinación a los lugares santos y es ahora abad del monasterio Lung-Cho, me lo dio —balbuceó el lama—. Él me habló de estos. Su mano delgada se movía temblorosamente señalando alrededor.

—Bienvenido entonces, oh lama del Tíbet. Aquí están las imágenes y aquí estoy yo —el inglés contempló el rostro del lama— para recoger el saber. Ven

a mi oficina un momento. —El anciano temblaba de excitación.

La oficina no era más que un pequeño cubículo de tabiques de madera, separado de la galería llena de esculturas. Kim se tumbó en el suelo con la oreja pegada a una rendija de la puerta en madera de cedro agrietada por el calor y, siguiendo su instinto, se estiró para escuchar y atisbar.

Gran parte de la charla escapaba a su comprensión. El lama, vacilando al principio, le habló al conservador de su propia lamasería, el Such-zen, frente a las Rocas Pintadas, a una distancia de cuatro meses de marcha. El conservador del museo sacó un gran libro de fotos y le mostró el monasterio encaramado en un peñasco, por encima del enorme valle con muchos estratos de tonalidades diversas.

—¡Sí, sí! —El lama se ajustó un par de anteojos de cuerno fabricados en China—. Aquí está la pequeña puerta a través de la cual traemos la madera antes del invierno. Y tú... ¿los ingleses saben de estas cosas? El que ahora es abad de Lung-Cho me lo dijo, pero no lo creí. El Señor, el Excelso, ¿recibe honores aquí también? ¿Se conoce su vida?

—Está todo grabado en las piedras. Ven a verlo si estás descansado.

Arrastrando los pies el lama fue hacia la sala principal y, con el conservador del museo a su lado, examinó toda la colección con la reverencia de un devoto y el instinto apreciativo de un entendido en arte.

Identificó un episodio tras otro de la bonita historia sobre la piedra borrosa, asombrándose aquí y allí ante el canon griego poco conocido, pero encantado como un niño con cada nuevo hallazgo. Cuando una parte de la secuencia estaba incompleta, como en la Anunciación, el conservador se la completaba gracias al montón de libros franceses y alemanes con fotografías y reproducciones.

Aquí estaba el devoto Asita, el equivalente al Simeón de la historia cristiana, sosteniendo al Santo Niño en sus rodillas mientras su padre y su madre escuchaban; y aquí estaban episodios de la leyenda del primo Devadatta. Aquí estaba la malvada mujer que acusó al Maestro de impureza, toda avergonzada; aquí estaba la enseñanza en el parque de los Ciervos; el milagro que dejó atónitos a los adoradores del fuego; aquí estaba el Bodhisattva como un príncipe en su reino; el nacimiento milagroso; la muerte en Kusinagara, donde el discípulo débil se desmayó; había repeticiones casi incontables de la meditación del Bodhi bajo el árbol; y la adoración de la escudilla de limosnas se veía por todas partes. En pocos minutos el conservador del museo vio que su invitado no era un simple mendicante que rezaba el rosario, sino un intelectual de talla. Y repasaron de nuevo todos los detalles, el lama aspirando tabaco rapé, frotando sus anteojos y hablando a la

velocidad de un tren en una asombrosa mezcla de urdu y tibetano. Había oído hablar de los viajes de los peregrinos chinos, Fu-Hiouen y Hwen-Tsiang, y estaba ansioso por saber si había alguna traducción de sus relatos. Respiró hondo mientras pasaba, distraídamente, las páginas de Beal y Stanislas Julien.

—Está todo aquí. Un tesoro encerrado.

Luego se recompuso y adoptó una postura reverente para escuchar los fragmentos traducidos rápidamente al urdu por el conservador. Por primera vez supo de los trabajos de los intelectuales europeos, quienes con la ayuda de estos y cientos de otros documentos habían identificado los lugares sagrados del budismo. Luego el conservador le enseñó un gran mapa, lleno de puntos y líneas amarillos. El dedo moreno seguía al lápiz del conservador de un punto a otro. Aquí estaba Kapilavastu, aquí el Reino Medio y aquí Mahabodhi, la meca del budismo; y aquí estaba Kusinagara, el triste lugar donde murió el Santo. Durante un rato, el anciano inclinó la cabeza sobre las hojas en silencio y el conservador encendió otra pipa. Kim se había dormido. Cuando despertó, la conversación, todavía en pleno apogeo, estaba ya más dentro de su comprensión.

—Y así fue, oh Fuente del Saber, cómo decidí ir a los lugares santos que sus pies habían hollado: al sitio del nacimiento, incluso a Kapila, luego a Mahabodhi, que es Bodh Gaya, al monasterio, al parque de los Ciervos, al lugar de su muerte.

El lama bajó la voz.

—Y vengo aquí solo. Desde hace cinco, siete, dieciocho, cuarenta años vengo pensando que no se sigue correctamente la Vieja Ley; ha quedado desfigurada, como sabes, por maldades, encantamientos e idolatría. Justo como el niño ahí afuera dijo antes. Sí, exactamente como dijo el niño, por but parasti.

—Pasa lo mismo con todas las religiones.

—¿Tú crees? Leí los libros de mi lamasería y eran como hueso seco; y el último ritual que nosotros, los de la Ley Reformada, hemos adoptado tampoco tiene valor ante mis viejos ojos. Incluso los seguidores del Excelso están peleados unos con otros. Es todo ilusión. Sí, maya, ilusión. Pero tengo aún un deseo —la cara amarilla y surcada de arrugas se acercó a tres pulgadas del conservador y la larga uña del dedo índice dio unos golpecitos sobre la mesa—. Vuestros eruditos han seguido a los Pies Benditos, a través de estos libros, en todos sus peregrinajes; pero hay cosas que no han averiguado. Yo no sé nada... en verdad, nada sé, pero voy a liberarme de la Rueda de las Cosas por una senda ancha y abierta. —Sonrió con aire ingenuo y triunfal—. Como peregrino de camino a los lugares santos adquiero méritos. Pero hay más.

Escucha una verdad. Cuando nuestro misericordioso Señor, siendo todavía joven, buscó una compañera, en la corte de su padre dijeron que estaba demasiado blando para el matrimonio. ¿Lo sabías?

El conservador asintió, preguntándose qué vendría a continuación.

—Así que organizaron una triple prueba de fuerza para todo aquel que viniera. Y en la prueba del arco, nuestro Señor después de romper el que le dieron primero, pidió un arco que nadie pudiera doblar. ¿Lo sabías?

—Está escrito. Lo he leído.

—Y, sobrepasando todas las otras marcas, la flecha voló por el aire hasta quedar fuera de la vista. Al final cayó; y, allí donde tocó tierra, brotó una corriente que pronto se convirtió en un río, el cual, gracias a la benevolencia de nuestro Señor y al mérito que adquirió antes de liberarse, es de una naturaleza tal que aquel que se bañe en él queda purificado de toda mancha y rastro de pecado.

—Así está escrito —dijo el conservador con tristeza.

El lama aspiró con profundidad.

—¿Dónde está ese río? ¿Dónde cayó la flecha, Fuente del Saber?

—¡Lo siento, hermano, yo no lo sé! —dijo el conservador.

—Nah, sólo lo has olvidado; la única cosa que no me has contado. Seguro que lo sabes. Mira, ¡soy un hombre viejo! Te lo pido con la cabeza inclinada a tus pies, oh Fuente del Saber. ¡Sabemos que tensó el arco! ¡Sabemos que la flecha cayó! ¡Sabemos que la corriente brotó! ¿Dónde está el río entonces?

—Si lo supiera, ¿crees que no lo gritaría a los cuatro vientos?

—A través de él, se consigue la liberación de la Rueda de las Cosas —continuó el lama, sin prestar atención—. ¡El Río de la Flecha! ¡Reflexiona de nuevo! ¿Alguna pequeña corriente quizás... seca por el calor? Pero el Santo nunca engañaría a un hombre viejo.

—No lo sé. No lo sé.

El lama acercó de nuevo su cara surcada por mil arrugas a un palmo de distancia de la inglés.

—Veo que no lo sabes. Como no sigues la Ley, la cuestión te queda oculta.

—Sí, oculta, oculta.

—Ambos estamos unidos, tú y yo, hermano. Pero yo —se levantó con una sacudida del suave y grueso ropaje—, yo voy a liberarme. ¡Acompáñame!

—Estoy atado —dijo el conservador—. ¿Pero adónde vas?

—Primero a Kashi (Benarés): ¿Adónde sino? Allí, en un templo jainista de la ciudad, me reuniré con un seguidor de la fe pura. También él es un buscador en secreto y a lo mejor puedo aprender de él. Quizás venga conmigo a Bodh Gaya. De ahí al norte y al oeste hacia Kapilavastu y allí buscaré el río. Nay, buscaré allá por donde vaya, ya que no se sabe dónde cayó la flecha.

—¿Y cómo irás? Delhi está muy lejos y Benarés todavía más.

—Por los caminos y en tren. De Pathankot, donde dejé las montañas, aquí vine en un tren. Va rápido. Al principio me confundió ver esos postes grandes al lado del camino sujetando los hilos unos a otros —e ilustró el subir y bajar del los cables telegráficos al paso de un tren a toda velocidad—. Pero luego estaba agarrotado y quise caminar como de costumbre.

—¿Y estás seguro de tu camino? —preguntó el conservador.

—Oh, para eso sólo se necesita preguntar y pagar dinero, y las personas encargadas despachan todo al lugar acordado. Así lo aprendí en mi lamasería de fuentes fiables —dijo el lama con orgullo.

—¿Y cuándo te vas? —El conservador sonrió ante la mezcla de vieja religiosidad y progreso moderno que era la característica de la India actual.

—Tan pronto como pueda. Visitaré los lugares en los que pasó su vida hasta encontrar el Río de la Flecha. Además, hay un papel escrito con las horas de los trenes que van al sur.

—¿Y la comida? —Normalmente, los lamas llevan consigo bastante dinero guardado, pero el conservador quiso asegurarse.

—Para el viaje cogí la escudilla de mendicante del Maestro. Sí. Iré como él fue, renunciando a la tranquilidad de mi monasterio. Cuando dejé las montañas, venía conmigo un chela (discípulo) que mendigaba por mí como lo ordena la Regla, pero, cuando nos detuvimos un tiempo en Kulu, cogió una fiebre y murió. Ahora no tengo ningún chela, pero cogeré la escudilla de mendicante y ello permitirá a las personas caritativas adquirir mérito. —Y asintió con valentía. Los sabios doctores de una lamasería nunca piden, pero el lama era un entusiasta en su búsqueda.

—Así sea —dijo el conservador, sonriente—. Soporta entonces el que yo quiera adquirir mérito ahora. Ambos somos hombres hábiles del mismo gremio, tú y yo. Aquí tienes un nuevo cuaderno de papel blanco inglés: estos son lápices afilados, dos y tres, grueso y fino, buenos para escribir. Ahora déjame tus anteojos.

El conservador miró a través de ellos. Estaban muy rayados, pero la graduación era casi la misma que la de su par, el cual colocó en las manos del lama diciendo:

—Prueba estos.

—¡Una pluma! ¡Una verdadera pluma sobre la cara! —El viejo giró la cabeza encantado y arrugó la nariz—. ¡Apenas los noto! ¡Qué claro veo!

—Son de bilaur, cristal y no se rayan nunca. Espero que te ayuden a encontrar tu río porque ahora te pertenecen.

—Los aceptaré, y los lápices, y el cuaderno blanco —dijo el lama— como signo de amistad entre sacerdote y sacerdote... y ahora —revolvió por su cinto, desató el plumier de hierro calado y lo puso sobre la mesa del conservador—. Esto como recuerdo entre tú y yo, mi plumier. Es un poco viejo... igual que yo.

Era una pieza de antiguo diseño chino, de un hierro que ya no se fundía en estos días; y el corazón de coleccionista en el pecho del conservador se rindió ante él desde el primer momento. Ningún argumento persuadiría al lama de retomar su regalo.

—Cuando regrese, después de haber encontrado el río, te traeré una pintura escrita del Padma Samthora, tal como yo solía hacerla en seda en la lamasería. Sí, y de la Rueda de la Vida —y soltó una risita— porque ambos somos del mismo oficio, tú y yo.

El conservador lo habría retenido; hay pocos en el mundo que aún tengan el secreto de las tradicionales pinturas budistas con pincel, que, en realidad, eran mitad escritas y mitad pintadas. Pero el lama salió a grandes pasos, con la cabeza bien alta, y, deteniéndose un instante ante la gran estatua de un Bodhisattva en meditación, cruzó el torniquete.

Kim le siguió como una sombra. Lo que había escuchado le excitó sobremanera. Ese hombre era algo completamente nuevo para él y se proponía seguir investigando, justo como habría investigado un nuevo edificio o una fiesta extraña en la ciudad de Lahore. El lama era su hallazgo y tenía la intención de tomar posesión de este. La madre de Kim también había sido irlandesa.

El viejo se paró al lado del Zam-Zammah y miró a su alrededor hasta que sus ojos se posaron sobre Kim. La inspiración de su peregrinación lo abandonó por un instante y se sintió viejo, triste y con el estómago vacío.

—No se siente bajo ese cañón —dijo el policía con altanería.

—¡Huh! ¡Búho! —fue la respuesta de Kim en defensa del lama—. Siéntate bajo el cañón si te apetece. ¿Cuándo robaste las zapatillas de la lechera, Dunnoo?

Era una acusación completamente infundada, surgida de la inspiración del momento, pero acalló a Dunnoo, pues sabía que, si fuera necesario, el berrido

agudo de Kim convocaría a legiones de gamberretes del bazar.

—¿Y a quién adoraste ahí adentro? —preguntó Kim con afabilidad, acuclillándose en la sombra, al lado del lama.

—No adoré a nadie, niño. Me incliné ante la Ley Excelsa.

Kim aceptó ese nuevo dios sin emoción. Conocía ya unos cuantos.

—¿Y qué haces?

—Mendigo. Acabo de recordar que hace tiempo que ni como ni bebo. ¿Cuál es la manera de mendigar en esta ciudad? ¿En silencio, como hacemos en el Tíbet, o a voces?

—Aquellos que mendigan en silencio, mueren en silencio —dijo Kim, recitando un proverbio local. El lama intentó levantarse, pero se repantigó de nuevo, suspirando por su discípulo muerto en el lejano Kulu. Kim le miraba con la cabeza ladeada, reflexivo e interesado.

—Dame la escudilla. Conozco a la gente de esta ciudad, aquellos que son caritativos. Dámela y la traeré de vuelta llena.

Tan dócil como un niño, el viejo le alargó la escudilla.

—Descansa. Yo conozco a la gente.

Kim se fue trotando a la tienda abierta de una kunjri, una vendedora de verduras de casta baja, que había frente a la línea circular del tranvía a lo largo del bazar Motee. La vendedora conocía a Kim desde hacía mucho tiempo.

—Oho, ¿te has vuelto un yogui con la escudilla de mendigo? —gritó esta.

—Nay —respondió Kim con orgullo—. Hay un nuevo sacerdote en la ciudad; un hombre como no había visto nunca antes.

—Sacerdote viejo, tigre joven —dijo la mujer con irritación—. ¡Estoy harta de nuevos sacerdotes! Se abalanzan sobre nuestras mercancías como moscas. ¿Acaso es el padre de mi hijo un pozo de caridad para dar a todos los que piden?

—No —dijo Kim—. Tu marido es más bien yagi (de mal genio) que yogui (un hombre santo). Pero este sacerdote es nuevo. El sahib de la Casa de las Maravillas ha hablado con él como con un hermano. Oh madre mía, lléname esta escudilla. Me está esperando.

—¡Esta escudilla precisamente! ¡Querrás decir esta cesta grande como el estómago de una vaca! Tienes tanta gracia como el toro sagrado de Shiva. Él ya se ha cogido lo mejor de la cesta de cebollas; y ahora todavía tengo que llenarte la escudilla. Aquí viene de nuevo.

El toro brahmán de la zona, grande y de color ratón, estaba abriéndose camino entre la variopinta multitud con un plátano robado colgando de la boca. Se dirigió derecho a la tienda, buen conocedor de sus privilegios como animal sagrado, agachó la cabeza y lanzó un fuerte bufido a lo largo de la fila de cestas antes de hacer su elección. En ese momento el pequeño y duro talón de Kim se alzó por el aire, dándole en el morro azul y húmedo. El toro resopló indignado y se alejó hacia la otra parte de los raíles del tranvía, con la giba temblando de ira.

—¡Mira! He salvado más de lo que te costará la escudilla, tres veces más. Ahora, madre, un poco de arroz y pescado seco encima... sí, y algo de curry de verduras.

Un gruñido vino de la parte trasera de la tienda, donde estaba tumbado un hombre.

—El chico ahuyentó al toro —dijo la mujer en voz baja—. Es bueno dar a los pobres. —Tomó la escudilla y la trajo de vuelta llena de arroz caliente.

—Pero mi yogui no es una vaca —dijo Kim serio, haciendo un hueco con los dedos en el montón de arroz—. Un poco de curry es bueno, una torta frita y un trozo de alguna conserva, creo que le gustará.

—Es un hueco tan grande como tu cabeza —se quejó la mujer. Sin embargo, lo rellenó con un buen curry de verduras humeante, colocó una torta frita sobre ello con un trozo de manteca clarificada encima y, a un lado, un poco de conserva de tamarindo amargo; Kim miró el montículo con apreciación.

—Así está bien. Cuando yo esté en el bazar, el toro no se acercará a esta casa. Es un pedigüeño desvergonzado.

—¿Y tú? —rio la mujer—. Pero habla bien de los toros. ¿No me dijiste que algún día un toro rojo vendrá de un campo para ayudarte? Ahora sujétalo derecho y pide al santo que me dé sus bendiciones. Quizás conozca alguna cura para los ojos enfermos de mi hija. Pregúntale también eso, oh Pequeño Amigo de todo el Mundo.

Pero, antes del final de la frase, Kim ya había salido al galope, esquivando a los perros callejeros y a las amistades hambrientas.

—Así mendiga el que sabe cómo hacerlo —le dijo con satisfacción al lama que abrió los ojos ante el contenido de la escudilla—. Come ahora y... yo comeré contigo. ¡Ohé, bhisti! —Kim llamó al aguador, que regaba por el museo las plantas de crotón—. Danos agua. Estos hombres están sedientos.

—¡Estos hombres! —dijo el bhisti burlándose—. ¿Bastará un odre lleno para semejante pareja? Bebed pues, en el nombre del Compasivo.

El hombre soltó un hilo de agua sobre las manos de Kim, que bebió a la manera nativa; pero el lama necesitó sacar una taza de entre los inacabables pliegues de su ropaje y bebió con ceremonia.

—Pardesi (un extranjero) —explicó Kim, mientras el anciano pronunciaba en una lengua desconocida lo que era a todas luces una bendición.

Comieron juntos con gran contento hasta que la escudilla quedó limpia. Luego, el lama tomó un poco de tabaco rapé de una portentosa tabaquera de madera, con forma de calabaza, pasó las cuentas de su rosario entre los dedos un momento y cayó en el sueño fácil de la edad, mientras la sombra del Zam-Zammah se iba alargando.

Kim se dio una vuelta hasta la vendedora de tabaco allí cerca, una muchacha musulmana muy vivaracha y le mendigó un cigarrillo fétido, de la clase que se vendía a los estudiantes de la Universidad del Punyab, quienes gustaban de imitar las costumbres inglesas. Luego fumó y reflexionó con el mentón sobre las rodillas, bajo el vientre del cañón; el resultado de sus reflexiones fue su partida, repentina y sigilosa, en dirección al almacén de madera de Nila Ram.

El lama no se despertó hasta que no empezó la vida nocturna de la ciudad, con el encendido de las luces y el regreso de los funcionarios vestidos de blanco y de los subordinados de las oficinas gubernamentales. El anciano miró mareado en todas direcciones, pero nadie se fijaba en él, excepto un golfillo hindú con un turbante sucio y ropas de un tono amarillo grisáceo. De repente inclinó la cabeza sobre las rodillas y gimió.

—¿Qué te pasa? —preguntó el niño, de pie ante él—. ¿Te han robado?

—Es que mi nuevo chela (discípulo) se marchó de mi lado y no sé dónde está.

—¿Y qué tipo de hombre era tu discípulo?

—Era un chico que vino a mí, en lugar de otro que murió, a causa del mérito que adquirí cuando me incliné ante la Ley ahí dentro. —Señaló el museo—. Se acercó a mí para enseñarme el camino que había perdido. Me condujo a la Casa de las Maravillas, y sus palabras me dieron valor para hablar con el Conservador de las Imágenes, ello me consoló y fortaleció. Y cuando estaba desfalleciendo de hambre, mendigó por mí, como haría un chela por su maestro. De repente me fue enviado. De repente se fue. Tenía pensado enseñarle la Ley de camino a Benarés.

Kim se quedó atónito al oírlo porque había escuchado la conversación en el museo y sabía que el viejo estaba diciendo la verdad, lo cual es algo que un nativo muy rara vez ofrece a un extranjero de paso.

—Pero ahora veo que fue enviado con un propósito. Por ello, sé que encontraré un cierto río que busco.

—¿El Río de la Flecha? —dijo Kim, con una sonrisa de superioridad.

—¿Eres otro enviado? —exclamó el lama—. No he hablado con nadie de mi búsqueda, salvo con el Conservador de las Imágenes. ¿Quién eres?

—Tu chela —dijo Kim simplemente, sentándose sobre los talones—. Nunca he visto a nadie como tú en toda mi vida. Me voy contigo a Benarés. Y además, creo que un viejo como tú, diciéndole la verdad al primero que se le cruza al anochecer, tiene mucha necesidad de un discípulo.

—¿Pero el Río... el Río de la Flecha?

—Oh, eso lo oí cuando estabas hablando con el inglés. Estaba con la oreja pegada detrás de la puerta.

El lama suspiró.

—Pensé que me había sido enviado un guía. Esas cosas suceden a veces, pero yo no soy merecedor. Entonces ¿tú no conoces el río?

—Yo no —rio Kim inquieto—. Voy a buscar... a buscar un toro... un toro rojo sobre campo verde que me ayudará.

Si un conocido elaboraba un plan, Kim, como todo chico, saltaba enseguida con un plan propio; y, como todo chico, había reflexionado de veras al menos unos veinte minutos seguidos sobre la profecía de su padre.

—¿Para qué, niño? —preguntó el lama.

—Sabe dios, pero eso me dijo mi padre. Te oí hablar en la Casa de las Maravillas de todos esos sitios nuevos y extraños en las montañas y si alguien tan viejo y tan poco... quiero decir, tan acostumbrado a decir la verdad... puede marcharse a causa de un pequeño asunto de un río, me parece que yo también debo ir de viaje. Si es nuestro destino encontrar esas cosas, las encontraremos; tú, tu río; y yo, mi toro, y las grandes columnas y otras cosas que he olvidado.

—No son columnas de lo que me liberaré, sino de una Rueda —dijo el lama.

—Es todo uno. Quizás me hagan rey —dijo Kim, tranquilo y preparado para toda eventualidad.

—Te enseñaré otros deseos más provechosos por el camino —replicó el lama con la voz de la autoridad—. Vamos a Benarés.

—De noche no. Los bandidos andan merodeando. Espera a que se haga de día.

—Pero no hay un sitio para dormir. —El viejo estaba acostumbrado al orden de su monasterio y, aunque dormía en el suelo, como mandaba la Regla, prefería observar un cierto decoro en esas cosas.

—Conseguiremos un buen alojamiento en el caravasar de Cachemira —dijo Kim, riéndose ante la preocupación del lama—. Tengo un amigo allí. ¡Ven!

Los bazares sofocantes y llenos de gente resplandecían bajo las luces mientras ambos se abrían camino entre el tumulto de todas las razas de la India septentrional; el lama lo atravesaba como en un sueño. Era su primera experiencia de una gran ciudad industrial, y el tranvía abarrotado le asustaba con su continuo chirriar de frenos. Medio a empujones, medio en volandas, llegó a la gran puerta del caravasar de Cachemira, una amplia plaza a cielo abierto del otro lado de la estación de tren, rodeada de soportales, donde las caravanas de camellos y caballos repostaban a su vuelta de Asia Central. Aquí había todo tipo de gente del norte ocupándose de ponis amarrados y camellos arrodillados; cargando y descargando embalajes y bultos; sacando agua para la cena en el pozo de tornos crujientes; apilando hierba ante los asustadizos sementales de ojos saltones; pegándoles una palmada a los perros rebeldes de la caravana; pagando a los conductores de camellos; tomando nuevos mozos de cuadra; jurando, gritando, discutiendo y regateando en la atestada plaza.

Los soportales, a los que se accedía subiendo tres o cuatro escalones de manipostería, ofrecían un refugio en medio de aquel mar turbulento. Muchos de ellos se alquilaban a los comerciantes, como en nuestro caso los arcos de un viaducto; el espacio entre pilar y pilar estaba tapiado con ladrillos o con tablas y convertido en habitaciones protegidas por sólidas puertas de madera y pesados candados nativos. Las puertas cerradas indicaban que los dueños habían salido y unos garabatos, con tiza o con pintura, un poco toscos, a veces muy toscos, informaba sobre el paradero. Por ejemplo: «Lutuf Ullah se ha ido a Kurdistán». Debajo, en un verso vulgar: «Oh Alá, Tú que permitiste a los piojos sobrevivir bajo el abrigo de un kabuli, ¿por qué has permitido a este piojo de Lutuf vivir tanto tiempo?».

Kim, protegiendo al lama entre hombres excitados y animales excitados, se deslizó a lo largo de los soportales hacia el extremo más cercano a la estación de tren, donde vivía Mahbub Ali, el tratante de caballos, cuando venía del misterioso país más allá de los pasos del norte.

En su corta vida Kim había hecho muchos tratos con Mahbub —especialmente entre los diez y los trece años— y el afgano alto y fornido, de barba teñida de escarlata con cal (porque ya era mayor y no quería que sus canas se vieran), conocía el valor del niño como fuente de rumores. A veces le pedía al chico que vigilara a un hombre que no tenía nada que ver con

caballos, que le siguiera durante un día entero y le informara de todo bicho viviente con quien este hubiera hablado. Kim desembuchaba la historia por la noche y Mahbub solía escuchar sin articular palabra ni hacer un gesto. Kim estaba seguro de que se trataba de algún tipo de intriga; pero lo importante era no decir nada a nadie excepto a Mahbub, el cual le ofrecía comidas excelentes, recién preparadas en la tienda de comida a la entrada del caravasar y una vez incluso dinero contante, ocho annas.

—Él está aquí —dijo Kim, golpeando en la nariz a un camello malhumorado—. ¡Ohé, Mahbub Ali! Se detuvo en un soportal oscuro y se escondió detrás del desconcertado lama.

El tratante de caballos, con su cinturón de brocado de Bucara colgando sin desabrochar, estaba tumbado sobre un par de alforjas de tapiz asedado, chupando con pereza de un enorme narguile de plata. Al oír el grito, giró ligeramente la cabeza y viendo sólo la figura alta y silenciosa, soltó una risita para sí.

—¡Alá! ¡Un lama! ¡Un lama rojo! Lahore está muy lejos de los pasos. ¿Qué haces aquí? —El lama alargó mecánicamente la escudilla de mendicante.

—¡Dios maldiga a todos los infieles! —dijo Mahbub—. No le voy a dar a un piojoso tibetano; pero pregunta a mis baltis allí, detrás de los camellos. A lo mejor ellos aprecian tus bendiciones. Eh, mozos, aquí hay un paisano vuestro. Mirad a ver si tiene hambre.

Un balti afeitado y encorvado, que había bajado del norte con los caballos y que profesaba una especie de budismo degradado, se inclinó ante el sacerdote y con densos sonidos guturales suplicó al hombre santo que se sentara al fuego con los mozos de cuadra.

—¡Ve! —dijo Kim, empujándole un poco y el lama se alejó a grandes pasos, dejándole en el borde del soportal.

—¡Márchate! —dijo Mahbub Ali, volviendo a su pipa—. Esfúmate, pequeño hindú. ¡Dios maldiga a todos los infieles! Mendiga de aquellos de mi séquito que son de tu fe.

—Maharajá —lloriqueó Kim, usando la fórmula de cortesía hindú y disfrutando inmensamente con la comedia—, mi padre está muerto, mi madre está muerta, mi estómago está vacío.

—Pídeles a mis hombres allí entre los caballos, te digo. Debe de haber algún hindú en mi séquito.

—Oh Mahbub Ali, pero ¿soy yo un hindú? —dijo Kim en inglés.

El tratante no dio muestras de asombro, pero lo observó bajo sus pobladas cejas.

—Pequeño Amigo de todo el Mundo —dijo—, ¿qué es esto?

—Nada. Ahora soy el discípulo del hombre santo y, según él, vamos a hacer una peregrinación juntos, a Benarés. Está bastante loco y yo estoy harto de la ciudad de Lahore. Tengo ganas de otros aires y otra agua.

—¿Pero para quién trabajas? ¿Por qué vienes a mí? —El tono era desabrido a causa de la sospecha.

—¿A quién si no podría dirigirme? No tengo dinero. No es bueno ir por ahí sin dinero. Tú vas a vender muchos caballos a los oficiales. Son caballos de primera clase, esos nuevos; los he visto. Dame una nipia, Mahbub Ali, y cuando llegue a ser rico te daré un pagaré y te lo devolveré.

—¡Um! —dijo Mahbub Ali, sopesándolo con rapidez—. Nunca me has mentido. Llama a ese lama... tú quédate en la oscuridad.

—Oh, nuestras historias coincidirán —dijo Kim, riéndose.

—Vamos a Benarés —dijo el lama tan pronto como comprendió en qué dirección iban las preguntas de Mahbub Ali—. El chico y yo. Voy a buscar un río.

—Puede ser... ¿pero el chico?

—Es mi discípulo. Me fue enviado, creo, para guiarme hasta ese río. Yo estaba sentado bajo un cañón cuando apareció de repente. Tales cosas han sucedido al afortunado al que se le otorga un guía. Pero, ahora lo recuerdo, dijo que él era de este mundo... un hindú.

—¿Y su nombre?

—No se lo pregunté. ¿No es mi discípulo?

—¿Cuál es su país, su raza, su pueblo? ¿Es musulmán, sij, hindú, jain, casta baja o alta?

—¿Por qué debería preguntárselo? En la Senda Media no hay ni alto ni bajo. Si es mi chela ¿quiere o puede alguien apartarlo de mí? Porque, mira, sin él no encontraré mi río. —Y meneó la cabeza con solemnidad.

—Nadie lo va a apartar de ti. Ve, siéntate entre mis baltis —dijo Mahbub Ali, y el lama se retiró, confortado por la promesa.

—¿Verdad que está un poco loco? —dijo Kim, saliendo a la luz—. ¿Por qué habría de mentirte, hajji?

Mahbub echó una calada al narguile en silencio. Luego comenzó, casi en un susurro:

—Ambala está de camino a Benarés... si es cierto que vais allí.

—¡Tck! ¡Tck! Te juro que él no sabe mentir... como nosotros sabemos.

—Y si tú llevas un mensaje de mi parte hasta Ambala, te daré el dinero. Tiene que ver con un caballo, un semental blanco que vendí a un oficial la última vez que volví de los pasos. Pero entonces... acércate y levanta las manos como para pedir... el pedigrí del semental blanco no estaba del todo claro y el oficial, que está ahora en Ambala, me solicitó que lo aclarara. —En este punto, Mahbub describió la casa y la apariencia del oficial—. Así que el mensaje para ese oficial será: «El pedigrí del semental blanco está plenamente confirmado». Con esto sabrá que vienes de mi parte. Te preguntará entonces: «¿Qué prueba tienes?», y tú contestarás: «Mahbub Ali me ha dado la prueba».

—Y todo por culpa de un semental blanco —comentó Kim con una risita sarcástica y ojos chispeantes.

—El pedigrí te lo daré ahora, a mi manera, junto con una reprimenda.

Una sombra y un camello rumiando pasaron detrás de Kim. Mahbub Ali alzó la voz.

—¡Alá! ¿Eres el único mendigo en la ciudad? Tu madre está muerta. Tu padre está muerto. Eso dicen todos. Bueno, bueno... —Se giró como palpando por el suelo a su lado y lanzó al niño una torta de pan musulmán blando y graso—. Ve y acuéstate entre mis hombres por esta noche, tú y el lama. Mañana puede que te dé una tarea.

Kim se escabulló, hincando el diente en el pan, y, tal como esperaba, encontró una pequeña bola de papel de seda, envuelta en hule, con tres rupias de plata, una gran generosidad. Sonrió e introdujo el dinero y el papel en su amuleto de cuero. El lama, alimentado con suntuosidad por los baltis de Mahbub, estaba ya dormido en la esquina de uno de los establos. Kim se acostó a su lado y sonrió. Sabía que le había hecho un servicio a Mahbub Ali, y ni por un segundo se había tragado la historia del pedigrí del semental.

Sin embargo, Kim no sospechaba que Mahbub Ali, conocido en el Punyab como uno de los mejores tratantes de caballos, un comerciante rico y emprendedor, cuyas caravanas se adentraban profundamente en regiones remotas, estaba registrado en uno de los libros del Departamento de Topografía indio como C.25.IB. Dos o tres veces al año C.25 enviaba una pequeña historia, mal contada, pero muy interesante y generalmente —era contrastada con las declaraciones de R.17 y M.4— cierta en gran medida. Trataba sobre toda suerte de remotos principados de montaña, sobre exploradores que no eran ingleses y sobre el tráfico de armas; era, en resumen, una mínima parte de la vasta cantidad de «información» recibida, en base a la cual el Gobierno indio actúa. Pero, recientemente, cinco reyes confederados, que no tenían por qué confederarse, habían sido informados por una amable

potencia del norte de que había una filtración de noticias desde sus territorios hacia la India inglesa. Por ello, los primeros ministros de estos reyes estaban muy molestos y habían tomado medidas a la manera oriental. Sospechaban, entre otros, del prepotente tratante de caballos de barba roja, cuyas caravanas se adentraban en sus posesiones fortificadas con nieve hasta la barriga. Y es verdad que esa temporada, en el camino de regreso, su caravana había sufrido dos emboscadas donde fue tiroteada y en la refriega los hombres de Mahbub dieron cuenta de tres extraños rufianes, quienes pudieron o no haber sido contratados para el trabajo. Por ello, Mahbub había evitado detenerse en la insalubre ciudad de Peshawar y había hecho sin pararse la travesía hasta Lahore, donde, conociendo a sus conciudadanos, anticipaba curiosos acontecimientos.

Y tenía algo Mahbub Ali que no deseaba llevar un minuto más de lo que fuera necesario —una bola de papel de seda bien plegado, envuelto en hule—, una declaración anónima, sin dirección, con cinco microscópicos pinchazos de aguja en una esquina, que delataba de forma escandalosa a los cinco reyes confederados, a la simpática potencia del norte, a un banquero hindú de Peshawar, a una firma belga de fabricantes de armas y a un importante gobernante musulmán semiindependiente del sur. Esto último fue tarea de R.17; Mahbub la había recogido más allá del paso de Dora y la estaba transportando en lugar de R.17, quien, debido a circunstancias fuera de su control, no podía abandonar su puesto de observación. La dinamita era suave e inofensiva comparada con el informe de C.25; e incluso un oriental, con su percepción del valor del tiempo, podía darse cuenta de que cuanto más rápido llegara a las manos adecuadas, mejor. Mahbub no tenía un deseo especial de morir de forma violenta, porque, del otro lado de la Frontera, tenía entre manos dos o tres sangrientas querellas familiares pendientes de resolver y, cuando estas cuentas estuvieran ajustadas, se proponía asentarse como un ciudadano más o menos respetable. Desde su llegada hacía dos días, no había traspasado la entrada del caravasar, pero había enviado con ostentación telegramas a Bombay, donde depositaba parte de su dinero; a Delhi, donde un subsocio de su propio clan estaba vendiendo caballos al agente de un estado de Rajputana; y a Ambala, donde un inglés preguntaba con nerviosismo por el pedigrí de un semental blanco. El escribiente público, que sabía inglés, redactó telegramas estupendos, tales como: «Creighton, Banco Laurel, Ambala. Caballo es árabe como ya anunciado. Lamentable pedigrí retrasado que estoy traduciendo». Y más tarde, a la misma dirección: «Muy lamentable retraso. Enviaré pedigrí». A su subasociado en Delhi, le telegrafió: «Lutuf Ullah. Transferidas por correo dos mil rupias a tu cuenta en banco Luchman Narain». Todo ello correspondía al estilo del oficio, pero cada uno de estos telegramas fue discutido y rediscutido por las partes que se consideraban a sí mismas implicadas antes de que fueran llevados a la estación por un balti simplón, que

permitió a todo tipo de gente leerlos por el camino.

Cuando Mahbub, usando su propio lenguaje pintoresco, había enturbiado los pozos de las indagaciones con el palo de la precaución, Kim le cayó encima enviado por el Cielo; siendo tan rápido como poco escrupuloso y acostumbrado a aprovechar toda suerte de oportunidades inesperadas, Mahbub Ali le tomó al momento a su servicio.

Un lama errante con un sirviente de casta baja podrían atraer por un instante el interés mientras vagaban por la India, la tierra de los peregrinos; pero nadie sospecharía de ellos, ni, lo que interesaba más aún, les robaría.

Ordenó otro rescoldo para su narguile y consideró el asunto. Si sucedía lo peor de lo peor y causaban daño al chico, el papel no incriminaría a nadie. Y él subiría hacia Ambala con tranquilidad y, a riesgo de generar nuevas sospechas, repetiría su historia de viva voz a las personas interesadas.

Pero el informe de R.17 era el meollo de todo el asunto y sería un gran inconveniente si no llegaba a buenas manos. Sin embargo, Dios era grande, y Mahbub Ali sentía que, por el momento, él había hecho todo lo que había podido. Kim era la única alma en el mundo que nunca le había contado una mentira. Ello hubiera sido una lacra fatal en el carácter del chico si Mahbub no supiera que, fuese para sus propios propósitos o para los negocios de Mahbub, a los otros Kim podía mentirles como un oriental.

Mahbub Ali atravesó bamboleándose el caravasar hasta llegar a la Puerta de las Arpías, las cuales se pintaban los ojos para atrapar a los extranjeros, y tuvo alguna dificultad para localizar a aquella chica que, tenía razones para pensarlo, era amiga especial del pandit de Cachemira de rostro lampiño que había interceptado al necio de su balti por el asunto de los telegramas. Visitarla fue una gran estupidez porque, contraviniendo la Ley del Profeta, comenzaron a beber un brandy oloroso y Mahbub, borracho como una cuba, aflojó las compuertas de su boca y persiguió a la Flor del Deleite con los pies de la intoxicación hasta que cayó cuan largo era sobre los cojines, donde la Flor del Deleite, ayudada por un pandit de Cachemira, de rostro lampiño, le registró en profundidad de pies a cabeza.

En ese mismo instante, Kim había escuchado unos pies silenciosos en el establo vacío de Mahbub. El tratante de caballos, curiosamente, había dejado la puerta sin candar y sus hombres estaban ocupados celebrando su regreso a la India con un rebaño entero que Mahbub les había cedido con generosidad. Un caballero de Delhi, delgado y elegante, armado con un manajo de llaves que la Flor había desenganchado del cinto del inconsciente, registraba minuciosamente cada caja, bulto, estera y alforja propiedad de Mahbub de forma aún más sistemática de lo que la Flor y el pandit registraban al propietario.

—Y creo —dijo la Flor con desdén una hora más tarde, con su codo redondeado sobre el cadáver que roncaba—, que no es más que un cerdo afgano tratante de caballos, sin nada en la cabeza excepto mujeres y animales. Además, puede que ya lo haya enviado lejos, si es que existió ese algo.

—Nay, en un asunto que atañe a los cinco reyes eso tiene que estar cerca de su negro corazón —dijo el pandit—. ¿No había ahí nada?

El hombre de Delhi rio y se recolocó el turbante al entrar.

—Busqué entre las suelas de sus babuchas como la Flor buscó entre sus ropajes. Este no es el hombre, sino otro. No dejé casi nada sin revisar.

—No dijeron que fuera el hombre exacto —dijo el pandit pensativo—. Dijeron: «Mirad si es el hombre, pues nuestros consejeros están preocupados».

—El país del norte está tan lleno de tratantes de caballos como piojos hay en un abrigo viejo. Están Sikandar Khan, Nur Ali Beg y Farrukh Shah, todos cabezas de kafilas (caravanas) que negocian por aquí —dijo la Flor.

—Todavía no han llegado —dijo el pandit—. Tienes que engatusarlos más tarde.

—¡Phew! —dijo la Flor con una repugnancia profunda apartando la cabeza de Mahbub de su regazo—. Me gano de veras mi dinero. Farrukh Shah es un oso, Ali Beg un bocazas y el viejo Sikandar Khan... ¡yaie! ¡Vete! Voy a dormir ahora. Este cerdo no se va a mover hasta el alba.

Cuando Mahbub se despertó, la Flor le sermoneó con severidad sobre el pecado de las borracheras. Los asiáticos no pestañean cuando han sido más hábiles que un enemigo, pero cuando Mahbub Ali aclaró la garganta, ajustó su cinto y marchó tambaleándose bajo las estrellas de la madrugada, a punto estuvo de perder su impasibilidad.

—¡Qué truco de principiante! —se dijo a sí mismo—. ¡Como si no lo usara toda chica de Peshawar! Pero lo hizo con fineza. Ahora, Dios sabe cuántos más habrá en la ruta con órdenes de registrarme, quizás con el cuchillo. Así que, según están las cosas, el chico debe ir a Ambala, y por tren, el escrito es algo urgente. Yo me quedo aquí, siguiendo a la Flor y bebiendo vino, como corresponde a un tratante afgano de caballos.

Se paró en el establo situado dos antes del suyo. Sus hombres yacían allí en un sueño profundo. No había rastro de Kim ni del lama.

—¡Arriba! —gritó despertando a un durmiente—. ¿Adónde se fueron aquellos que se acostaron aquí ayer por la noche, el lama y el chico? ¿Ha sucedido algo?

—Nay —gruño el hombre—, el viejo se levantó con el segundo canto del

gallo, diciendo que iría a Benarés, y el joven le guio.

—¡La maldición de Alá para todos los infieles! —dijo Mahbub con vehemencia y subió a su propio establo, refunfuñando entre sus barbas.

Pero fue Kim quien despertó al lama, fue Kim, quien, con un ojo contra un agujero de las tablas, había visto al hombre de Delhi registrar las cajas. No era un ladrón vulgar el que revolvía cartas, facturas y sillas de montar. No era un simple maleante el que pasó un cuchillo diminuto por un lado de las suelas de las babuchas de Mahbub y abrió las costuras de las alforjas con tanta habilidad. Al principio, Kim tuvo el impulso de dar la alarma, el profundo ¡choor, choor! (¡ladrón!, ¡ladrón!) que alarma al caravasar por las noches; pero miró con más atención y, poniendo la mano sobre el amuleto, sacó sus propias conclusiones.

—Debe de tratarse del pedigrí del caballo inventado del cuento —se dijo —, eso que llevo a Ambala. Mejor nos vamos ahora. Aquellos que registran las bolsas con cuchillos pueden en cualquier momento registrar los estómagos con cuchillos. Seguramente hay una mujer detrás. ¡Hai! ¡Hai! —dijo en un suspiro al viejo ligeramente dormido—. Ven. Es ya hora, hora de ir a Benarés.

El lama se levantó obediente y salieron del caravasar como sombras.

Capítulo 2

Y aquel que lo desee, liberado del orgullo,

Sin despreciar credo ni sacerdote,

Puede sentir el alma de todo el Oriente

A su alrededor en Kamakura

El Buda en Kamakura

Entraron en la estación de tren parecida a un fuerte y oscura al final de la noche; los cables eléctricos siseaban sobre el patio de mercancías donde tenía lugar el gran tráfico de grano del norte.

—¡Esto es obra de los demonios! —exclamó el lama, retrocediendo ante la oscuridad y sus ecos profundos, el brillo de los raíles entre los andenes de manipostería y el laberinto de vigas por encima. Quedó de pie en una enorme sala de piedra pavimentada, a lo que parecía, con cuerpos amortajados, pasajeros de tercera clase que habían comprado sus billetes la noche anterior y estaban durmiendo en las salas de espera. Para los orientales, todas las horas del día son iguales y el tráfico de pasajeros se regula de la misma manera.

—Aquí es donde llegan los carruajes de fuego. Un hombre se pone detrás de aquel agujero —Kim señaló a la ventanilla de los pasajes— y te dará un papel que te llevará a Ambala.

—Pero nosotros vamos a Benarés —replicó el lama desazonado.

—Es todo lo mismo. Benarés entonces. ¡Aprisa, que viene!

—Toma tú la bolsa.

El lama, no tan acostumbrado a los trenes como pretendía, dio un respingo cuando el enlace con el Sur de las tres y veinticinco entró en la estación. Los durmientes revivieron y la estación se llenó con clamores y gritos, voces de los vendedores de agua y dulces, patrullas de policías nativos, chillidos y alaridos de mujeres recogiendo sus cestos, a sus familias y a sus maridos.

—Es el tren, sólo el tren. No llegará hasta aquí. ¡Espera! —Asombrado ante la tremenda ingenuidad del lama (que le había alargado una pequeña bolsa llena de rupias), Kim pidió y pagó el pasaje para Ambala. Un funcionario adormilado gruñó y le lanzó un billete hasta la siguiente parada, a tan solo a seis millas de distancia.

—Nay —dijo Kim, revisándolo con una sonrisa de oreja a oreja—. Esto puede funcionar con los campesinos, pero yo vivo en la ciudad de Lahore. El truco fue bueno, babu. Venga, dame el billete para Ambala.

El babu frunció el ceño y le alargó el billete correcto.

—Ahora, otro para Amritsar —dijo Kim, quien no tenía intención de gastar el dinero de Mahbub Ali en algo tan banal como un trayecto a Ambala—. El precio es tanto. La vuelta es tanto. Ya conozco los trucos del tren... Ningún yogui necesita un chela tanto como tú —siguió diciéndole alegremente al aturcido lama—. Te hubieran echado del tren en Mian Mir si no es por mí. ¡Por aquí! ¡Ven! —Devolvió el dinero, quedándose sólo con un anna por cada rupia del precio del billete a Ambala, en concepto de comisión, la comisión inmemorial de Asia.

El lama titubeó ante la puerta abierta de un coche de tercera clase abarrotado de pasajeros.

—¿No sería mejor caminar? —sugirió débilmente.

Un fornido artesano sij sacó su cara cubierta de barba.

—¿El viejo tiene miedo? No temas. Recuerdo los tiempos cuando me asustaba el tren. ¡Entra! Esta cosa es obra del Gobierno.

—No tengo miedo —dijo el lama—. ¿Tenéis sitio ahí dentro para dos?

—No hay sitio ni para un ratón —chilló la mujer de un acaudalado

agricultor, un jat hindú del rico distrito de Jullundur. Nuestros trenes nocturnos no están tan bien cuidados como los de día, donde los sexos están estrictamente colocados en vagones separados.

—Oh, madre de mi hijo, podemos hacer sitio —dijo el marido con turbante azul—. Coge al niño. Es un hombre santo, ¿no lo ves?

—¡Si mi regazo está lleno de setenta veces siete bultos! ¿Por qué no le dices que se siente en mis rodillas, sinvergüenza? ¡Pero los hombres son siempre así! —Miró alrededor buscando aprobación. Cerca de la ventana, una cortesana de Amritsar aspiró hondo tras el velo de su cabeza.

—¡Sube! ¡Sube! —gritó un prestamista hindú gordo, con su libro de cuentas enrollado en una tela bajo el brazo. Con una sonrisa afectada añadió —: Es bueno ser amable con los pobres.

—Sí, al siete por ciento mensual con una hipoteca sobre el ternero por nacer —dijo un joven soldado dogra que iba al sur de permiso y todos rieron.

—¿Va para Benarés? —dijo el lama.

—Por supuesto. Si no ¿para qué vendríamos? Monta, o nos dejan aquí —gritó Kim.

—¡Mirad! —exclamó la chica de Amritsar—. Nunca se ha subido a un tren. ¡Oh mirad!

—Nay, ayudad —dijo el agricultor, tendiendo una gran mano morena y tirando de él hacia dentro—. Ya está hecho, padre.

—Pero... pero... yo me siento en el suelo. Va contra la Regla sentarse en un banco —dijo el lama—. Además, me produce calambres.

—Es lo que digo yo siempre —comenzó el prestamista, apretando los labios—, no hay una sola regla de vida recta que estos trenes no nos obliguen a romper. Por ejemplo, tener que sentarse al lado de todo tipo de castas y gente.

—Sí, y alguna de lo más indecente y desvergonzada —dijo la esposa, lanzando una mirada reprobadora a la chica de Amritsar que miraba con coquetería al joven cipayo.

—Yo digo que podríamos haber ido en carro por el camino —dijo el marido—, y haber ahorrado así un poco.

—Sí, y gastar el doble de lo que ahorráramos en comer por el camino. Eso lo discutimos mil veces.

—Sí, en diez mil lenguas —gruñó él.

—Los dioses nos ayuden a nosotras, pobres mujeres, si no hablamos.

¡Oho! Ese es del tipo que no puede mirar ni responder a una mujer. —Porque el lama, obligado por su Regla, no le prestaba la menor atención—. ¿Y su discípulo es como él?

—Nay, madre —saltó Kim—. No cuando la mujer es guapa y sobre todo caritativa con los hambrientos.

—La respuesta de un mendigo —dijo el sij riendo—. ¡Tú te lo has buscado, hermana! —Las manos de Kim estaban curvadas en una súplica.

—¿Y a dónde vas tú? —dijo la mujer, pasándole la mitad de un pastel de un envoltorio graso.

—Pues a Benarés.

—¿Sois tal vez malabaristas? —sugirió el joven soldado—. ¿Conocéis algún truco para pasar el tiempo? ¿Por qué no responde este hombre amarillo?

—Porque —respondió Kim con orgullo— es un hombre santo y medita sobre asuntos que te están vedados.

—Puede ser. Nosotros los sijs de Ludhiana —lo pronunció con sonoridad— no nos rompemos la cabeza con una doctrina. Nosotros luchamos.

—El hijo del hermano de mi hermana es naik (cabo) en ese regimiento —dijo el artesano sij con serenidad—. Hay también algunas compañías dogra allí. —El soldado le fulminó con la mirada porque un dogra es de casta más baja que un sij y el banquero se rio con disimulo.

—Para mí son todos iguales —dijo la chica de Amritsar.

—De eso estamos seguros —rezongó la mujer del agricultor con malignidad.

—Nay, pero todos los que sirven al Sirkar con armas en la mano son, de verdad, una hermandad. Hay una hermandad de casta, pero por encima todavía está —la muchacha miró a su alrededor con timidez— el lazo del pulton, del regimiento, ¿no?

—Mi hermano está en un regimiento jat —dijo el agricultor—. Los dogras son hombres valientes.

—Al menos tus sijs eran de esa opinión —dijo el soldado, frunciendo el ceño hacia el viejo, tranquilo en el rincón—. Tus sijs así lo creyeron cuando nuestras dos compañías fueron a ayudarles al Pirzai Kotal frente a ocho estandartes de los afridis en la cima de la montaña, no hace ni tres meses.

Contó la historia de una acción en la Frontera en las que las compañías dogra de los sijs de Ludhiana habían salido bien paradas. La chica de Amritsar sonreía porque sabía que la historia iba destinada a conseguir su favor.

—¡Alas! —dijo la esposa del agricultor al final—. ¿Así que sus pueblos fueron quemados y los niños pequeños dejados sin hogar?

—Ellos habían mutilado a nuestros muertos. Pagaron un alto precio después de que nosotros, los sijes, les dimos una lección. Así fue. ¿Es esto Amritsar?

—Sí, aquí nos pican los billetes —dijo el banquero, buscando a tientas por su cinto.

Las lámparas palidecían al alba, cuando el revisor mestizo hizo la ronda. En Oriente el control de billetes es una operación lenta, dado que la gente esconde sus billetes en todo tipo de sitios raros. Kim enseñó el suyo y el revisor le pidió que saliera.

—Pero voy a Ambala —protestó él—. Voy con este hombre santo.

—Por mí como si vas a Jehannum. Este billete es sólo hasta Amritsar. ¡Fuera!

Kim estalló en sollozos, argumentando que el lama era su padre y su madre, que él era el apoyo en la edad del declive del anciano y que este moriría sin sus cuidados. Todo el compartimento le rogó al revisor que fuera clemente, el banquero fue especialmente elocuente en este punto, pero el revisor arrastró a Kim al andén. El lama parpadeaba, sobrepasado por la situación, y Kim levantó la voz y lloró del otro lado de la ventanilla del compartimento.

—Soy muy pobre. Mi padre está muerto, mi madre está muerta. Oh vosotros compasivos, si me dejan aquí, ¿quién va a cuidar de este viejo?

—¿Qué... qué es esto? —repetía el lama—. Él tiene que ir a Benarés. Tiene que venir conmigo. Él es mi chela. Si hay que pagar...

—Oh, cállate —susurró Kim—; ¿es que somos rajás para tirar buena plata cuando el mundo es tan caritativo?

La chica de Amritsar descendió con sus bultos y era a ella a la que Kim observaba. Las señoritas de su oficio, él lo sabía, eran generosas.

—Un billete, un pequeño tikkut para Ambala, ¡oh Rompedora de Corazones! —Ella se rio—. ¿No tienes caridad?

—¿Viene del norte el hombre santo?

—De muy muy lejos en el Norte, viene él —lloraba Kim—. De entre las montañas.

—Allí, en el Norte, hay nieve entre los pinos... hay nieve en las montañas. Mi madre era de Kulu. Te conseguiré un billete. Pídele una bendición para mí.

—Diez mil bendiciones —gritó Kim—. Oh, santo, una mujer nos ha dado una caridad para que pueda ir contigo... una mujer con un corazón de oro. Voy corriendo por el tikkut.

La chica alzó los ojos para mirar al lama, el cual había seguido mecánicamente a Kim al andén. Pero el lama inclinó su cabeza para no verla y murmuró algo en tibetano mientras ella pasaba entre el gentío.

—Fácil ganado, fácil gastado —dijo la mujer del agricultor con maldad.

—Ella ha adquirido mérito —replicó el lama—. Sin duda era una monja.

—Debe de haber unas diez mil monjas de esas sólo en Amritsar. Viejo, vuelve, o el tren puede partir sin ti —gritó el banquero.

—No sólo fue suficiente para el billete, sino también para un poco de comida —dijo Kim saltando a su asiento—. Ahora come, santo. Mira. ¡Se hace de día!

Con tonos dorado, púrpura, azafrán y rosa, las neblinas matinales humeaban sobre las verdes llanuras. Todo el rico Punjab se desplegaba bajo el esplendor del cálido sol. El lama se encogió un poco mientras los postes de telégrafos desfilaban al paso del tren.

—Es grande la velocidad del tren —dijo el banquero, con una amplia sonrisa protectora—. Nos hemos alejado más de Lahore de lo que tú hubieras caminado en dos días; por la noche llegaremos a Ambala.

—Y eso está todavía lejos de Benarés —dijo el lama fatigado, farfullando por encima de los pasteles que le ofreció Kim. Todos abrieron sus bultos y desayunaron. Luego el banquero, el agricultor y el soldado prepararon sus pipas y envolvieron el compartimento en un humo asfixiante y acre, escupiendo, tosiendo y disfrutando. El sij y la mujer del agricultor mascaban pan; el lama aspiró un poco de rapé y recitó sus cuentas del rosario, mientras Kim, de piernas cruzadas, sonreía con el placer de un estómago lleno.

—¿Qué ríos tenéis cerca de Benarés? —preguntó el lama de repente al compartimento entero.

—Tenemos el Ganges —replicó el banquero, cuando las risitas se habían acallado.

—¿Y qué otros?

—¿Qué otros aparte del Ganges?

—Nay, tenía en mente un cierto río de curación.

—Ese es el Ganges. Aquel que se bañe en él queda purificado y va a los dioses. Tres veces he hecho el peregrinaje al Ganges, —y miró a su alrededor

con orgullo.

—Buena falta hacía —dijo el joven cipayo con un humor seco, y la risa de los pasajeros se centró en el banquero.

—Limpio... para volver de nuevo con los dioses —murmuró el lama—. Y seguir de nuevo en el ciclo de las vidas, atados todavía a la Rueda. —Sacudió la cabeza con irritación—. Pero quizás haya un error. ¿Quién creó el Ganges al comienzo?

—Los dioses. ¿De qué religión conocida eres? —preguntó el banquero escandalizado.

—Yo sigo la Ley, la Ley Más Excelente. Así que fueron los dioses quienes crearon el Ganges. ¿Qué tipo de dioses?

El compartimento le miraba sin dar crédito. Era inconcebible que alguien no conociera el Ganges.

—¿Cuál... cuál es tu Dios? —preguntó finalmente el prestamista.

—¡Escuchad! —dijo el lama, cogiendo el rosario en la mano—. ¡Escuchad porque hablo de Él ahora! ¡Oh gente del Indostán, escuchad!

Empezó con la historia del Señor Buda en urdu, pero, impulsado por sus propios pensamientos, pasó a textos tibetanos y a salmodiar largos textos de un libro chino sobre la vida de Buda. La gente, amable y tolerante, le miraba con reverencia. La India entera está llena de hombres santos balbuceando evangelios en lenguas extrañas; hombres agitados y consumidos en el fuego de su propio celo religioso; soñadores, charlatanes y visionarios, como siempre ha sido desde el principio y como será hasta el final.

—¡Um! —dijo el soldado de los sijs de Ludhiana—. Había un regimiento musulmán acampado a nuestro lado en el Pirzai Kotal y un sacerdote suyo —era, si bien recuerdo, un naik—, cuando estaba poseído, lanzaba profecías. Pero todos los locos están bajo la protección de Dios. Los oficiales le pasaban muchas cosas por alto a ese hombre.

El lama retomó el urdu, recordando que estaba en tierra extraña.

—Oíd la historia de la flecha que nuestro Señor disparó con el arco —dijo.

Eso era más del gusto de la audiencia y le escucharon con curiosidad mientras la contaba.

—Ahora, oh gente del Indostán, voy a buscar ese río. ¿Sabéis algo que me pueda guiar? Porque todos, hombres y mujeres, estamos en una prisión abominable.

—Está el Ganges, y sólo el Ganges, para purificar los pecados —el

murmullo corrió por todo el compartimento.

—Aunque no se puede negar que también tenemos dioses buenos en Jullundur —dijo la mujer del agricultor mirando por la ventana—. Mirad como han bendecido las cosechas.

—Investigar cada río del Punyab no es un asunto trivial —dijo su marido—. A mí, ya me basta con una corriente que deje un buen limo en mis tierras y doy las gracias a Bhumia, el dios del hogar —y encogió un hombro moreno y nudoso.

—¿Crees que nuestro Señor llegó tan al norte? —dijo el lama volviéndose hacia Kim.

—Puede ser —replicó Kim en tono conciliador, mientras escupía en el suelo el jugo rojo del pan.

—El último de los Grandes —dijo el sij con autoridad— fue Sikander Julkarn (Alejandro Magno). Él pavimentó las calles de Jullundur y construyó un gran depósito cerca de Ambala. El pavimento se ha conservado hasta hoy; y el depósito está también allí. Nunca he oído hablar de tu dios.

—Déjate crecer el pelo y habla punyabí —dijo burlonamente el joven soldado a Kim, citando un proverbio del norte—. No hace falta más para ser un sij. —Pero no lo dijo muy alto.

El lama suspiró y se replegó en una masa oscura y sin forma. En las pausas de la conversación podían oír su salmodiar bajo:

—¡Om mane pudme hum! ¡Om mane pudme hum! —y el chasquido seco de las cuentas de madera del rosario.

—Me fatiga —dijo al fin—. La velocidad y el traqueteo me fatigan. Además, chela mío, temo que quizás hayamos pasado ya ese río.

—Calma, calma —dijo Kim—. ¿No estaba el río cerca de Benarés? Estamos todavía lejos del lugar.

—Pero, si nuestro Señor fue al norte, puede ser cualquiera de esos pequeños ríos que hemos cruzado.

—No lo sé.

—Pero me fuiste enviado —¿no es verdad que me fuiste enviado?— por el mérito que adquirí allá en Such-zen. Viniste de junto al cañón... con dos caras... y dos vestimentas.

—Tranquilo. No se debe hablar aquí de estas cosas —susurró Kim—. Yo no era más que una sola persona. Piensa de nuevo y lo recordarás. Un chico, un chico hindú, al lado del gran cañón verde.

—¿Pero no había allí también un inglés de barba blanca —un santo entre las imágenes— quien reafirmó mi confianza en la existencia del Río de la Flecha?

—Él fue... nosotros fuimos al Ajaib-Gher en Lahore para rezar allí ante los dioses —explicó Kim a la compañía que escuchaba toda oídos—. Y el sahib de la Casa de las Maravillas habló con él, sí, esa es la verdad, como con un hermano. Él es un hombre muy santo, de más allá de las montañas. Descansa. Llegaremos a tiempo a Ambala.

—¿Pero mi río, el río de mi curación?

—Y después, si quieres, iremos a la búsqueda de ese río a pie. Para no perdernos nada, ni tan siquiera un pequeño riachuelo a un lado de un huerto.

—¿Pero tú tienes una búsqueda propia? —El lama, muy complacido de haberlo recordado tan bien, se sentó derecho.

—Sí —dijo Kim para complacerle. El chico estaba completamente feliz de estar allí sentado mascando pan y viendo gente nueva en el mundo vasto y benévolo.

—Era un toro, un toro rojo que vendrá y te ayudará, y te llevará... ¿Adónde? Lo he olvidado. Un toro rojo sobre campo verde, ¿verdad?

—Nay, no me llevará a ningún lado —dijo Kim—. No es más que una historia que te conté.

—¿Qué es eso? —La mujer del agricultor se inclinó hacia adelante, los brazaletes tintineando en su brazo—. ¿Los dos soñáis sueños? Un toro rojo sobre campo verde que te llevará a los cielos, ¿o qué? ¿Fue una visión? ¿Hizo alguien alguna profecía? ¡Nosotros tenemos un toro rojo en nuestro pueblo, más allá de la ciudad de Jullundur, y pasta de preferencia en el más verde de nuestros prados!

—Dale a una mujer una historia de viejas y a un pájaro tejedor una hoja e hilo y ambos tejerán maravillas —dijo el sij—. Todos los hombres santos sueñan sueños y, por seguir a los hombres santos, sus discípulos consiguen ese poder.

—Un toro rojo sobre campo verde, ¿era eso? —repitió el lama—. Puede ser que en una vida anterior hayas adquirido mérito y el toro venga para recompensarte.

—Nay, nay, no es más que una historia que alguien me contó en broma, seguramente. Pero buscaré al toro en los alrededores de Ambala, y tú puedes buscar tu río y descansar del traqueteo del tren.

—Tal vez el toro sepa... tal vez sea enviado para guiarnos a ambos —dijo

el lama, con una esperanza infantil. Luego, señalando hacia Kim, se dirigió a los compañeros de viaje—: Él me fue enviado justamente ayer. Creo que no es de este mundo.

—He encontrado mendigos a montones y hombres santos a patadas, pero nunca un yogui así ni un discípulo así —dijo la mujer.

Su marido se tocó la frente ligeramente con un dedo y sonrió. Pero cuando el lama quiso comer de nuevo se encargaron de darle lo mejor.

Y al fin, cansados, adormecidos y polvorientos, llegaron a la estación de la ciudad de Ambala.

—Nos quedamos aquí a causa de un pleito —dijo la mujer del agricultor a Kim—. Nos alojamos con el hermano pequeño del primo de mi marido. Hay sitio en el patio para tu yogui y para ti. ¿Querrá... querrá darme una bendición?

—¡Oh hombre santo! Una mujer con un corazón de oro nos da alojamiento para la noche. Es una tierra amable, la del sur. ¡Mira cómo nos han ayudado desde por la mañana!

El lama inclinó su cabeza en un gesto de bendición.

—Llenar la casa del hermano pequeño de mi primo con vagabundos —empezó a despotricar el marido, mientras se echaba al hombro un pesado palo de bambú.

—El hermano pequeño de tu primo le debe todavía algo al primo de mi padre por la fiesta de la boda de su hija —atajó la mujer con viveza—. Que cargue sus comidas a esa cuenta. El yogui mendiga. Estoy segura.

—Sí, yo mendigo por él —dijo Kim, ansioso tan sólo de poner al lama en sitio seguro para la noche, de modo que él pudiera buscar al inglés de Mahbub Ali y desembarazarse del pedigrí del semental blanco.

—Ahora —dijo cuando el lama había echado el ancla en el patio interior de una respetable casa hindú, detrás de los cuarteles—, me voy un rato... para... para comprarnos provisiones en el bazar. No salgas hasta que yo no haya vuelto.

—¿Volverás? ¿Volverás de verdad? —El viejo le cogió por la muñeca—. ¿Y volverás con la misma forma? ¿Es demasiado tarde para buscar el río esta noche?

—Demasiado tarde y demasiado oscuro. No te preocupes. Piensa cuán lejos has llegado en el camino, unos cien koss ya desde Lahore.

—Sí... y aún más lejos de mi monasterio. ¡Alas! El mundo es grande y terrible.

Kim se escabulló sigilosamente, jamás una figura tan común y corriente llevó colgando del cuello su propio destino junto con el de unos cuantos miles de personas.

Las señas de Mahbub Ali no le dejaban dudas acerca de la casa donde vivía su inglés y un mozo, conduciendo un pequeño carro del club a casa se lo confirmó. Quedaba por último identificar a su hombre, y Kim se deslizó por el seto del jardín, escondiéndose en un haz de tallos altos cerca de la veranda. La casa resplandecía con las luces y los sirvientes se afanaban entre las mesas adornadas con flores, cristalería y plata. En ese momento apareció un inglés vestido de blanco y negro, tarareando una melodía. Estaba demasiado oscuro para verle la cara, así que Kim probó un viejo truco al estilo de los mendigos.

—¡Protector de los pobres!

El hombre retrocedió hacia la voz.

—Mahbub Ali dice...

—¡Hah! ¿Qué dice Mahbub Ali? —No mostró intención de buscar al hablante y eso le indicó a Kim que estaba al tanto.

—El pedigrí del semental blanco está plenamente confirmado.

—¿Qué prueba hay? —El inglés agitó con su bastón el seto de rosas al borde del sendero de la entrada.

—Mahbub Ali me ha dado esta prueba. —Kim lanzó de un capirotazo la bolita de papel doblado y esta cayó sobre el sendero delante del hombre, el cual puso el pie encima, pues justo en aquel momento un jardinero apareció por una esquina. Cuando el sirviente desapareció, lo recogió, dejó caer una rupia —Kim pudo oír el sonido metálico— y se alejó a grandes pasos hacia la casa sin girarse ni una sola vez. Rápidamente Kim cogió el dinero; pero, a pesar de su experiencia, era lo suficientemente irlandés de nacimiento como para considerar que, en un juego, el dinero era lo menos importante. Lo que deseaba era presenciar el efecto visible de la acción; así que en vez de largarse, se tiró sobre la hierba y, arrastrándose, se acercó a la casa.

Dado que los bungalós indios están abiertos por los cuatro costados, Kim vio al inglés regresar a un pequeño vestidor, en una esquina de la veranda, que hacía en parte las veces de oficina, atestado de papeles esparcidos y paquetes de envíos, y sentarse a estudiar el mensaje de Mahbub Ali. A la luz de la lámpara de keroseno, su cara cambió y se ensombreció, y Kim, acostumbrado, como todo mendigo tiene que estarlo, a escrutar los rostros, tomó buena nota.

—¡Will! ¡Will, querido! —llamó una voz de mujer—. Deberías estar en el salón. Estarán aquí en unos minutos.

El hombre siguió leyendo con atención.

—¡Will! —llamó la voz cinco minutos más tarde—, Él ha llegado. Oigo a los soldados a caballo en la entrada.

El hombre se precipitó fuera con la cabeza descubierta justo en el momento en el que un gran lando, con cuatro jinetes nativos detrás, se detenía en la veranda y un hombre alto, de pelo negro, tieso como una palo, se inclinaba para bajar precedido de un oficial joven que reía de forma agradable.

Kim estaba tumbado boca abajo, tocando casi las grandes ruedas. Su hombre y el extranjero de pelo negro intercambiaron dos frases.

—Ciertamente, señor —dijo el joven oficial de inmediato—. Cuando se trata de un caballo, todo lo demás debe esperar.

—No nos llevará más de veinte minutos —dijo el hombre de Kim—. Puede hacer los honores. Manténgalos entretenidos y todo eso.

—Dígale a uno de los jinetes que espere —dijo el hombre alto, y ambos pasaron al vestidor mientras el landó se alejaba. Kim vio sus cabezas inclinarse sobre el mensaje de Mahbub Ali y oyó las voces, una baja y respetuosa, la otra cortante y decidida.

—No es una cuestión de semanas. Es una cuestión de días... horas casi —dijo el hombre más viejo—. Lo estaba esperando desde hacía algún tiempo, pero esto —y golpeó ligeramente con la mano el papel de Mahbub Ali lo zanja definitivamente. Grogan cena esta noche aquí, ¿verdad?

—Sí, señor, y Macklin también.

—Muy bien. Hablaré con ellos personalmente. El Consejo será informado de este asunto, por supuesto, pero este es un caso en el que uno está totalmente justificado para adoptar medidas inmediatamente. Avise a las brigadas de Pindi y de Peshawar. Va a trastocar todos los relevos de verano, pero no podemos evitarlo. Esto nos pasa por no haberlos aplastado completamente la primera vez. Ocho mil serán suficientes.

—¿Qué hacemos con la artillería, señor?

—Tengo que consultarlo con Macklin.

—¿Entonces significa la guerra?

—No. Un castigo. Cuando un hombre se ve obligado por la actuación de su predecesor...

—Pero C.25 puede haber mentido.

—Él confirma la información del otro. En realidad ya mostraron sus cartas hace seis meses. Pero Devenish insistió en que había una posibilidad de paz. Por supuesto, lo aprovecharon para fortalecerse. Envíe estos telegramas

inmediatamente en el código nuevo, no en el viejo, el mío y el de Warton. No creo que necesitemos hacer esperar más tiempo a las damas. Podemos arreglar el resto a la hora del cigarro. Lo veía venir. Es un castigo... no la guerra.

Mientras los soldados se iban a medio galope, Kim gateó hasta la parte trasera de la casa, donde, según su experiencia de Lahore, supuso que habría comida... e información. La cocina estaba llena de pinches nerviosos, uno de los cuales le dio una patada.

—Ay —dijo Kim, fingiendo lágrimas—. Vengo sólo a lavar platos a cambio de llenar el estómago.

—Toda Ambala viene con el mismo cuento. Lárgate. Van a llevar la sopa a la mesa. ¿Crees que nosotros, que servimos al sahib Creighton, necesitamos ayudantes de fuera para ayudarnos en una gran cena?

—Es una cena muy grande —dijo Kim, mirando las bandejas.

—No es de extrañar. El invitado de honor es ni más ni menos el sahib Jang-i-Lat (el comandante en jefe).

—¡Ho! —dijo Kim con la nota gutural correcta para indicar admiración. Había oído ya lo que quería saber, y cuando el criado volvió, Kim ya se había largado.

—¡Y todo este lío —se dijo a sí mismo pensando, como de costumbre, en indostaní—, por el pedigrí de un caballo! Mahbub Ali debería venir a que le enseñe un poco a mentir. Antes siempre llevaba mensajes que tenían que ver con una mujer. Ahora se trata de hombres. Mejor así. El hombre alto dijo que van a enviar un gran ejército para castigar a alguien en algún sitio, la noticia va a Pindi y a Peshawar. Hay cañones también. Lástima no haberme acercado más. ¡Esto son noticias!

A su regreso se encontró al hermano pequeño del primo del agricultor discutiendo detalladamente con este, su mujer y unos pocos amigos todas las consecuencias del pleito familiar, mientras el lama dormitaba. Tras la cena se le ofreció a Kim una pipa de agua y se sintió casi un hombre mientras chupaba de la cascara de coco pulida, con las piernas estiradas bajo la luz de la luna; de vez en cuando, lanzaba algún comentario chasqueando la lengua. Sus anfitriones eran sumamente educados porque la mujer del agricultor les había contado la visión del toro rojo y su probable procedencia de otro mundo. Además el lama era toda una curiosidad, grande y venerable. Más tarde pasó por allí el sacerdote de la familia, un brahmán sarsut, viejo y tolerante y, naturalmente, empezó una discusión teológica para impresionar a la familia. Como es lógico, de acuerdo con sus creencias estaban todos de parte del brahmán, pero el lama era su invitado y la novedad. Su gentileza y sus impresionantes citas chinas que parecían encantamientos, les fascinaban;

y en este entorno sencillo y simpático, el lama se abrió como el propio loto del Bodhisattva y les contó de su vida en las grandes montañas de Such-zen antes de que, como él decía, «me elevara para buscar la Iluminación».

Luego, durante la conversación, salió a relucir que, en aquellos días mundanos, el lama había sido un maestro en formular horóscopos y natalicios, y el sacerdote de la familia le persuadió para que explicara sus métodos; cada uno daba a los planetas nombres que los otros no podían entender y señalaban hacia arriba mientras las grandes estrellas surcaban el firmamento. Los niños de la casa tiraban del rosario del lama sin ser reprendidos y este olvidó por completo la regla que prohíbe mirar a las mujeres mientras hablaba de nieves eternas, de deslizamientos de terreno, de pasos cortados, de precipicios remotos donde los hombres encontraban zafiros y turquesas, y de aquella maravillosa ruta de alta montaña que llevaba finalmente hasta la misma China.

—¿Qué piensas de él? —preguntó el agricultor en un aparte al sacerdote.

—Un hombre santo, un hombre santo, sin duda. Sus dioses, no son los Dioses, pero sus pies van por el buen camino —fue su respuesta—. Y sus métodos para establecer natalicios, aunque no lo puedas entender, son sabios y seguros.

—Dime —le pidió Kim con pereza— si encontraré a mi toro rojo sobre campo verde, como se me prometió.

—¿Qué sabes sobre la hora de tu nacimiento? —preguntó el sacerdote, henchido de importancia.

—Entre el primer y el segundo canto del gallo de la primera noche de mayo.

—¿De qué año?

—No lo sé; pero sobre la hora en la que di mi primer grito ocurrió el gran terremoto en Srinagar, que está en Cachemira. —Esto lo supo Kim por la mujer que le cuidaba y esta a su vez por Kimball O'Hara. El terremoto se había sentido en la India y durante mucho tiempo fue una fecha de referencia en el Punyab.

—¡Ay! —exclamó una mujer con excitación. Aquello pareció dar más verosimilitud al origen sobrenatural de Kim—. ¿No fue entonces cuando nació la hija de aquel...?

—Y su madre le dio a su marido cuatro hijos en cuatro años, todos varones —añadió la mujer del agricultor, sentada en la sombra, fuera del círculo.

—Nadie que sea instruido —dijo el sacerdote de la familia—, olvida cómo estaban los planetas en sus Casas aquella noche. —Empezó a dibujar en el polvo del patio—. Al menos tú tienes derecho a la mitad de la Casa del Toro.

¿Cómo es la profecía?

—Un día —dijo Kim, encantado con la sensación que estaba creando— seré grande gracias a un toro rojo sobre campo verde, pero primero aparecerán dos hombres para prepararlo todo.

—Sí, pasa siempre al comienzo de una visión. Una oscuridad densa que se aclara poco a poco; luego aparece alguien con una escoba para preparar el sitio. Entonces empieza la visión. ¿Dos hombres dijiste? Sí, sí. El Sol, abandonando la Casa del Toro, entra en la de los Gemelos. De ahí los dos hombres de la profecía. Veamos ahora. Tráeme una rama, pequeño.

Enarcó las cejas, hizo un garabato, lo borró y garabateó de nuevo signos misteriosos en el polvo para maravilla de todos, excepto del lama, quien, por delicadeza, se abstuvo de interferir.

Al cabo de media hora arrojó la rama con un gruñido.

—¡Hm! Esto dicen las estrellas. Dentro de tres días vendrán los dos hombres para prepararlo todo. Tras ellos vendrá el toro; pero el signo bajo el que está, es el signo de la guerra y de hombres armados.

—Es verdad que había un hombre de los sijs de Ludhiana en el compartimento de Lahore —dijo la mujer del agricultor esperanzada.

—¡Tck! Hombres armados, muchos cientos. ¿Qué tienes tú que ver con una guerra? —dijo el sacerdote a Kim—. El tuyo es un signo rojo y furioso de una guerra que se desencadenará pronto.

—Nada, nada —dijo el lama con seriedad—. Nosotros sólo buscamos la paz y nuestro río.

Kim sonrió recordando lo que había escuchado en el vestidor. Decididamente era un favorito de las estrellas.

El sacerdote restregó los pies sobre el primitivo horóscopo.

—No puedo ver más que eso. En tres días el toro vendrá a ti, muchacho.

—Y mi río, mi río —rogaba el lama—. Esperaba que el toro nos condujera al río.

—Lástima por ese río maravilloso, hermano —replicó el sacerdote—. Tales hechos no son frecuentes.

A la mañana siguiente, aunque les insistieron para que se quedaran, el lama quiso partir. La familia le dio a Kim un gran fardo con buena comida y casi tres annas en monedas de cobre para las necesidades del camino, y con muchas bendiciones vieron a ambos partir de madrugada hacia el sur.

—Es una pena que estas personas y otras iguales no puedan ser liberadas

de la Rueda de las Cosas —dijo el lama.

—Nay, entonces sólo quedaría gente mala sobre la tierra, ¿y quién nos daría comida y refugio? —replicó Kim, que caminaba alegremente con el peso a la espalda.

—Allí a lo lejos hay una pequeña corriente. Vamos a ver —dijo el lama y se desvió del camino blanco a través de los campos, al encuentro de un verdadero enjambre de perros vagabundos.

Capítulo 3

*Sí, voz de toda Alma que se agarra
A la Vida que se afana de peldaño en peldaño
Cuando el dominio de Devadatta aún era nuevo,
El cálido viento trae a Kamakura
El Buda en Kamakura*

Un campesino furioso blandía un palo de bambú detrás de ellos. Era un jardinero del mercado, de casta arain, que cultivaba hortalizas y flores para la ciudad de Ambala, Kim conocía bien ese tipo de gente.

—Este hombre —dijo el lama, ignorando a los perros—, es descortés con los extranjeros, malhablado y sin caridad. Guárdate de tal comportamiento, discípulo mío.

—¡Ho, pordioseros desvergonzados! —gritó el campesino—. ¡Fuera de aquí! ¡Largaos!

—Nos vamos —el lama se dio la vuelta con serena dignidad—. Nos vamos de estos campos que están sin bendecir.

—Ah —dijo Kim, sorbiendo el aire entre los dientes—. Si las próximas cosechas fallan, sólo podrás culpar a tu lengua por ello.

El hombre, inquieto, se balanceaba sobre sus alpargatas.

—El campo está lleno de pedigüños —empezó a decir medio disculpándose.

—¿Y por qué sabes que te íbamos a pedir, oh mali? —le espetó Kim cortante, usando el mote que menos le gusta a un jardinero del mercado—. Lo único que buscábamos era echarle un vistazo al río allí, más allá de los campos.

—Río, ¡hay que ver! —bufó el hombre—. ¿De qué ciudad venís que no reconocéis un canal abierto? Corre tan recto como una flecha y pago por el agua como si fuera plata fundida. Más allá hay un afluente de un río. Pero si necesitáis agua, puedo dároslo... y leche.

—Nay, iremos al río —dijo el lama, alargando el paso.

—Leche y una comida —balbuceó el hombre mientras observaba la alta y extraña figura—. No quiero atraer la mala suerte hacia mí... ni hacia mis cosechas. Pero hay tantos mendigos en estos tiempos difíciles.

—Toma nota. —El lama se volvió hacia Kim—. La niebla roja de la ira le impulsó a hablar con dureza. En cuanto se desvaneció de sus ojos, se ha vuelto cortés y de corazón afable. ¡Que tus campos sean bendecidos! Evita juzgar a los hombres demasiado rápido, oh campesino.

—He conocido a santos que te habrían maldecido desde el fogón hasta el establo —dijo Kim al avergonzado hombre—. ¿A que es un hombre sabio y santo? Yo soy su discípulo.

Alzó la nariz con altivez y cruzó los estrechos límites del campo con gran dignidad.

—No hay orgullo —dijo el lama tras una pausa—, no hay orgullo para aquellos que siguen la Senda Media.

—Pero tú has dicho que él era de casta baja y desconsiderado.

—No he dicho casta baja porque ¿cómo puede ser aquello que no es? Después reparó su descortesía y he olvidado la ofensa. Además él está, como nosotros, atado a la Rueda de las Cosas, pero no sigue la Senda de la liberación. Se paró en un pequeño arroyo entre los campos y contempló la ribera marcada por las huellas de pezuñas.

—Ahora, ¿cómo reconocerás tu río? —dijo Kim, agachándose a la sombra de una alta caña de azúcar.

—Cuando lo encuentre, seguramente me será concedida una revelación. Siento que este no es el sitio. Oh pequeña entre las corrientes, ¡si pudieras decirme dónde está mi río! Pero te bendigo por hacer fértiles los campos.

—¡Mira! ¡Mira! —Kim se abalanzó hacia él y le empujó hacia atrás. Una línea amarilla y marrón se deslizó desde las cañas púrpuras y crujientes hacia la orilla, estiró el cuello hacia el agua, bebió y quedó inmóvil, una gran cobra con ojos fijos y sin párpados.

—No tengo un palo... No tengo un palo —dijo Kim—. Buscaré uno y le romperé la columna.

—¿Por qué? También está en la Rueda como nosotros, una vida que

asciende o desciende, muy lejos de la liberación. Gran mal ha debido hacer este alma para ser materializada en esa forma.

—Odio a todas las serpientes —dijo Kim. No hay educación nativa que pueda aplacar el horror del hombre blanco ante la serpiente.

—Déjala vivir su vida. —El reptil enroscado siseó y medio abrió el capuchón—. ¡Que tu liberación llegue pronto, hermana! —continuó el lama plácidamente—. ¿Sabes tú acaso algo sobre mi río?

—Nunca he visto a un hombre como tú —murmuró Kim, abrumado—. ¿Entienden las serpientes lo que dices?

—¿Quién sabe? —El lama pasó a un pie de distancia de la cabeza estirada de la cobra. Esta la dejó reposar sobre la polvorienta espiral de su cuerpo.

—¡Ven! —le llamó el lama sin girarse.

—Yo no —dijo Kim—. Yo doy un rodeo.

—Ven. No te hará daño.

Kim titubeó un instante. El lama reforzó su orden con la salmodia de alguna citación china, que Kim tomó por un encantamiento. Obedeció y saltó a través del arroyo y la serpiente, ciertamente, no se movió.

—Nunca he visto un hombre así. —Kim se secó el sudor de la frente—. Y ahora ¿para dónde vamos?

—Eso lo tienes que decir tú. Yo soy viejo y extranjero, estoy lejos de mi tierra. Si no fuera porque el râl con vagones me llenan la cabeza con ruidos de tambores malignos, iría en él ahora a Benarés... Sin embargo, de esa forma nos arriesgaríamos a perder el río. Busquemos otra corriente.

Anduvieron todo el día allí donde el suelo cultivado con esfuerzo da tres o incluso cuatro cosechas al año, a través de parcelas de caña de azúcar y tabaco, de rábanos largos y blancos y de nol-kol, desviándose cada vez que vislumbraban agua; despertando a los perros de las aldeas y a pueblos somnolientos al mediodía; el lama respondía a la retahíla de preguntas con una simplicidad inalterable. Ellos buscaban un río, un río que curaba de forma milagrosa. ¿Conocía alguien una corriente así? A veces los hombres reían, pero, más a menudo, escuchaban la historia hasta el final y les ofrecían un sitio a la sombra, un trago de leche y algo de comer. Las mujeres eran siempre amables y los niños pequeños, como todos los niños del mundo, a veces tímidos, a veces atrevidos. El atardecer les pilló descansando bajo el árbol de un pueblo con cabañas de paredes y techos de barro, charlando con el jefe del lugar mientras el ganado volvía de los pastos y las mujeres preparaban la última comida del día. Habían sobrepasado el cinturón de los huertos del mercado, que circundaban la voraz Ambala, y se encontraban en medio de

campos verdes que se extendían hasta perderse de vista.

El jefe era un hombre mayor, afable y de barba blanca, acostumbrado a recibir extranjeros. Sacó un catre de cuerdas para el lama, colocó comida caliente ante él, le preparó una pipa y, una vez acabadas las ceremonias del atardecer en el templo del pueblo, mandó buscar al sacerdote.

Kim les contó a los niños mayores historias sobre el tamaño y la belleza de Lahore, sobre los viajes en tren y otras cosas por el estilo propias de la ciudad, mientras los hombres hablaban tan lentamente como rumiaba el ganado.

—No acabo de entenderlo —dijo finalmente el jefe al sacerdote—. ¿Cómo interpretas tú lo que ha dicho? —El lama, una vez contada su historia, estaba pasando las cuentas del rosario en silencio.

—Él es un buscador —contestó el sacerdote—. El campo está lleno de ellos. ¿Te acuerdas del que vino el mes pasado, el faquir con la tortuga?

—Sí, pero aquel hombre tenía derecho y razón porque el mismo Krishna se le había aparecido en una visión prometiéndole el Paraíso sin la pira ardiente si hacía la peregrinación a Prayag. Este hombre no busca ningún dios de los que yo conozco.

—Haya paz, es viejo, viene de muy lejos y está loco —replicó el sacerdote, que estaba afeitado a la perfección—. Escúchame. —Se volvió hacia el lama—. A tres koss (seis millas) hacia el oeste pasa la Gran Carretera hacia Calcuta.

—Pero yo quiero ir a Benarés, a Benarés.

—La carretera va también para Benarés. Cruza todas las corrientes en esta parte del Indostán. Ahora, santo, mi consejo para ti es: descansa aquí hasta mañana. Luego toma esa carretera (se refería a la Grand Trunk Road) y comprueba cada corriente que cruces, porque, según lo que he entendido, la virtud de tu río no está ni en un remanso ni en un punto, sino a todo lo largo del recorrido. Entonces, si tus dioses lo quieren, puedes estar seguro de que hallarás tu liberación.

—Bien dicho. —El lama estaba muy impresionado por el plan—. Empezaremos mañana y recibid una bendición por mostrar a estos pies viejos una ruta tan cercana. —Un profundo canturreo chino concluyó la frase. Incluso el sacerdote estaba admirado y el jefe temía un encantamiento maligno; pero nadie podía mirar la cara sencilla y ansiosa del lama y dudar de él mucho tiempo.

—¿Ves chela mío? —dijo, tomando una buena porción de rapé de su tabaquera. Era su deber devolver cortesía con cortesía.

—Veo... y oigo. —El jefe giró los ojos hacia el sitio donde Kim estaba

charlando con una chica vestida de azul, mientras ella echaba espinos crujientes a un fuego.

—Él también tiene su propia búsqueda. No es un río, sino un toro. Sí, un toro rojo sobre campo verde que algún día le elevará al honor. Él no es del todo de este mundo, creo. Me fue enviado de repente para ayudarme en esta búsqueda y su nombre es Amigo de todo el Mundo.

El sacerdote sonrió.

—Ho, ven aquí, Amigo de todo el Mundo —gritó a través del humo acre, ¿qué eres?

—El discípulo de este santo —respondió Kim.

—El dice que tú eres un but (un espíritu).

—¿Pueden comer los buts? —dijo Kim con un guiño—. Porque tengo hambre.

—No es una broma —exclamó el lama—. Un cierto astrólogo de esa ciudad cuyo nombre he olvidado...

—No es más que la ciudad de Ambala, donde dormimos la noche pasada —susurró Kim al sacerdote.

—Ah, ¿era Ambala? Compuso un horóscopo y afirmó que mi chela encontrará lo que busca en dos días. Pero ¿qué dijo sobre el significado de las estrellas, Amigo de todo el Mundo?

Kim se aclaró la garganta y miró a las barbas grises del pueblo a su alrededor.

—El significado de mi estrella es guerra —repuso con pomposidad.

Alguien se rio de la pequeña figura harapienta contoneándose sobre un plinto de ladrillo bajo el gran árbol. Donde un nativo se hubiera tumbado, la sangre blanca de Kim le ponía en pie.

—Sí, guerra —repitió.

—Esa es una profecía segura —retumbó una voz profunda—. Porque hay siempre guerra a lo largo de la Frontera... por lo que sé.

Era un hombre viejo y ajado, que había servido al Gobierno en los días del Motín como oficial nativo en un regimiento de caballería recién formado. El Gobierno le había dado un buen terreno en el pueblo y aunque las peticiones de sus hijos, que eran ahora oficiales de barba gris e independientes, le habían empobrecido, era todavía una persona de importancia. Numerosos oficiales ingleses, incluso comisionados adjuntos, se desviaban de la ruta principal para visitarle y en esas ocasiones se vestía con el uniforme de los viejos tiempos y

permanecía tieso como el palo de una escoba.

—Pero esta será una gran guerra... una guerra de ocho mil. —La voz de Kim se alzó aguda a través del gentío que se estaba congregando rápidamente, sorprendiéndole a él mismo.

—¿Casacas rojas o nuestros propios regimientos? —soltó el viejo con brusquedad, como si estuviera preguntando a un igual. Su tono hizo que los hombres respetaran a Kim.

—Casacas rojas —aventuró Kim—. Casacas rojas y artillería.

—Pero... pero el astrólogo no dijo una palabra de eso —dijo el lama, aspirando, en su excitación, una generosa cantidad de rapé.

—Pero lo sé. El aviso me ha llegado a mí, discípulo de este santo. Se organizará una guerra, una guerra de ocho mil casacas rojas. Serán reclutados de Pindi y Peshawar. Es cierto.

—El chico ha escuchado chismes de bazar —dijo el sacerdote.

—Pero él está siempre a mi lado —dijo el lama—. ¿Cómo puede saberlo? Yo no lo sabía.

—Será un astuto charlatán cuando el viejo muera —murmuró el sacerdote al jefe—. ¿Qué nuevo truco es este?

—Un signo. Dame un signo —tronó el viejo soldado de repente—. Si fuera a haber una guerra, mis hijos me lo habrían contado.

—Cuando todo esté preparado, tus hijos serán informados, seguro. Pero es largo el camino entre tus hijos y el hombre en cuyas manos están estas cosas. —Kim se animó con el juego porque le recordó sus aventuras como portador de cartas, cuando, por unas pocas paisas, pretendía saber más de lo que sabía. Pero ahora estaban en juego asuntos más importantes: la pura excitación y la sensación de poder. Cogió aliento de nuevo y continuó.

—Hombre viejo, dame una señal. ¿Ordenan los subordinados los movimientos de ocho mil casacas rojas... con cañones?

—No. El viejo seguía contestando como si Kim fuera un igual.

—¿Sabes entonces quién es él, el que da la orden?

—Le he visto.

—¿Le reconocerías de nuevo?

—Le conozco desde que era un lugarteniente en el top-khana (la artillería).

—Un hombre alto. ¿Un hombre alto con pelo negro que camina así? —Kim dio un par de pasos con un andar estirado y envarado.

—Sí. Pero eso lo pudo haber visto todo el mundo. —Las gentes estaban atentas, conteniendo la respiración durante toda la conversación.

—Cierto —dijo Kim—. Pero te diré más. Mira. Primero el hombre grande camina así. Luego, piensa así. (Kim pasó el dedo índice por la frente y hacia abajo hasta reposar en el ángulo de la mandíbula). Luego mueve nerviosamente los dedos así. Después mete el sombrero bajo el brazo izquierdo. —Kim ilustró el movimiento y se quedó de pie como una cigüeña.

El hombre viejo gruñó, mudo de asombro, y las gentes temblaron.

—Así, así, así. ¿Pero qué hace él cuando está a punto de dar una orden?

—Se frota la piel de la nuca, así. Luego posa un dedo sobre la mesa y suelta un pequeño resoplido por la nariz. Luego habla y dice: «Movilizada a tal y tal regimiento. Solicitud tales armas».

El hombre viejo se levantó con rigidez y saludó.

«Porque» —Kim tradujo a la lengua nativa las frases decisivas que había oído en el vestidor de Ambala—, «Porque», dijo él, «debiéramos haber hecho esto hace tiempo. No es una guerra, es un castigo. ¡Snff!».

—Ya es suficiente. Lo creo. Le he visto así entre el humo de las batallas. Visto y oído. ¡Es Él!

—No he visto humo —la voz de Kim pasó al canturreo absorto del adivino callejero—. Lo he visto en la oscuridad. Primero llegó un hombre para aclarar las cosas. Después vinieron los jinetes. Luego vino Él y se quedó de pie en un círculo de luz. El resto siguió como lo he contado. Viejo, ¿he dicho la verdad?

—Es Él. Sin duda, es Él.

Las gentes lanzaron un suspiro largo y vibrante, mirando alternativamente al viejo, todavía atento, y al andrajoso Kim, con la luz púrpura del crepúsculo como trasfondo.

—¿No dije... no dije que era de otro mundo? —gritó el lama con orgullo—. Es el Amigo de todo el Mundo. ¡Es el Amigo de las Estrellas!

—En cualquier caso, no tiene nada que ver con nosotros —gritó un hombre—. Oh tú, joven adivino, si posees ese don en todo momento, tengo una vaca con manchas rojas. Puede que sea la hermana de tu toro...

—Para lo que a mí me importa... —dijo Kim—. Mis estrellas no se interesan por tu ganado.

—Nay, pero está muy enferma —remachó una mujer—. Mi marido es como un búfalo, si no, hubiera escogido mejor sus palabras. Dime ¿se recuperará?

Si Kim hubiera sido un chico cualquiera, hubiera seguido con el juego; pero uno no conoce la ciudad de Lahore, y menos aún a los faquires de la Puerta de Taksali durante trece años, sin conocer también la naturaleza humana.

El sacerdote le miró de reojo, no sin cierto resentimiento, con una sonrisa seca y sarcástica.

—¿No tenéis entonces un sacerdote en el pueblo? Creí haber visto uno bueno hace poco —gritó Kim.

—Sí... pero... —empezó la mujer.

—Pero tú y tu marido esperáis que os curen la vaca por un puñado de gracias. —La pulla dio en el blanco: Ambos eran conocidos por ser la pareja más avara del pueblo—. No está bien engañar a los templos. Dale un ternero joven a tu propio sacerdote y, a menos que tus dioses estén furiosos de veras, la vaca dará leche dentro de un mes.

—Eres un maestro de mendigos —ronroneó el sacerdote con aprobación—. Ni con la astucia de cuarenta años se podría haber resuelto mejor. Habrás hecho rico al viejo seguramente ¿a que sí?

—Un poco de harina, un poco de mantequilla y un puñado de cardamomos. —Kim respondió sonrojado por el cumplido, pero todavía cauteloso—. ¿Se hace uno rico con esto? Y como puedes ver, está loco. Pero me viene bien mientras aprendo al menos a conocer el camino.

Sabía cómo hacían los faquires de la Puerta de Taksali cuando hablaban entre ellos, e imitó el mismo tono que sus impúdicos discípulos.

—¿Es verdad entonces lo de la búsqueda, o es una cortina de humo para otros fines? Quizás se trate de un tesoro.

—Él está loco... loco de remate. No hay nada más.

En ese momento el viejo soldado se acercó cojeando y preguntó si Kim aceptaría su hospitalidad para la noche. El sacerdote le recomendó aceptarla, pero insistió en que el honor de acoger al lama pertenecía al templo, ante lo cual el lama sonrió con candidez. Kim observó una cara y otra y sacó sus propias conclusiones.

—¿Dónde está el dinero? —susurró, haciéndole señas al anciano para que le siguiera afuera, a la oscuridad.

—En mi pecho. ¿Dónde si no?

—Dámelo. Dámelo rápido y sin llamar la atención.

—Pero ¿por qué? Aquí no hay billetes de tren que comprar.

—¿Soy o no soy tu chela? ¿No protejo tus viejos pies por los caminos? Dame el dinero y al alba te lo devolveré. —Deslizó la mano entre el ropaje del lama y sacó el bolsillo.

—Que así sea, que así sea. —Asintió el viejo con la cabeza—. Este es un mundo grande y terrible. No sabía que vivían tantos hombres en él.

A la mañana siguiente, el sacerdote estaba de muy mal humor, pero el lama muy feliz, y Kim había disfrutado de una velada muy interesante con el viejo, el cual había sacado su sable de caballería y, balanceándolo sobre sus rodillas reseca, le estuvo contando historias sobre el Motín y sobre jóvenes capitanes que llevaban ya treinta años en la tumba, hasta que Kim cayó dormido.

—Ciertamente el aire de esta tierra es bueno —dijo el lama—. Suelo dormir ligeramente, como todos los viejos, pero esta noche pasada dormí de un tirón hasta bien entrada la mañana. Todavía me siento pesado.

—Bebe un poco de leche caliente —le aconsejó Kim, que no pocas veces había llevado ese remedio a fumadores de opio conocidos suyos—. Es hora de ponernos en camino.

—La larga carretera que atraviesa todos los ríos del Indostán —dijo el lama contento—. Vamos. Pero ¿cómo crees tú chela que podemos recompensar a esta gente, y especialmente al sacerdote, por su gran amabilidad? Son sin duda but-parast, pero quizás en otras vidas reciban iluminación. ¿Una rupia para el templo? Esa cosa no es más que piedra y pintura roja, pero hay que saber apreciar el corazón del hombre cuando y donde sea bueno.

—Santo, ¿has tomado alguna vez la carretera solo? —Kim alzó unos ojos severos, como los de los cuervos indios tan afanados por los campos.

—Por supuesto, niño; de Kulu a Pathânkot, desde Kulu donde mi primer chela murió. Cuando los hombres eran generosos con nosotros, hacíamos ofrendas y por todas partes en las montañas las gentes estaban bien dispuestas.

—En el Indostán es de otra manera —dijo Kim con sequedad—. Sus dioses tienen muchos brazos y son malignos. Déjalos tranquilos.

—Os acompañaré un rato por el camino, Amigo de todo el Mundo, a ti y a tu hombre amarillo. —El viejo soldado subió sin prisa por las callejuelas del pueblo, sombrías al alba, montado en un poni flaco de patas débiles—. Ayer por la noche brotaron las fuentes del recuerdo en mi corazón, tan seco ya, y fue una bendición para mí. Verdaderamente hay guerra flotando en el aire. Lo huelo. ¡Mirad! He traído mi espada.

Iba sentado en el pequeño animal con las piernas estiradas y con el sable de lado, la mano sobre su pomo, mirando con furia más allá de las llanuras de

los campos, hacia el norte.

—Cuéntame de nuevo cómo se mostró Él en tu visión. Sube y siéntate detrás de mí. El animal lleva a dos.

—Soy el discípulo de este santo —dijo Kim, mientras dejaban atrás la entrada del pueblo. Los lugareños parecían incluso apenados de verlos partir, pero la despedida del sacerdote fue fría y distante. Había malgastado un poco de opio en un hombre que no llevaba dinero.

—Bien dicho. No estoy muy acostumbrado a hombres santos, pero el respeto siempre está bien. En esta época no lo hay, ni siquiera cuando un sahib comisionado viene a verme. ¿Pero por qué alguien cuya estrella le guía a la guerra sigue a un hombre santo?

—Pero él es un hombre santo de verdad —dijo Kim con seriedad—. De verdad, de palabra y de hechos. No es como los otros. Nunca he visto a alguien así. No somos adivinos, ni juglares, ni mendigos.

—Tú no lo eres. Lo puedo ver. Pero no sé el otro. Camina bien de todas formas.

El frescor temprano del día empujaba al lama hacia delante con zancadas largas y sueltas, como las de un camello. Iba enfrascado en su meditación, chasqueando su rosario mecánicamente.

Siguieron por el camino rural, desgastado y lleno de surcos, que corría a través de la llanura entre las grandes arboledas de mangos de un verde oscuro; la línea de las cumbres nevadas de los Himalayas era apenas visible hacia el este. La India entera estaba trabajando en los campos, con las ruedas de los pozos de agua crujiendo, los gritos de los hombres arando detrás de su ganado y el clamor de los cuervos. Incluso el poni sintió la influencia positiva e inició casi un trote cuando Kim puso la mano sobre la correa de piel del estribo.

—Me arrepiento de no haber dado una rupia para el templo —dijo el lama en la última cuenta de las ochenta y una.

El viejo soldado refunfuñó para sus barbas, de modo que, por primera vez, el lama notó su presencia.

—¿Busca también el río? —dijo, dándose la vuelta.

—El día es nuevo —fue la réplica—. ¿Qué necesidad hay de un río salvo para abreviar a los animales antes de la caída del sol? Vengo a mostraros un atajo a la Gran Carretera.

—Esta es una cortesía para ser recordada, oh hombre de buena voluntad. ¿Pero por qué la espada?

El viejo soldado parecía tan azorado como un niño al que pillaran en su

juego de fantasías.

—La espada —dijo, tanteándola—. Oh, fue por capricho, el capricho de un viejo. Ciertamente según las órdenes de la policía, ningún hombre debe llevar armas en el Indostán, pero —se animó y palmeó la empuñadura— todos los alguaciles de por aquí me conocen.

—No es un buen capricho —dijo el lama—. ¿Qué aprovecha matar hombres?

—Muy poco, ya lo sé; pero si no se matara a los hombres malvados de vez en cuando, no sería un buen mundo para soñadores desarmados. No hablo por hablar, he visto la tierra desde Delhi hacia el sur bañada de sangre.

—¿Qué locura fue esa?

—Sólo los dioses, que enviaron la plaga, lo saben. Un delirio se apoderó de todo el Ejército y los soldados se volvieron contra sus oficiales. Ese fue el primer mal, aún así hubiera tenido remedio si se hubieran detenido ahí. Pero los rebeldes decidieron matar a las mujeres y a los niños de los sahibs. Entonces vinieron los sahibs de allende del mar y les ajustaron las cuentas con severidad.

—Hace mucho tiempo me llegó un rumor sobre eso, creo. Lo llamaron el Año Negro, si bien recuerdo.

—¿Qué vida has llevado para no conocer el Año Negro? ¡Un rumor! ¡La tierra entera se enteró y tembló!

—Nuestra tierra nunca tembló, excepto una vez, el día en que el Excelso recibió la Iluminación.

—¡Umph! Yo por lo menos vi Delhi temblar y Delhi es el ombligo del mundo.

—¿Así que se volvieron contra las mujeres y los niños? Esa fue una mala acción, cuyo castigo es inevitable.

—Muchos lo intentaron, pero con poco provecho. Yo estaba entonces en un regimiento de caballería. Se deshizo. De seiscientos ochenta sables fueron leales a la mano que les daba el pan... ¿cuántos crees? Tres. Yo fui uno de ellos.

—Aún mayor el mérito.

—¡Mérito! Eso no se consideraba un mérito en aquellos días. Mi gente, mis amigos, mis hermanos se apartaron de mí. Decían: «La época del inglés se ha acabado. Deja que cada uno se haga con un pedazo de tierra para sí». Pero había hablado con los hombres de Sobraon, de Chilianwallah, de Moodkee y de Ferozeshah. Les dije: «Esperad un poco y el viento cambiará de nuevo.

Estas acciones están malditas». En aquellos días cabalgué setenta millas con una memsahib inglesa y su bebé en mi montura. (¡Wow! ¡Aquel era un caballo digno de un hombre!). Los puse a salvo y regresé junto a mi oficial, el único de nuestros cinco al que no mataron. «Deme trabajo», le dije, «porque soy un descastado entre mi gente y la sangre de mi primo humedece mi sable». «Puedes estar satisfecho», dijo él. «Hay un gran trabajo por delante. Cuando pase esta locura, habrá una recompensa».

—Ay, ¿de veras hay una recompensa cuando se acaba la locura? —murmuró el lama mitad para sí.

—En aquellos días no se daban medallas a todos los que habían oído un disparo por casualidad. ¡No! Tomé parte en diecinueve batallas encarnizadas, en cuarenta y seis escaramuzas a caballo y en cantidad de pequeñas refriegas. Recibí nueve heridas, una medalla, cuatro barras y la condecoración de una Orden, porque mis capitanes, que ahora son generales, me recordaron cuando la Kaisar-i-Hind cumplió cincuenta años de reinado y todo el pueblo lo celebró. Dijeron: «Dadle la Orden de la India británica». La llevo ahora al cuello. Tengo también mi jaghir (terreno), concedido por el Estado, un regalo para mí y los míos. Los hombres de aquellos tiempos son ahora comisionados, vienen a verme a caballo entre las cosechas, bien estirados para que todo el pueblo los vea, y hablamos sobre las viejas batallas, el nombre de un muerto nos lleva al siguiente.

—¿Y después? —preguntó el lama.

—Oh, después se van, pero no antes de que el pueblo los haya visto.

—¿Y al final qué harás?

—Al final moriré.

—¿Y después?

—Que los dioses lo decidan. Nunca les he fastidiado con oraciones. No creo que me molesten. Mira, he notado en mi larga vida que a aquellos que interrumpen constantemente a los de arriba con quejas y cuentos y gritos y lloros, ahora son reclamados con rapidez, como nuestro coronel solía mandar llamar a los campesinos de lengua suelta que hablaban demasiado. No, nunca he agobiado a los dioses. Se acordarán de ello y me darán un sitio tranquilo donde pueda clavar mi lanza a la sombra y esperar a mis hijos para darles la bienvenida: Tengo tres, ni más ni menos, todos comandantes ressaltar en los regimientos.

—Y ellos igualmente, atados a la Rueda, pasan de una vida a otra, de una desesperación a otra desesperación —dijo el lama por lo bajo—, febriles, intranquilos y codiciosos.

—Sí —dijo el viejo soldado soltando una risita—. Tres comandantes resaldar en tres regimientos. Un poco jugadores, pero yo también lo soy. Tienen que tener buenas monturas; y no se pueden tomar caballos como uno tomaba mujeres en los viejos tiempos. Bien, bien, mi terreno puede pagarlo todo. ¿Qué creéis? Es una franja bien regada, pero mis campesinos me engañan. No sé cómo conseguir algo de ellos si no es a punta de lanza. ¡Ugh! Me pongo furioso, les maldigo y ellos fingen arrepentimiento, pero a mis espaldas sé que me llaman «viejo mono desdentado».

—¿Nunca has deseado otra cosa?

—¡Sí, sí, mil veces! Una espalda derecha y una rodilla que doble bien de nuevo; una muñeca rápida y una vista aguda; y la sustancia que hace a un hombre. ¡Oh, los viejos tiempos, la época dorada de mi fuerza! —Esa fuerza es debilidad.

—Se ha convertido en eso; pero hace cincuenta años habría demostrado lo contrario —replicó el viejo soldado, clavando el borde del estribo en el flanco magro del poni.

—Pero yo conozco un río muy curativo.

—He bebido agua del Ganges hasta llegar casi a la hidropesía. Todo lo que me trajo fue una diarrea y ninguna fuerza.

—No es el Ganges. El río que conozco lava todo rastro de pecado. Cuando uno alcanza la orilla opuesta tiene la liberación asegurada. No conozco tu vida, pero tu cara es la de alguien honrado y cortés. Tú te has mantenido en tu camino, brindando fidelidad cuando era difícil hacerlo en aquel Año Negro del cual recuerdo ahora otras historias. Entra ahora en la Senda Media, que es la de la liberación. Escucha la Ley Más Excelsa y no persigas sueños.

—Habla pues, viejo —sonrió el soldado, medio saludando—. A nuestra edad todos parloteamos con gusto.

El lama se agachó bajo un mango cuya sombra componía un tablero de ajedrez sobre su cara; el soldado estaba sentado tieso sobre el poni y Kim, tras asegurarse de que no había ninguna serpiente, se acurrucó en el hueco de unas raíces retorcidas.

Al calor del sol se oía un somnoliento runrún de vida, el zureo de las palomas y un rumor adormecido de ruedas de pozos por los campos. El lama empezó despacio y con tono grave. Al cabo de diez minutos el viejo soldado desmontó del poni para escuchar mejor lo que decía y se sentó con las riendas enroscadas alrededor de la muñeca. La voz del lama vaciló, las pausas se alargaron. Kim estaba distraído mirando una ardilla gris. Cuando el pequeño bulto de pelo revuelto, molesto por la intrusión y bien agarrado a la rama,

desapareció, el predicador y la audiencia estaban profundamente dormidos, la cabeza del viejo oficial, de rasgos marcados, descansaba sobre su brazo, la cabeza del lama reposaba contra el tronco del árbol, donde destacaba como si fuera marfil amarillo. Un niño desnudo llegó trastabillando, se quedó mirándoles y movido por una especie de impulso respetuoso, hizo un solemne gesto de obediencia ante el lama, pero era tan pequeño y rollizo que al inclinarse volcó de lado y Kim se rio de sus piernas regordetas pataleando en el suelo. El niño, asustado y ofendido, se echó a llorar a pleno pulmón.

—¡Hai! ¡Hai! —exclamó el soldado, levantándose de un salto—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué órdenes?... ¡Es... un niño! Soñaba que era una alarma. Pequeño, pequeño, no llores. ¿Me he dormido? ¡Pero qué descortesía la mía!

—¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! —chillaba el niño.

—¿De qué tienes miedo? ¿De dos hombres y un chico? ¿Cómo vas a llegar a soldado, pequeño príncipe?

El lama se había despertado también, pero, sin prestar atención al niño de forma directa, chasqueaba su rosario.

—¿Qué es eso? —preguntó el chiquillo, frenando en seco a mitad de un berrido—. Nunca he visto esa cosa. Dámela.

—Aha —recitó el lama sonriendo y arrastrando el rosario por la hierba:

Esto es un puñado de cardamomos,

Esto es un poco de ghi:

Esto es mijo y chiles y arroz,

¡Un festín para ti y para mí!

El pequeño chilló de contento e intentó agarrar las cuentas oscuras y brillantes.

—¡Oho! —dijo el viejo soldado—. ¿De dónde has sacado esa canción, tú que desprecias este mundo?

—La aprendí en Pathânkot, sentado ante una puerta —explicó el lama azorado—. Es bueno ser amable con los niños pequeños.

—Si bien recuerdo, antes de que nos diera el sueño, me dijiste que el matrimonio y la procreación oscurecían la luz verdadera, que eran obstáculos en la Senda. ¿En tu tierra caen los niños del cielo? ¿Es esa la Senda, cantarles canciones?

—Ningún hombre es perfecto —dijo el lama con gravedad, enroscando el rosario—. Corre con tu madre ahora, pequeño.

—¡Lo oyes! —le dijo el soldado a Kim—. Se avergüenza porque ha hecho feliz a un niño. Contigo se perdió un buen hombre de familia, hermano. ¡Hai niño! —El viejo le arrojó una moneda de una paisa—. Los dulces son siempre dulces. —Y cuando la diminuta figura se alejó dando brincos bajo la luz del sol, añadió—: Crecen y se hacen hombres. Santo, siento haberme dormido en medio de tu plegaria. Perdóname.

—Somos dos hombres viejos —dijo el lama—. La culpa es mía. Escuché tu charla sobre el mundo y sus locuras y una falta condujo a la otra.

—¡Pero le oyes! ¿Qué daño han sufrido tus dioses porque hayas jugado con un niño? Y la canción estuvo bien cantada. Sigamos el camino y te cantaré la canción de Nikal Seyn frente a Delhi, una vieja canción. Y continuaron la marcha abandonando la sombra de la arboleda de mangos; la voz alta y aguda del hombre resonó por los campos mientras, en una serie de quejidos profundos, iba narrando la historia de Nikal Seyn (Nicholson), la canción que, todavía hoy, cantan los hombres del Punjab. Kim estaba entusiasmado y el lama escuchaba con profundo interés.

—¡Ahi! Nikal Seyn está muerto, ¡murió frente a Delhi! Lanzas del norte, tomad venganza por Nikal Seyn. —Con voz trémula desgranó la canción hasta el final, marcando los quiebros sobre el lomo del poni con la hoja de su espada.

—Y ahora llegamos a la Gran Carretera —dijo, tras recibir los elogios de Kim porque el lama se mantenía marcadamente silencioso—. Hace mucho tiempo desde la última vez que cabalgué por este camino, pero lo que el chico contó me animó. Mira, hombre santo, la Gran Carretera es la columna vertebral del Indostán. La mayor parte está a la sombra, como aquí, con cuatro filas de árboles; la parte central de la carretera, de buen piso duro, se reserva para el tráfico rápido. En la época anterior a los trenes, los sahibs viajaban por ella a cientos, arriba y abajo. Ahora sólo hay carros del campo y demás. A la derecha y a la izquierda las carreteras tienen más baches y son para los carros pesados de grano, algodón, madera, forraje, cal y cuero. Un hombre viaja seguro por aquí porque cada pocos koss hay una comisaría. Los policías son unos ladrones y unos chantajistas (yo haría patrullar el camino con una caballería, algunos reclutas jóvenes bajo el mando de un capitán enérgico), pero al menos no toleran rivales. Por aquí circulan todas las castas y todo tipo de gente. ¡Mira! Brahmanes y chumares, banqueros y caldereros, barberos y bunnias, peregrinos y alfareros, todo el mundo yendo y viniendo. A mí se me parece a un río del que yo hubiera sido arrojado como un tronco tras una riada.

Y verdaderamente la Grand Trunk Road ofrece un espectáculo maravilloso. Corre recta, soportando sin atascos el tráfico de la India a lo largo de unas mil quinientas millas, un río de vida tal como no existe en ningún otro

lugar del mundo. Contemplaron la extensión de arcos verdes, moteada de sombras, la blanca anchura punteada de gente que caminaba lentamente y, del otro lado, la comisaría de dos habitaciones.

—¿Quién lleva armas contraviniendo la ley? —gritó un alguacil sonriente cuando echó la vista encima a la espada del soldado—. ¿No basta la policía para eliminar a los malhechores?

—Precisamente a causa de la policía la compré —fue la respuesta—. ¿Va todo bien en el Indostán?

—Va todo bien, sahib rissaldar.

—Mira, soy como una tortuga vieja que saca la cabeza desde la orilla y la esconde de nuevo. Sí, esta es la ruta del Indostán. Toda la gente pasa por aquí...

—Hijo de cerdo, ¿está hecha la parte suave de la carretera para que tú te rasques la espalda sobre ella? Padre de todas las hijas de la vergüenza y marido de diez mil sin virtud, tu madre se entregó a un demonio, obligada por su propia madre. ¡Tus tías no tuvieron narices durante siete generaciones! Tu hermana... ¿Quién te dijo descerebrado que atravesaras tus carros en la carretera? ¿Una rueda rota? ¡Entonces toma también una cabeza rota y junta las dos!

La voz y el restallar feroz de un látigo venían de una columna de polvo a cincuenta yardas de distancia, donde un carro se había roto. Una yegua kathiawar delgada y alta, con los ojos y los ollares congestionados, salió disparada del bloqueo, resoplando y sacudiéndose, mientras su jinete la espoleaba por la carretera en persecución de un hombre que gritaba. El jinete era alto y de barba gris, y montaba el animal casi enloquecido como si fuera una parte de él, azotando a su víctima con precisión científica entre brinco y brinco del caballo. La cara del viejo se iluminó con orgullo.

—¡Mi hijo! —dijo simplemente, e intentó dirigir el cuello del poni hacia el ángulo conveniente.

—¿Voy a ser golpeado delante de la policía? —chilló el carretero—. ¡Justicia! Quiero justicia...

—¿Tengo que ser detenido por un mono gritando que vuelca diez mil sacos delante de las narices de un caballo joven? Así se arruina a una yegua.

—Dice la verdad. Dice la verdad. Pero ella obedece a su jinete en todo —señaló el viejo. El carretero se metió raudo bajo las ruedas de su carro y desde allí amenazó con toda suerte de venganzas.

—Tus hijos son hombres fuertes —dijo el policía imperturbable, hurgándose entre los dientes.

El jinete lanzó un último y sañudo chasquido con su látigo y llegó a medio galope.

—¡Padre mío! —tiró de las riendas haciendo recular a la yegua unas diez yardas y desmontó.

El viejo desmontó del poni en un instante y se abrazaron como hacen padre e hijo en Oriente.

Capítulo 4

La buena suerte jamás es una dama,

Sino la más despreciable de las rameras,

Libertina, traviesa e inestable,

Terca si la arrastras o la empujas.

La saludas, ¡ella llama a gritos a un extraño!

Te la encuentras, ¡ella se apura para marcharse!

La abandonas porque sólo es una arpía

¡Y la muy pendona viene a tirarte de la manga!

¡Generosa! ¡Generosa, oh Fortuna!

Da o retén, a tu antojo.

Si no me preocupo de la Fortuna,

¡Ella tiene que seguirme a pesar de ello!

Los pozos de los deseos

Luego, bajando la voz, padre e hijo se pusieron a charlar. Kim fue a descansar bajo un árbol, pero el lama le tiró del codo con impaciencia.

—Continuemos el camino. El río no está aquí.

—¡Hai mai! ¿No hemos caminado suficiente por un rato? Nuestro río no se escapará. Paciencia y él nos dará una limosna.

—Este —dijo el viejo soldado de repente— es el Amigo de las Estrellas. Me trajo ayer las noticias. Después de haber visto al Hombre mismo, en una visión, dando órdenes para la guerra.

—¡Hm! —dijo su hijo desde lo profundo de su ancho pecho—. Oyó un rumor de bazar y le sacó provecho.

Su padre se rio.

—Por lo menos no cabalgó hasta mí para pedirme un nuevo caballo para la

batalla y los dioses saben cuántas rupias. ¿Están también los regimientos de tus hermanos bajo órdenes?

—No lo sé. Tomé un permiso y vine a ti rápidamente en caso...

—En caso de que ellos vinieran antes que tú a pedirme. ¡Oh jugadores y derrochadores, todos vosotros! Pero tú todavía no has cabalgado en una carga. Ahí se necesita verdaderamente un buen caballo, un buen ayudante y también un buen poni para la marcha. Ya veremos, ya veremos —dijo tamborileando sobre el pomo.

—No es el lugar para sacar cuentas, padre. Vámonos a tu casa.

—Entonces al menos paga al chico. No tengo una paisa conmigo y traje noticias de buen augurio. ¡Ho! Amigo de todo el Mundo, una guerra se acerca como tú has dicho.

—Nay, por lo que sé, es la guerra —replicó Kim con compostura.

—¿Eh? —dijo el lama, pasando sus cuentas, ansioso de retomar el camino.

—Mi maestro no molesta a las estrellas por encargo. Trajimos las noticias, tú eres testigo, trajimos las noticias y ahora nos vamos. —Con disimulo Kim curvó la mano de lado.

El hijo lanzó una moneda de plata a la luz del sol, rezongando algo sobre mendigos y charlatanes. Era una moneda de cuatro annas y les daría bien de comer durante unos cuantos días. El lama, viendo el brillo del metal, canturreó una bendición.

—Sigue tu camino, Amigo de todo el Mundo —dijo el viejo soldado con voz aguda, haciendo girar su flaca montura.

—Por una vez en mi vida, he conocido a un verdadero profeta que no estaba en el Ejército.

Padre e hijo dieron la vuelta juntos: el viejo montado tan derecho como el joven.

Un alguacil punyabí con pantalones de lienzo amarillo cruzó la carretera arrastrando los pies. Había visto volar la moneda.

—¡Alto! —gritó en un inglés oficioso—. No sabes que hay un takkus de dos annas por cabeza, lo que hace cuatro, para aquellos que entran en la ruta desde esta parte. Es la orden del Sirkar, y el dinero se gasta en plantar árboles y en la mejora de los caminos.

—Y en los estómagos de la policía —dijo Kim, poniéndose fuera del alcance de su brazo—. Piensa un instante, cabeza de chorlito. ¿Crees que hemos salido del charco más cercano como la rana de tu suegro? ¿Has oído

alguna vez el nombre de tu hermano?

—¿Y quién era ese? Deja al chico en paz —le dijo un alguacil más viejo, muy divertido por la escena, mientras se agachaba en la veranda para fumar su pipa.

—Cogió una etiqueta de una botella de belaittee-pani (agua de soda) y, pegándola en un puente, recolectó impuestos durante un mes de aquellos que pasaban, diciendo que eran órdenes del Sirkar. Luego vino un inglés y le rompió la cabeza. ¡Ah, hermano, yo soy un cuervo de ciudad, no de pueblo!

El policía se retiró avergonzado y Kim le silbó desde la carreta.

—¿Hubo alguna vez un discípulo como yo? —gritó alegremente al lama—. El mundo entero te habría despojado hasta los huesos antes de alejarte diez millas de Lahore si yo no te hubiera protegido.

—Me pregunto todavía a veces si eres un espíritu o un pequeño demonio malicioso —dijo el lama, sonriendo con calma.

—Yo soy tu chela. —Kim ajustó su paso al del lama, esa indescriptible zancada de los vagabundos de largas distancias por todo el mundo.

—Ahora caminemos —murmuró el lama, y siguiendo el chasquido del rosario caminaron en silencio milla tras milla. El lama, como de costumbre, iba sumido en su meditación, pero los ojos brillantes de Kim estaban bien abiertos. Este ancho y sonriente río de vida, pensaba Kim, era una mejora enorme en comparación con las calles de Lahore, angostas y atestadas. A cada paso había gente y vistas nuevas, castas que él conocía y castas con las que nunca se había tropezado.

Se encontraron con un tropel de sansis de pelo largo y olor penetrante con cestas a la espalda que contenían lagartos y otros alimentos impuros, sus perros enjutos olisqueando a sus talones. Esta gente se mantenía en la misma parte de la carretera, avanzando con un trotecillo rápido y furtivo y todas las otras castas les dejaban mucho sitio para pasar porque el sansi conlleva una gran impureza. Tras ellos, por entre las densas sombras, caminaba con las piernas rígidas y separadas un tipo recién salido de prisión, todavía con el recuerdo de los grilletes; el estómago lleno y la piel brillante probaban que el Gobierno alimentaba a sus prisioneros mejor de lo que muchos hombres honrados podían alimentarse a sí mismos. Kim conocía bien ese andar e hizo una broma pesada sobre ello al pasar. Luego los adelantó a grandes zancadas un akali, un devoto sij de ojos y pelo salvajes, con las ropas de cuadros azules de su fe, unos discos de acero pulido brillaban en el cono de su alto turbante azul; volvía de una visita a uno de los Estados sijs independientes, donde había estado cantando las antiguas glorias de khalsa a jóvenes príncipes con botas altas y pantalones de pana blancos, educados en colegios ingleses. Kim se

guardó de irritar a ese hombre porque los akali tienen mal genio y mano rápida. Aquí y allá se encontraban con, o eran adelantados por, grupos de pueblos enteros vestidos con colores alegres, de camino a alguna feria local; las mujeres, con sus niños en la cadera, andando tras los hombres; los niños mayores, encaramados a palos de caña de azúcar, arrastraban toscos modelos de locomotoras de hojalata como los que se vendían por medio penique o dirigían rayos de sol a los ojos de sus mayores con espejos baratos. Bastaba un vistazo para saber lo que cada uno había comprado y, por si hubiera alguna duda, sólo se necesitaba observar a las mujeres comparando, brazo moreno contra brazo moreno, sus nuevos brazaletes de cristal opaco fabricados en el Noroeste. Estos festivos caminantes iban despacio, llamándose unos a otros a voces y parándose para regatear con los vendedores de dulces o para orar ante alguno de los altares del camino, a veces hindú, a veces musulmán, que las castas bajas de ambos credos compartían con admirable imparcialidad. Una línea gruesa y azul, que subía y bajaba como la espalda de una oruga con prisas, se acercaba ondulando a través del polvo en suspensión y pasó al trote entre un coro de carcajadas. Se trataba de un grupo de changars —las mujeres que habían tomado a su cargo todos los terraplenes de todos los trenes del norte—, un clan de acarreadoras de tierra con pies planos, pecho grande, muslos fuertes y enaguas azules, apresurándose hacia el norte al enterarse de un trabajo y sin perder tiempo por el camino. Estas mujeres pertenecen a la casta cuyos hombres no cuentan y caminaban con los codos doblados, las caderas contoneantes y las cabezas erguidas, típico en las mujeres que suelen llevar grandes pesos sobre la cabeza. Un poco más tarde la comitiva de una boda irrumpía en la Gran Carretera con música, gritos y un perfume de caléndulas y jazmín más fuerte incluso que el hedor del polvo. Uno podía ver el palanquín de la novia, una mancha de rojo y oropel, oscilando a través de la neblina, mientras que el poni enquirnaldado del novio se volvía a un lado para darle un bocado al heno de una carreta que pasaba. Después Kim se unió al fuego cruzado de buenos deseos y chistes malos, augurando a la pareja cientos de hijos y ninguna hija, como en el dicho. Aún era más interesante y más motivo de jolgorio cuando algún juglar errante con un par de monos medio amaestrados, o con un oso enclenque y jadeante, o con una mujer con unos cuernos de cabra atados a los pies y bailando así sobre una cuerda floja, hacía callar a los caballos y arrancaba a las mujeres un grito profundo de asombro.

El lama nunca levantaba los ojos. No vio al prestamista en su poni de cuartos traseros flojos, corriendo a recoger sus crueles intereses; o al pequeño tropel de soldados nativos de permiso, todavía en formación militar, gritando a todo pulmón, contentos de haberse liberado de los pantalones de uniforme y de las polainas y soltando los requiebros más ultrajantes a la vista de las mujeres más respetables. Se perdió incluso al vendedor de agua del Ganges, aunque que Kim esperaba que comprara al menos una botella del precioso

líquido. El lama miraba fijamente al suelo y caminaba sin parar, hora tras hora, con el alma ocupada en otro sitio. Pero Kim se encontraba en el séptimo cielo. La Gran Carretera estaba construida en ese punto sobre un terraplén para prevenir las riadas de invierno que bajaban de las montañas, así que, de hecho, uno caminaba un poco por encima del terreno, a lo largo de un corredor imponente, viendo a toda la India desplegada a derecha e izquierda. Era estupendo observar los numerosos carros de grano y de algodón tirados por yuntas de bueyes, desplazándose por las carreteras del campo; uno podía oír a una milla de distancia sus ejes quejumbrosos acercándose hasta que con gritos, alaridos y juramentos subían el desnivel para desembocar en la dura carretera principal, un carretero insultando al otro. Era igualmente magnífico contemplar a la gente, grumos pequeños de rojo y azul y rosa y blanco y azafrán, desviándose a un lado para ir hacia su propio pueblo, dispersándose y volviéndose más pequeños a través de la llanura, de dos en dos o de tres en tres. Kim sentía todas estas emociones, aunque no podía expresar sus sentimientos, por lo que se contentaba comprando caña de azúcar pelada y escupiendo la médula en abundancia a un lado y a otro del camino. De vez en cuando, el lama tomaba una pizca de rapé y, al final, Kim no pudo soportar más el silencio.

—¡Esta es una buena tierra, la tierra del sur! —dijo—. El aire es bueno; el agua es buena. ¿Eh?

—Y todos están atados a la Rueda —dijo el lama—. Atados una vida tras otra. A ninguno de ellos les ha sido revelada la Senda. —Y se forzó a sí mismo a volver a este mundo.

—Y ahora hemos hecho un camino agotador —dijo Kim—. Seguramente llegaremos pronto a un parao (un sitio de reposo). ¿Nos quedamos allí? Mira, el sol se está poniendo.

—¿Quién nos recibirá esta noche?

—No hay problema. Esta tierra está llena de buena gente. Además —bajó su voz en un susurro— tenemos dinero.

La multitud se espesó al acercarse al sitio de acampada que marcaba el fin de la jornada. Una línea de tenderetes vendiendo comida muy sencilla y tabaco, una pila de leña para el fuego, una comisaría, un pozo, un abrevadero, unos pocos árboles y, debajo de ellos, un terreno pisoteado y punteado con cenizas de anteriores hogueras, todo ello constituía la señal de un parao en la Gran Carretera; si uno exceptúa los mendigos y los cuervos... ambos hambrientos por igual.

Para entonces el sol trazaba amplios radios dorados a través de las ramas bajas de los árboles de mango; los periquitos y las palomas volvían a

centenares a sus nidos; las siete hermanas de dorso gris charloteaban sobre las aventuras del día, moviéndose hacia adelante y hacia atrás en grupos de dos y de tres, casi bajo los pies de los viajeros; el revuelo y las trifulcas en las ramas indicaban que los murciélagos se preparaban para hacer la ronda nocturna. Rápidamente la luz se concentró en un punto y pintó por un instante los rostros, las ruedas de los carros y los cuernos de los bueyes de rojo sangre. Luego cayó la noche, transformando la caricia del aire, corriendo un velo de niebla uniforme y fina como una gasa azul sobre el rostro de la tierra y realzando el olor punzante y distintivo de la madera ardiendo, del ganado y del excelente aroma de las tortas de trigo preparadas sobre las cenizas. La patrulla de la tarde se apresuró a salir de la comisaría con carraspeos de importancia y dando órdenes reiteradas; a un lado del camino brillaba una piedra roja de carbón encendida en la cazoleta del narguile de un carretero mientras los ojos de Kim miraban mecánicamente el último destello del sol sobre las pinzas de latón.

A pequeña escala, la vida del parao era muy parecida a la del caravasar de Cachemira. Kim se sumergió en el feliz desorden asiático que, si se le da tiempo, le dará a un hombre todo lo que necesita.

Las necesidades de Kim eran pocas porque, como el lama no tenía escrúpulos de casta, era suficiente la comida cocinada en el tenderete más cercano; pero, por tener un poco de lujo, Kim compró un montón de tortas de boñiga seca para hacer fuego. Alrededor, yendo y viniendo en torno a las pequeñas llamas, los hombres gritaban pidiendo aceite, o grano, o dulces, o tabaco, empujándose unos a otros mientras esperaban su turno en el pozo; y por debajo de las voces masculinas, provenientes de carros parados y cerrados, se oían los chillidos agudos y las risitas sofocadas de mujeres cuyas caras no debían ser vistas en público.

Hoy en día, los nativos educados son de la opinión de que cuando sus mujeres viajan, y ellas hacen muchas visitas, es mejor llevarlas rápido en tren, en un compartimento reservado y con cortinas; y esta costumbre se está extendiendo. Pero siempre hay los de la vieja escuela que siguen las costumbres de sus ancestros; y, sobre todo, siempre están las mujeres viejas, más conservadoras que los hombres, quienes hacia el final de sus días emprenden peregrinajes. Ya marchitas y no deseables, no tienen problemas para ir sin velo en ciertas circunstancias. Tras su larga reclusión, durante la cual siempre mantuvieron contacto con mil asuntos del exterior, a estas mujeres les encanta el jaleo y la agitación del camino abierto, las reuniones en los altares y las infinitas posibilidades de comadreo con otras ancianas, viudas como ellas. Muchas veces a una familia que la haya sufrido largo tiempo le conviene que la vieja señora de lengua afilada y voluntad de hierro corree por la India de esta forma porque, en verdad, a los dioses les son gratos los

peregrinajes. En consecuencia, por toda la India, de los lugares más remotos a los más públicos, uno encuentra algún corrillo de sirvientes canosos al servicio, simbólico, de una vieja dama que está más o menos protegida por cortinas y en un carro de bueyes. Estos hombres son serios y discretos, y cuando un europeo o un nativo de casta alta está cerca, envolverán el objeto de sus cuidados con las más elaboradas precauciones; pero en las ocasiones normalmente azarosas de un peregrinaje no hay tantos miramientos. La vieja dama es, después de todo, profundamente humana y disfruta observando la vida.

Kim reparó en un carro de bueyes familiar, un rath, alegremente decorado con un baldaquín bordado de doble cúpula, como un camello de dos jorobas, que acababa de entrar en el parao. Ocho hombres formaban la comitiva y dos de ellos estaban armados con sables herrumbrosos —señal segura de que acompañaban a una persona distinguida porque el pueblo llano no lleva armas—. De detrás de las cortinas salía un creciente chorro de quejas, órdenes y burlas, en lo que un europeo consideraría un lenguaje soez. Ahí había seguro una mujer acostumbrada a mandar.

Kim contemplaba con ojo crítico al séquito. La mitad de ellos eran uryas de las llanuras, de piernas delgadas y barba gris. La otra mitad eran hombres de las montañas del norte, con ropajes de lana gruesa y sombreros de fieltro. La mezcla revelaba su propia historia, incluso aunque no hubiera oído las disputas incesantes entre las dos facciones. La vieja dama iba hacia el sur para hacer una visita, probablemente a ver a algún pariente rico, más probablemente a un yerno, el cual habría enviado la escolta como señal de respeto. Los montañeses pertenecerían a la gente de la dama, habitantes de Kulu o de Kangra. Estaba bastante claro que no llevaba consigo a una hija para casarla, si no, las cortinas estarían bien atadas y el centinela no permitiría a nadie acercarse al carro. Una dama divertida y de carácter, pensó Kim, balanceando la torta de boñiga en una mano, la comida preparada en la otra, y conduciendo suavemente al lama con el hombro. Algo podría resultar del encuentro. El lama no colaboraría, pero, como chela responsable, Kim estaba encantado de mendigar por los dos.

Hizo su fuego tan cerca del carro como se atrevió, esperando que uno de la escolta le mandara largarse de allí. El lama se dejó caer al suelo pesadamente, como se encogería un murciélago que hubiera comido mucha fruta y volvió a su rosario.

—¡Mantente lejos de aquí, mendigo! —La orden fue dada por uno de los montañeses en un indostaní malo.

—¡Huh! Es sólo un pahari (un montañés) —dijo Kim por encima del hombro—. ¿Desde cuándo los burros de las montañas poseen todo el

Indostán?

La réplica fue un rápido y brillante esbozo de los antepasados de Kim de tres generaciones en adelante.

—¡Ah! —la voz de Kim era más dulce que nunca mientras rompía las tortas de boñiga en trozos convenientes—. En mi tierra le llamamos a esto el comienzo de un cuchicheo amoroso.

Una risita fina y estridente detrás de las cortinas incitó al montañés a mostrar su valía en una segunda andanada.

—Nada mal, pero que nada mal —dijo Kim con calma—. Pero ten cuidado, hermano, no se nos vaya a ocurrir, nos, digo, echarte una maldición o algo parecido, en respuesta. Y nuestras maldiciones tienen la virtud de hacer diana.

Los uryas rieron; el montañés se adelantó de forma amenazadora. De repente el lama levantó la cabeza, quedando su gran gorro a la luz de la hoguera recién encendida por Kim.

—¿Qué es esto? —dijo.

El hombre se paró como si se hubiera convertido en piedra.

—Yo... yo... me he salvado de un gran pecado —tartamudeó.

—El extranjero ha encontrado uno de sus sacerdotes al final —susurró uno de los uryas.

—¡Hai! ¿Por qué no habéis dado un buena tunda a ese mocosos lenguaraz? —chilló la vieja mujer.

El montañés retrocedió hacia el carro y susurró algo a la cortina. Hubo un silencio de muerte, luego un murmullo.

—Esto va bien —pensó Kim, fingiendo que ni oía ni veía.

—Cuando... cuando... él haya comido —el montañés se dirigió a Kim con humildad— se... se ruega al hombre santo que tenga la bondad de conversar con alguien que quiere hablar con él.

—Después de haber comido, dormiré —contestó Kim con altivez. No podía discernir claramente qué giro había tomado el juego, pero estaba decidido a sacar beneficio de ello—. Ahora le llevaré su comida. —La última frase, dicha en alto, acabó en un suspiro como de agotamiento.

—Yo... yo mismo y el resto de mi gente nos ocuparemos de ello, si se nos permite.

—Se os permite —dijo Kim más altanero que nunca—. Santo, esta gente

nos traerá comida.

—La tierra es buena. Toda la tierra del sur es buena... un mundo grande y terrible —musitó somnoliento el lama.

—Déjale dormir —dijo Kim—, pero encárgate de que coma bien cuando se despierte. Es un hombre muy santo.

De nuevo uno de los uryas dijo algo con desdén.

—Él no es un faquir. No es un mendigo de la llanura —continuó Kim con severidad, dirigiéndose a las estrellas—. Es el más santo de los santos. Está por encima de todas las castas. Yo soy su chela.

—¡Ven aquí! —dijo la voz seca y aguda tras la cortina; Kim se acercó, consciente de que unos ojos que él no podía ver le miraban fijamente. Un dedo moreno y huesudo, lleno de anillos, se posó sobre el borde del carro y la conversación tomó el siguiente derrotero:

—¿Quién es él?

—Un hombre extremadamente santo. Viene de muy lejos. Viene del Tíbet.

—¿De dónde en el Tíbet?

—De más allá de las nieves, de un sitio muy lejano. Conoce las estrellas, hace horóscopos, lee natalicios. Pero no lo hace por dinero. Lo hace por amabilidad y por una gran caridad. Yo soy su discípulo. También me llaman el Amigo de las Estrellas.

—Tú no eres ningún montañés.

—Pregúntaselo. Te dirá que yo le fui enviado por las estrellas para mostrarle la meta de su peregrinaje.

—¡Humph! Fíjate, bribonzuelo, que soy una mujer vieja y para nada tonta. Conozco a los lamas y les reverencio, pero tú tienes tanto de chela obediente como mi dedo de lanza de este carro. Tú eres un hindú sin casta, un mendigo atrevido e insolente, pegado al santo, supongo, para sacar ganancia.

—¿No trabajamos todos para sacar ganancia? —Kim cambió su tono de inmediato para igualar el de la voz alterada—. He oído —esto era un tiro al azar—, he oído...

—¿Qué has oído? —preguntó la anciana con brusquedad, golpeteando con el dedo.

—No lo recuerdo bien, pero alguna habladuría de bazar, mentira sin duda, asegurando que incluso los rajás, los pequeños rajás de las montañas...

—Y sin embargo, de pura sangre rajput.

—Desde luego, de pura sangre. Se comentaba que estos vendían incluso a las más atractivas de sus mujeres por sacar ganancia. En el Sur las venden... a zamindares y gente así de Oudh.

Si hay una cosa en el mundo que los pequeños rajás de montaña nunca admitirán es justamente esta acusación; pero es lo que se cree en los bazares cuando se discute sobre el misterioso tráfico de esclavos en la India. En un susurro tenso e indignado, la vieja dama le explicó a Kim qué tipo y estilo preciso de perverso calumniador era. Si Kim lo hubiera sugerido cuando ella era joven, esa misma noche habría sido aplastado por un elefante. Lo cual era totalmente cierto.

—¡Ahai! Soy sólo un mendigo mocoso, como el Ojo de la Belleza acaba de decir —gimió Kim con un terror exagerado.

—Ojo de la Belleza, ¡válgame el Cielo! ¿Quién soy yo para que tengas que lanzarme galanteos de mendigo? —Aunque sonrió ante el nombre largo tiempo olvidado—. Hace cuarenta años lo hubieran podido decir y con justicia. Sí, incluso hace treinta. Pero por culpa de este vagar de un lado a otro por el Indostán, la viuda de un rey tiene que tropezar con toda la escoria de la tierra y dejar que los mendigos se burlen de ella.

—Gran Reina —dijo Kim apresuradamente porque la sintió temblar de indignación—, soy justamente lo que la Gran Reina dice que soy; pero a pesar de ello mi maestro es santo. Él todavía no conoce la orden de la Gran Reina de...

—¿Orden? ¿Yo ordenar a un santo, a un Maestro de la Ley, que venga y hable con una mujer? ¡Nunca!

—Ten compasión de mi estupidez. Pensé que tu mensaje era una orden...

—No lo fue. Fue una petición. ¿Queda claro?

Una moneda de plata tintineó al borde del carro. Kim la cogió y saludó con un profundo salam. La vieja dama se había dado cuenta de que, en su calidad de ojos y oídos del lama, Kim tenía que ser propiciado.

—No soy más que el discípulo del santo. Cuando haya comido quizás venga.

—¡Oh, tunante, villano y sinvergüenza! —El dedo índice enjorado le apuntó con reprobación; pero se podía oír la risita de la vieja señora.

—Nay, ¿de qué se trata? —dijo Kim, descendiendo a su tono más acariciador y confidencial, al cual, como bien sabía, pocos podían resistirse—. ¿Hay... hay alguna necesidad de un hijo en tu familia? Habla en confianza porque somos sacerdotes... —Esto último era una imitación exacta de un faquir de la Puerta de Taksali.

—¡Nosotros sacerdotes! Tú no eres todavía lo suficientemente mayor para... —interrumpió su broma con otra risa—. Créeme, de vez en cuando, nosotras las mujeres, oh sacerdote, pensamos en otras cosas aparte de los hijos. Además, mi hija ya ha tenido su varón.

—Dos flechas en el carcaj son mejor que una; y tres todavía mejor. —Kim citó el proverbio aclarándose la garganta con gravedad y mirando al suelo en un gesto de discreción.

—Verdad, ¡oh, qué verdad! Pero quizás esto llegue también. En todo caso, estos brahmanes de la llanura no valen para nada. Les envié regalos y donativos y más regalos otra vez e hicieron una profecía.

—¡Ah! —exclamó Kim arrastrando la vocal con un desprecio infinito—, ¡profetizaron! —Un sacerdote profesional no lo habría hecho mejor.

—Y hasta que no imploré a mis propios dioses, mis plegarias no fueron escuchadas. Escogí una hora propicia y... quizás tu santo haya oído hablar del abad de la lamasería de Lung-Cho. Le expuse a él el problema y, fíjate, a su debido tiempo todo sucedió como deseaba. Desde entonces, el brahmán de la casa del padre del hijo de mi hija asegura que fue gracias a sus oraciones, lo cual es un pequeño error que le aclararé en cuanto llegemos al final del viaje. Y después me iré a Bodh Gaya para hacer un shraddha por el padre de mis hijos.

—Allí vamos nosotros también.

—Doblemente propicio —gorjeó alegremente la vieja dama—. ¡Un segundo hijo al menos!

—¡Oh Amigo de todo el Mundo! —El lama se había despertado e inocente como un niño asustado en una cama extraña llamaba a Kim.

—¡Voy! ¡Voy, santo! —Kim se precipitó junto a la hoguera, donde encontró al lama ya rodeado por platos de comida, los montañeses contemplándole con visible adoración y los sureños con gesto avinagrado.

—¡Atrás! ¡Retiraos! —gritó Kim—. ¿Es que debemos comer en público como los perros? —Acabaron la comida en silencio, dándose un poco la espalda el uno al otro y Kim la coronó con un cigarrillo liado al estilo de los nativos.

—¿No he dicho cientos de veces que el Sur es una buena tierra? He aquí una mujer virtuosa y de alta cuna, viuda de un rajá de montaña, de peregrinación, según dice, a Bodh Gaya. Ella es la que nos manda estos platos y, cuando hayas descansado bien, quisiera hablar contigo.

—¿Esto es también obra tuya? —El lama hundió los dedos en su tabaquera.

—¿Qué otro ha cuidado de ti desde que empezó nuestro maravilloso viaje?
—A Kim le bailaban los ojos en la cara mientras soltaba el humo rancio por la nariz y se estiraba en el suelo polvoriento—. ¿He fallado en atender a tus necesidades, santo?

—Bendito seas. —El lama inclinó su solemne cabeza—. He conocido a muchos hombres en mi larga vida, y a no pocos discípulos. Pero ninguno de entre los hombres, en caso de que hayas nacido de mujer, me ha llegado al corazón como tú, cuidadoso, listo y cortés; aunque un poco diablillo.

—Y yo nunca he visto un sacerdote como tú. —Kim escrutó arruga por arruga la cara amarilla y benévola—. Hace menos de tres días que tomamos juntos el camino y parece como si fuera hace cien años.

—A lo mejor en una vida anterior se me permitió hacerte algún servicio. A lo mejor —sonrió— te liberé de una trampa; o, después de haberte atrapado con un anzuelo, en la época en la que aún no había alcanzado la Iluminación, te tiré de nuevo al río.

—Quizás —dijo Kim sin inmutarse. Una y otra vez había oído esa especie de especulación de la boca de muchos a quienes los ingleses no hubieran tildado de fantasiosos—. Ahora, en cuanto a esa mujer en el carro de bueyes, yo creo que ella necesita un segundo hijo para su hija.

—Ella no es parte de la Senda —suspiró el lama—. Pero al menos es de las montañas. ¡Ah, las montañas y la nieve de las montañas!

Se levantó y se dirigió a grandes pasos hacia el carro. Kim hubiera dado las orejas por ir también, pero el lama no le invitó, y las pocas palabras que pilló eran en una lengua desconocida porque hablaban algún dialecto de las montañas. La mujer parecía hacer preguntas a las que el lama daba vueltas en su cabeza antes de contestar. De vez en cuando se oía la salmodia cadenciosa de una citación china. Era una escena extraña la que Kim contemplaba con los ojos entrecerrados. El lama, muy erguido y derecho, con los pliegues profundos de su ropaje amarillo marcados en negro a la luz de las hogueras del parao, semejando a un tronco de un árbol nudoso estriado por las sombras del sol que se pone, dirigía la palabra a un rath lacado y con oropeles que brillaba como una joya multicolor en la luz indecisa que le rodeaba. Los estampados de las cortinas bordadas en oro ondulaban, deshaciéndose y recomponiéndose cuando el viento nocturno agitaba y sacudía los pliegues; al hacerse la conversación más seria, el índice enjoyado despedía pequeños destellos de luz de entre los bordados. Detrás del carro había una pared de oscuridad vacilante, salpicada con pequeñas llamas y animada con formas, caras y sombras medio difuminadas. Las voces del anochecer habían descendido hasta un murmullo sedante cuya nota más baja era el constante rumiar de los bueyes sobre la paja segada, y la más alta, el tañido del sitar de una bailarina bengalí. La mayoría

de los hombres habían cenado y chupaban con tal fuerza sus narguiles, que gorgoteaban y gruñían de tal modo que, cuando estaban a toda presión, sonaban como las ranas toro.

Al fin el lama regresó. Un montañés caminaba detrás con un edredón de algodón guateado que extendió con cuidado al lado del fuego.

—Ella se merece diez mil nietos —pensó Kim—. Sin embargo, si no es por mí, estos regalos no habrían venido.

—Una mujer virtuosa... y sabia. —El lama relajó articulación por articulación, como un camello lento—. El mundo está lleno de caridad para aquellos que siguen la Senda. —Y echó una buena mitad de la manta sobre Kim.

—¿Y qué dice ella? —dijo Kim enroscándose en su parte.

—Me preguntó muchas cosas y planteó varios problemas, muchos de ellos eran cuentos necios que había oído a sacerdotes que sirven al mal pretendiendo seguir la Senda. Contesté a algunas preguntas y a otras le dije que eran tonterías. Muchos visten el hábito, pero pocos se mantienen en la Senda.

—Verdad. Es verdad. —Kim usaba el tono reflexivo y conciliador de aquellos que desean sonsacar confidencias.

—Pero para los conocimientos que tiene, esa mujer posee sentido de la integridad. Desea ardientemente que vayamos con ella a Bodh Gaya; si lo he entendido bien, durante varias jornadas del viaje hacia el sur, su camino es el mismo que el nuestro.

—¿Y?

—Un poco de paciencia. A ello le respondí que mi búsqueda estaba ante todo. Ella había oído muchas leyendas estúpidas, pero la gran verdad sobre mi río no la había oído nunca. ¡Así son los sacerdotes de las montañas bajas! Conocía al abad de Lung-Cho, pero no conocía mi río, ni la historia de la flecha.

—¿Y?

—Le hablé entonces de la búsqueda, de la Senda y de cuestiones de provecho; ella deseaba solamente que la acompañara y que rogara por un segundo nieto.

—¡Aha! «Nosotras, las mujeres» no pensamos en otra cosa que no sean niños —parodió Kim adormilado.

—Por eso, como nuestros caminos corren juntos durante un tiempo, no veo que nos apartemos de nuestra búsqueda si la acompañamos, al menos hasta...

he olvidado el nombre de la ciudad.

—¡Ohé! —dijo Kim, dándose la vuelta y hablando en un susurro claro a uno de los uryas que estaba a unas pocas yardas de distancia—. ¿Dónde está la casa de tu amo?

—Un poco más allá de Saharunpore, entre los huertos de frutas. —Y nombró el pueblo.

—Ese era el sitio —dijo el lama—. Hasta ahí, al menos, podemos ir con ella.

—Las moscas van a la carroña —dijo el urya como de pasada.

—Para la vaca enferma, un cuervo; para el hombre enfermo, un brahmán. —Kim recitó el proverbio en tono impersonal, dirigiéndolo hacia las copas en sombra de los árboles por encima de su cabeza.

El urya bufó y guardó silencio.

—¿Entonces nos vamos con ella, santo?

—¿Hay alguna razón en contra? Siempre puedo desviarme a un lado y comprobar todos los ríos por los que cruce la carretera. Ella desea que vaya. Lo desea con vehemencia.

Kim ahogó una risa bajo el edredón. Cuando esta imperiosa vieja dama se hubiera recuperado de su natural temor reverencial por un lama, pensó, a lo mejor el escucharla merecería la pena.

Estaba casi dormido cuando el lama de repente citó un proverbio:

—Los maridos de las charlatanas obtendrán una gran recompensa. — Luego, Kim le oyó aspirar rapé tres veces y se durmió riéndose todavía.

El alba, luminosa como un diamante, despertó a la vez a hombres, cuervos y bueyes. Kim se levantó y bostezó, luego se estiró y se estremeció de contento. Eso era ver el mundo de verdad; esa era la vida que a él le gustaba: animada y gritona, cinchas que abrochar, bueyes que arengar, el crujido de las ruedas, las hogueras encendidas y la preparación de la comida, y nuevas vistas a cada giro del ojo complacido. La bruma de la mañana se iba desgarrando en volutas de plata, los papagayos salieron volando hacia algún río lejano formando bandadas verdes y chillonas; todas las ruedas de los pozos al alcance del oído se pusieron a funcionar. La India estaba despierta y Kim estaba en medio de ella, más despierto y más excitado que nadie, masticando una rama que utilizaba ahora como cepillo de dientes porque él tomaba de aquí y de allá las costumbres de la tierra que conocía y amaba. No había necesidad de preocuparse por la comida... no se necesitaba gastar ni un cauri en los puestos abarrotados de gente. Era el discípulo de un hombre santo anexionado por una

dama anciana y voluntariosa. Todo sería preparado para ellos y cuando fueran invitados respetuosamente a ello, no tendrían más que sentarse y comer. En cuanto a lo demás —Kim se carcajeó en ese punto mientras se limpiaba los dientes— su anfitriona aumentaría aún más la diversión del camino. Inspeccionó los bueyes con ojo crítico cuando llegaron gruñendo y resoplando bajo los yugos. Si fueran muy rápidos, lo cual no era probable, habría un agradable asiento para él a lo largo de la lanza del carro; el lama se sentaría al lado del conductor. La escolta, por descontado, iría a pie. La vieja señora, igualmente por descontado, hablaría sin parar y, por lo que había oído hasta el momento, la conversación sería sabrosa. La mujer ya estaba ordenando, arengando, riñendo, y, todo hay que decirlo, maldiciendo a sus sirvientes por los retrasos.

—Dadle la pipa. En nombre de los dioses, dadle su pipa y parad esa boca maldiciente —gritó un urya, amarrando sus mantas en un montón deforme—. Los loros y ella son iguales. Gritan al alba.

—¡Los bueyes-guía! ¡Hai! ¡Cuidad de los bueyes-guía! —Estos estaban reculando y girando cuando quedaron atrapados por los cuernos en el eje de un carro de grano—. Hijo de búho, ¿adónde vas? —Eso iba dirigido al carretero que sonreía de oreja a oreja.

—¡Ay! ¡Yai! ¡Yai! Esa de ahí dentro es la reina de Delhi que va a rogar por un hijo —replicó el hombre por encima de su gran cargamento—. ¡Sitio a la reina de Delhi y a su primer ministro, el mono gris subiéndose por su propia espada! —Otro carro, cargado con corteza de árbol para una curtiduría del sur, seguía de cerca y su conductor añadió algunos piropos mientras los bueyes del ruth continuaban reculando.

Desde detrás de las agitadas cortinas salió una salva de insultos. No duró mucho, pero en tipo y calidad, en precisión corrosiva y en mordacidad, no tenían parangón con lo que Kim había escuchado hasta entonces. Podía notar el ancho pecho del carretero encogerse por el asombro cuando el hombre hizo un salam reverente hacia la voz, saltó del carro y ayudó al escolta a subir aquel volcán a la carretera principal. En ese momento, la voz se puso a describir con detalle con qué tipo de esposa se había casado y lo que esta estaba haciendo en su ausencia.

—¡Oh, shabash! —murmuró Kim, incapaz de contenerse, mientras el carretero se escabullía.

—Bien hecho, ¿verdad? Es una vergüenza y un escándalo que una pobre mujer no pueda ir a rezar a los dioses sin tener que pechar con toda la basura del Indostán y ser insultada por ella, que tenga que tragar gâli (ofensas) mientras los hombres comen ghi. Pero aún me queda un meneo en la lengua, una o dos palabras bien dichas que vengan al caso. ¡Y todavía estoy sin mi

tabaco! ¿Quién es el tuerto, infeliz, hijo de la vergüenza que todavía no ha preparado mi pipa?

Un montañés le pasó la pipa a toda prisa y un hilo de denso humo saliendo de cada esquina de las cortinas señalaba que la paz se había restablecido.

Si Kim había caminado con orgullo el día anterior como discípulo de un hombre santo, hoy caminaba diez veces más orgulloso en el cortejo de una procesión casi real, con un puesto reconocido bajo el patronazgo de una vieja dama de maneras encantadoras y recursos infinitos. Los hombres de la escolta, con las cabezas cubiertas a la manera nativa, se situaron a ambos lados del carro, arrastrando los pies y levantando enormes nubes de polvo.

El lama y Kim caminaban un poco a un lado; Kim mascando su palo de caña de azúcar y no cediendo el paso a nadie por debajo del estatus de un sacerdote. Podían oír la lengua de la vieja dama chasquear tan regularmente como una descascarilladora de arroz. La anciana pidió a su escolta que le contara lo que estaba sucediendo en la carretera y, tan pronto como estuvieron lejos del parao, abrió las cortinas para atisbar con el velo cubriendo sólo un tercio de su rostro. Sus hombres no la miraban a los ojos directamente cuando ella les dirigía la palabra y así se respetaban más o menos las formas.

Un superintendente de policía del distrito, un inglés de piel cetrina e impecablemente uniformado, pasó al lado montando un caballo fatigado y, viendo por el séquito qué tipo de persona era, la provocó.

—Oh madre —gritó—, ¿se hace así en las zenanas? Supón que un inglés pasara por aquí y viera que no tienes nariz.

—¿Qué? —respondió ella chillando—. ¿Que tu propia madre no tiene nariz? ¿Y entonces por qué pregonararlo a los cuatro vientos?

Fue una buena réplica. El inglés alzó la mano con el gesto de un contrincante tocado en un encuentro de espadas. Ella se rio y asintió.

—¿Es este un rostro para tentar a la virtud? —La anciana retiró el velo por completo y se le quedó mirando.

El rostro no tenía nada de bello, pero al recoger las riendas el hombre la llamó Luna del Paraíso, Molestadora de la Integridad y otros epítetos hiperbólicos que la hicieron retorcerse de risa.

—Este es un nut-cut (granuja) —dijo—. Todos los alguaciles de policía son unos nut-cuts, pero los policíawallahs son los peores. Hai, hijo mío, no has podido aprender todo eso desde que viniste de Belait (Europa). ¿Quién te amamantó?

—Una pahareen, una montañesa de Dalhousie, madre mía. Protege tu belleza bajo una sombra, oh Dispensadora de Delicias —y se alejó.

—Este es el tipo de gente —adoptó un tono de fina crítica y llenó su boca de pan—. Este es del tipo de gente que debe velar por la justicia. Conocen la tierra y sus costumbres. Los otros, los recién llegados de Europa, amamantados por mujeres blancas y habiendo aprendido nuestras lenguas sólo con los libros, son peores que la peste. Perjudican a los reyes. —Luego contó a todo el que quisiera escucharla una larga larga historia sobre un policía joven e ignorante que había molestado a algún pequeño rajá de las montañas, primo suyo en noveno grado, a causa de un asunto trivial de tierras, concluyendo con una cita de un libro no catalogado como piadoso.

Luego cambió de humor y ordenó a uno de su escolta que le preguntara al lama si querría caminar a su lado y discutir asuntos de religión. Así que Kim se quedó en la retaguardia polvorienta y volvió a su caña de azúcar. Durante una hora o más el gorro del lama se divisaba como una luna a través de la bruma; y por lo que él podía oír, Kim comprendió que la vieja señora lloraba. Uno de los uryas se medio disculpó por su grosería de la noche anterior, diciendo que nunca había visto a su señora con un temperamento tan suave y lo achacaba a la presencia del extraño sacerdote. Personalmente, él creía en los brahmanes, a pesar de que, como todos los nativos, era muy consciente de su astucia y avaricia. Sin embargo, cuando los brahmanes irritaron con sus pesadas peticiones a la madre de la esposa de su amo y cuando ella les despidió con cajas destempladas, motivo por el cual ellos maldijeron a todo el séquito (lo que, a su vez, había sido la verdadera causa de que el segundo buey del frente izquierda quedara lisiado y de que la noche anterior una de las varas se rompiera), en ese momento, él estuvo dispuesto a aceptar cualquier sacerdote de cualquier otra secta de dentro o fuera de la India. Kim se mostró de acuerdo con sabios asentimientos de cabeza y pidió al urya que se fijara en que el lama no aceptaba dinero y que el coste de su comida y el de la de Kim sería devuelto cien veces con la buena suerte que aguardaba a la caravana de ahí en adelante. Le contó también historias de la ciudad de Lahore y cantó una canción o dos que hicieron reír a toda la escolta. Como un ratón de ciudad bien familiarizado con las últimas canciones de los compositores más conocidos, la mayoría mujeres, Kim tenía una singular ventaja sobre los hombres de un pequeño pueblo de frutales más allá de Saharunpore, pero dejó que fueran ellos los que lo dedujeran por sí mismos.

Al mediodía se desviaron a un lado del camino para comer y la comida fue buena, abundante y bien servida en platos de hojas limpias, como debía ser, lejos del torbellino de polvo. Dieron las sobras a algunos pedigüenos para que se cumplieran todos los requisitos y se sentaron para fumar cómoda y largamente. La vieja dama se había retirado detrás de las cortinas, pero tomaba parte libremente en la conversación; sus sirvientes discutían con ella y la contradecían, como todos los sirvientes hacen en Oriente. Comparaba el frío y los pinos de las montañas de Kangra y de Kulu con el polvo y los mangos del

sur; contó una historia de algunos dioses locales en los confines de los territorios de su marido, maldijo categóricamente el tabaco que estaba fumando en ese momento, despellejó a todos los brahmanes y especuló sin reservas con la llegada de muchos nietos.

Capítulo 5

Vuelvo aquí de nuevo con los míos...

Alimentado, perdonado, y reconocido de nuevo...

¡Aceptado de nuevo por la carne de mi carne,

Y hermanado de nuevo con la sangre de mi sangre!

El ternero engordado se adereza para mí,

Pero las cascarras tienen más gusto para mí...

Creo que mis cerdos serán lo mejor para mí,

Así que me voy a las porquerizas de nuevo.

El hijo pródigo

Una vez más la cansina comitiva, en hilera y arrastrando los pies, se puso en marcha y la anciana durmió hasta que llegaron al siguiente punto de descanso. Era un recorrido muy corto y faltaba una hora para la puesta del sol, así que Kim se dispuso a buscar algún entretenimiento.

—Pero ¿por qué no te sientas y descansas? —le dijo uno de la escolta—• Sólo los demonios y los ingleses van de aquí para allá sin razón.

—Nunca hagas amistad con el demonio, un mono o un chico. Nadie sabe lo que harán a continuación —dijo su compañero.

Kim les dio la espalda con desdén, no quería oír la vieja historia de cómo el demonio jugó con los chicos y se arrepintió de ello, y paseó ociosamente por el campo.

El lama le siguió. A lo largo de la jornada, siempre que pasaban por una corriente, se había desviado para echarle un vistazo, pero en ninguna ocasión había recibido una señal de que hubiera encontrado su río. Además, de forma imperceptible, el gusto de hablar con alguien en una lengua razonable, y de ser debidamente honrado y respetado como consejero espiritual por una mujer de alta cuna, había desviado un poco sus pensamientos de su búsqueda. Y lo que es más, estaba preparado para dedicar años a su búsqueda con toda

tranquilidad; no teniendo la impaciencia del hombre blanco, sino una gran fe.

—¿Adónde vas? —le dijo a Kim.

—A ningún sitio, fue una marcha corta, y todo esto —Kim extendió las manos hacia el horizonte— es nuevo para mí.

—Ella es sin duda una mujer sabia y con discernimiento. Pero es difícil meditar cuando...

—Todas las mujeres son así. —Kim habló como lo hubiera hecho Salomón.

—Delante de la lamasería había una amplia plataforma —murmuró el lama enroscando el desgastado rosario— de piedra. En ella dejé las marcas de mis pies, andando arriba y abajo con estas.

Chasqueó las cuentas y empezó el Om mane pudme hum de su devoción, agradecido por el frescor, la tranquilidad y la ausencia de polvo.

Una cosa tras otra atraía el ojo ocioso de Kim a través de la llanura. No había ningún propósito en su vagabundeo, excepto que la construcción de las chozas cercanas parecía nueva y quería investigar.

Salieron a un ancho tramo del terreno de pasto, cobrizo y púrpura a la luz de la tarde, con una tupida arboleda de mangos en el centro. A Kim le pareció curioso que no hubiera un altar en un sitio tan apropiado: el chico estaba atento a esas cosas como lo estaría cualquier sacerdote. En la lejanía, empequeñecidos por la distancia, caminaban al mismo paso por la llanura cuatro hombres. Dándose sombra con las palmas de la manos, Kim observó con atención y percibió el brillo del latón.

—¡Soldados! ¡Soldados blancos! —dijo—. Comprobémoslo.

—Siempre hay soldados cuando tú y yo salimos juntos solos. Pero nunca he visto soldados blancos.

No hacen daño excepto cuando están borrachos. Quédate detrás de este árbol.

Se colocaron detrás de los gruesos troncos en la fresca sombra de los mangos. Dos pequeñas figuras se detuvieron; las otras dos avanzaron con inseguridad. Eran la avanzadilla de un regimiento en marcha, enviados, como de costumbre, para marcar el campamento. Llevaban palos de cinco pies de largo con banderas ondeando y se daban voces unos a otros mientras se diseminaban por el terreno.

Al final entraron en la arboleda de mangos, caminando pesadamente.

—Aquí o en los alrededores, las tiendas de los oficiales bajo los árboles,

supongo, y el resto de nosotros fuera. ¿Han marcado allí el sitio para los carros del equipaje?

Gritaron algo de nuevo a sus camaradas en la distancia y la brusca respuesta retornó débil y apenas audible.

—Entonces planta aquí la banderola —dijo uno.

—¿Qué están preparando? —dijo el lama maravillado—. Este es un mundo grande y terrible. ¿Qué es esa figura sobre la bandera?

Un soldado clavó una estaca en el suelo a pocos pies de ellos, refunfuñó descontento, la arrancó de nuevo, conferenció con su compañero, que con la mirada recorría la umbrosa bóveda verde y la volvió a colocar en el primer lugar.

Kim, con los ojos dilatados, no perdía detalle y su respiración era profunda y entrecortada. Los soldados salieron al sol moviéndose con lentitud.

—¡Oh santo! —dijo Kim sofocando un grito—. ¡Mi horóscopo! ¡Los signos en el polvo del sacerdote de Ambala! Recuerda lo que dijo. Primero llegan dos... ferashes... para prepararlo todo, en un sitio oscuro, como sucede siempre al comienzo de una visión.

—Pero esto no es una visión —dijo el lama—. Es la ilusión del mundo y nada más.

—Y tras ellos viene el toro, el toro rojo sobre campo verde. ¡Mira! ¡Es él!

Kim señaló a la banderola que flameaba en la brisa nocturna a menos de diez pies de distancia.

No era más que una vulgar banderola de marcar el campamento; pero el regimiento, siempre puntilloso en temas de accesorios, la había adornado con el propio escudo del regimiento, el toro rojo, el emblema de los Mavericks, el gran toro rojo sobre un fondo de verde irlandés.

—Ya veo y ahora recuerdo —dijo el lama—. Seguro que este es tu toro. Entonces, seguro que los dos vinieron a prepararlo todo.

—Son soldados, soldados blancos. ¿Qué dijo el sacerdote? «El signo sobre el toro es el signo de guerra y de hombres armados», santo, esto tiene que ver con mi búsqueda.

—Verdad. Es verdad. —El lama miró fijamente al escudo llameante como un rubí en el crepúsculo—. El sacerdote de Ambala dijo que el tuyo es el signo de la guerra.

—¿Qué hacemos ahora?

—Esperar. Esperemos.

—Incluso ahora la oscuridad se aclara —dijo Kim. Era natural que los rayos del sol al ponerse se filtraran finalmente a través de los troncos, llenando la arboleda por unos instantes de una luz polvorienta y dorada, pero para Kim suponía la coronación de la profecía del brahmán de Ambala.

—¡Escucha! —dijo el lama—. ¡Alguien toca el tambor allá a lo lejos!

Al principio, el sonido, diluido a través del aire en calma, parecía el latido de una arteria en la cabeza. Pronto adquirió intensidad.

—¡Ah! La música —explicó Kim. Él ya conocía el sonido de una banda de regimiento, pero el lama estaba aturdido.

En el punto más lejano de la llanura, una columna pesada y polvorienta serpenteaba a la vista. Luego el viento trajo una melodía:

¡Rogamos vuestro permiso

Para deciros lo que sabemos

Sobre la marcha con la Guardia de los Mulligan

Al puerto de Sligo allí más abajo!

Aquí interrumpieron los pífanos estridentes:

Con el fusil al hombro,

Marchamos, marchamos lejos.

Desde el parque Phoenix

Hasta la bahía de Dublín.

Los tambores y las gaitas,

¡Oh, tocaron, dulcemente

Mientras marchábamos, marchábamos, marchábamos con la Guardia de los Mulligan!

Era la banda de los Mavericks acompañando al regimiento hasta el campamento puesto que se encontraban realizando una marcha de instrucción con sus equipajes. La columna ondulada avanzó por el terreno llano, con los carros a la cola, se dividió a izquierda y a derecha, se extendió como un hormiguero y...

—¡Pero esto es brujería! —exclamó el lama.

La llanura quedó salpicada de tiendas que parecían salir ya montadas de los carros. Otra oleada de hombres invadió la arboleda, clavaron una gran tienda en silencio, e instalaron todavía ocho o nueve más alrededor, desempaquetaron ollas, sartenes y fardos de los que tomó posesión un grupo

de sirvientes nativos; ¡y en un abrir y cerrar de ojos, el bosquecillo se convirtió ante ellos en una ciudad organizada!

—Vamos —dijo el lama, retrocediendo asustado, mientras las hogueras empezaban a crepitar y los oficiales blancos con sus espadas tintineando se juntaban en la tienda de la cantina.

—Quédate en la oscuridad. Nadie puede ver más allá de la claridad del fuego —dijo Kim, con los ojos todavía fijos en la banderola. Hasta ese momento, nunca había presenciado con qué rutina un regimiento experimentado planta un campamento en treinta minutos.

—¡Mira! ¡Mira! ¡Mira! —exclamó el lama—. Allí viene un sacerdote.

Era Bennett, el capellán anglicano del regimiento, cojeando, vestido de negro y lleno de polvo. Uno de su rebaño había hecho algunos comentarios hirientes sobre el temple del capellán y para dejarle en evidencia, ese día Bennett había marchado codo a codo con los hombres. La vestimenta negra, la cruz de oro en la cadena del reloj, la cara sin barba y el sombrero de ala ancha, flexible y negro le habrían señalado como un hombre santo en cualquier lugar de la India. Bennett se dejó caer en una silla de campaña al lado de la puerta de la cantina y se sacó las botas. Tres o cuatro oficiales se juntaron a su alrededor, riéndose y bromeando sobre su logro.

—La charla del hombre blanco carece de dignidad —dijo el lama, quien juzgaba sólo por el tono de voz—. Pero he observado el semblante de ese sacerdote y creo que es un hombre culto. ¿Comprenderá nuestra lengua? Me gustaría hablar con él de mi búsqueda.

—Nunca hables con un hombre blanco hasta que no haya comido —dijo Kim, citando un conocido proverbio—. Cenarán ahora y... y no creo que sean buenos para mendigarles algo. Volvamos al lugar de descanso. Después de haber cenado, vendremos de nuevo. Es cierto que era un toro rojo, mi toro rojo.

Era evidente que ambos tenían la mente en otra parte cuando el séquito de la vieja dama les colocó la comida delante, así que nadie rompió su reserva, ya que no trae buena suerte importunar a los invitados.

—Ahora —dijo Kim, escarbándose los dientes— volveremos a ese sitio; pero tú, oh santo, tienes que esperar un poco alejado, porque tus pies son más pesados que los míos y yo estoy ansioso por saber más sobre el rojo.

—¿Pero cómo puedes comprender la conversación? Ve despacio. El camino está oscuro —replicó el lama con inquietud.

Kim pasó por alto la pregunta.

—Me fijé en un sitio junto a los árboles —dijo— donde puedes sentarte

hasta que te llame. Nay —dijo cuando el lama intentó oponerse—, recuerda que esta es mi búsqueda, la búsqueda de mi toro rojo. El signo de las estrellas no era para ti. Conozco un poco las costumbres de los soldados blancos y siempre me apetece ver cosas nuevas.

—¿Qué no conoces aún de este mundo? —El lama se agachó obediente en un pequeño desnivel del terreno, a menos de cien yardas de la arboleda de mangos, oscura en contraste con el cielo cubierto de estrellas.

—Quédate hasta que te llame. —Kim se deslizó furtivamente en la penumbra. Sabía que con toda probabilidad habría centinelas alrededor del campamento y sonrió para sí al oír las botas pesadas de uno de ellos. Un chico que, en una noche de luna, puede escabullirse por los tejados de Lahore sirviéndose de cada pequeña sombra y cada esquina oscura para desorientar a su seguidor, no es probable que se deje detener por una línea de soldados bien entrenados. Kim les hizo el cumplido de tomarse la molestia de arrastrarse entre una pareja de centinelas y corriendo, parándose, agachándose y tirándose al suelo, se acercó a la tienda iluminada de la cantina donde se agazapó detrás del mango más próximo, esperando que alguna palabra ocasional le diera alguna pista a seguir.

Lo único que tenía ahora en mente era obtener más información sobre el toro rojo. Suponía —y las limitaciones de Kim eran tan curiosas y repentinas como sus capacidades— que los hombres, los novecientos demonios de la profecía de su padre, adorarían al animal al caer la noche, como los hindúes adoran a la Vaca Sagrada. Eso, por lo menos, resultaría totalmente correcto y lógico y, en ese caso, el padre con la cruz de oro sería el hombre a consultar sobre el asunto. Por otra parte, recordando a los padres de caras serias a quienes había eludido en la ciudad de Lahore, el sacerdote podría convertirse en un molesto entrometido que le obligaría a estudiar. Pero ¿no se había demostrado en Ambala que su signo en los altos cielos anunciaba guerra y hombres armados? ¿No era él, el Amigo de las Estrellas y también de todo el Mundo, cargado hasta los dientes con terribles secretos? Por último —pero en primer lugar, en el fondo de sus rápidos pensamientos— esa aventura, aunque no conocía la palabra inglesa, era una diversión estupenda, una extraordinaria continuación de sus antiguas huidas a través de los terrados de las casas, así como el cumplimiento de la profecía sublime. Se tumbó boca abajo y serpenteó hacia la entrada de la cantina con una mano en el amuleto alrededor de su cuello.

Fue tal como suponía. Los sahibs estaban adorando a su dios porque en el centro de la mesa de la cantina había un toro dorado, único ornamento cuando estaban en marcha, fabricado con el viejo botín del Palacio de Verano de Pekín, un toro dorado y rojo con la cabeza gacha, rampante sobre un campo de verde irlandés. Los sahibs levantaron sus copas hacia él y gritaron

confusamente.

Ahora bien, el reverendo Arthur Bennett siempre dejaba la cantina tras el brindis y como se sentía bastante cansado por la marcha, sus movimientos eran más bruscos que de costumbre. Kim, con la cabeza ligeramente levantada, estaba todavía observando el tótem sobre la mesa, cuando el capellán le pisó el hombro derecho. El chico soltó un quejido bajo el cuero de la bota y, al rodar a un lado, derribó al capellán, quien, hombre de acción en todo momento, le cogió por la garganta y casi le ahoga. En ese momento, Kim, desesperado, le dio una patada en el estómago. El señor Bennett quedó sin aliento y se retorció de dolor, pero sin soltar su presa, rodó de nuevo sobre sí mismo y en silencio arrastró a Kim hacia su propia tienda. Los Mavericks eran bromistas incurables y al inglés se le ocurrió que lo mejor era callarse hasta haber investigado a fondo.

—¡Qué! ¡Es un chico! —exclamó al colocar su presa bajo la luz de la linterna que colgaba del poste de la tienda. Luego zarandeándole con severidad gritó—: ¿Qué estabas haciendo? Eres un ladrón: ¿Choor? ¿Mallum? —Su indostaní era muy limitado y Kim, alterado y ofendido, se propuso actuar de acuerdo con el papel que se le había asignado. Mientras recobraba la respiración, Kim inventaba una patraña eficaz y plausible sobre sus relaciones con algún ayudante de cocina y, al mismo tiempo, no quitaba ojo de la axila izquierda del capellán. La oportunidad llegó; Kim se escabulló hacia la puerta, pero un brazo largo se estiró y le atrapó por el cuello, le arrancó el cordel del amuleto y lo apretó en el puño.

—Dámelo. Oh, dámelo. ¿Lo tienes? Dame los papeles.

Las palabras eran en inglés, el inglés escaso y entrecortado de los nativos, y el capellán se sobresaltó.

—Un escapulario —dijo, abriendo la mano—. No, algún tipo de talismán pagano. ¿Por qué, por qué hablas inglés? A los chicos que roban se les da una paliza. ¿Lo sabes?

—No, no he robado —Kim se agitaba agonizante como un terrier ante un bastón levantado—. Oh, dámelo. Es mi amuleto. No me lo robes.

El capellán no le hizo caso, pero, encaminándose a la puerta de la tienda, gritó con fuerza. Apareció un hombre regordete y bien afeitado.

—Quiero su consejo, padre Víctor —dijo Bennett—. Encontré a este chico en la oscuridad, fuera de la cantina. Normalmente, le hubiera castigado y dejado ir porque creo que es un ladrón. Pero parece que habla inglés y le da un cierto valor a un talismán alrededor de su cuello. Pensé que quizás usted pudiera ayudarme.

Entre él y el capellán católico del contingente irlandés había, como creía Bennett, un abismo insalvable, pero era curioso que cuando la Iglesia de Inglaterra trataba con problemas humanos, tendía a involucrar a la Iglesia de Roma. El horror oficial de Bennett ante la Mujer Escarlata y sus maneras, sólo era igualado por su respeto personal por el padre Víctor.

—Un ladrón hablando en inglés, ¿de verdad? Veamos su talismán. No, no es un escapulario, Bennett —dijo extendiendo la mano.

—¿Pero tenemos derecho a abrirlo? Una buena azotaina...

—No he robado —protestó Kim—. Tú me has dado patadas por todo el cuerpo. Ahora dame mi amuleto y me iré.

—No tan rápido. Primero le echaremos un vistazo —dijo el padre Víctor, desenrollando despacio el pergamino ne varietur del pobre Kimball O'Hara, su certificado de exención y el certificado bautismal de Kim. Al llegar a este, O'Hara, con alguna confusa noción de estar haciendo maravillas por su hijo, había garabateado repetidamente: «Cuiden del chico. Por favor, cuiden del chico», firmando con su nombre completo y el número del regimiento.

—¡Por los poderes de las tinieblas de abajo! —dijo el padre Víctor, pasándose todo al señor Bennett—. ¿Sabes lo que es todo esto?

—Sí —dijo Kim—. Son míos y quiero irme.

—No lo acabo de entender —dijo el señor Bennett—. Probablemente los traje a propósito. Puede que sea alguna clase de truco de mendigos.

—En ese caso, nunca he visto un mendigo menos ansioso de estar en su compañía. Esto tiene toda la traza de algún buen misterio. ¿Cree en la Providencia, Bennett?

—Espero que sí.

—Bien, yo creo en los milagros, así que viene a ser lo mismo. ¡Poderes de las tinieblas! ¡Kimball O'Hara! ¡Y su hijo! Pero entonces, este es un nativo, y yo mismo vi a Kimball casado con Annie Shott ¿Desde cuándo has llevado estas cosas chico?

—Desde que era pequeño.

El padre Víctor dio un paso rápido hacia Kim y le abrió la pechera de la camisa.

—Ve usted, Bennett, no es muy moreno. ¿Cómo te llamas?

—Kim.

—¿O Kimball?

—Quizás. ¿Me dejaréis marchar?

—¿Qué más?

—Me llaman Kim Rishti ke. Quiere decir, Kim del Rishti.

—¿Qué es eso de... «Rishti»?

—Eye-rishti... era el regimiento... el de mi padre.

—Irish (irlandés)... oh, ahora entiendo.

—Sí. Así me lo contó mi padre. Mi padre, él ha vivido.

—¿Ha vivido dónde?

—Ha vivido. Pero por supuesto está muerto... se ha marchado.

—¡Oh! Esa es tu manera brusca de decirlo ¿verdad?

Bennett le interrumpió.

—Es posible que no le haya hecho justicia al chico. Es cierto que es blanco, aunque evidentemente está desaseado. Estoy seguro de que le he lastimado. No creo que el alcohol...

Dele un vaso de jerez entonces y déjele sentarse en el catre. A ver, Kim —continuó el padre Víctor—, nadie va a hacerte daño. Bébete esto y cuéntanos de ti. La verdad, si no te importa.

Kim tosió un poco al dejar el vaso vacío y reflexionó. En su opinión la situación requería precaución e inventiva. Los chicos que merodean por los campamentos son generalmente expulsados después de una paliza. Pero él no había recibido ningún coscorrón; evidentemente, el amuleto jugaba a su favor y era como si el horóscopo de Ambala y las pocas palabras que podía recordar de los desvaríos de su padre encajaran milagrosamente. Si no, ¿por qué parecía el sacerdote gordo tan impresionado y por qué el flaco le dio un vaso con ese líquido amarillo que quemaba?

—Mi padre, él está muerto en la ciudad de Lahore desde que yo era pequeño. La mujer, ella tenía una tienda kabbari, cerca de donde están los coches de alquiler —soltó Kim, no muy seguro de hasta qué punto le serviría la verdad.

—¿Tu madre?

—¡No! —con un gesto de horror—. Ella se fue cuando yo nací. Mi padre consiguió esos papeles del Jadoo-Gher... ¿cómo decís? (Bennett asintió) porque él tenía una buena posición. ¿Cómo decís? (Bennett asintió de nuevo). Mi padre me lo dijo. Me dijo también, y el brahmán que hizo un dibujo en el polvo en Ambala hace dos días también lo dijo, que yo

encontraría un toro sobre campo verde y que ese toro me ayudaría.

—Un pequeño mentiroso formidable —farfulló Bennett.

—Por los poderes de las tinieblas de abajo, ¡qué país este! —murmuró el padre Víctor—. Continúa, Kim.

—Yo no he robado. Además, justo ahora soy discípulo de un hombre muy santo. Está sentado fuera. Vimos venir a dos hombres con banderas, preparando el sitio. Es siempre así en un sueño o cuando es una... una... profecía. Así que sabía que se iba a cumplir. Vi el toro rojo sobre campo verde, y mi padre dijo: «¡Novecientos demonios pukka y el coronel montando a caballo cuidarán de ti, cuando encuentres al toro rojo!». No sabía qué hacer cuando vi al toro, pero me fui y volví cuando era de noche. Quería ver al toro otra vez, y vi al toro otra vez, con los sahibs rezándole. Creo que el toro me ayudará. El santo lo dijo también. Está sentado fuera. ¿Le haréis daño si le llamo ahora? Él es muy santo. Puede dar fe de todo lo que he dicho y sabe que no soy un ladrón.

—«¡Sahibs que rezan a un toro!». ¿Qué diablos le parece esto? —dijo Bennett—. «¡Discípulo de un santo!». ¿Esta loco el chico?

—Es el hijo de O'Hara, está claro. El chico de O'Hara aliado con todos los poderes de las tinieblas. Es exactamente lo mismo que su padre habría hecho... si estuviera borracho. Mejor invitamos al santo. Quizás sepa algo.

—Él no sabe nada —dijo Kim—. Te lo enseñaré si vienes. Él es mi maestro. Después nos podemos ir.

—¡Poderes de las tinieblas! —fue todo lo que acertó a decir el padre Víctor cuando Bennett acompañó a Kim con una mano bien firme sobre el hombro del chico.

Encontraron al lama donde se había quedado.

—La búsqueda se ha acabado para mí —gritó Kim en la lengua nativa—. He encontrado al toro, pero Dios sabe qué pasará después. No te harán daño. Ven a la tienda del sacerdote gordo con este hombre flaco y mira en qué acaba todo. Todo esto es nuevo y no pueden hablar hindi. No son más que burros sin cepillar.

—Entonces no está bien burlarse de su ignorancia —replicó el lama—. Me alegro si tú estás contento, chela.

Con dignidad y sin recelo, entró en la pequeña tienda, saludó a las Iglesias como un hombre de Iglesia y se sentó al lado del brasero abierto de carbón. El reflejo de la luz sobre la tela amarilla de la tienda confería a su rostro un tono rojo dorado.

Bennett lo miró con el desinterés triplemente acorazado de un ere-Jo que agrupa al noventa por ciento del mundo bajo la categoría de «pagano».

—¿Y cuál era el final de la búsqueda? ¿Qué don te ha traído el toro rojo?
—El lama se dirigió a Kim.

—Él dice, «¿Qué vais a hacer?» —Bennett miraba con desasosiego al padre Víctor, y Kim se atribuyó el oficio de intérprete para sus propios fines.

—No veo qué relación tiene este faquir con el chico, probablemente o es un inocentón víctima del muchacho, o bien es su cómplice —comenzó a decir Bennett—. No podemos permitir que un chico inglés... Aceptando que es de veras el hijo de un masón, cuanto antes vaya al orfanato masónico mejor.

—¡Ah! Esa es su opinión como secretario de la Logia del regimiento —dijo el padre Víctor—; pero también podemos decirle al anciano lo que vamos a hacer. No parece un rufián.

—Mi experiencia es que uno nunca puede sondear la mente oriental. A ver, Kimball, quiero que le repitas a este hombre lo que digo, palabra por palabra.

Kim resumió el significado de las frases que siguieron y comenzó así:

—Santo, el tonto flaco que parece un camello dice que soy el hijo de un sahib.

—¿Pero cómo?

—Oh, es verdad. Lo supe desde mi nacimiento, pero él sólo ha podido descubrirlo arrancándome el amuleto del cuello y leyendo todos los papeles. Él piensa que una vez sahib, siempre se es sahib y los dos están pensando mantenerme en este regimiento o mandarme a una madraza (una escuela). Ya me ha pasado antes, pero siempre lo he evitado. El tonto gordo es de una opinión y el que parece un camello de otra. Pero da lo mismo. Puedo pasar una noche aquí y quizás la siguiente. Ya ha pasado antes. Luego me escaparé y me reuniré contigo.

—Pero cuéntales que eres mi chela. Diles cómo viniste a mí cuando estaba desfallecido y desconcertado. Háblales de nuestra búsqueda y seguro que te dejarán marchar.

—Ya se lo he contado. Se ríen y hablan de la policía.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó el señor Bennett.

—Oah. Dice sólo que si no me dejáis ir, eso va a fastidiar sus planes... sus ur... gentes ne... gocios privados. —Esto último era un recuerdo de una charla con un empleado euroasiático del Departamento de Canales, pero únicamente consiguió provocar una sonrisa que le irritó—. Y si supierais cuáles son sus asuntos, no estaríais tan tremendamente ansiosos de meter las narices.

—¿De qué se trata pues? —dijo el padre Víctor, no sin cierta simpatía, mientras observaba la cara del lama.

—Hay un río en esta región que él desea muchísimo encontrar. Fue hecho por una flecha que... —Kim golpeteaba con el pie, impaciente, mientras traducía en su cabeza de la lengua nativa a un inglés torpe—. Oah, fue hecho por nuestro Señor Dios Buda, sabéis, y si te lavas allí, quedas lavado de todos tus pecados y quedas tan blanco como el algodón. (En una época Kim había escuchado charlas de misión). Soy su discípulo y tenemos que encontrar ese río. Es muy muy valioso para nosotros.

—Repítelo de nuevo —dijo Bennett. Kim así lo hizo, exagerándolo.

—¡Pero eso es una burda blasfemia! —gritó la Iglesia de Inglaterra.

—¡Tck! ¡Tck! —dijo el padre Víctor interesado—. Daría algo por poder hablar la lengua nativa. ¡Un río que lava los pecados! Y ¿desde cuándo habéis estado buscándolo?

—Oh, desde hace muchos días. Ahora deseamos irnos y buscarlo otra vez. No está por aquí, ya me entendéis.

—Ya veo —dijo el padre Víctor con gravedad—. Pero el chico no puede seguir en la compañía de este anciano. Kim, sería diferente si no fueras el hijo de un soldado. Dile que el regimiento cuidará de ti y te hará un hombre de bien como tu... tan bueno como un hombre pueda serlo. Dile que si cree en milagros, tiene que creer esto...

—No hay necesidad de jugar con su credulidad —interrumpió Bennett.

—No lo hago. Tiene que creer que la venida del chico aquí, a su propio regimiento, en busca de su toro rojo es una especie de milagro. Considere las posibilidades de que no sucediera, Bennett. De entre todos los chicos de la India, este, de entre todos los regimientos en marcha, es el nuestro con el que se encuentra. Está predestinado. Sí, dile que es kismet. ¿Kismet, mallow? (¿Lo entiendes?).

Se volvió hacia el lama, a quien lo mismo le hubiera podido hablar de Mesopotamia.

—Dicen —los ojos del anciano se iluminaron con el discurso de Kim—, dicen que el significado de mi horóscopo se ha cumplido ahora y que como fui guiado a ellos y a su toro rojo, aunque como sabes vine por curiosidad, tengo que ir ahora a una madraza y ser convertido en un sahib. Ahora voy a hacer como que estoy de acuerdo, a lo peor significa unas pocas comidas lejos de ti. Luego me largo y sigo la carretera de Saharunpore. Por eso, santo, quédate con la mujer de Kulu, no te alejes para nada de su carro hasta que vuelva. Está claro que mi signo es de guerra y de hombres armados. ¡Fíjate cómo me han

dado vino para beber y me han sentado en una cama de honor! Mi padre debió de haber sido alguien importante. Así que, si me dan honores, bien. Si no, pues bien también. Pase lo que pase, correré a ti de vuelta cuando me harte. Pero quédate con la rajputni; si no, te perderé la pista... Oah sí —dijo el chico—, le he dicho todo lo que me dijisteis que dijera.

—Y no veo ninguna necesidad de hacerle esperar —dijo Bennett, revolviendo en los bolsillos del pantalón—. Podemos indagar los detalles más tarde... y le daré una ru...

—Mejor dele tiempo. Quizás le tenga cariño al muchacho —le interrumpió el padre Víctor, deteniendo el movimiento de la mano de Bennett.

El lama sacó su rosario y se caló el ala del gran gorro sobre los ojos.

—¿Qué puede querer ahora?

—Dice —Kim levantó una mano—. Dice: «Callaos». Quiere hablar conmigo a solas. Veis, no sabéis una palabra de lo que dice y creo que si habláis, a lo mejor os echa maldiciones muy malas. Cuando él coge así el rosario, veis, siempre quiere estar callado.

Los dos ingleses se sentaron abrumados, pero había una mirada en los ojos de Bennett que no prometía nada bueno para Kim en cuanto cayera en manos de la religión.

—Un sahib y el hijo de un sahib —El tono del lama era tenso por la angustia—. Pero ningún hombre blanco conoce la tierra y sus costumbres como tú. ¿Cómo puede ser verdad?

—¿Qué importa, santo?, pero recuerda que es sólo por una noche o dos. Recuérdalo, puedo transformarme rápidamente. Todo será como cuando te hablé la primera vez bajo el Zam-Zammah, el gran cañón...

—Como un chico con la vestimenta de un hombre blanco, cuando fui por primera vez a la Casa de las Maravillas. Y la segunda vez eras un hindú. ¿Cuál será la tercera reencarnación? —El lama soltó una risita melancólica—. Ah, chela, has hecho un mal a un viejo porque te di mi corazón.

—Y yo el mío. Pero ¿cómo podía saber que el toro rojo me metería en esta historia?

El lama se cubrió la cara de nuevo e hizo sonar el rosario con nerviosismo. Kim se agachó a su lado y agarró uno de los pliegues de su ropaje.

—¿Quiere esto decir que el chico es ahora un sahib? —continuó con voz apagada—. Un sahib tal como el que cuidaba de las imágenes en la Casa de las Maravillas. —La experiencia del lama con el hombre blanco era limitada. Parecía repetir una lección—. Entonces no parece lógico que haga otra cosa

que lo que hacen los sahibs. Debe volver con su propia gente.

—Por un día y una noche y un día más —suplicó Kim.

—¡No, no te vas a ir! —El padre Víctor vio a Kim acercándose a la puerta e interpuso una robusta pierna.

—No entiendo las costumbres del hombre blanco. El sacerdote de las imágenes en la Casa de las Maravillas de Lahore era más cortés que este hombre delgado. Van a apartar al chico de mí. ¿Harán un sahib de mi discípulo? ¡Pobre de mí! ¿Cómo encontraré mi río? ¿No tienen ellos discípulos? Pregúntales.

—Él dice que está muy disgustado por no poder ya encontrar el río. Dice, ¿por qué no tenéis discípulos y dejáis de fastidiarle? Él quiere ser lavado de sus pecados.

Ni Bennett ni el padre Víctor encontraron una respuesta pronta.

Afligido ante la angustia del lama, Kim dijo en inglés:

—Creo que, si me dejáis ir ahora, nos marcharemos en silencio y no robaremos. Buscaremos ese río como antes de que me atrapais. Ojalá no hubiera venido aquí para encontrar al toro rojo y todas esas cosas. No lo quiero.

—Es el mayor favor que hayas podido hacerte, jovenzuelo —replicó Bennett.

—Dios bendito, no sé cómo consolarle —dijo el padre Víctor, observando al lama con toda atención—. No puede llevarse al chico y, sin embargo, es un buen hombre. Bennett, si le da una rupia, ¡le maldecirá de pies a cabeza!

Escucharon la respiración los unos de los otros, tres, cinco minutos completos. Luego el lama levantó la cabeza y miró más allá de ellos, al espacio y al vacío.

—Y yo soy un seguidor de la Senda —dijo con amargura—. El pecado es mío y el castigo es mío. Quise creer, porque ahora comprendo que era pura ilusión, que tú me fuiste enviado para ayudarme en la búsqueda. Así que te di mi corazón por tu compasión, tu cortesía y la sabiduría de tus pocos años. Pero aquellos que siguen la Senda no deben permitir el fuego de ningún deseo ni de ninguna atadura porque eso es todo ilusión. Como dice... —El lama citó un texto chino viejo, muy viejo y lo reafirmó con otro, y reforzó ambos con un tercero—. Me aparté de la Senda, chela mío. La falta no fue tuya. Disfruté con la vista de la vida, de la nueva gente en los caminos y de tu alegría viendo esas cosas. Estaba contento por ti, pero hubiera debido concentrarme en mi búsqueda y sólo en mi búsqueda. Ahora me entristece que te aparten de mí y mi río está lejos. ¡Yo he roto la Ley!

—¡Por los poderes de las tinieblas de abajo! —dijo el padre Víctor, quien, con la experiencia del confesionario, percibía el dolor en cada frase.

—Ahora veo que el signo del toro rojo era un signo tanto para mí como para ti. Todo deseo es rojo y malo. Haré penitencia y encontraré mi río solo.

—Al menos vuelve con la mujer de Kulu —dijo Kim—, de lo contrario te perderás en los caminos. Ella te alimentará hasta que yo vuelva a ti.

El lama hizo un gesto con la mano para indicar que, para él, el problema estaba finalmente resuelto.

—Ahora —su tono cambió mientras se giraba hacia Kim—, ¿qué harán contigo? Al menos puedo, adquiriendo méritos, borrar los males pasados.

—Crean que me harán un sahib. Pasado mañana regresaré. No te pongas triste.

—¿Un sahib de qué tipo? ¿Uno como este hombre o como ese? —El lama señaló al padre Víctor—. ¿Uno como los que he visto esta noche, hombres que llevaban espadas y pisaban con fuerza?

—Quizás.

—Eso no es bueno. Esos hombres siguen al deseo y acaban en el vacío. Tú no debes ser uno de esa clase.

—El sacerdote de Ambala dijo que mi estrella era la guerra —repuso Kim—. Les preguntaré a estos tontos, pero no es necesario, de verdad. Me escaparé esta noche, a pesar de que quisiera ver todas las cosas nuevas.

Kim hizo dos o tres preguntas en inglés al padre Víctor, traduciendo al lama las contestaciones.

Luego:

—El santo dice: «Le separáis de mí y no podéis decir lo que haréis con él». Dice: «Decídmelo antes de que me vaya, porque no es una tarea cualquiera educar a un chico».

—Serás enviado a un colegio. Más urde, ya veremos. Kimball, supongo que te gustaría ser un soldado.

—Gorah-log (gente blanca). ¡Nooo! ¡Nooo-ah! —Kim negó vio lentamente con la cabeza. Tal y como era no podía encontrar ningún atractivo en el entrenamiento y la rutina—. Yo no seré un soldado.

—Serás lo que te digan que seas —dijo Bennett—; y deberías estar agradecido de que vayamos a ayudarte.

Kim sonrió con compasión. Si esos hombres se hacían la ilusión de que él

haría algo en contra de su voluntad, tanto mejor. A ello siguió otro largo silencio. Bennett se revolvía impaciente y sugirió llamar a un centinela para echar al faquir.

—¿Entre los sahibs las enseñanzas se dan o se venden? Pregúntales —dijo el lama y Kim se lo tradujo.

—Dicen que se paga dinero al profesor, pero que el dinero lo dará el regimiento... ¿Qué necesidad hay? Es sólo por una noche.

—Y... ¿cuanto más dinero se paga, mejor enseñanza se recibe? —El lama no prestó atención a los planes de fuga inmediata de Kim—. No es malo pagar por la enseñanza. Ayudar al ignorante en el camino hacia la sabiduría es siempre un mérito. —El rosario chasqueaba con la furia de las bolas de un ábaco. Entonces el lama se dirigió a sus opresores.

—Pregúntales por cuánto dinero dan una educación sabia y conveniente y en qué ciudad se imparte esta enseñanza.

—Bueno —dijo el padre Víctor en inglés, cuando Kim se lo tradujo—, eso depende. El regimiento pagará por ti todo el tiempo que estés en el orfanato militar; o se te puede inscribir en la lista del orfanato masónico del Punyab (aunque ni tú ni él entendáis qué significa); pero la mejor educación que un chico puede conseguir en la India es, por supuesto, la de San Javier en Partibus, en Lucknow. —Traducir esto llevó algún tiempo porque Bennett quería abreviar.

—El santo quiere saber cuánto —dijo Kim con calma.

—Doscientas o trescientas rupias al año. —El padre Víctor ya estaba más allá de todo asombro. Bennett, inquieto, no comprendía nada.

—Él dice: «Escribe ese nombre y el dinero en un papel y dáselo». Y dice que debéis escribir vuestros nombres debajo porque él os va a escribir una carta dentro de unos días. Dice que tú eres un hombre bueno. Dice que el otro hombre es un tonto. Él va a marcharse.

Sin más, el lama se levantó.

—Sigo mi búsqueda —dijo y se fue.

—Se va a topar de cara con los centinelas —exclamó el padre Víctor, levantándose de un salto cuando el lama salió—; pero no puedo dejar al niño. —Kim tuvo el impulso de seguirle, pero se contuvo. Fuera no se oía ningún ruido de conflicto. El lama había desaparecido.

Kim se sentó con compostura en el catre del capellán. Al menos, el lama había prometido que se quedaría con la mujer rajput de Kulu, y el resto no tenía mucha importancia. Le complacía que los dos padres estuvieran tan

visiblemente excitados. Hablaron entre sí largo rato en un tono bajo, el padre Víctor imponiendo algún plan al señor Bennett, que parecía incrédulo. Todo esto era totalmente nuevo y fascinante, pero Kim se sentía fatigado. Convocaron a algunos hombres en la tienda, uno de ellos era ciertamente el coronel, como su padre había profetizado, y ellos le hicieron una infinidad de preguntas, principalmente sobre la mujer que le cuidó, a todo lo cual Kim respondió con sinceridad. Parecían no considerar a la mujer como una buena tutora.

Después de todo, esta era su experiencia más novedosa. Tarde o temprano, si quería, se escaparía a la gran India, verde e informe, lejos de tiendas, padres y coroneles. Entretanto, si los sahibs querían ser impresionados, haría todo lo que estuviera en su poder para impresionarles. Él también era un hombre blanco.

Después de mucha charla que no pudo comprender, Kim fue entregado a un sargento con instrucciones estrictas de no dejarle escapar. El regimiento continuaría hacia Ambala y Kim sería enviado al norte, a un sitio llamado Sanawar; la Logia correría con una parte de los costes y la otra parte iría a cuenta de una suscripción.

—Es un milagro más allá de toda lógica, coronel —dijo el padre Víctor, tras haber hablado sin interrupción durante diez minutos—. Su amigo budista se ha esfumado después de coger nombre y dirección. No acabo de entender si él va a pagar por la educación del chico, o si va a preparar algún hechizo por su cuenta. —Luego, dirigiéndose a Kim—: Vivirás todavía para agradecerse a tu amigo, el toro rojo. Haremos un hombre de ti en Sanawar, incluso al precio de convertirte en un protestante.

—Cierto, muy cierto —dijo Bennett.

—Pero vosotros no vais a Sanawar —dijo Kim.

—Pero por supuesto que vamos a Sanawar, hombrecillo. Es la orden del comandante en jefe, que es un poco más importante que el hijo de O'Hara.

—No iréis a Sanawar. Iréis a la guerra.

La tienda entera prorrumpió en un coro de risas.

—Kim, cuando conozcas un poco mejor tu propio regimiento, no confundirás la línea de marcha con la línea de batalla. Esperamos ir a «la guerra» alguna vez.

—Oah, yo sé bien lo que digo. —Kim tiró otra vez una flecha al azar. Si ellos no iban a ir a la guerra, al menos no sabían lo que él sabía por la conversación en la veranda de Ambala—. Ya sé que no estáis en vuestra guerra ahora; pero os digo que tan pronto como lleguéis a Ambala seréis

enviados a la guerra, la nueva guerra. Es una guerra de ocho mil hombres, además de artillería.

—Eso es muy explícito. ¿Se suma el don de la profecía a tus otros dones? Acompáñele, sargento. Coja un uniforme de tambor para él y cuide de que no se le escape de las manos. ¿Quién dijo que había pasado la época de los milagros? Creo que me voy a la cama. Mi pobre cerebro ya se está reblandeciendo.

Una hora más tarde, Kim estaba sentado, silencioso como un animal salvaje, en el extremo más alejado del campamento, recién lavado de pies a cabeza y enfundado en un uniforme de una tela horrible que le raspaba los brazos y las piernas.

—Un pájaro joven fuera de lo corriente —dijo el sargento—. Aparece bajo el ala de un sacerdote brahmán enorme, de cabeza amarilla, con los certificados de la Logia de su padre alrededor del cuello, contando dios sabe qué de un toro rojo. El brahmán se evapora sin explicaciones y el chico se sienta de piernas cruzadas en el catre del capellán profetizando una guerra sangrienta a todo el mundo. India es una tierra salvaje para todo hombre temeroso de Dios. Ataré su pierna al poste de la tienda no sea que se largue por el techo. ¿Qué dijiste de la guerra?

—Ocho mil hombres, además de cañones —dijo Kim—. ¡Lo verás muy pronto!

—Eres un diablete divertido. Acuéstate entre los tambores y vete al limbo. Estos dos chicos vigilarán tus sueños.

Capítulo 6

Ahora recuerdo camaradas...
Viejos compañeros en nuevos mares...
Cuando comerciábamos con oropimente
Entre los salvajes de allí.
Diez mil leguas hacia el sur,
Y hace treinta años...
No conocían al noble Valdez,
Pero a mí sí me conocían y me amaban.

Muy temprano por la mañana las tiendas blancas fueron desmontadas y desaparecieron, mientras los Mavericks tomaban una carretera secundaria hacia Ambala. Esta no pasaba por el parao y Kim, que caminaba penosamente al lado de un carro de equipajes, bajo el fuego de los comentarios de las esposas de los soldados, ya no tenía la misma confianza que la noche anterior. Había descubierto que le vigilaban de cerca, el padre Víctor, por una parte, y el señor Bennett, por la otra.

Antes del mediodía la columna se detuvo. Un ordenanza montando un camello le entregó una carta al coronel. Este la leyó y habló con el comandante. Media milla atrás en la retaguardia, Kim oyó un clamor ronco y lleno de alegría aproximándose hacia él a través del denso polvo. Luego, alguien le golpeó en la espalda, gritando:

—Dinos ¿cómo lo sabías tú, pequeña pata de Satán? Querido padre, vea si usted puede hacerle hablar.

Un poni se colocó a su lado y Kim fue subido a la montura del sacerdote.

—Ahora, hijo mío, tu profecía de la noche pasada se ha cumplido. Nuestras órdenes son de tomar un convoy para el frente mañana en Ambala.

—¿Qué es eso? —dijo Kim, porque «frente» y «convoy» era palabras nuevas para él.

—Vamos a «la guerra», como la llamaste.

—Por supuesto que vais a vuestra guerra. Ya lo dije ayer por la noche.

—Lo hiciste; pero, ¡por los poderes de las tinieblas!, ¿cómo lo sabías?

Los ojos de Kim chispearon. Apretó los labios, asintió con la cabeza y asumió un aire enigmático. El capellán avanzó a través del polvo y las personas, sargentos y subalternos se llamaban la atención unos a otros sobre el chico. El coronel, a la cabeza de la columna, le miraba con curiosidad.

—Fue probablemente algún chismorreo de bazar —dijo—; pero incluso así... —Se refería al papel en su mano—. ¡Que me cuelguen! La cosa se decidió sólo en las últimas cuarenta y ocho horas.

—¿Hay muchos como tú en la India? —dijo el padre Víctor—, ¿o eres acaso un *lusus naturae*?

—Ahora que os lo he contado —dijo el chico—, ¿me dejaréis volver con mi viejo lama? Si no se ha quedado con la mujer de Kulu, tengo miedo de que se muera.

—Por lo que vi de él, es tan capaz de cuidar de sí mismo como tú. No. Nos

has traído suerte y vamos a hacer un hombre de ti. Te llevaré de vuelta a tu carro de equipaje y vendrás a verme esta noche.

Durante el resto del día Kim fue objeto de una distinguida consideración de la parte de unos cientos de hombres blancos. La historia de su aparición en el campamento, el descubrimiento de sus orígenes y su profecía, no había perdido nada con la transmisión de boca en boca. Una mujer blanca, voluminosa y amorfa, sentada sobre una pila de ropa de cama, le preguntó con tono misterioso si él pensaba que su marido volvería de la guerra. Kim reflexionó con gravedad y dijo que volvería, y la mujer le dio comida. En muchos sentidos, esta gran procesión que tocaba música a intervalos —ese gentío que hablaba y reía tan fácilmente— se parecía a la procesión de un festival en la ciudad de Lahore. Hasta el momento no había señal de trabajo duro y Kim resolvió dedicar su atención al espectáculo. Por la noche les salieron al encuentro bandas de música que acompañaron a los Mavericks hasta su campamento cerca de la estación de Ambala. Fue una noche interesante. Soldados de otros regimientos vinieron a visitar a los Mavericks. Los Mavericks, por su parte, fueron también de visita. Sus patrullas se apresuraron a traerles de vuelta, encontrándose con patrullas de otros regimientos con la misma orden; y, después de un rato, los clarines sonaban locamente reclamando más patrullas con oficiales para controlar el tumulto. Los Mavericks tenían una reputación de fogosidad que mantener. Pero a la mañana siguiente estaban en el andén en perfecta forma y condición; y Kim, dejado atrás con los enfermos, las mujeres y los niños, se puso a gritarles adiós calurosamente mientras los trenes se alejaban. Por el momento la vida de sahib era divertida; pero la disfrutaba con cautela. Después le enviaron, bajo el cuidado de un tambor, de vuelta a los barracones, encalados y vacíos, cuyos sucios estaban cubiertos de desperdicios, cuerdas y papel, y cuyos techos devolvían el eco de sus pisadas solitarias. Kim se enrosco a la manera nativa en un catre desnudo y se puso a dormir. Un hombre enfadado llegó pisando fuerte por la veranda, lo despertó y le dijo que él era un maestro. Fue suficiente para que Kim se replegara en su concha. Alcanzaba justo a descifrar, por la cuenta que pudiera traerle, los múltiples avisos de la policía inglesa en Lahore y entre los muchos huéspedes de la mujer que cuidaba de él, había un alemán raro que pintaba escenarios para un teatro parsi ambulante. El alemán le contó que había estado «en las barricadas en el cuarenta y ocho» y por lo tanto —al menos eso le pareció a Kim— enseñaría al chico a escribir a cambio de comida. A base de puntapiés, Kim había avanzado hasta las letras del abecedario, pero no tenía buena opinión de ellas.

—No sé nada. ¡Váyase! —dijo Kim al maestro, barruntando algún mal. En ese momento el hombre le agarró por la oreja, lo arrastró a una habitación en un ala alejada donde una docena de tambores estaban sentados en bancos y le ordenó que se estuviera quieto, si no era capaz de otra cosa. Eso lo consiguió

Kim fácilmente. Durante media hora por lo menos, el hombre explicó algo con líneas blancas sobre una pizarra negra y Kim continuó su siesta interrumpida. Desaprobaba el cariz actual de la situación porque esa era la misma escuela y disciplina que había estado intentado evitar durante dos tercios de su corta vida.

De repente se le ocurrió una estupenda idea y se maravilló de no haberlo pensado antes.

El hombre los echó y el primero en saltar por encima de la veranda al sol del exterior fue Kim.

—¡Eh, tú! ¡Alto! ¡Para! —dijo una voz aguda a su espalda—. Tengo que cuidar de ti. Mis órdenes son no perderte de vista. ¿Adónde vas?

Era el joven tambor que había estado rondando a su alrededor toda la mañana, una figura rolliza y pecosa de unos catorce años, y Kim lo odiaba de pies a cabeza.

—Al bazar, a comprar dulces, para ti —dijo Kim tras pensarlo.

—No sé, el bazar queda fuera de los límites. Si vamos allí nos darán una buena regañina. Vuelve.

—¿Hasta dónde podemos acercarnos? —Kim no sabía lo que significaba la palabra «límite», pero deseaba ser educado, por el momento.

—¿Acercarnos? ¡Alejarnos querrás decir! Podemos ir tan lejos como a ese árbol de allí, en la carretera.

—Entonces iré allí.

—De acuerdo. Yo no voy. Hace demasiado calor. Puedo vigilarte desde aquí. No te trae cuenta escapar. Si lo haces, te descubrirán por tus ropas. Lo que llevas puesto es el traje del regimiento. No hay patrulla en Ambala que no te traiga de vuelta más rápido de lo que hayas tardado en escurrirte.

Esto no le impresionó a Kim tanto como el darse cuenta de que sus ropas serían una incomodidad si intentaba escaparse. Se encorvó contra un árbol en la esquina de una carretera desnuda que conducía hacia el bazar y observó a los nativos que pasaban. Muchos de ellos eran sirvientes de los barracones, de la casta más baja. Kim llamó a un barrendero quien replicó prontamente con una grosería innecesaria, en la creencia lógica de que el chico europeo no podía entenderle. La réplica rápida y soez le sacó del engaño. Kim puso su alma cautiva en ello, agradecido por la oportunidad tardía de insultar a alguien en la lengua que conocía mejor.

—Y ahora, ve al escribiente de cartas más cercano en el bazar y dile que venga aquí. Quiero escribir una carta.

—Pero... pero ¿qué tipo de hijo de hombre blanco eres que necesitas un escribiente de cartas del bazar? ¿No hay un maestro en el cuartel?

—Sí, y el Infierno está también lleno de la misma especie. ¡Haz lo que te digo, tú... od! ¡Tu madre se casó bajo un cesto! Sirviente de Lal Beg (Kim conocía al dios de los barrenderos), corre con mi recado o tendremos de nuevo unas palabras.

El barrendero salió pitando en su busca.

—Por donde los barracones, esperando bajo un árbol, hay un chico blanco que no es ningún chico blanco —balbuceó al primer escribiente de cartas del bazar que cruzó—. Te necesita.

—¿Pagará? —dijo el aseado escribiente, recogiendo ordenadamente su atril, sus lápices y la cera de sellar.

—No lo sé. No es como los otros chicos. Vete a verlo. Merece la pena.

Kim brincaba de impaciencia cuando el delgado y joven kayeth apareció a la vista. Tan pronto como pudo oír su voz, le maldijo con generosidad.

—Primero cogeré mi paga —dijo el escribiente de cartas—. Las palabras ofensivas han subido el precio. Pero ¿quién eres, vestido de esa manera y hablando de esa forma?

—¡Aha! Eso está en la carta que debes escribir. Nunca hubo una historia igual. Pero no tengo prisa. Otro escribiente me servirá. La ciudad de Ambala está llena de ellos, como en Lahore.

—Cuatro annas —dijo el escribiente, sentándose y extendiendo su paño a la sombra del ala de un barracón desierto.

Mecánicamente Kim se acuclilló a su lado, como sólo pueden los nativos, a pesar de los abominables pantalones apretados.

El escribiente le miró de reojo.

—Ese es el precio que se les pide a los sahibs —dijo Kim—. Ahora dame uno de verdad.

—Un anna y media. ¿Cómo sé que no levantarás el vuelo una vez escrita la carta?

—No debo ir más allá de este árbol y hay que tener también en cuenta el sello.

—No cobro comisión por el sello. Una vez más, ¿qué tipo de chico blanco eres?

—Eso se contará en la carta que es para Mahbub Ali, el tratante de caballos

en el caravasar de Cachemira, en Lahore. Él es mi amigo.

—¡Maravilla de maravillas! —murmuró el escribiente, mojando un junco en el tintero—. ¿Debe ser escrita en hindi?

—Desde luego. Para Mahbub Ali entonces. ¡Empieza! «He bajado con el viejo hasta Ambala en tren. En Ambala llevé la noticia del pedigrí de la yegua zaina». —Después de lo que había visto en el jardín, no iba a escribir sobre sementales blancos.

—Vete más despacio. ¿Qué tiene que ver una yegua zaina...? ¿Es este Mahbub Ali el gran tratante?

—¿Quién si no? He estado a su servicio. Coge más tinta. Otra vez. «Como era la orden, así lo hice. Después fuimos a pie hacia Benarés, pero al tercer día encontramos un cierto regimiento». ¿Está esto escrito?

—Sí, «pulton» —murmuró el escribiente todo oídos.

—«Fui a su campamento y me atraparon y gracias al amuleto alrededor de mi cuello, que tú conoces, se comprobó que yo era el hijo de algún hombre del regimiento, según la profecía del toro rojo, que, como sabes, era conocida por todos en nuestro bazar». —Kim esperó hasta que este dardo entró en el corazón del escribiente, se aclaró la garganta y continuó—: «Un sacerdote me vistió y me dio un nuevo nombre... Pero el otro sacerdote era un tonto. Las ropas son muy pesadas, pero soy un sahib y mi corazón está también pesaroso. Me mandan a un colegio y me pegan. No me gusta el aire ni el agua de aquí. Ven y ayúdame, Mahbub Ali, o envíame un poco de dinero, porque no tengo suficiente para pagar al escribiente que está escribiendo esto».

—«Que está escribiendo eso». Es culpa mía que me hayas tomado el pelo. Eres tan listo como Husain Bux, el que falsificó los sellos del Tesoro en Nucklao. Pero ¡qué historia! ¡Qué historia! ¿Es también cierta por casualidad?

—No trae cuenta contarle mentiras a Mahbub Ali. Es mejor ayudar a sus amigos prestándoles un sello. Cuando llegue el dinero te pagaré.

El escribiente refunfuñó dudándolo, pero cogió un sello de su atril, selló la cana, se la dio a Kim y se fue. Mahbub Ali era un nombre poderoso en Ambala.

—Esa es la manera de ganar una buena cuenta con los dioses —le gritó Kim a su espalda.

—Págame el doble cuando llegue el dinero —gritó el hombre por encima del hombro.

—¿Sobre qué estabas cotorreando con ese negro? —dijo el tambor cuando Kim regresó a la veranda—. Te estaba viendo.

—Sólo estaba hablando con él.

—Tú hablas lo mismo que los negros ¿verdad?

—¡No-ah! ¡No-ah! Sólo hablo un poco. ¿Qué haremos ahora?

—En medio minuto los clarines tocarán para el rancho. ¡Dios! ¡Ojalá hubiera ido al frente con mi regimiento! Es horrible no hacer nada aquí excepto ir a la escuela. ¿No la odias?

—¡Oh, sí!

—Me escaparía si supiera adónde, pero, como los hombre dicen, en esta maldita India no eres más que un prisionero en todas partes. No puedes desertar sin que te atrapen de nuevo al momento ¡Ya estoy harto!

—¿Has estado en Be... en Inglaterra? —le preguntó Kim.

—Claro, llegué con mi madre justo en el último reemplazo de tropas. Yo diría que he estado en Inglaterra. ¡Pero qué ignorante y pequeño mendigo que eres! Creciste en la calle, ¿verdad?

—Oh, sí. Cuéntame algo de Inglaterra. Mi padre vino de allí.

Aunque no se lo diría, Kim, por supuesto, no creyó una palabra de lo que el tambor le contó sobre el suburbio de Liverpool, que para él era toda Inglaterra. Mataba el interminable tiempo antes del rancho, una comida de lo menos apetitosa, servida a los chicos y a unos pocos inválidos en una esquina de la habitación de un barracón. Si no le hubiera escrito a Mahbub Ali, Kim estaría casi deprimido. Estaba acostumbrado a la indiferencia de los gentíos nativos; pero esa gran soledad entre los hombre blancos le corroía.

Agradeció cuando, en el curso de la tarde, un soldado alto le condujo hasta el padre Víctor, que vivía en otra ala, a través de otra polvorienta explanada para hacer la instrucción. El sacerdote estaba leyendo una carta en inglés escrita con tinta púrpura. Miró a Kim con más curiosidad que nunca.

—¿Y qué te parece, hijo, lo que has visto hasta ahora? No demasiado bien, ¿eh? Debe ser duro, muy duro para un animal salvaje. Ahora escucha. He recibido una carta increíble de tu amigo.

—¿Dónde está? ¿Está bien? ¡Oah! Si puede escribirme cartas, entonces está bien.

—¿Le tienes cariño entonces?

—Desde luego que le tengo cariño. Él también me tenía cariño a mí.

—Eso parece a la vista de esto. Él no puede escribir inglés, ¿verdad?

—Oah no. No que yo sepa, pero, claro, encontró a un escribiente que pudo

escribir en inglés muy bien y así lo hizo. Espero que lo entiendas.

—Eso lo explica ¿Sabes algo de sus asuntos financieros? —La cara de Kim mostraba que no.

—¿Cómo podría saberlo?

—Eso es lo que pregunto. Ahora escucha a ver si tú puedes descifrar esto. Saltaremos la primera parte... Está escrita desde la carretera de Jagadhir...

«Sentado vera del camino en profunda meditación, confiando en ser favorecido con aplauso de su Honorable al presente paso, el cual recomiendo a su Honorable que ejecute para gloria del Todopoderoso. Educación es bendición más grande si de la mejor clase. De lo contrario ningún uso terrenal». (A fe mía que el viejo dio en el clavo esta vez). «Si su Honorable condesciende a dar mejor educación de Javier a mi chico» (supongo que se trata del San Javier en Partibus) «en términos de nuestra conversación en su tienda fechada el 15 del presente» (¡he aquí un toque de negocios!) «entonces Dios Todopoderoso bendecirá a sucesores de su Honorable hasta tercera y cuarta generación y», ¡escucha ahora!, «confíe en humilde servidor de su Honorable para adecuada remuneración per hoondi per annum trescientas rupias al año para educación cara en San Javier, Lucknow y espere un poco para que le envíe lo mismo per hoondi a cualquier parte de India a la que su Honorable se dirija. Este sirviente de su Honorable no tiene ahora ningún sitio donde reposar su coronilla, pero va a Benarés en tren por culpa de persecución de vieja señora que habla demasiado y poco deseoso de residir en Saharunpore en capacidad doméstica». Ahora, ¿qué rayos significa esto?

—Ella le ha pedido que sea su puro, el sacerdote de la casa, en Saharunpore, creo. Él no podía aceptar por culpa de su río. La mujer largaba de lo lindo.

—Está claro para ti ¿verdad? A mí me supera. «Así que voy a Benarés, donde encontraré dirección y enviaré rupias para chico que es niña de mis ojos y por la gracia de Dios Todopoderoso guíe su educación y su solicitante en deuda rezará siempre inmensamente. Escrito por Sobrao Satai, Suspendió Admisión Universidad de Allahabad, para Venerable Teshoo Lama, el sacerdote de Such-zen buscando un río, dirección de remite templo de Tirthankaras, Benarés. P. D.: Por favor, recuerde, chico es niña de mis ojos y rupias serán enviadas per hoondi trescientas per annum. A la gloria del Dios Todopoderoso». —Ahora bien, ¿esto es una locura rabiosa o una proposición de negocios? Te pregunto porque yo no le veo ni pies ni cabeza.

—¿Dice que me dará trescientas rupias al año? Entonces me las dará.

—Oh, esa es la manera que tienes de verlo ¿verdad?

—Claro. ¡Si él lo dice!

El sacerdote silbó; luego se dirigió a Kim como a un igual.

—No lo creo; pero lo veremos. Tú ibas a ir hoy al orfanato militar de Sanawar, donde el regimiento te mantendría hasta que fueras lo suficientemente mayor como para alistarte. Serías educado en la Iglesia de Inglaterra. Bennett arregló esto. Por otra parte, si vas a San Javier recibirás una mejor educación y... y también la religión. ¿Ves mi dilema?

Kim no veía nada, excepto una imagen del lama yendo al sur en un tren sin nadie que mendigara por él.

—Como se suele hacer, voy a tratar de ganar tiempo. Si tu amigo envía el dinero desde Benarés... ¡por los poderes de las tinieblas de abajo!, ¿de dónde va a sacar un mendicante trescientas rupias?... irás a Lucknow y yo pagaré el viaje porque no puedo tocar el dinero de la suscripción si pretendo, como hago, hacerte un católico. Si no lo envía, irás al orfanato militar a cuenta del regimiento. Le daré tres días de gracia, aunque no me lo creo. Incluso en ese caso, si él fallara en los pagos más tarde... pero eso está más allá de mi capacidad. Sólo podemos dar un paso de cada vez en este mundo, ¡Dios sea loado! Además enviaron a Bennett al frente y a mí me dejaron aquí. Bennett no puede esperar que se haga todo a su gusto.

—Oah, sí —dijo Kim con aire distraído.

El sacerdote se inclinó hacia delante.

—Daría la paga de un mes por descubrir qué da vueltas en esa pequeña cabeza redonda.

—Nada —dijo Kim y se rascó. Se preguntaba si Mahbub Ali le enviaría tanto como una rupia. Entonces él podría pagar al escribiente y escribir cartas al lama a Benarés. Quizás Mahbub Ali le visitara la próxima vez que viniera al sur con caballos. Seguramente él ya sabía que la entrega de la carta por parte de Kim al oficial de Ambala había causado la gran guerra que los hombres y los chicos habían discutido tan acaloradamente en la mesa durante la cena en el cuartel. Pero si Mahbub Ali no lo sabía, sería demasiado peligroso decírselo así. Mahbub Ali era muy duro con los chicos que sabían, o ellos creían que sabían, demasiado.

—Bien, hasta que tenga más noticias. —La voz del padre Víctor interrumpió la divagación—. Puedes irte ahora y jugar con los otros chicos. Te enseñarán algo, pero no creo que te guste.

El día pasó con lentitud hasta llegar a su término. Cuando Kim quiso dormir fue instruido en cómo doblar sus ropas y colocar sus botas; los otros chicos se mofaban de él. Los clarines le despertaban de madrugada; el maestro

le pilló tras el desayuno, le plantó delante de las narices una página de caracteres incomprensibles, le dio nombres sin sentido y le pegó sin razón. Kim planeó envenenarlo tomando prestado un poco de opio de uno de los sirvientes; pero luego cayó en la cuenta de que, como todos comían en una misma mesa en público (lo cual era especialmente repulsivo para Kim, que prefería darle la espalda al mundo durante la comida), la tentativa podría acabar mal. Luego intentó escaparse al pueblo donde el sacerdote había tratado de drogar al lama, el pueblo donde vivía el viejo soldado. Pero los centinelas, con el ojo avizor en cada salida, dieron la vuelta a la pequeña figura escarlata. Los pantalones y la chaqueta paralizaban por igual su cuerpo y su mente, así que abandonó el proyecto y, a la manera oriental, confió en el tiempo y la oportunidad. Pasaron tres días de tormento en las grandes habitaciones blancas con ecos. Salía por las tardes escoltado por el tambor y todo lo que oía de su compañero eran las pocas palabras insustanciales que parecían formar dos tercios de los insultos de los hombres blancos. Kim los conocía y despreciaba desde hacía tiempo. Al tambor le molestaba su silencio y falta de interés y se vengaba, como era de suponer, pegándole. A él no le interesaban ninguno de los bazares de los alrededores. Llamaba a todos los nativos «negros»; en revancha, los sirvientes y barrenderos le soltaban a la cara burradas que el chico, confundido por su actitud deferente, nunca comprendía. De alguna manera esto compensaba a Kim por las palizas.

Al cuarto día por la mañana, al tambor le sobrevino una fatalidad. Habían salido juntos hacia las carreras de caballos de Ambala. Él regresó solo, llorando, con la noticia de que el joven O'Hara, a quien no había hecho nada en particular, había llamado a un negro con barba escarlata que iba a caballo; en un instante el negro se le vino encima, le atizó con un látigo muy pegajoso, alzó al joven O'Hara y se lo llevó a todo galope. La noticia llegó a oídos del padre Víctor y este frunció su gran labio superior. Estaba ya lo suficientemente estupefacto por una carta del templo de los Tirthankaras en Benarés, incluyendo un pagaré de un banco nativo por trescientas rupias y una oración increíble al «Dios Todopoderoso». El lama se hubiera enfadado más que el sacerdote si hubiera sabido cómo el escribiente del bazar había traducido su frase «adquirir mérito».

—¡Por los poderes de las tinieblas de abajo! —El padre Víctor titubeó con el papel—. Y ahora él se ha escapado con otro de sus amigos vagabundos. No sé lo que me aliviaría más, traerle de vuelta o perderle de vista. Todo esto me desborda. ¿Cómo demonios, sí, a ellos me refiero, puede un mendigo callejero conseguir dinero para educar a chicos blancos?

A tres millas de allí, en las carreras de caballos de Ambala, Mahbub Ali, montando un semental gris de Kabul, con Kim sentado delante de él en la montura, estaba diciendo:

—Pero, Pequeño Amigo de todo el Mundo, tengo que considerar mi honor y reputación. Todos los oficiales sahibs de todos los regimientos y toda Ambala conocen a Mahbub Ali. Me han visto recogerte y castigar a ese chico. Ahora nos ven en esta explanada desde gran distancia. ¿Cómo puedo llevarte lejos, o explicar tu desaparición si te dejo bajar y escapar entre los cultivos? Me meterían en la cárcel. Ten paciencia. Una vez sahib, siempre sahib. Cuando seas un hombre, ¿quién sabe?, le estarás agradecido a Mahbub Ali.

—Llévame más allá de sus centinelas, donde pueda quitarme este traje rojo. Dame dinero y me iré a Benarés y me reuniré de nuevo con mi lama. No quiero ser un sahib y recuerda, yo entregué el mensaje.

El semental dio un brinco salvaje. Mahbub Ali le había clavado en el lomo, sin darse cuenta, los extremos de los afilados estribos. (Él no era de la nueva clase de ricos tratantes de caballos que llevan botas inglesas con espuelas). Kim sacó sus propias conclusiones de aquel reflejo.

—Ese era un asunto sin importancia. Estaba en la ruta directa a Benarés. Yo y el sahib ya lo hemos olvidado. Envío tantas cartas y mensajes a gente que quiere saber sobre caballos que no puedo acordarme bien de todos. ¿Era el asunto de una yegua zaina sobre la que el sahib Peter quería saber su pedigrí?

Kim vio la trampa al momento. Si hubiera dicho «yegua zaina», Mahbub hubiera sabido por esa prontitud a aceptar la corrección que el chico sospechaba algo. Por ello, Kim replicó:

—No, no una yegua zaina. Yo no olvido mis mensajes tan rápido. Era un semental blanco.

—Sí, eso era. Un semental blanco árabe. Pero tú me escribiste «yegua zaina».

—¿Quién se molesta en contarle la verdad a un escribiente? —contestó Kim, sintiendo la mano de Mahbub sobre su corazón.

—¡Hi! Mahbub, viejo truhán, ¡detente! —gritó una voz y un inglés galopó hasta ellos en un pequeño poni de polo—. Te he perseguido por medio país. Ese kabuli tuyo puede galopar. Está a la venta, supongo.

—Tengo un ejemplar joven que está al llegar, hecho en el cielo para el delicado y difícil juego de polo. No tiene igual. Él...

—Juega al polo y te sirve a la mesa. Sí. Ya lo conocemos. ¿Qué rayos tienes ahí?

—Un chico —dijo Mahbub con gravedad—. Estaba siendo golpeado por otro. Su padre fue una vez un soldado blanco en la gran guerra. Creció en la ciudad de Lahore. Jugaba con mis caballos cuando era pequeño. Ahora creo que van a hacer de él un soldado. Ha sido atrapado hace poco por el

regimiento de su padre que fue enviado a la guerra la semana pasada. Pero no creo que quiera ser soldado. Le estoy dando una vuelta. Dime dónde está tu barracón y te dejaré allí.

—Déjame ir. Puedo encontrar los barracones solo.

—¿Y si te escaparas, quién dirá que no fue por mi culpa?

—Regresará para la comida. ¿A dónde podría escaparse? —preguntó el inglés.

—Nació en el campo. Tiene amigos. Va donde le apetece. Es un chabuk sawai (un chico astuto). Sólo necesita cambiarse de ropa y en un abrir y cerrar de ojos se convertirá en un chico hindú de casta baja.

—¡Vaya si lo haría! —El inglés miró al chico con ojo crítico mientras Mahbub se encaminaba hacia las barracas. Kim apretó los dientes. Mahbub, ese afgano desleal, se estaba burlando de él, porque prosiguió:

—Le enviarán a una escuela y le calzarán botas pesadas y le embutirán en esos ropajes. Luego olvidará todo lo que sabe. Ahora a ver, ¿cuál de los barracones es el tuyo?

Kim señaló, pues no le salían las palabras, hacia el ala del padre Víctor, un barracón de un blanco resplandeciente, allí cerca.

—Quizás sea un buen soldado —dijo Mahbub reflexionando—. Será un buen ordenanza, por lo menos. Una vez le envié a entregar un mensaje desde Lahore. Un mensaje concerniente al pedigrí de un semental blanco.

Era un insulto mortal sobre una afrenta aún más mortal y el sahib a quien él había dado con tanta astucia la carta que provocó la guerra lo oyó todo. En su imaginación Kim veía a Mahbub Ali abrasándose en las llamas por su traición, pero con los ojos todo lo que vio fue una serie larga y gris de barracones, escuelas y más barracones. Miró implorante a la cara de rasgos bien definidos en la que no había signos de reconocimiento, pero incluso en ese momento de apuro, a Kim nunca se le ocurrió solicitar la piedad del hombre blanco o denunciar al afgano. Y Mahbub miraba deliberadamente al inglés, quien miraba igual de deliberadamente a Kim, que temblaba y sentía la lengua paralizada.

—Mi caballo está bien entrenado —dijo el tratante—. Otros hubieran coceado, sahib.

—Ah —dijo el inglés al fin, frotando la cruz húmeda del poni con el puño del látigo—. ¿Quién va a hacer del chico un soldado?

—Dice que el regimiento que le encontró y especialmente el padre sahib del regimiento.

—¡Ahí está el padre! —dijo Kim con la garganta atenazada cuando el padre Víctor sin sombrero se encaminó hacia ellos por la veranda.

—¡Por los poderes de las tinieblas de abajo, O'Hara! ¿Cuántos amigos de toda especie tienes en Asia? —gritó, mientras Kim se deslizaba del caballo y se quedaba de pie impotente ante él.

—Buenos días, padre —dijo el inglés con alegría—. Le conozco bien por su reputación. Quería haber venido a visitarle antes. Soy Creighton.

—¿Del Departamento Etnológico? —preguntó el padre Víctor. El inglés asintió—. Por mi fe, me alegro de conocerle entonces y le doy las gracias por traer de nuevo al chico.

—No me dé las gracias a mí, padre. Además, el chico no se iba a escapar. Usted no conoce al viejo Mahbub Ali. —El tratante de caballos estaba sentado impassible al sol—. Le conocerá cuando haya estado un mes en el puesto. Él nos vende todos nuestros carcamales. Este chico es más bien una rareza. ¿Puede contarme algo sobre él?

—¿Contarle? —resopló el padre Víctor—. Quizás sea usted el único que pueda ayudarme en mi dilema. ¡Contarle! Poderes de las tinieblas, ¡estoy explotando por hablar con alguien que entienda algo sobre los nativos!

Un mozo de cuadras apareció por la esquina. El coronel Creighton alzó la voz, hablando en urdu.

—Muy bien, Mahbub Ali, ¿pero qué sentido tiene contarme a mí todas esas historias sobre el poni? No voy a dar ni una paisa más allá de trescientas cincuenta rupias.

—El sahib está un poco acalorado y está enfadado después de cabalgar —replicó el tratante de caballos, con la sonrisa irónica de un bufón privilegiado—. Enseguida verá las cualidades de mi caballo más claramente. Aguardaré hasta que haya acabado su charla con el padre. Le esperaré bajo ese árbol.

—¡Que el diablo te confunda! —rio el coronel—. Eso me pasa por mirar a uno de los caballos de Mahbub. Es una vieja sanguijuela, padre. Espera entonces, si tienes tanto tiempo libre, Mahbub. Ahora estoy a su servicio, padre. ¿Dónde está el chico? Oh, se ha ido a conferenciar con Mahbub. Un muchacho de una clase poco común. ¿Podría mandar que pongan mi yegua a cubierto?

El coronel se dejó caer en una silla desde la cual podía observar con claridad a Kim y a Mahbub Ali debatiendo bajo el árbol. El padre entró a buscar unos cigarros.

Creighton oyó decir a Kim con amargura:

—Confía en un brahmán antes que en una serpiente y en una serpiente antes que en una ramera y en una ramera antes que en un pastún, Mahbub Ali.

—Todo uno —respondió el grandullón de barba roja moviéndose con empaque—. Los niños no deberían ver una alfombra en el tejedor hasta que el diseño no esté claro. Créeme, Amigo de todo el Mundo, te hago un gran servicio. No harán un soldado de ti.

—¡Viejo pecador astuto! —pensó Creighton—. Pero no vas descaminado. Este chico no debe desperdiciarse si es como cuentan.

—Discúlpeme medio minuto —gritó el padre desde dentro—, pero estoy cogiendo los documentos del caso.

—Si a través de mí llegas al favor de ese audaz y sabio coronel sahib y eres elevado a honores, ¿qué gracias le darás a Mahbub Ali cuando seas un hombre?

—¡Nay, nay! Te pedí por favor que me dejaras coger el camino de nuevo, donde estaría seguro, y me has vendido de vuelta al inglés. ¿Cuánto dinero maldito te pagarán?

—¡Un diablete joven y simpático! —El coronel mordió su cigarro y se giró educadamente hacia el padre Víctor.

—¿Qué son esas cartas que el sacerdote gordo agita ante el coronel? ¡Quédate detrás del semental como si miraras a mi brida! —dijo Mahbub Ali.

—Una carta de mi lama que escribió desde la carretera de Jagadhir, diciendo que pagará trescientas rupias al año por mi colegio.

—¡Oho! ¿Es el viejo Gorro Rojo de esa clase? ¿Qué colegio?

—Dios sabe. Creo que en Nucklao.

—Sí. Allí hay un gran colegio para los hijos de los sahibs... y medio sahibs. Lo vi cuando vendí allí caballos. ¿Así que el lama quiere también al Amigo de todo el Mundo?

—Sí, y él no cuenta mentiras o me devuelve a la prisión.

—No me extraña que el sacerdote no sepa cómo deshacer la madeja. ¡Qué rápido habla con el coronel sahib! —Mahbub Ali se rio para sí—. ¡Por Alá! —sus ojos penetrantes se pasearon un instante por la veranda— tu lama ha enviado lo que me parece un pagaré. He hecho algunos tratos con hoondis. El coronel sahib está examinándolo.

—¿Qué me importa? —dijo Kim con cansancio—. Tú te irás y a mí me mandarán de vuelta a esas habitaciones vacías donde no hay ningún sitio bueno para dormir y donde los chicos me pegan.

—No lo creo. Ten paciencia, chico. Los pastunes son desleales sólo cuando se trata de caballos.

Pasaron cinco, diez, quince minutos, el padre Víctor hablaba con decisión o bien hacía preguntas a las que el coronel contestaba.

—Ahora le he contado todo lo que sé sobre el chico, de principio a fin; y es un bendito desahogo para mí. ¿Ha oído alguna vez algo parecido?

—De cualquier manera, el viejo ha enviado el dinero. Los pagarés del Gobind Sahai son válidos de aquí a China —dijo el coronel—. Cuanto más se conoce a los nativos menos se puede decir lo que harán o no harán.

—Es consolador saberlo de la parte del jefe del Departamento Etnológico. Es esta mezcla de toros rojos y ríos de curación (pobre pagano, ¡Dios le ayude!) y pagarés y certificados masónicos. ¿Es usted masón por casualidad?

—Por Júpiter que lo soy, ahora que lo pienso. Esa es otra razón más —dijo el coronel distraído.

—Me alegra que vea una razón en ello. Pero como le decía, es la mezcla de circunstancias lo que me supera. Y su profecía a nuestro coronel, sentado en mi catre, con la camisa abierta mostrando su piel blanca; ¡y la profecía que se cumple! En San Javier curarán todo este sinsentido, ¿eh?

—Rocíele con agua bendita —rio el coronel.

—Palabra de honor que a veces pienso que debería hacerlo. Pero espero que sea educado como un buen católico. Lo que me preocupa es qué sucederá si el viejo mendigo...

—Lama, lama, querido señor; algunos de ellos son caballeros en su tierra.

—El lama, entonces, deja de pagar el año próximo. Tiene una buena cabeza de negocios para planificar en el momento, pero algún día se morirá. Y coger dinero de un pagano para darle al chico una educación cristiana...

—Pero él dijo explícitamente lo que quería. Tan pronto como había sabido que el chico era blanco, parece haber tomado sus disposiciones de acuerdo con ello. Daría la paga de un mes por oír cómo explicó todo esto en el templo de los Tirthankaras en Benarés. Mire, padre, no pretendo saber mucho sobre nativos, pero si dice que pagará, pagará, vivo o muerto. Quiero decir, sus herederos asumirán la deuda. El consejo que le doy es: Envíe al chico a Lucknow. Si su capellán anglicano piensa que le ha hecho una jugarreta...

—¡Mala suerte para Bennett! Fue enviado al frente en mi lugar. Doughty certificó mi incapacidad médica. ¡Excomulgaré a Doughty si regresa sano y salvo! Seguramente Bennett debería contentarse con...

—La fama, y la religión que se la deje a usted. ¡Exacto! De hecho, no creo

que a Bennett le importe. Écheme a mí la culpa. Yo... er... recomiendo encarecidamente enviar al chico a San Javier. Puede ir allí en calidad de huérfano de soldado, así se ahorra el importe del tren. Puede comprarle alguna ropa con la suscripción del regimiento. La Logia se ahorrará los gastos de su educación y esto les pondrá de buen humor. Es muy fácil. Iré a Lucknow la próxima semana. Cuidaré del chico por el camino... le pondré al cuidado de mis sirvientes y demás.

—Es usted un buen hombre.

—En absoluto. No cometa ese error. El lama nos ha enviado dinero para un fin concreto. No sería decente devolverlo. Tendremos que hacer como él dice. Bien, queda pues solucionado ¿no? ¿Digamos que el próximo martes me entregará al chico cuando salga el tren nocturno para el sur? No puede hacer muchas trastadas en tres días.

—Me quita un peso de encima, pero ¿esto de aquí? —agitó el pagaré—. No conozco a Gobind Sahai ni a su banco, que puede ser un simple agujero en la pared.

—Se ve que usted nunca ha sido un subalterno con deudas. Lo haré efectivo si quiere y le enviaré los comprobantes, todo en el debido orden.

—¡Pero encima de todo el trabajo que tiene! Sería pedir...

—No es ningún problema, de veras. Mire, como etnólogo el asunto me resulta muy interesante. Me gustaría escribir algunas observaciones sobre ello para un trabajo gubernamental que estoy elaborando. La transformación de una insignia de regimiento, como su toro rojo, en una especie de fetiche al que el chico sigue es muy interesante.

—Nunca podré agradecerérselo lo suficiente.

—Hay una cosa que puede hacer. Todos nosotros, los etnólogos, somos tan celosos como las urracas en lo que respecta a los descubrimientos del otro. No son de interés para nadie excepto para nosotros, por supuesto, pero ya sabe cómo son los coleccionistas de libros. Bien, no diga una palabra, directa o indirectamente, sobre la parte asiática de la personalidad del chico, sus aventuras, su profecía y lo demás. Se lo sonsacaré al muchacho más tarde y... ¿entiende?

—Entiendo. Escribirá un estupendo informe con ello. No diré una palabra a nadie hasta que no lo vea impreso.

—Gracias. Eso va directo al corazón de un etnólogo. Bien, debo volver para mi desayuno. ¡Cielos! ¿El viejo Mahbub aún está ahí? —Creighton alzó la voz y el tratante de caballos salió de la sombra bajo el árbol—. Bien ¿qué pasa ahora?

—En lo que concierne a ese joven caballo —dijo Mahbub—, digo que cuando un potro nace para ser un poni de polo y sigue la pelota de cerca sin entrenamiento alguno, cuando un potro así conoce el juego por instinto, ¡entonces digo que es una gran equivocación hacerle tirar de un carro pesado, sahib!

—Eso digo yo también Mahbub. El potro será usado sólo para el polo. (Estos tipos no piensan en otra cosa en el mundo más que en caballos, padre). Te veré mañana, Mahbub, si tienes algo que se pueda vender.

El tratante saludó a la manera de un jinete, con un amplio movimiento de la mano derecha.

—Ten un poco de paciencia, Amigo de todo el Mundo —murmuró a un Kim desesperado—. Tu fortuna está echada. En poco tiempo irás a Nucklao y... aquí tienes algo para pagar al escribiente. Te veré otra vez, creo que muchas veces —y se fue carretera abajo a medio galope.

—Escúchame —dijo el coronel desde la veranda, hablando en la lengua nativa—. En tres días vendrás conmigo a Lucknow, y verás y oirás cosas nuevas todo el tiempo. Así que siéntate tranquilo durante tres días y no te escapes. Irás a la escuela en Lucknow.

—¿Veré allí a mi santo? —gimoteó Kim.

—Al menos Lucknow está más cerca de Benarés que Ambala. Puede ser que vayas bajo mi protección. Mahbub Ali lo sabe y se enfadará si vuelves al camino ahora. Recuerda, me han contado muchas cosas que no olvido.

—Esperaré —dijo Kim—, pero los chicos me pegarán.

En ese momento los clarines tocaron para el rancho.

Capítulo 7

¿Para beneficio de quién están los soles preñados en suspensión

Junto a lunas idiotas y estrellas que esconden estrellas?

Deslízate entre ellas, tu llegada no se notará.

El Cielo tiene sus guerras insignes, como la Tierra sus guerras infames

Heredero de esos tumultos, esos enredos, esas luchas

(Esclavizado por el pecado de Adán, de los padres, el tuyo propio);

Escudriña, traza tu horóscopo y di

Qué planeta redime o condena tu miserable destino.

Sir John Christie

Por la tarde el maestro de cara colorada le dijo a Kim que había sido «tachado de los efectivos», lo cual Kim no entendió hasta que le ordenaron que se fuera a jugar. Entonces corrió al bazar y encontró al joven escribiente al que le debía un sello.

—Ahora te pago —dijo Kim regiamente— y ahora necesito que me escribas otra carta.

—Mahbub Ali está en Ambala —dijo el escribiente con desparpajo. En virtud de su oficio era una oficina de desinformación general.

—Esta no es para Mahbub sino para un sacerdote. Coge tu pluma y escribe rápido. Al lama Teshoo, el santo de Bhotiyal que busca un río, que está ahora en el templo de los Tirthankaras en Benarés. ¡Coge más tinta! En tres días voy a ir a Nucklao, a la escuela de Nucklao. El nombre de la escuela es Javier. No sé dónde está esta escuela, pero está en Nucklao.

—Pero yo conozco Nucklao —interrumpió el escribiente—. Conozco la escuela.

—Dile dónde es y te doy media anna.

La pluma de junco garabateaba afanosamente.

—No puede equivocarse. —El hombre levantó la cabeza—. ¿Quién nos observa desde el otro lado de la calle?

Kim miró hacia allí al instante y vio al coronel Creighton vestido para jugar al tenis.

—Oh, es un sahib que conoce al sacerdote gordo de los barracones. Está haciéndome señas.

—¿Qué andas haciendo? —preguntó el coronel cuando Kim se acercó al trote.

—No... no me voy a escapar. Le envió una carta a mi santo en Benarés.

—No había pensado en eso. ¿Le has dicho que te llevaré a Lucknow?

—Nay, no lo he hecho. Leed la carta si no lo creéis.

—Entonces, ¿por qué no has mencionado mi nombre al escribir al santo?
—El coronel sonrió de forma extraña. Kim reunió su coraje en ambas manos.

—Una vez me dijeron que no era conveniente escribir los nombres de terceros mezclados en un asunto porque por decir los nombres, muchos planes buenos acaban liándose.

—Te han enseñado bien —replicó el coronel y Kim se sonrojó—. He dejado mi caja de cheroots en la veranda del padre. Tráemela a mi casa esta noche.

—¿Dónde está la casa? —preguntó Kim. Su aguda inteligencia le dijo que estaba siendo probado de un modo u otro y estaba en guardia.

—Pregúntale a cualquiera en el gran bazar. —El coronel siguió su camino.

—Ha olvidado su caja de cigarros —dijo Kim, volviendo junto al escribiente—. Debo llevársela esta tarde. Esa es toda la carta, además de repetir tres veces: ¡Ven a mí! ¡Ven a mí! ¡Ven a mí! Ahora pagaré el sello y la echaré al correo. —Se irguió para irse y, como si fuera una ocurrencia repentina, preguntó—: ¿Quién es en realidad ese sahib con cara malhumorada que perdió la caja de cigarros?

—Oh, es sólo el sahib Creighton, un sahib tonto que es coronel sin tener un regimiento.

—¿Qué hace entonces?

—Sabe Dios. Siempre está comprando caballos que no puede cabalgar y preguntando acertijos sobre las obras divinas, tales como las plantas y las piedras y las costumbres de la gente. Los tratantes le llaman padre de los tontos porque le engañan muy fácilmente con los caballos. Mahbub Ali dice que está todavía más loco que muchos otros sahibs.

—¡Oh! —dijo Kim y se fue. Su experiencia le había dado algunos conocimientos sobre la naturaleza humana y se dijo que a los tontos no se les da una información que provoca la movilización de ocho mil hombres además de artillería. El comandante en jefe de toda la India no habla a los tontos como Kim le había oído hablar. Ni cambiaría el tono de voz de Mahbub Ali, como lo hacía cada vez que mencionaba el nombre del coronel, si este fuera un tonto. Por consiguiente, y este pensamiento le hizo a Kim pegar brincos de alegría, había un misterio en alguna parte y Mahbub Ali probablemente espiaba para el coronel como Kim había espiado para Mahbub. Y, como el tratante de caballos, el coronel respetaba a la gente que no pretendía pasarse de lista.

Se alegró de no haber desvelado que sabía dónde estaba la casa del coronel, y, cuando a su vuelta a los barracones, descubrió que ninguna caja de cigarros había sido olvidada, sonrió con deleite. Ese era un hombre de su gusto, una persona indirecta y tortuosa jugando un juego secreto. Bien, si él podía pasar por tonto, también podía Kim.

No reveló sus pensamientos cuando el padre Víctor, durante tres largas mañanas, le echó discursos sobre una nueva serie de dioses y semidioses —especialmente de una diosa llamada María, que, por lo que Kim entendió, era

la misma que la Bibi Miriam de la teología de Mahbub Ali—. No mostró ninguna emoción cuando, tras la conferencia, el padre Víctor le arrastró de tienda en tienda comprándole prendas de vestir, ni se quejó cuando los tambores envidiosos le dieron patadas porque iba a ir a una escuela superior, sino que aguardó el desenlace de las circunstancias con el alma en vilo. El padre Víctor, un buen hombre, lo llevó a la estación, lo colocó en un vagón de segunda vacío, al lado del vagón de primera del coronel Creighton, y se despidió con sincera emoción.

—En San Javier harán un hombre de ti, O’Hara, un hombre blanco y espero que un buen hombre. Saben todo sobre tu llegada y el coronel se encargará de que no te pierdas ni te desorientes por el camino. Te he dado una noción de asuntos religiosos, al menos eso espero, y acuérdate de que, cuando te pregunten por tu religión, tú eres un católico. Di mejor católico romano, aunque no me gusta mucho la palabra. Kim encendió un cigarrillo maloliente, había tenido la precaución de comprar una provisión en el bazar, y se tumbó para reflexionar. Este viaje en solitario era muy diferente del alegre viaje en tercera clase con el lama.

—Los sahibs no disfrutaban de los viajes —reflexionó—. ¡Hai mai!, voy de un sitio a otro como si fuera una pelota. Es mi kismet. Nadie puede escapar a su kismet. Pero tengo que rezar a Bibi Miriam y soy un sahib. —Miró sus botas con tristeza—. No, soy Kim. Este es el gran mundo y yo soy simplemente Kim. ¿Quién es Kim? —Se puso a considerar su propia identidad, cosa que nunca antes había hecho, hasta que la cabeza le dio vueltas. En ese ruidoso torbellino de la India, él era una persona insignificante que iba al sur hacia un destino desconocido.

En ese momento el coronel envió a buscarle y le habló durante largo rato. Hasta donde Kim pudo entender, tenía que ser aplicado y entrar en el Departamento Topográfico de la India como agrimensor. Si era muy bueno y pasaba los exámenes correspondientes, ganaría treinta rupias al mes a sus diecisiete años y el coronel Creighton se ocuparía de encontrarle un empleo adecuado.

Al principio, Kim pretendió entender una de cada tres palabras de la charla. Entonces, el coronel, comprendiendo su error, pasó al fluido y pintoresco urdu y Kim se alegró. Nadie que conociera la lengua tan a fondo, que tuviera movimientos tan suaves y silenciosos y unos ojos tan diferentes de los ojos inexpresivos y adiposos de otros sahibs, podía ser un tonto.

—Sí, y debes aprender cómo hacer dibujos de carreteras, montañas y ríos, y a llevar esas imágenes en la retina hasta que llegue el momento apropiado para ponerlas sobre papel. Quizás un día, cuando seas un agrimensor, pueda decirte cuando trabajemos juntos: «Cruza esas colinas y mira lo que hay más

allá». Luego alguien dirá: «Hay gente mala viviendo en esas colinas que le matarán si va con el aspecto de un sahib». ¿Qué hacemos entonces?

Kim meditó. ¿Sería seguro recoger la pelota del coronel?

—Diría lo que ese alguien —respondió.

—Pero si yo te contestara: «Te daré cien rupias por la información de lo que hay tras esas colinas, por el dibujo de un río y algunas noticias de lo que la gente dice en el pueblo de allí».

—¿Cómo lo puedo saber? Sólo soy un chico. Espere hasta que sea un hombre. —Luego, viendo arrugarse la frente del coronel, prosiguió—: Pero pienso que podría en unos días ganarme las cien rupias.

—¿De qué manera?

Kim sacudió la cabeza con decisión.

—Si digo cómo las ganaría, alguno podría oírme y adelantárseme. No es bueno vender lo que uno sabe a cambio de nada.

—Di cómo. —El coronel sostuvo una rupia en alto. Kim estiró la mano para cogerla, pero la dejó caer a medio camino.

—Nay, sahib; nay. Conozco el precio que pagarán por la respuesta, pero no sé por qué se hace la pregunta.

—Tómala como un regalo entonces —dijo Creighton, lanzándole la moneda—. Hay en ti una mente despierta. No dejes que la vuelvan obtusa en San Javier. Hay muchos chicos allí que desprecian a las personas de piel oscura.

—Sus madres eran mujeres del bazar —dijo Kim. Sabía muy bien que no había odio como el del mestizo por su consanguíneo.

—Cierto; pero tú eres un sahib y el hijo de un sahib. Por ello, no permitas que en ningún momento te empujen a despreciar a la gente de piel oscura. He conocido a chicos recién entrados en el servicio del Gobierno que fingían no conocer la lengua ni las costumbres de la gente con piel oscura. Se les redujo la paga por su ignorancia. No hay ningún pecado más grande que el de la ignorancia. Recuérdalo.

En el transcurso del trayecto de veinticuatro horas hacia el sur, el coronel envió a buscar a Kim varias veces, volviendo siempre sobre ese tema.

—Estaremos en la misma cuerda, entonces —se dijo Kim finalmente—, el coronel, Mahbub Ali y yo, cuando me convierta en un agrimensor. Me usará como Mahbub Ali me usó, creo. Eso es bueno, si me deja volver al camino de nuevo. Esta ropa no se vuelve más cómoda por usarla.

Cuando llegaron a la atestada estación de Lucknow, no había señales del lama. Kim se tragó su decepción mientras el coronel lo metió en un ticca-gharri con sus nuevas pertenencias y lo despachó a San Javier solo.

—No te diré adiós porque nos encontraremos de nuevo —dijo—. Otra vez y muchas más veces, si eres alguien con un espíritu noble. Pero aún no has sido puesto a prueba.

—¿Tampoco cuando te traje —Kim osó emplear el «tum» de entre iguales — un semental blanco esa noche?

—Se gana mucho olvidando, pequeño hermano —dijo el coronel, con una mirada que atravesó los hombros de Kim mientras este se introducía en el carruaje.

Le llevó casi cinco minutos recuperarse. Luego olfateó el aire nuevo con apreciación.

—Una ciudad rica —dijo—. Más rica que Lahore. ¡Qué buenos deben de ser los bazares! Cochero, condúceme un poco a través de los bazares de aquí.

—Mi orden es llevarte al colegio. —El cochero utilizó el «tú» que es una grosería al dirigirse a un hombre blanco. Kim le señaló su error en la lengua nativa más clara y fluida, y, una vez el entendimiento perfectamente establecido, se montó en el pescante y se hizo conducir durante un par de horas arriba y abajo, juzgando, comparando y disfrutando. No hay ciudad —excepto Bombay, la reina de todas las ciudades— más bella que Lucknow con su fastuoso estilo, lo mismo si se contempla desde el puente sobre el río o desde encima del Imambara, teniendo a los pies las cúpulas doradas de la Chutter Munzi y los árboles que envuelven la ciudad. Los reyes la han adornado con edificios fantásticos, dotado con prebendas, llenado de pensionistas y empapado de sangre. Ella es el centro del ocio, la intriga y el lujo, y comparte con Delhi la pretensión de hablar el único urdu puro.

—Una bella ciudad, una ciudad maravillosa. —El cochero, como habitante de Lucknow, se sentía halagado con los cumplidos y le contó a Kim muchas cosas asombrosas allí donde un guía inglés habría hablado sólo del Motín.

—Ahora iremos a la escuela —dijo Kim por fin. La escuela de San Javier en Partibus, vieja y grande, formada por una serie de bloques de edificios bajos y blancos, se erigía sobre una enorme extensión de terreno frente al río Gumti, a cierta distancia de la ciudad.

—¿Qué tipo de gente vive ahí dentro? —preguntó Kim.

—Sahibs jóvenes, todos demonios. Pero a decir verdad, y conduzco a muchos de aquí a la estación de trenes, nunca he visto a uno que tenga cualidades tan buenas para ser un perfecto diablo como tú... como este joven

sahib al que estoy conduciendo.

Naturalmente, como nunca fue enseñado a considerarlas indecentes en ningún sentido, Kim había entablado conversación con una o dos chicas frívolas asomadas a las ventanas altas de una cierta calle, y, por supuesto, en el intercambio de cumplidos se había desquitado a gusto. Estaba a punto de señalar la última insolencia del conductor, cuando sus ojos —estaba oscureciendo— repararon en una figura en el largo muro.

—¡Detente! —gritó—. Párate aquí. No voy a la escuela ahora mismo.

—Pero ¿quién paga todas estas idas y venidas? —dijo el conductor con petulancia—. ¿Está loco este chico? Hace un rato era una bailarina. Esta vez es un sacerdote.

Kim se había precipitado de cabeza al camino y acariciaba los pies polvorientos bajo el ropaje amarillo del lama.

—He esperado aquí un día y medio —empezó la voz mesurada del lama—. Nay, tenía un discípulo conmigo. Mi amigo en el templo de los Tirthankaras me proporcionó un guía para este viaje. Cuando me entregaron tu carta, vine de Benarés en el tren. Sí, estoy bien alimentado. No necesito nada.

—Pero ¿por qué no te quedaste con la mujer de Kulu, oh santo? ¿De qué forma fuiste a Benarés? Mi corazón ha estado triste desde que nos separamos.

—La mujer me fatigaba con el flujo constante de charla y con sus peticiones de conjuros para niños. Me separé de esa compañía, permitiéndole adquirir mérito mediante regalos. Al menos es una mujer muy generosa e hice la promesa de volver a su casa si fuera necesario. Luego, sintiéndome solo en este mundo grande y terrible, me acordé del tren a Benarés, donde conocía a alguien en el templo de los Tirthankaras que era un buscador como yo.

—¡Ah! ¡Tu río! —dijo Kim—. Había olvidado el río.

—¿Tan pronto mi chela? Yo nunca lo he olvidado. Pero cuando te dejé, me pareció más conveniente ir al templo y tomar consejo porque, mira, la India es muy grande y puede ser que hombres sabios antes que nosotros, quizás dos o tres, hayan dejado una indicación del lugar donde está el río. Hay un debate en el templo de los Tirthankaras sobre este tema; unos dicen una cosa y otros otra. Son personas muy corteses.

—Así sea; ¿pero qué haces ahora?

—Adquiero mérito ayudándote a conseguir la sabiduría, chela mío. El sacerdote de ese grupo de hombres que sirven al toro rojo me escribió que todo se haría como yo lo deseé para ti. Envié el dinero suficiente para un año y luego vine, como ves, para cuidar de que entres por la Puerta de la Sabiduría. He esperado un día y medio, no porque me guíe algún afecto hacia ti, eso no

forma parte de la Senda, sino porque, como dijeron en el templo de los Tirthankaras, habiendo pagado dinero para la educación, lo correcto era supervisar el final de la historia. Ellos resolvieron muy claramente mis dudas. Tenía el temor de que venía quizás porque deseaba verte... confundido por la niebla roja del afecto. No es así... Además, estoy preocupado por un sueño.

—Pero, seguramente, santo, no has olvidado la carretera y todo lo que sucedió en ella. ¿Seguramente has venido también un poco por verme?

—Los caballos tienen frío y ya se ha pasado la hora de cebarlos —se quejó el conductor.

—¡Vete a Jehannum y quédate allí con tu tía de mala reputación! —rugió Kim por encima del hombro—. Santo, estoy solo en esta región; no sé adónde voy ni lo que me va a suceder. Puse mi corazón en la carta que te envié. Excepto Mahbub Ali, y él es un pastún, no tengo más amigos que tú, santo. No te vayas.

—También he considerado eso —replicó el lama con voz temblorosa—. Está claro que de tanto en tanto adquiriré mérito, si antes no he encontrado mi río, asegurándome de que tus pies van por la Senda de la verdad. No sé lo que te enseñarán, pero el sacerdote me escribió que ningún hijo de sahib en la India estará mejor educado que tú. Así que por eso volveré de vez en cuando. Quizás te conviertas en un sahib como el que me dio estos lentes —el lama los frotó con cuidado— en la Casa de las Maravillas de Lahore. Esa es mi esperanza porque él era una fuente de sabiduría, más sabio que muchos abades... Aunque ¿a lo mejor te olvidas de mí y de nuestros encuentros?

—Si como de tu pan —gritó Kim con emoción—, ¿cómo podré olvidarte nunca?

—No... no. —Apartó al chico a un lado—. Debo volver a Benarés. De tanto en tanto, ahora que conozco las costumbres de los escribientes en estas tierras, te enviaré una carta y de tanto en tanto vendré a verte.

—¿Pero a dónde debo enviar mis cartas? —se lamentó Kim, agarrándose al ropaje del lama, olvidando por completo que era un sahib.

—Al templo de los Tirthankaras en Benarés. Ese es el lugar que he elegido hasta que encuentre mi río. No llores porque, mira, todo deseo es ilusión y una nueva atadura a la Rueda. Ve hacia las Puertas de la Sabiduría. Déjame verte haciéndolo... ¿Me quieres? Entonces ve o se me romperá el corazón... Volveré de nuevo. Seguro que volveré otra vez.

El lama contempló el ticca-gharri retumbando en el recinto y se alejó aspirando rapé a cada paso.

Las Puertas de la Sabiduría se cerraron con un estruendo metálico.

El chico crecido y alimentado en una tierra tiene sus propias maneras y costumbres que no se parecen a las de ninguna otra tierra; y sus maestros se le acercan por caminos que un maestro inglés no comprendería. Por ello, al lector apenas le interesarían las experiencias de Kim como alumno de San Javier entre doscientos o trescientos jóvenes precoces, muchos de los cuales no habían visto nunca el mar. Kim sufrió los castigos normales por traspasar los límites del colegio cuando había cólera en la ciudad. Eso fue antes de que aprendiera a escribir bien en inglés y por eso estaba obligado a buscar un escribiente del bazar. Por supuesto, fue acusado de fumar y de usar las palabrotas más expresivas que se hubieran oído en San Javier. Aprendió a lavarse con la escrupulosidad levítica del nativo que, en su fuero interno considera al inglés bastante sucio. Hizo las jugarretas de costumbre a los pacientes culis que movían los punkahs en los dormitorios donde los chicos pasaban las noches calurosas contándose historias hasta el alba; y calladamente, se medía con sus compañeros, todos ellos chicos muy seguros de sí mismos.

Sus camaradas eran hijos de funcionarios de bajo rango de los ferrocarriles, telégrafos y servicios del canal; de suboficiales, a veces retirados, a veces en activo como comandantes en jefe del ejército feudal de un rajá; otros eran capitanes de la Marina india, funcionarios retirados del Gobierno, propietarios de plantaciones, comerciantes con tiendas en la Presidencia y misioneros. Unos pocos eran hijos pequeños de las viejas casas euroasiáticas que habían echado raíces profundas en Dhurrumtollah: los Pereiras, De Souzas y D'Silvas. Sus padres bien hubieran podido educarlos en Inglaterra, pero adoraban el colegio en el que habían pasado su propia juventud y así, en San Javier, una generación de piel cetrina seguía a otra. Sus hogares variaban desde la Howrah de los ferroviarios hasta acantonamientos abandonados como Monghyr y Chunar; jardines de té perdidos en el camino de Shillong; pueblos en Oudh o en el Decán, donde sus padres eran grandes terratenientes; enclaves de misiones a una semana de marcha hasta la línea de ferrocarril más próxima; puertos de mar a mil millas hacia el sur, frente a los oleajes del océano índico; y plantaciones de quinos al sur de todo. Solamente la historia de sus aventuras, que para ellos no era aventura ninguna, en sus caminos de casa al colegio le hubiera puesto los pelos de punta a cualquier chico occidental. Aunque solían correr solos unas cien millas por la jungla, donde había siempre la agradable posibilidad de ser retrasado por tigres, estos chicos se habrían bañado en el Canal de la Mancha en un agosto inglés con el mismo agrado con el que sus hermanos de la otra parte del mundo se habrían quedado quietos mientras un leopardo olfateaba su palanquín. Había chicos de quince años que habían pasado un día y medio en una isleta en medio de un río desbordado, haciéndose cargo, como por derecho, de un grupo de peregrinos aterrorizados que regresaban de un santuario. Había chicos mayores que,

cuando una vez las lluvias habían inutilizado la senda de carros que conducía a las posesiones de su padre, habían requisado, en nombre de San Francisco Javier, el elefante de un rajá encontrado por casualidad y casi habían perdido al enorme animal en unas arenas movedizas. Había un chico que, según él, y nadie lo dudaba, había ayudado a su padre a repeler, con rifles y desde una veranda, un ataque de los akas en los días en que esos cazadores de cabezas se atrevían a asaltar plantaciones solitarias.

Y cada historia era contada en el tono equilibrado y sin pasión del nativo, mezclada con curiosas reflexiones, préstamos inconscientes de nodrizas nativas, y giros del habla que mostraban que habían sido traducidos de la lengua nativa en ese instante. Kim observaba, escuchaba y aprobaba. No era la charla insípida y vacía de los tambores del cuartel. Trataba de una vida que él conocía y en parte entendía. La atmósfera le sentaba bien y estaba creciendo a ojos vista. Cuando el tiempo calentó, le dieron un traje blanco de uniforme y disfrutaba de las nuevas comodidades corporales descubiertas, como disfrutaba al usar su aguda inteligencia en las tareas que le ponían. Su rapidez hubiera encantado a un profesor inglés; pero en San Javier conocen el primer impulso intelectual que se desarrolla con el sol y el entorno, como conocen la flojera que sobreviene a los veintidós o veintitrés años.

Sin embargo, Kim no se olvidó de mostrar en todo momento un perfil discreto. Cuando en las noches calurosas se contaban historias, Kim no acaparaba la escena con sus recuerdos, porque en San Javier se despreciaba a los chicos que «se volvían demasiado nativos». Uno no debe olvidar nunca que es un sahib y que algún día, cuando apruebe los exámenes, tendrá nativos a su mando. Kim se anotó ese detalle, porque empezaba a entender adónde conducían los exámenes.

Luego llegaron las vacaciones de agosto a octubre, las largas vacaciones impuestas por el calor y la lluvia. A Kim le informaron que iría al norte, a alguna estación en las montañas más allá de Ambala, donde el padre Víctor lo había organizado todo para él.

—¿Una escuela de cuartel? —preguntó Kim, que había preguntado mucho y pensado más aún.

—Sí, supongo que sí —dijo el profesor—. No te hará daño mantenerte lejos de las travesuras. Puedes ir al norte, hasta Delhi, con el joven De Castro.

Kim lo consideró desde todas las perspectivas. Había sido aplicado, como el coronel le había aconsejado. Las vacaciones de un chico eran de su propiedad —o al menos eso había comprendido en las charlas de sus compañeros—, una escuela de cuartel sería un tormento después de San Javier. Además, y eso era una magia que valía más que cualquier cosa, él podía escribir. En tres meses había descubierto cómo los hombres podían hablar

entre sí sin un tercero al precio de media anna y un poco de conocimiento. Del lama no había oído una palabra, pero le quedaba el camino. Kim añoraba la caricia del suave barro aplastándose entre los dedos de los pies y la boca se le hacía agua pensando en el cordero guisado con mantequilla y col, en el arroz aderezado con cardamomos de fuerte aroma o coloreado con azafrán, ajos y cebollas, y en los grasientos dulces prohibidos de los bazares. En la escuela de barracón ellos le darían ternera cruda en un plato y tendría que fumar a escondidas. Pero, por otra parte, era un sahib y estaba en San Javier y ese cerdo de Mahbub Ali... No, no pondría a prueba la hospitalidad de Mahbub, y sin embargo... Lo meditó a solas en el dormitorio y llegó a la conclusión de que había sido injusto con Mahbub.

La escuela estaba vacía; casi todos los profesores se habían ido; tenía en la mano el billete de tren del coronel Creighton y Kim se hinchó de orgullo por no haber gastado el dinero del coronel ni el de Mahbub en una vida desenfadada. Era todavía dueño de dos rupias y siete annas. Su nuevo baúl de cuero, marcado con sus iniciales «K. O'H» y el rollo de ropa de cama estaban en el dormitorio vacío.

—Los sahibs están siempre atados a sus equipajes —dijo Kim, haciendo una indicación con la cabeza hacia sus cosas—. Os quedaréis aquí.

Salió bajo la lluvia cálida, sonriendo con decisión y buscó una cierta casa en cuya fachada se había fijado hacía algún tiempo...

—¡Arré! ¿No conoces qué tipo de mujeres viven en este barrio? ¡Oh, qué vergüenza!

—¿Crees que nací ayer? —Kim se acuclilló a la manera nativa sobre los cojines de la habitación del piso superior—. Un poco de tinte y tres yardas de tela para ayudar en una broma. ¿Es mucho pedir?

—¿Quién es ella? Siendo un sahib, eres muy joven para tal diablura.

—¡Oh! ¿Ella? Es la hija de un maestro de un regimiento del acantonamiento. El padre me golpeó dos veces porque salté sobre su muro con estas ropas. Ahora iré como el chico del jardinero. Los viejos son muy celosos.

—Eso es cierto. Quédate con la cara quieta mientras te unto el jugo.

—No demasiado negro, Naikan. No quiero aparecer ante de ella como un hubshi (negro).

—Oh, al amor no le importan estas cosas. ¿Y qué edad tiene?

—Doce años, creo —replicó con desdén—. Extiéndelo por el pecho. Puede ser que su padre me arranque las ropas y si resulto de otro color... —se rio.

La chica trabajó con afán, empapando un trozo de paño en un pequeño plato de tinte marrón que duraba más que cualquier jugo de nuez.

—Ahora ve y consígueme una tela para el turbante. Pobre de mí, ¡mi cabeza está sin rapar! Y, seguramente, él me tirará el turbante.

—No soy un barbero, pero te haré un apaño. ¡Has nacido para ser un Rompedor de Corazones! ¿Todo este disfraz para una noche? Recuérdalo, este tinte no se quita con agua. —Se retorció de risa haciendo tintinear sus brazaletes y las pulseras del tobillo—. ¿Pero quién me va a pagar por esto? Huneefa misma no podría haberte dado un tinte mejor.

—Confía en los dioses, hermana —dijo Kim con seriedad, haciendo toda clase de muecas mientras el color secaba—. Además, ¿has ayudado alguna vez a pintar así a un sahib?

—Nunca en verdad. Pero una broma no es dinero.

—Es más valiosa.

—Jovencito, eres, sin discusión, el más desvergonzado hijo de shaitan que he conocido, hacerle perder el tiempo a una pobre chica con este juego, y luego decir: «¿No basta con la broma?». Llegarás muy lejos en esta vida. —Y, burlándose, le hizo el saludo de las bailarinas.

—Todo uno. Apúrate y córtame el pelo de cualquier manera. —Kim se balanceaba sobre los pies, con los ojos brillantes de regocijo mientras pensaba en los maravillosos días que le esperaban. Le dio a la chica cuatro annas y corrió escaleras abajo con la apariencia de un chico hindú de casta baja, perfecto en cada detalle. Su siguiente parada fue un puesto de comida donde se dio un extravagante atracón de delicias grasientas.

En el andén de la estación de Lucknow, observó al joven De Castro, cubierto de granos a causa del calor, entrar en un compartimento de segunda. Kim agració con su presencia uno de tercera, convirtiéndose en alma y vida del compartimento. Explicó a la compañía que era el ayudante de un juglar, este le había abandonado enfermo con fiebre y ahora iba a reunirse con su maestro en Ambala. Cuando los ocupantes del compartimento cambiaban, Kim variaba esa historia o la adornaba con todos los brotes de una imaginación floreciente, tanto más desenfadada por haber estado privada largo tiempo de la lengua nativa. Esa noche no había en toda la India ser humano más feliz que Kim. En Ambala se bajó del tren y se dirigió hacia el este, chapoteando sobre los campos encharcados en dirección al pueblo donde el viejo soldado vivía.

En esos momentos avisaban desde Lucknow al coronel Creighton en Simia de que el joven O'Hara había desaparecido. Mahbub Ali estaba en la ciudad

vendiendo caballos y el coronel le confió el asunto una mañana galopando suavemente alrededor de la pista de carreras de Annandale.

—Oh, eso no es nada —dijo el tratante—. Los hombres son como caballos. En ciertos momentos necesitan sal y si esa sal no está en los pesebres, la lamerán de la tierra. Kim ha regresado de nuevo al camino por un tiempo. La madraza le aburría. Sabía que lo haría. La próxima vez, le llevaré yo mismo al camino. No se preocupe sahib Creighton. Es como si un poni de polo se libera y corre a aprender el juego solo.

—Entonces ¿no crees que esté muerto?

—La fiebre puede matarlo. De lo contrario, no temo por el chico. Un mono no se cae de los árboles.

A la mañana siguiente, en la misma carrera, el semental de Mahbub se situó al mismo nivel que el del coronel.

—Tal como creía —dijo el tratante—. Al menos ha pasado por Ambala y desde allí me ha escrito una carta después de oír en el bazar que yo estaba aquí.

—Léemela —dijo el coronel con un suspiro de alivio. Era absurdo que un hombre de su posición se interesara por un pequeño vagabundo de esa tierra; pero el coronel recordaba la conversación en el tren y en los últimos meses se había sorprendido a sí mismo pensando a menudo en ese chico raro, silencioso y aplomado. Desde luego su evasión era el colmo de la insolencia, pero requería tener recursos y temple.

Los ojos de Mahbub chispeaban mientras, tirando de las riendas, se dirigía al centro de la pequeña y estrecha planicie donde nadie podía acercarse sin ser visto.

—«El Amigo de las Estrellas, que es el Amigo de todo el Mundo».

—¿Qué es eso?

—Un nombre que le damos en la ciudad de Lahore. «El Amigo de todo el Mundo se toma un permiso para coger su propio camino. Volverá el día acordado. Haz recoger el baúl y la ropa de cama y si hace falta, que la Mano de la Amistad aparte el látigo de la Calamidad». Hay todavía un poco más, pero...

—Sin peros, lee.

—«Algunas cosas son desconocidas para aquellos que comen con tenedores. Es mejor comer con las dos manos por un tiempo. Diles palabras suaves a aquellos que no entiendan esto, para que la vuelta sea en paz». Veamos, la manera en la que esto está expresado es, naturalmente, obra del

escribiente, pero ¡fíjese con qué sabiduría el chico ha presentado el asunto para no dar ninguna pista excepto a aquellos que están en el secreto!

—¿Es esta la mano de la Amistad que evitará el látigo de la calamidad? —rió el coronel.

—Mire qué listo es el chico. Volvió de nuevo al camino, como dije. Sin saber aún su cometido...

—No estoy muy seguro de ello —murmuró el coronel.

—Se dirigió a mí para que arregle las cosas. ¿No es inteligente? Dice que volverá. Sólo está perfeccionando sus conocimientos. ¡Piénselo, sahib! Ha estado tres meses en la escuela. Y su boca no está acostumbrada a esa brida. Por mi parte, me alegro. El poni aprende el juego.

—Sí, pero la próxima vez no debe ir solo.

—¿Por qué? Iba solo antes de que pasara bajo la protección del sahib coronel. Cuando entre en el Gran Juego, tendrá que ir solo, solo y con peligro de su cabeza. Si entonces escupe, o estornuda, o se sienta de forma diferente a la gente a la que está vigilando, puede ser asesinado. ¿Por qué impedirselo ahora? Recuerde lo que dicen los persas: el chacal que vive en la espesura de Mazanderan sólo puede ser atrapado por los perros de Mazanderan.

—Cierto. Es verdad, Mahbub Ali. Y si no le sucede nada malo, no deseo cosa mejor. Pero es una gran insolencia de su parte.

—Incluso a mí no me dice hacia dónde va —dijo Mahbub—. No tiene un pelo de tonto. Cuando su tiempo se agote, vendrá a mí. Es hora de que el curador de perlas se ocupe de él. Kim madura demasiado deprisa, a juicio de los sahibs.

Un mes más tarde esta predicción se cumplió al pie de la letra. Mahbub había ido a Ambala para subir una partida nueva de caballos y cuando cabalgaba por el camino de Kalka al anochecer, Kim le salió al encuentro y le pidió una limosna, recibió un juramento y replicó en inglés. No había nadie cerca que oyera la exclamación de sorpresa de Mahbub.

—¡Oho! ¿Y dónde has estado?

—Arriba y abajo, abajo y arriba.

—Ven bajo un árbol, lejos de la humedad y cuenta.

—Estuve un tiempo con un viejo hombre cerca de Ambala; después con una familia de conocidos en Ambala. Con uno de ellos viajé hacia el sur hasta Delhi. Esa es una ciudad maravillosa. Luego conduje un buey para un teli (un comerciante de aceite) que iba al norte; pero oí hablar de una gran fiesta en Patiala y allí me fui en compañía de un fabricante de fuegos artificiales. Fue

una gran fiesta (Kim se frotó el estómago). Vi a rajás y a elefantes con adornos de oro y plata; y encendieron todos los fuegos al mismo tiempo, por culpa de eso murieron once hombres, entre ellos mi fabricante, yo volé por los aires a través de una tienda, pero no fui herido. Luego volví al rêl con un jinete sij, a quien hice de mozo de cuadra para ganarme el pan; y así llegué aquí.

—¡Shabash! —dijo Mahbub Ali.

—¿Pero qué dijo el sahib coronel? No quiero que me peguen.

—La Mano de la Amistad ha evitado el Látigo de la Calamidad; pero, otra vez, cuando te echas al camino, será conmigo. Es demasiado pronto.

—Para mí, bastante tarde. En la madraza he aprendido un poco a leer y a escribir en inglés. Pronto seré un sahib.

—¡Oíidle! —rio Mahbub, mirando a la pequeña figura mojada bailando en la lluvia—. Salaam, sahib —y saludó con ironía—. Bien, ¿estás cansado del camino, o vendrás a Ambala conmigo y trabajarás de nuevo con los caballos?

—Iré contigo, Mahbub Ali.

Capítulo 8

*Le debo algo al suelo que me produjo,
Más a la vida que me alimentó,
Pero aún más a Alá que me dio
Una cabeza con dos partes distintas.
Renunciaría a camisas, a zapatos,
A amigos, tabaco o pan
Antes que perder por un instante
Una de las dos partes de mi cabeza.
El hombre de las dos partes*

—Entonces, en nombre de Dios, cambia el rojo por el azul —dijo Mahbub, aludiendo al color hindú del horrible turbante de Kim.

Kim contraatacó con un viejo proverbio:

—«Cambiaré mi fe y mi ropa de cama, pero tú tienes que pagar por ello».

El tratante se rio hasta caerse casi del caballo. La transformación tuvo

lugar en una tienda, a las afueras de la ciudad, y Kim salió convertido, al menos en apariencia, en un musulmán.

Mahbub alquiló una habitación frente a la estación, encargó una comida exquisita, con dulces de almendra y cuajada (balushai lo llamamos) y tabaco de Lucknow finamente picado.

—Esto es mejor que lo que comí con el sij —dijo Kim, sonriendo mientras se acuclillaba—, y desde luego en mi madraza no sirven estas comidas.

—Tengo ganas de escucharte contar sobre esa madraza. —Mahbub se llenó la boca con grandes albóndigas de cordero especiado, frito en grasa con col y cebollas bien doradas—. Pero cuéntame primero bien, y con sinceridad, de qué manera escapaste. Porque, oh Amigo de todo el Mundo —aflojó su cinturón que reventaba—, no creo que suceda a menudo que un sahib, hijo de sahib, se escape de allí.

—¿Cómo podrían hacerlo? No conocen la tierra. No fue nada —dijo Kim, y empezó su historia. Cuando llegó a la parte del disfraz y del encuentro con la chica del bazar, la gravedad de Mahbub Ali desapareció. Se rio a mandíbula batiente, golpeándose el muslo con la mano.

—¡Shabash! ¡Shabash! ¡Oh, bien hecho, pequeño! ¿Qué dirá de esto el curador de turquesas? Ahora, despacio, oigamos que sucedió después, paso a paso, sin omitir nada.

Paso a paso pues, Kim contó sus aventuras, interrumpiéndose por algún acceso de tos cuando el tabaco, de un sabor intenso, le entraba en los pulmones.

—Ya lo dije —Mahbub Ali hablaba consigo mismo—, dije que el poni se escapó para jugar al polo. El fruto ya está maduro, excepto que debe aprender las distancias, el paso, las varas de medir y la brújula. Escúchame ahora. He desviado de tu piel el látigo del coronel y no es un pequeño servicio.

—Cierto. —Kim fumaba soltando bocanadas con serenidad—. Es verdad.

—Pero no hay que creerse que este corretear de aquí para allá es bueno para algo.

—Eran mis vacaciones, hajji. Fui un esclavo durante muchas semanas ¿Por qué no podía largarme cuando la escuela estaba cerrada? Además, fíjate que, viviendo de mis amigos o trabajando para ganarme el pan, como hice con el sij, le he ahorrado al sahib coronel un gran gasto.

Los labios de Mahbub se contrajeron bajo su bien recortado bigote musulmán.

—¿Qué son unas pocas rupias —el pastún hizo un gesto de arrojar algo

con desprecio— para el sahib coronel? Él gasta el dinero con un propósito, no por cariño hacia ti.

—Eso —dijo Kim despacio— lo sé desde hace mucho tiempo.

—¿Quién te lo dijo?

—El propio coronel sahib. No con tantas palabras, pero lo suficientemente claro para alguien que no sea corto. Sí, me lo dijo en el tren cuando íbamos hacia Lucknow.

—Que así sea. Entonces te contaré algo más, Amigo de todo el Mundo, aunque al hacerlo pongo mi cabeza en tus manos.

—Ya estuvo en mis manos —dijo Kim con gran placer—, en Ambala, cuando me recogiste en tu caballo después de que el tambor me golpeará.

—Habla un poco más claro. Todo el mundo puede contar mentiras excepto tú y yo. Porque también tu vida está en mis manos si decido levantar aquí el dedo.

—Eso también lo sé —dijo Kim colocando el trozo de carbón ardiente sobre el tabaco—. Es un lazo muy fuerte entre nosotros. Es verdad, tu poder es más fuerte que el mío porque ¿quién iba a echar de menos a un chico muerto a golpes, o arrojado tal vez a un pozo a la vera del camino? Por el contrario, mucha gente aquí y en Simia, y más allá de los pasos, tras las montañas, dirían: «¿Qué ha sucedido con Mahbub Ali?» si fuera encontrado muerto entre sus caballos. Seguro también que el coronel sahib haría preguntas. Pero a pesar de todo —la cara de Kim se arrugó con malicia— no haría una investigación muy larga, por miedo a que la gente preguntara: «¿Qué tiene que ver este sahib con el tratante de caballos?». Pero yo... si yo viviera...

—Pero como tú seguramente morirías...

—Puede ser; pero digo, si yo viviera, yo y sólo yo sabría que alguien se acercó de noche, como un vulgar ladrón quizás, al soportal de Mahbub Ali en el caravasar y allí le había asesinado, antes o después de haber rebuscado a fondo en las alforjas y entre las suelas de sus babuchas. ¿Son esto noticias que darle al coronel o me diría él (recuerdo cuando me envió de vuelta por una caja de cigarrillos que no se había olvidado) «¿Qué tengo yo que ver con Mahbub Ali?»?

Una nube de humo denso se elevó por el aire. Hubo una larga pausa. Entonces Mahbub Ali habló con admiración:

—¿Y con todo esto en tu cabeza, te acuestas y te levantas entre todos los pequeños hijos de sahib en la madraza y aceptas sin rechistar las enseñanzas de tus profesores?

—Es una orden —dijo Kim con suavidad—. ¿Quién soy yo para discutir una orden?

—Un completo hijo de Eblis —dijo Mahbub Ali—. Pero ¿qué es esa historia del ladrón y del registro?

—Lo que vi —contestó Kim— la noche que mi lama y yo pasamos en tu parte del caravasar de Cachemira. La puerta no estaba cerrada, lo que no creo que sea tu costumbre, Mahbub. Entró como si estuviera seguro de que no regresarías pronto. Acerqué el ojo a la rendija de un tablón. El desconocido parecía buscar algo en particular, ni alfombras, ni estribos, ni bridas, ni cacharros de latón, algo pequeño y escondido con mucho cuidado. Si no ¿por qué hurgó con un hierro entre las suelas de tus babuchas?

—¡Ha! —Mahbub Ali sonrió con benevolencia—. Y viendo todo eso ¿qué historia te figuraste, Pozo de la Verdad?

—Ninguna. Puse mi mano sobre mi amuleto, que está siempre sobre mi piel, y, recordando el pedigrí del semental blanco que me encontré al morder un trozo de pan musulmán, me fui a Ambala sabiendo que habían puesto sobre mí una gran confianza. Si lo hubiera querido, habrías perdido tu cabeza en ese momento. Sólo necesitaba decirle a aquel hombre «aquí tengo un papel que no puedo leer, pero que trata de un caballo». ¿Y entonces? —Kim atisbo el rostro de Mahbub bajo sus cejas.

—Entonces, a renglón seguido hubieras tragado agua dos veces, quizás tres. Más de tres veces no creo —dijo simplemente Mahbub.

—Es verdad. Pensé en eso un momento, pero pensé sobre todo en que te tenía cariño, Mahbub. Por ello fui a Ambala, como sabes, pero (y esto no lo sabes) me escondí entre las plantas del jardín para ver lo que el coronel sahib Creighton hacía al leer el pedigrí del semental blanco.

—¿Y qué hizo? —preguntó Mahbub, ya que Kim había interrumpido la conversación.

—¿Tú das noticias por amor o las vendes? —le preguntó Kim.

—Vendo y compro. —Mahbub cogió una moneda de cuatro annas de su cinto y la sostuvo en alto.

—¡Ocho! —dijo Kim, siguiendo automáticamente el instinto comerciante del Oriente.

Mahbub se rio y agarró la moneda.

—Es muy fácil tratar en ese mercado, Amigo de todo el Mundo. Cuéntamelo por amor. Cada uno de nosotros tiene la vida del otro en la mano.

—Muy bien. Vi al sahib Jang-i-Lat (el comandante en jefe) llegar a una

gran cena. Lo vi en la oficina del sahib Creighton. Vi a ambos leer el pedigrí del semental blanco. Escuché las mismísimas órdenes que dieron para el comienzo de la gran guerra.

—¡Hah! —Mahbub asintió con sus profundos ojos encendidos—. El juego está bien jugado. La guerra está ahora concluida y, esperémoslo, el mal cortado de cuajo antes de que pudiera prosperar, gracias a mí, y a ti. ¿Qué hiciste después?

—Hice de las noticias un gancho para conseguir comida y respeto entre la gente de un pueblo cuyo sacerdote drogó a mi lama. Pero como yo le guardé la bolsa al viejo, el brahmán no encontró nada. Así que a la mañana siguiente estaba enfadado. ¡Ho! ¡Ho! ¡Y también usé las noticias cuando caí en manos del regimiento de blancos con su toro!

—Eso fue una tontería —le reprochó Mahbub—. Las noticias no son para esparcirlas por ahí como si fueran tortas de boñiga, sino para usarlas con moderación, como el bhang.

—Ahora yo también pienso lo mismo y además, no me hizo ningún bien. Pero eso fue hace mucho tiempo —hizo como si lo borrara todo con su mano delgada y morena— y desde entonces, especialmente en la madraza, en las noches bajo el punkah, he pensado muchísimo.

—¿Está permitido preguntar adónde ha podido conducir el pensamiento del Nacido en el Cielo? —preguntó Mahbub con refinado sarcasmo, acariciando su barba escarlata.

—Está permitido —dijo Kim adoptando el mismo tono—. Dicen en Nucklao que ningún sahib debe confesarle a un negro que ha cometido una falta.

Mahbub se golpeó el pecho con la mano porque llamar a un pastún «hombre negro» (kala admi) es una afrenta que se lava con sangre. Luego cambió de opinión y sonrió.

—Habla, sahib. Tu hombre negro escucha.

—Pero —dijo Kim— yo no soy un sahib y digo que me equivoqué maldiciéndote, Mahbub Ali, aquel día en Ambala cuando pensé que era traicionado por un pastún. No tenía la cabeza clara porque acababa de ser atrapado y deseaba matar a aquel tambor descastado. Ahora digo, hajji, que estuvo bien hecho; y veo mi camino hacia un servicio de provecho muy claro ante mí. Me quedaré en la madraza hasta que esté preparado.

—Bien dicho. En este juego hay que aprender especialmente las distancias, los números y la manera de usar brújulas. Alguien te espera arriba en las montañas para mostrártelo.

—Aprenderé sus enseñanzas con una condición: que, cuando la madraza esté cerrada, mi tiempo me pertenezca sin preguntas. Pídele esto al coronel para mí.

—Pero ¿por qué no preguntar al coronel en el lenguaje del sahib?

—El coronel es el servidor del Gobierno. Basta una palabra para enviarle aquí o allá y debe pensar en su propia promoción (¡Ves cuánto he aprendido ya en Nucklao!). Además, conozco al coronel desde hace sólo 3 meses. Pero hace seis años que conozco a un tal Mahbub Ali ¡por eso! Iré a la madraza. Aprenderé en la madraza. Seré un sahib en la madraza. Pero cuando la madraza cierre, entonces tengo que quedar libre para ir con mi gente. Si no, ¡me muero!

—Y ¿quién es tu gente, Amigo de todo el Mundo?

—Esta tierra grande y maravillosa —dijo Kim, haciendo un gesto con la mano que abarcaba toda la pequeña habitación de paredes de arcilla, donde la lámpara de aceite en su nicho ardía con dificultad a través del humo del tabaco—. Y, además, vería a mi lama otra vez. Y además, necesito dinero.

—Eso lo necesita todo el mundo —dijo Mahbub con pesar—. Te daré ocho annas, porque no se saca mucho dinero con los cascos de los caballos y esto debe bastar para muchos días. En cuanto al resto, estoy muy satisfecho y no es necesario hablar más. Date prisa para aprender y en tres años, o puede ser que menos, serás una ayuda, incluso para mí.

—¿He sido tal estorbo hasta ahora? —dijo Kim con una risita de pícaro.

—No me repliques —gruñó Mahbub—. Eres mi nuevo mozo de caballos. Ve y duerme entre mis hombres. Están cerca del extremo norte de la estación con los caballos.

—Si llego sin autorización, me echarán a golpes al extremo sur.

Mahbub tanteó en su cinto, mojó su dedo en una pastilla de tinta china y marcó la huella en un trozo de suave papel indio. Desde Balkh a Bombay los hombres conocen esa huella de bordes desiguales con la vieja cicatriz cruzando en diagonal.

—Basta mostrarle esto al jefe de mis hombres. Yo iré por la mañana.

—¿Por qué calle? —preguntó Kim.

—Por la que viene de la ciudad. Sólo hay una, y luego regresamos junto al sahib Creighton. Te he librado de una paliza.

—¡Alá! ¿Qué es una paliza cuando la propia cabeza está floja sobre los hombros?

Kim se deslizó en la noche silenciosamente, dio media vuelta alrededor de la casa manteniéndose pegado a los muros y se alejó de la estación una milla más o menos. Entonces, haciendo un amplio rodeo dio la vuelta despacio porque necesitaba tiempo para inventar una historia en el caso de que alguno de los guardas de Mahbub hiciera preguntas.

Los hombres estaban acampados en un terreno abandonado al lado de la estación y, naturalmente, como buenos nativos, no habían descargado los dos vagones en los que estaban los animales de Mahbub junto a una partida de caballos autóctonos, comprados por la compañía de tranvías de Bombay. El vigilante, un musulmán demacrado, de pinta tuberculosa, enseguida le dio el alto a Kim, pero se tranquilizó a la vista de la señal digital de Mahbub.

—Por su bondad el hajji me ha dado trabajo —dijo Kim con sequedad—. Si no lo crees, espera a que llegue por la mañana. Entre tanto, un sitio al lado del fuego.

Siguió la habitual charla trivial que todos los nativos de casta baja deben entablar a la mínima ocasión. Cuando se acalló, Kim se tumbó un poco más allá del pequeño séquito de Mahbub, casi bajo las ruedas de un vagón de caballos, con una manta prestada para cubrirse. Un lecho entre trozos de ladrillos, gravilla y basura en una noche húmeda, entre caballos apretujados unos contra otros y baltis sin lavar no atraería a la mayoría de los chicos blancos; pero Kim se sentía en la gloria. El cambio de escenario, de trabajo y de entorno era como oxígeno para su pequeña nariz y el recuerdo de las buenas camas blancas y limpias de San Javier, alineadas bajo el punkah, le daba tanto gusto como la repetición de la tabla de multiplicar en inglés.

—Soy muy viejo —pensó somnoliento—. Cada mes me vuelvo un año más viejo. Era muy joven y un tonto del que aprovecharse, cuando llevé el mensaje de Mahbub a Ambala. Incluso cuando estaba con ese regimiento blanco era muy joven y pequeño y aún no tenía juicio. Pero ahora aprendo algo cada día y en tres años el coronel me sacará de la madraza y me dejará ir por el camino con Mahbub a la caza de pedigrees de caballos o a lo mejor voy solo; o a lo mejor encuentro al lama y voy con él. Sí, eso es lo mejor. Caminar otra vez como chela con mi lama cuando él vuelva de Benarés. —Los pensamientos llegaban más lentos y desconectados. Estaba sumergiéndose en un bello mundo de sueños cuando sus orejas captaron un susurro, fino y agudo, por encima de la charla monótona alrededor del fuego. Venía del vagón de caballos revestido de hierro.

—¿Entonces no está aquí?

—Dónde va a estar sino retozando en la ciudad. ¿Quién busca a una rata en un estanque de ranas? Vámonos. No es nuestro hombre.

—No debe cruzar los pasos una segunda vez. Es la orden.

—Encarga a alguna mujer que le envenene. Son sólo unas pocas rupias y no hay rastro.

—Excepto el de la mujer. Tiene que ser más seguro; y recuerda el precio por su cabeza.

—Sí, pero la policía tiene un brazo largo y estamos lejos de la Frontera. ¡Si estuviéramos ahora en Peshawar!

—Sí, en Peshawar —se mofó la segunda voz—. Peshawar, lleno de sus parientes de sangre, lleno de escondrijos y de mujeres bajo cuyas faldas puede esconderse. Sí, Peshawar o Jehannum, los dos nos vendrían igual de bien.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Oh, ¡serás imbécil!, ¿no te lo he contado ya cien veces? Esperamos hasta que venga a acostarse y entonces un tiro certero. Los vagones nos protegerán de una persecución. Sólo tenemos que correr de vuelta sobre las vías y seguir nuestro camino. No verán de dónde viene el disparo. Espera aquí al menos hasta el alba. ¿Qué especie de faquir eres para temblar ante una pequeña vigilancia?

—¡Oho! —pensó Kim, con sus ojos cerrados—. Se trata otra vez de Mahbub. ¡Es cierto que un pedigrí de un semental blanco no es una buena mercancía para vendérsela a los sahibs! O a lo mejor Mahbub ha estado vendiendo otras noticias. ¿Qué hay que hacer ahora, Kim? No sé dónde se aloja Mahbub y si él llega antes del amanecer, le van a disparar. Eso no te traería cuenta, Kim. Y no es un asunto para la policía. Eso no le traería cuenta a Mahbub; y —casi se carcajeó en alto— no recuerdo ninguna lección de Nucklao que me ayude. ¡Alá! Aquí está Kim y allí están ellos. A ver, primero Kim tiene que despertarse y marcharse, de tal modo que no sospechen. Una pesadilla despierta a un hombre, así...

Kim se apartó la manta de la cara y se incorporó de repente con el grito terrible, balbuceante e inarticulado de los asiáticos despertados por una pesadilla.

—¡Urr-urr-urr-urr! ¡Ya-la-la-la-la! ¡Narain! ¡El churel! ¡El churel!

Un churel es el fantasma especialmente maligno de una mujer que ha muerto de parto. Está al acecho en caminos solitarios, sus pies están girados hacia atrás a la altura de los tobillos y lleva a los hombres al tormento.

El aullido tembloroso de Kim subió de tono hasta que al final se puso de pie y se alejó tambaleante y medio dormido mientras el campamento le maldecía por despertarles. Unas veinte yardas vía arriba se echó al suelo otra vez, cuidando de que los susurradores oyeran sus gruñidos y gemidos mientras

recobraba la calma. Después de unos minutos rodó hacia la carretera y se escabulló en la densa oscuridad.

Kim anduvo veloz hasta llegar a una canalización y se dejó caer detrás, con el mentón al nivel de la cuneta. Desde allí controlaría el tráfico nocturno sin ser visto.

Dos o tres carros pasaron tintineando de camino hacia los suburbios, un policía tosiendo y uno o dos apresurados caminantes que cantaban para mantener alejados a los malos espíritus. Entonces repicaron los cascos de un caballo.

—¡Ah! Este parece Mahbub —se dijo Kim cuando el animal pegó un respingo ante la pequeña cabeza por encima del conducto.

—Ohé, Mahbub Ali —murmuró—, ¡ten cuidado!

Las riendas tiraron del caballo hacia atrás quedando este casi sobre sus cuartos traseros y le forzaron a acercarse a la canalización.

—Nunca más —dijo Mahbub— tomaré un caballo herrado para cabalgar por la noche. Van recogiendo todos los huesos y clavos de la ciudad. —Se inclinó para levantarle la pata delantera y eso colocó su cabeza a un pie de la de Kim—. Agáchate, mantente agachado —murmuró—. La noche está llena de ojos.

—Dos hombres esperan tu llegada detrás de los vagones de caballos. Te dispararán cuando estés acostado porque hay un precio por tu cabeza. Lo he oído cuando me estaba durmiendo cerca de los caballos.

—¿Los viste?... ¡Tranquilo, Señor de los Demonios! —dijo con furia al caballo.

—No.

—¿Tenía uno la apariencia de un faquir?

—Uno le dijo al otro, «¿Qué clase de faquir eres que tiembles por una pequeña vigilancia?».

—Bien. Vuelve al campamento y acuéstate. Esta noche no moriré.

Mahbub hizo girar su caballo y desapareció. Kim regresó por el foso de la canalización hasta que llegó al punto opuesto al de su segundo lugar de descanso, se deslizó como una comadreja a través de la carretera y se enroscó en su manta de nuevo.

—Al menos Mahbub lo sabe —pensó contento—. Y la verdad es que habló como si lo esperara. No creo que a esos dos les aproveche la vigilancia esta noche.

Pasó una hora, y, a pesar de tener la mejor intención del mundo de mantenerse despierto toda la noche, Kim se durmió profundamente. De vez en cuando, un tren nocturno rugía a lo largo del metal a veinte pies de él, pero Kim poseía la indiferencia oriental hacia el ruido y este no se coló en ninguno de sus sueños mientras dormía.

Mahbub desde luego no estaba durmiendo. Le enfurecía terriblemente que gente de fuera de su tribu y sin nada que ver con sus asuntillos amorosos persiguieran su vida. Su primer impulso fue cruzar la vía férrea por abajo, subirla de nuevo, pillar a sus bienhechores por detrás y ejecutarlos sumariamente. Pero aquí, reflexionó con pena, otra rama del Gobierno, totalmente desconectada del coronel Creighton, podría pedir explicaciones que serían difíciles de facilitar y Mahbub sabía que al sur de la Frontera se armaba un lío ridículo por un cadáver o dos. Desde que envió a Kim a Ambala con el mensaje, no había sido molestado de esta manera y había creído que al fin la sospecha había sido desviada.

En ese momento se le ocurrió una brillante idea.

—El inglés cuenta eternamente la verdad —se dijo—, así que nosotros, los de este país, pasamos eternamente por tontos. Por Alá, ¡le contaré la verdad a un inglés! ¿De qué vale la policía del Gobierno si a un pobre kabuli le roban sus caballos en los mismísimos vagones? ¡Esto es tan peligroso como Peshawar! Depositaré una queja en la comisaría. Aún mejor, ¡ante algún sahib joven del ferrocarril! Esos le ponen mucho empeño y si capturan ladrones se recordará como un gran mérito.

Ató su caballo fuera de la estación y anduvo hasta el andén.

—¡Hola, Mahbub Ali! —saludó un joven asistente del inspector de tráfico del distrito que iba a inspeccionar el tramo, un joven alto, con pelo de estopa y cara caballuna, vestido de lino blanco deslucido.

—¿Qué hace por aquí? Vendiendo jamelgos, ¿eh?

—No; no me preocupan mis caballos. Vengo a buscar a Lutuf Ullah. Tengo un vagón cargado vía arriba. ¿Puede llevárselo alguien sin permiso del ferrocarril?

—No lo creo, Mahbub. Si lo hacen, puede presentar una queja contra nosotros.

—He visto a dos hombres que llevan casi toda la noche agazapados bajo las ruedas de uno de los vagones. Como los faquires no roban caballos, no les he prestado más atención. Quería encontrar a Lutuf Ullah, mi socio.

—¡Rayos! ¿Los vio? ¿Y no se preocupó más de ellos? Por mi honor, tanto mejor que le haya encontrado. ¿Qué aspecto tenían esos hombres?

—Eran sólo faquires. Quizás no quisieran más que coger un poco de grano de uno de los furgones. Hay muchos vía arriba. El Estado no lo echará en falta. Vine en busca de mi socio, Lutuf Ullah...

—No se preocupe por su socio. ¿Dónde están sus vagones de caballos?

—Un poco de la parte de ese lugar más alejado donde hacen las lampearas para los trenes.

—¿La cabina de señales? Entiendo.

—Y sobre la vía más cerca de la carretera, a mano derecha cuando uno está así de cara a la línea. Pero en lo que concierne a Lutuf Ullah, un hombre alto con una nariz rota y un galgo persa... ¡Aie!

El chico se marchó corriendo a despertar a un policía joven y entusiasta, porque, como dijo, el ferrocarril había sufrido muchos pillajes en el almacén de cargas. Mahbub Ali se rio entre su barba teñida.

—Andarán con sus botas haciendo un ruido del demonio y luego se extrañarán de que no haya faquires. Son chicos muy avispados, el sahib Barton y el sahib joven.

Esperó con tranquilidad unos minutos, contando con verlos subir aprisa por la vía férrea pertrechados para la acción. Una locomotora ligera se deslizó por la estación y pudo divisar al joven Barton en la cabina de mando.

—No le he hecho justicia al chico. No es para nada lerdo —dijo Mahbub Ali—. Coger un carruaje de fuego para atrapar un ladrón es un juego nuevo.

Cuando Mahbub Ali llegó al alba a su campamento, nadie consideró interesante contarle las novedades de la noche. Nadie, excepto un pequeño mozo de cuadras, promovido recientemente al servicio del gran hombre, a quien Mahbub llamó a su pequeña tienda para que le ayudara a empaquetar.

—Lo sé todo —susurró Kim, inclinándose sobre las alforjas—. Dos sahibs llegaron con el tren. Yo estaba corriendo de un lado a otro en la oscuridad de esta parte de los vagones cuando el tren se movió arriba y abajo, muy despacio. Los sahibs cayeron sobre los dos hombres sentados bajo ese vagón, hajji, ¿qué debo hacer con este montón de tabaco? ¿Envolverlo y colocarlo bajo la bolsa de sal? Sí, y los noquearon. Pero uno de los hombres apuñaló a un sahib con un cuerno de macho cabrío de faquir (Kim se refería al par de cuernos unidos de macho cabrío negro, que son la sola arma terrenal del faquir), corrió la sangre. Así que el otro sahib, después de haber dejado sin sentido a su propio adversario, golpeó al que había apuñalado a su compañero con un arma corta que había caído rodando de la mano del primer hombre. Se enzarzaron unos con otros como si estuvieran locos.

Mahbub sonreía con una mansedumbre celestial.

—¡No! Eso no es tanto dewanee (locura, o un caso para el Tribunal Civil, la palabra puede usarse con doble sentido) como nizamut (un caso criminal). ¿Un arma dijiste? Entonces diez buenos años de cárcel.

—Luego los dos hombres se quedaron quietos, pero creo que estaban casi muertos cuando los metieron en el tren. Sus cabezas iban bamboleándose. Y había mucha sangre sobre la vía. ¿Vienes a verlo?

—Ya he visto sangre antes. La cárcel es el sitio más seguro y probablemente den nombres falsos y posiblemente nadie vaya a encontrarlos durante mucho tiempo. No eran amigos míos. Tu destino y el mío parecen pender del mismo hilo. ¡Qué historia para el curador de perlas! Ahora rápido con las alforjas y los cacharros de cocina. Sacaremos a los caballos y nos iremos a Simia.

Rápido, según como lo entienden los orientales, es decir, con interminables explicaciones, insultos y charla insustancial, de forma descuidada, entre cientos de pausas por pequeños olvidos, se desmontó el desordenado campamento y, en el amanecer fresco a causa de la lluvia caída, condujeron a la media docena de caballos, rígidos e inquietos, por el camino de Kalka. Kim, percibido como el favorito de Mahbub Ali por todos aquellos que deseaban estar a bien con el pastún, no fue llamado para trabajar. Avanzaron haciendo cómodas etapas, parándose cada pocas horas en un refugio al borde del camino. Muchos sahibs viajan por el camino de Kalka y, como Mahbub dice, todo sahib joven se cree con el derecho de considerarse a sí mismo un entendido en caballos y, aunque esté endeudado hasta las orejas con el prestamista, tiene que hacer como si quisiera comprar. Por esa razón, un sahib tras otro de los que pasaban por allí en diligencia se paraba e iniciaba una charla. Algunos incluso descendían de los vehículos y palpaban las patas de los caballos haciendo preguntas absurdas, o, por pura ignorancia de la lengua nativa, insultando groseramente al imperturbable tratante.

—Cuando traté por primera vez con sahibs, y esto fue cuando el sahib coronel Soady era gobernador del Fuerte Abazai y, por rencor, inundó el terreno de acampada del comisionado —le confiaba Mahbub a Kim, mientras el chico le llenaba la pipa bajo un árbol—, no sabía lo estúpidos que son y eso me hacía perder la paciencia. Y así... —y le contó una historia sobre una expresión mal usada con toda ingenuidad, con la que Kim se partió de risa—. Ahora veo, sin embargo —exhaló el humo lentamente— que con ellos es como con toda la gente; para algunos asuntos son muy listos, para otros completamente tontos. Es de tontos de remate usar la palabra equivocada con un extranjero porque, aunque el corazón puede estar limpio de ofensa, ¿cómo va a saberlo el extranjero? Es más probable que busque aclarar la verdad con una daga.

—Cierto. Cierto lo que dices —dijo Kim con gravedad—. He oído a tontos decir que un gato está maullando, cuando es una mujer que está pariendo, por ejemplo.

—Por eso, para alguien en tu situación es conveniente pensar de las dos maneras. Entre los sahibs, nunca olvides que eres un sahib; entre la gente del Indostán, recuerda siempre que eres... —Se detuvo con una sonrisa de desconcierto.

—¿Qué soy? ¿Musulmán, hindú, jain, o budista? Ese es un nudo difícil de desatar.

—Eres, más allá de toda duda, un infiel y por ello serás condenado. Así lo dice mi Ley, o creo que lo dice. Pero eres también mi Pequeño Amigo de todo el Mundo y te tengo aprecio. Eso dice mi corazón. Este asunto de los credos es como con la carne de caballo. El hombre sabio sabe que todos los caballos son buenos para algo, que de todos se puede extraer un beneficio, y, si por mí fuera, podría creer lo mismo de todas las religiones, pero como soy un buen suní, odio a los hombres de Tirah. Está claro que dejarán coja a una yegua kathiawar si la llevan de las arenas de su lugar de nacimiento al oeste de Bengala, y lo mismo un semental balkh (y no hay caballos mejores que los de balkh, si no fueran tan pesados de hombros) no sirve para nada en los grandes desiertos del norte, en comparación con los camellos de nieve que he visto. Por ello, digo en mi corazón que las religiones son como los caballos. Cada una tiene mérito en su propia tierra.

—Pero mi lama dice una cosa completamente distinta.

—Oh, él es un viejo soñador de sueños de Bhotiyal. Mi corazón está un poco enojado, Amigo de todo el Mundo, por el hecho de que puedas ver tal valor en un hombre tan poco conocido.

—Es verdad, hajji; pero lo veo y mi corazón se inclina hacia él.

—Y el suyo hacia ti, por lo que he oído. Los corazones son como los caballos. Van y vienen a pesar del bocado o las espuelas. Llama a Gul Sher Khan, allí, para que clave con más firmeza las estacas del semental bayo. No queremos una lucha entre caballos a cada parada de descanso y el pardo y el negro van a enzarzarse de un momento a otro. Ahora escúchame. ¿Es necesario para la tranquilidad de tu corazón ver a ese lama?

—Es parte de mi trato —dijo Kim—. Si no le veo y si lo apartan de mí, me iré de esa madraza en Nucklao y, y... una vez me haya ido ¿quién me va a encontrar otra vez?

—Es cierto. Nunca hubo un potro atado por la pata con una cuerda tan fina como la tuya —afirmó Mahbub con la cabeza.

—No tengas miedo —Kim lo dijo como si pudiera volatilizarse en ese momento—. Mi lama ha dicho que vendrá a verme a la madraza...

—Un mendigo con su escudilla en presencia de esos jóvenes sa...

—¡No todos lo son! —interrumpió Kim con un bufido—. Muchos de ellos tienen ojos azulados y sus uñas están ennegrecidas con la sangre de los de casta baja. Hijos de mehteranees, cuñados del bhungi (barrendero).

No necesitamos retrazar el resto de la genealogía, pero Kim aclaró la cuestión con precisión y sin acalorarse, masticando todo el rato un trozo de caña de azúcar.

—Amigo de todo el Mundo —dijo Mahbub, empujando la pipa para que el chico la limpiase—, he conocido a muchos hombres, mujeres y chicos y no pocos sahibs. Pero en mi vida me he topado con otro diablillo de tu especie.

—¿Y por qué? Si siempre te digo la verdad.

—Quizás por esa razón, porque este es un mundo peligroso para hombres honrados. —Mahbub Ali se levantó del suelo, se apretó el cinto y se fue hacia los caballos.

—¿O te la vendo?

Algo en el tono de Kim hizo a Mahbub detenerse y girarse.

—¿Qué nueva diablura es esta?

—Ocho annas y te lo cuento —dijo Kim con una sonrisa maliciosa—. Tiene que ver con tu paz.

—¡Oh shaitan! —Mahbub le dio el dinero.

—¿Recuerdas el pequeño asunto de los ladrones en la noche, allá abajo, en Ambala?

—En vista de que buscaban mi vida, no lo he olvidado en absoluto. ¿Porqué?

—¿Recuerdas el caravasar de Cachemira?

—Te retorceré las orejas en un minuto... sahib.

—No hay necesidad... pastún. Sólo que el segundo faquir, a quien los sahibs dejaron sin sentido a golpes, era el hombre que vino a registrar tu soportal en Lahore. Vi su cara cuando lo subían a la locomotora. Era el mismo hombre.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Oh, ese irá a la cárcel y estará seguro unos años. No hay necesidad de

contar de golpe más de lo que uno debe. Además, entonces no necesitaba dinero para dulces.

—¡Alá kerim! —dijo Mahbub Ali—. ¿Venderás algún día mi cabeza por un puñado de dulces si te viene en gana?

Kim recordará hasta el final de sus días aquel viaje lento y largo desde Ambala, a través de Kalka y los cercanos jardines de Pinjore, hasta Simla. Una crecida repentina del río Gugger se llevó a un caballo (por supuesto el más valioso) y Kim casi se ahoga entre las rocas arrastradas. Más adelante en la ruta, los caballos salieron de estampida por culpa de un elefante del Gobierno y, como estaban en buena forma gracias a los pastos, costó un día y medio juntarlos de nuevo. Luego encontraron a Sikandar Khan que venía con algunos rocines invendibles, restos de su partida, y Mahbub que tiene más experiencia en caballos en su pequeña uña del dedo que Sikandar Khan en todas sus tiendas, tuvo que comprar dos de los peores y eso significó ocho horas de negociación laboriosa y abundante tabaco. Pero todo era una pura delicia, el camino serpenteante, subiendo, descendiendo y discurriendo por las estribaciones montañosas; la luz roja de la mañana extendida a lo largo de las nieves lejanas; los cactus de múltiples brazos, grada sobre grada en las laderas rocosas; el rumor de miles de corrientes de agua; el parloteo de los monos; los imponentes deodares, con sus ramas caídas, trepando uno tras otro; la vista de la llanura extendida ante ellos a lo lejos; el alboroto incesante de las bocinas de los tonga y las espantadas salvajes de los caballos enganchados cuando un tonga aparecía en una curva; las paradas para los rezos (siempre y cuando el tiempo no apremiara, Mahbub era muy religioso en lo tocante a abluciones en seco y a vocear oraciones); las charlas nocturnas en las paradas de reposo, cuando los camellos y los bueyes masticaban juntos con ceremonia, y los estólidos conductores contaban las novedades del camino, todo ello daba alas al corazón de Kim y le hacía cantar en su interior.

—Pero cuando se acabe el canto y la danza —dijo Mahbub Ali—, vendrán los del sahib coronel y esos no son tan agradables.

—Una bella tierra, una tierra hermosísima este Indostán, y la tierra de los Cinco Ríos es la más hermosa de todas —canturreó Kim—. A ella iré de nuevo si Mahbub Ali o el coronel levantan la mano o el pie contra mí. Una vez que me haya ido ¿quién va a encontrarme? Mira, hajji, ¿no es aquella de allí la ciudad de Simia? ¡Por Alá, qué ciudad! —El hermano de mi padre, y ya era un hombre viejo cuando en Peshawar el pozo del sahib Mackerson estaba recién construido, podía acordarse de cuando sólo había dos casas en ella.

El tratante condujo los caballos por debajo de la calle principal al bazar de la Simia baja, una serie de conejeras atestadas que suben por el valle hasta el ayuntamiento en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Un hombre que

conozca sus pasajes puede desafiar a toda la policía de la capital de verano de la India, así de astutamente se comunican veranda con veranda, callejón con callejón y escondite con escondite. Aquí viven los que suministran lo que necesite la alegre ciudad, los jhampanis que por la noche transportan a las bellas damas en los rickshaws y después se dedican al juego hasta el alba; tenderos, vendedores de aceite, de curiosidades, tratantes de leña, sacerdotes, carteristas y empleados nativos del Gobierno. Aquí, las cortesanas discuten sobre cosas que son supuestamente grandes secretos del Consejo de la India; y aquí se juntan todos los subsubagentes de la mitad de los Estados nativos. También aquí Mahbub Ali alquiló una habitación cerrada, con mucha más seguridad que su soportal de Lahore, en la casa de un tratante de ganado musulmán. También era un lugar de prodigios porque allí entró al anochecer un mozo de cuerdas musulmán y una hora más tarde salió un muchacho euroasiático —el tinte de la chica de Lucknow era excelente— con ropas de confección que no le quedaban bien.

—He hablado con el sahib Creighton —comentó Mahbub Ali—, y una segunda vez la Mano de la Amistad ha evitado el Látigo de la Calamidad. Dice que tú has desperdiciado sesenta días en el camino y, por ello, es demasiado tarde para mandarte a una escuela de montaña.

—He dicho que mis vacaciones son mías. No voy a ir dos veces a la escuela. Es una parte de mi trato.

—El sahib coronel aún no está al corriente del acuerdo. Vas a alojarte en la casa del sahib Lurgan hasta que sea la hora de volver de nuevo a Nucklao.

—Preferiría alojarme contigo, Mahbub.

—No te das cuenta del honor que representa. El mismo sahib Lurgan lo pidió. Subirás la colina y después seguirás la carretera de la cima todo recto y una vez allí debes olvidar por un rato que me has visto o que has hablado conmigo, Mahbub Ali, el que vende caballos al sahib Creighton y a quien tú no conoces. Recuerda esta orden.

Kim asintió.

—Bien —replicó— ¿y quién es el sahib Lurgan? Nay —dijo al captar la mirada cortante de Mahbub—, nunca he oído su nombre. ¿Es por casualidad —y bajó la voz— uno de nosotros?

—¿Qué manera de hablar es esa de nosotros, sahib? —replicó Mahbub Ali con el tono que empleaba con los europeos—. Soy un pastún; tú eres un sahib e hijo de un sahib. El sahib Lurgan tiene una tienda entre los negocios europeos. Todo Simla lo conoce. Pregunta allí... y, Amigo de todo el Mundo, es alguien a quien hay que obedecer a ciegas. Los hombres dicen que hace magia, pero eso no te concierne. Ve colina arriba y pregunta. Aquí empieza el

Capítulo 9

*S'doaks era hijo de Yelth el Sabio,
Jefe del clan del Cuervo
Itswoot el Oso le tenía a su cuidado
Para hacer de él un curandero.
Era rápido y más rápido aún para aprender,
Atrevido y más atrevido aún para arriesgar:
¡Bailó la temible danza Kloo-Kwallie
Para hacerle cosquillas a Itswoot el Oso!*

Leyenda de Oregón

Kim se lanzó con todas sus ganas en el siguiente giro de la rueda. Por un tiempo, sería de nuevo un sahib. Con esa idea en mente, tan pronto como alcanzó la ancha carretera por debajo del ayuntamiento de Simia, buscó a alguien a quien impresionar. Un niño hindú, de unos diez años, estaba acucillado bajo una farola.

—¿Dónde está la casa del señor Lurgan? —preguntó Kim.

—No entiendo inglés —fue la respuesta, y entonces, Kim cambió de lengua.

—Te la enseñaré.

Juntos se pusieron en camino en el crepúsculo inquietante, lleno de voces de la ciudad bajo la pendiente y del soplo de un viento fresco desde la cima del Jakko coronado de deodares con un trasfondo de estrellas. Las luces de las casas, esparcidas a cada nivel del terreno, hacían como de doble firmamento. Algunas eran luces fijas, otras pertenecían a los rickshaws de los ingleses, despreocupados y parlanchines, que salían a cenar.

—Es aquí —dijo el guía de Kim y se paró en una veranda al nivel de la calle principal. Ninguna puerta les detuvo, sino una cortina de corales que filtraba en estrías la luz de la lámpara del interior.

—Él ha llegado —dijo el niño con una voz un poco más alta que un suspiro y desapareció. Kim se dio cuenta de que, desde el principio, el niño había sido apostado para guiarle, pero poniendo cara de valor ante la situación,

descorrió la cortina. Un hombre de barba negra, con una visera verde sobre los ojos, estaba sentado a la mesa y con manos pequeñas y blancas cogía, una a una, bolitas de luz de un recipiente que tenía ante él, las enhebraba en un hilo de seda brillante y tarareaba para sí todo el tiempo. Kim notó que más allá del círculo de luz, la habitación estaba llena de cosas que olían como todos los templos de Oriente. Una fragancia de almizcle, un aroma de madera de sándalo y un efluvio pegajoso de aceite de jazmín llegó hasta sus dilatadas fosas nasales.

—Estoy aquí —dijo Kim al fin, hablando en la lengua nativa: los olores le hicieron olvidar que allí tenía que ser un sahib.

—Setenta y nueve, ochenta, ochenta y uno —el hombre contaba para sí, ensartando perla tras perla tan rápido que Kim podía apenas seguir sus dedos. Se quitó la visera verde y miró fijamente a Kim durante medio minuto. Las pupilas de sus ojos se dilataron y se contrajeron, como a voluntad, hasta parecerse a las cabezas de una aguja. En la Puerta de Taksali había un faquir que tenía justo ese don y hacía dinero con él, especialmente cuando maldecía a mujeres tontas. Kim observó con interés. Su amigo de dudosa reputación podía también mover las orejas, casi como una cabra y Kim estaba decepcionado porque este desconocido no podía imitarle.

—No tengas miedo —dijo el sahib Lurgan de repente.

—¿De qué debería tenerlo?

—Dormirás aquí esta noche y te quedarás conmigo hasta que llegue el momento de volver a Nucklao. Es una orden.

—Es una orden —repitió Kim—. ¿Pero dónde dormiré?

—Aquí, en esta habitación. El sahib Lurgan señaló con la mano hacia la oscuridad detrás de él.

—Que así sea —dijo Kim con aplomo—. ¿Ahora?

El sahib asintió y sostuvo la lámpara por encima de su cabeza. Cuando la luz bañó la habitación, saltó de las paredes una colección de máscaras tibetanas de danzas demoníacas colgando sobre ropajes bordados de demonios usados para aquellas horribles ceremonias, máscaras con cuernos, máscaras deformes y máscaras de un terror demencial. En una esquina un guerrero japonés, con malla y penacho, le amenazaba con una alabarda, y cantidad de lanzas, khandas y kuttars, reflejaban la claridad de la luz irregular. Pero lo que interesó a Kim, más que todas esas cosas —él había visto ya máscaras de danzas demoníacas en el Museo de Lahore— fue una mirada fugaz del niño hindú de ojos dulces, que le había dejado a la puerta; este estaba sentado con las piernas cruzadas debajo de la mesa de perlas con una pequeña sonrisa en

sus labios escarlata.

—Creo que el sahib Lurgan quiere asustarme. Y estoy seguro que ese mocoso del demonio debajo de la mesa desea verme asustado. Este sitio —dijo en voz alta— es como una Casa de las Maravillas. ¿Dónde está mi cama?

El sahib Lurgan señaló un edredón nativo en una esquina al lado de las odiosas máscaras, recogió la lámpara y dejó la habitación a oscuras.

—¿Era este, sahib Lurgan? —preguntó Kim mientras se arrebujaba. No hubo respuesta. Sin embargo, podía oír al niño hindú respirando y, guiado por el sonido, se arrastró por el suelo y dio un puñetazo en la oscuridad, gritando:

—¡Da una contestación, demonio! ¿Es esta la forma de engañar a un sahib?

Le pareció oír el eco de una risita sofocada que venía de la oscuridad. No podía ser su compañero de blandas carnes porque estaba llorando. Así que Kim alzó la voz y gritó fuerte:

—¡Sahib Lurgan! ¡Oh sahib Lurgan! ¿Es una orden el que tu sirviente no hable conmigo?

—Es una orden. —La voz vino de detrás de él y le sobresaltó.

—Muy bien. Pero recuerda —murmuró mientras volvía al edredón—, te pegaré por la mañana. No me gustan los hindúes.

No fue una noche agradable; la habitación estaba repleta de voces y música. Kim fue despertado dos veces por alguien llamándole por su nombre. La segunda vez se dispuso a inspeccionar y acabó dándose de narices contra una caja que hablaba de veras con lengua humana, pero no con acento humano. Parecía acabar en una trompeta de hojalata y estar unida por cables a una caja más pequeña en el suelo, al menos hasta donde podía juzgar al tacto. La voz, áspera y runruneante, salía de la trompeta. Enfurecido, Kim se frotó la nariz, pensando, como siempre en esas situaciones, en hindi.

—Esto puede estar bien con un mendigo del bazar, pero... yo soy un sahib y el hijo de un sahib, y lo que es dos veces más en comparación, un estudiante de Nucklao. Sí (aquí cambió al inglés), un alumno de San Javier. ¡Malditos los ojos del señor Lurgan! Es alguna especie de maquinaria como una máquina de coser. Oh, esto es una gran caradura de su parte, en Lucknow no nos asustamos por tan poco. ¡No! —Luego, de nuevo en hindi—: ¿Pero qué gana él? Es sólo un comerciante, estoy en su tienda. Pero el sahib Creighton es un coronel y creo que el sahib Creighton dio orden de que así debe ser. ¡Qué paliza le voy a dar a ese hindú por la mañana! ¿Qué es esto?

La caja de la trompeta estaba soltando una retahíla de los insultos más refinados que el mismo Kim hubiera oído, con una voz alta y monótona,

poniéndole el vello del cuello de punta por un momento. Cuando el vil objeto tomó un respiro, Kim fue tranquilizado por el suave zumbido como de máquina de coser.

—¡Chûp! (Cállate) —gritó, y de nueva oyó una risita que le decidió—. Chûp, o te rompo la cabeza.

La caja no le hizo caso, Kim tiró de la trompeta de hojalata y algo se abrió con un clic. Era evidente que había levantado una tapa. Si había un diablo dentro, había llegado su hora. Olfateó, exactamente así olían las máquinas de coser del bazar. Eliminaría a ese shaitan. Se quitó la chaqueta y taponó con ella la boca de la caja. Algo largo y redondo se dobló bajo la presión, hubo un runrún y la voz se detuvo, como se detendrían las voces si uno embutiera un abrigo doblado tres veces por el cilindro de cera en la maquinaria de un fonógrafo caro. Kim terminó su sueño con la conciencia tranquila.

Por la mañana notó que el sahib Lurgan le estaba observando de pie.

—¡Oah! —dijo Kim, resuelto firmemente a mantener su estatus de sahib—. Ayer por la noche había una caja que me largó una ristra de insultos. Así que la paré. ¿Era su caja?

El hombre extendió la mano.

—Choca los cinco, O'Hara —dijo—. Sí, era mi caja. Guardo estas cosas porque a mis amigos los rajás les gustan. Esta está rota, pero valió la pena. Sí, mis amigos, los reyes, son muy aficionados a los juguetes, y, a veces, yo también.

Kim le miró de reojo. Era un sahib en cuanto que llevaba ropas de sahib; pero el acento de su urdu, la entonación de su inglés, mostraban que era cualquier cosa menos un sahib. Parecía entender lo que bullía por la cabeza de Kim antes de que el chico abriera la boca y no se tomó la molestia de explicarse, como hubiera hecho el padre Víctor o los maestros de Lucknow. Lo mejor de todo, trataba a Kim como a un igual por parte asiática.

—Siento que no puedas pegar a mi chico esta mañana. Dice que te matará con un cuchillo o con veneno. Está celoso, así que le he castigado en la esquina y hoy no hablaré con él. Acaba de intentar matarme. Tienes que ayudarme con el desayuno. Ahora mismo está demasiado celoso para confiar en él.

Un sahib genuino, importado de Inglaterra, habría montado un gran revuelo por una historia así. El sahib Lurgan hizo la constatación con la sencillez con la que Mahbub Ali solía narrar sus asuntillos en el Norte.

La veranda trasera de la tienda estaba construida sobre la colina casi en vertical, abajo podían verse las chimeneas de sus vecinos, como es costumbre

en Simia. Pero incluso más que la comida, exclusivamente persa y preparada por el sahib Lurgan con sus propias manos, a Kim le fascinaba la tienda. El Museo de Lahore era más grande, pero aquí había más maravillas —dagas ceremoniales y molinos de oración tibetanos; collares de turquesas y ámbar en bruto; brazaletes de jade verde; palos de incienso empaquetados de forma curiosa en jarros con incrustaciones de granates en bruto; las máscaras demoníacas de la noche anterior y una pared tapizada de tela color azul pavo real; figuras doradas de Buda y pequeños altares portátiles lacados; samovares rusos con turquesas en la tapa; juegos de porcelana china, tan fina como una cascara de huevo, en extrañas cajas octogonales de mimbre; crucifijos de marfil amarillo, nada menos que de Japón, según dijo el sahib Lurgan; alfombras en embalajes polvorientos, oliendo atrocemente, apiladas detrás de biombos de dibujos geométricos, rotos y destartados; aguamaniles persas para lavarse las manos después de comer; quemadores de incienso deslustrados, ni chinos ni persas, recubiertos con frisos de demonios fantásticos; cinturones de plata deslucida que se anudaban como si fueran de cuero sin curtir; horquillas de jade, marfil y calcedonia; armas de todas clases y formas, y otras mil rarezas en cajas, apiladas o simplemente tiradas por la habitación, dejando sólo un espacio libre alrededor de la desvencijada mesa de pino donde trabajaba el sahib Lurgan—.

—Estas cosas no son nada —dijo su anfitrión, siguiendo la mirada de Kim—. Las compro porque son bonitas y a veces las vendo, si me gusta la pinta del comprador. Mi trabajo está sobre la mesa, una parte de él.

A la luz del sol matinal las gemas resplandecían, lanzando multitud de brillos rojos, azules y verdes, atravesados aquí y allá por el despiadado destello blanquiazul de un diamante. A Kim se le abrieron los ojos como platos.

—Oh, estas piedras están muy bien. No les hará daño tomar el sol. Además, son baratas. Pero con piedras enfermas es diferente. —Llenó de nuevo el plato de Kim—. No hay nadie, aparte de mí, que pueda tratar a una perla enferma y devolver el azul a las turquesas. Admito que con los ópalos... cualquier tonto puede curar un ópalo, pero una perla enferma, sólo yo. ¡Supón que me muero! Entonces no quedaría nadie... ¡Oh no! Tú no puedes hacer nada con las joyas. Será suficiente si comprendes un poco sobre la turquesa... algún día.

Lurgan fue hacia el final de la veranda para rellenar del filtro el pesado jarro de agua de arcilla porosa.

—¿Quieres beber?

Kim asintió. A quince pies de distancia, el sahib Lurgan puso una mano sobre el jarro. Al instante siguiente, este estaba junto al codo de Kim, lleno

hasta media pulgada del borde, sólo una pequeña arruga en la tela blanca delataba el sitio por donde se había deslizado.

—¡Wah! —dijo Kim con un asombro mayúsculo—. Esto es magia. —La sonrisa del sahib Lurgan mostraba que el cumplido le había agradado.

—Lánzalo de vuelta.

—Se romperá.

—Digo que lo lances de vuelta.

Kim lo tiró al tuntún. El jarro cayó, se rompió en mil pedazos y el agua resbaló por entre los toscos tablones de la veranda.

—Ya dije que se rompería.

—No importa. Mira. Fíjate en el pedazo más grande.

El casco yacía con un centelleo de agua en su cavidad, como si fuera una estrella sobre el suelo. Kim miró con atención. El sahib Lurgan puso una mano suavemente sobre su nuca y le dio uno o dos golpecitos, murmurando:

—¡Fíjate! Volverá de nuevo a la vida, pedazo a pedazo. Primero el gran pedazo se unirá a los otros dos a la izquierda y a la derecha, a la izquierda y a la derecha. ¡Mira!

Aunque le hubiera ido la vida en ello, Kim no hubiera sido capaz girar la cabeza. El ligero roce le tenía como clavado y la sangre le cosquilleaba agradablemente por el cuerpo. Donde antes había habido tres pedazos, había ahora uno grande y sobre ellos el contorno difuminado del recipiente entero. A través de él podía distinguir la veranda, pero se condensaba y oscurecía con cada latido de su pulso. Sin embargo, el jarro, ¡qué lentos vienen los pensamientos!, el jarro se había hecho pedazos ante sus ojos. Otra ola de fuego hormigueante le corrió cuello abajo, mientras el sahib Lurgan movía su mano.

—¡Fíjate! Está tomando forma —dijo el sahib Lurgan.

Hasta ese momento Kim había estado pensando en hindi, pero le sacudió un temblor y con un esfuerzo como el de un nadador que, perseguido por tiburones, se impulsa a sí mismo medio fuera del agua, su mente saltó fuera de una oscuridad que le estaba tragando y se refugió en... ¡la tabla de multiplicar en inglés!

—¡Mira! Está recobrando la forma —murmuró el sahib Lurgan.

El jarro se había roto... sí, roto... no la palabra nativa, no pensaría en ella... sino roto... en mil pedazos y dos veces tres eran seis, y tres veces tres eran nueve y cuatro veces tres eran doce. Se agarró desesperadamente a esa repetición. El contorno difuminado del jarro se disolvió como una neblina

después de frotar los ojos. Quedaban los cascotes rotos; quedaba el agua derramada secándose al sol y a través de las rendijas de la veranda aparecían, acanalados, los muros blancos de la casa de abajo... ¡y tres veces doce eran treinta y seis!

—¡Fíjate! ¿Está tomando forma? —preguntó el sahib Lurgan.

—Pero está roto... roto —jadeó Kim; el sahib Lurgan había estado murmurando suavemente durante medio minuto. Kim apartó la cabeza a un lado—. ¡Mira! ¡Dekho! Está ahí como estaba antes.

—Está ahí como estaba —dijo Lurgan, mirando a Kim de cerca mientras el chico se frotaba el cuello—. Pero tú eres el primero de muchos que lo ha visto así. —Y se secó la ancha frente.

—¿Era más magia? —preguntó Kim desconfiado. El cosquilleo había desaparecido de sus venas; se sentía extrañamente despierto.

—No, eso no era magia. Era sólo para comprobar si había... un defecto en la joya. A veces, las gemas más finas se deshacen en mil pedazos cuando un hombre las coge en la mano y conoce la forma adecuada. Por esa razón uno debe ser cuidadoso antes de engastarlas. Dime, ¿viste la forma del jarro?

—Durante un momento. Había empezado a crecer del suelo como una flor.

—Y entonces ¿qué hiciste? Quiero decir, ¿cómo pensaste?

—¡Oah! Sabía que estaba roto, y entonces, creo que fue lo que pensé... y estaba roto de verdad.

—¡Hm! ¿Te ha hecho alguien antes el mismo tipo de magia?

—Si fuera así —dijo Kim—, ¿cree que lo permitiría otra vez? Me escaparía.

—Y ahora no estás asustado, ¿eh?

—Ahora no.

El sahib Lurgan lo miró de forma más penetrante que antes.

—Le preguntaré a Mahbub Ali... ahora no, pero en unos días —murmuró—. Estoy satisfecho contigo... sí; estoy satisfecho contigo... no. Eres el primero que se ha salvado a sí mismo. Me gustaría saber qué fue lo que... Pero tienes razón. No debes decirlo, ni incluso a mí.

Regresó a la sombra polvorienta de la tienda y se sentó a la mesa frotándose las manos con suavidad. Un sollozo ronco y breve llegó de detrás de un montón de alfombras. Era el niño hindú que, obediente, estaba de cara a la pared. Sus hombros delgados estaban contraídos por la pesadumbre.

—¡Ah! Está celoso, muy celoso. Me pregunto si intentará envenenarme de nuevo con mi desayuno y obligarme a prepararlo dos veces.

—Kubbee, kubbee nahin (Nunca, nunca. ¡No!) —brotó la respuesta entrecortada.

—¿Y si matara a este otro chico?

—Kubbee, kubbee nahin.

—¿Qué crees tú que hará? —Se volvió de repente a Kim.

—¡Oah! No lo sé. Déjele ir, quizás. ¿Por qué quiso envenenarle?

—Porque me quiere mucho. Supon que tú quieres mucho a alguien y ves llegar a otra persona y el hombre al que tienes cariño está más complacido con esa persona que contigo, ¿qué harías?

Kim meditó. Lurgan repitió la frase lentamente en la lengua nativa.

—No envenenaría a ese hombre —dijo Kim reflexionando—, pero pegaría a ese chico, si ese chico le tuviera cariño a ese hombre. Pero primero le preguntaría al chico si es verdad.

—¡Ah! El piensa que todos deben quererme.

—Entonces creo que es tonto.

—¿Lo oyes? —dijo el sahib Lurgan dirigiéndose a los hombros temblorosos—. El hijo del sahib cree que eres una especie de tonto. Sal y la próxima vez que tu corazón esté turbado, no uses el arsénico blanco de forma tan evidente. ¡Apuesto a que hoy el diablo Dasim era el señor de nuestra mesa! Podría haber enfermado, niño, y entonces sería un extranjero el que hubiera tenido que vigilar las joyas. ¡Ven!

El niño, con los ojos hinchados de tanto llorar, salió con cautela de detrás del embalaje y en un arrebato se arrojó a los pies del sahib Lurgan, con un remordimiento tan exagerado que impresionó incluso a Kim.

—Me encargaré de los charcos de tinta... ¡guardaré fielmente las joyas! ¡Oh, padre mío y madre mía, échale! El niño señaló a Kim dando una coz con su talón desnudo.

—Todavía no, todavía no. En breve se irá de nuevo. Pero ahora está en el colegio, en una nueva madraza, y tú serás su maestro. Juega al juego de las joyas con él. Yo llevaré la cuenta.

El chico se secó las lágrimas al momento y se precipitó a la trastienda, de donde regresó con una bandeja de cobre.

—¡Dámelo tú! —dijo al sahib Lurgan—. Que vengan de tu mano, porque

si no, puede decir que ya las conocía antes.

—Espacio... espacio —replicó el hombre y de un cajón bajo la mesa sacó un puñado de piedras tintineantes y las puso sobre la bandeja.

—Ahora —dijo el niño, agitando un periódico viejo—. Míralas tanto tiempo como quieras, desconocido. Cuéntalas y, si es necesario, tócalas. A mí, un vistazo me basta. Y con orgullo le volvió la espalda a Kim.

—¿Pero de qué va el juego?

—Cuando las hayas contado y tocado, y estés seguro de que puedes recordar cada una, las cubriré con este papel y tú tienes que hacerle el recuento al sahib Lurgan. Yo escribiré el mío.

—¡Oah! —El instinto de competición se despertó en el corazón de Kim. Se inclinó sobre la bandeja. Sólo había quince piedras en ella—. Es fácil —dijo después de un minuto. El niño deslizó el papel sobre las piedras centelleantes y garabateó en un libro de contabilidad nativo.

—Bajo ese papel hay cinco piedras azules: una grande, una más pequeña y tres pequeñas —dijo Kim de un tirón—. Hay cuatro piedras verdes, una con un agujero; hay una piedra amarilla a través de la que se puede ver y una como la caña de una pipa. Hay dos piedras rojas y... y... conté quince, pero he olvidado dos. ¡No! Deme tiempo. Una era de marfil, pequeña y amarronada; y... y... deme tiempo...

—Uno... dos —el sahib Lurgan contó hasta diez. Kim sacudió la cabeza.

—¡Escucha mi recuento! —soltó el niño, sin poder contenerse, con un gorgorito risueño—. Primero, hay dos zafiros defectuosos, uno de dos ruttees y uno de cuatro, diría yo. El zafiro de cuatro ruttees tiene una melladura en una esquina. Hay una vulgar turquesa del Turquestán con vetas negras y hay dos con inscripciones, una con el nombre de Dios en dorado y la otra, como está atravesada por una fisura porque viene de un anillo antiguo, no la puedo leer. Ahora tenemos las cinco piedras azules. Y hay cuatro esmeraldas defectuosas, una está perforada en dos sitios y una está un poco tallada.

—¿Sus pesos? —preguntó el sahib Lurgan sin alterarse.

—Tres... cinco... cinco... y cuatro ruttees, me parece. Hay un trozo de una vieja pipa de ámbar averdosado y un topacio tallado de Europa. Hay un rubí de Burma, de dos ruttees, sin defecto, y hay un rubí rosa pálido defectuoso, de dos ruttees de peso. Hay también un marfil tallado de China representando a una rata sorbiendo un huevo; y, para acabar, hay, ¡ah ha!, una bola de cristal tan grande como una judía, engastada en una hoja de oro.

El niño batió las palmas al final del recuento.

—Él es tu maestro —dijo el sahib Lurgan, sonriendo.

—¡Huh! Él sabía los nombres de las piedras —dijo Kim, enrojeciendo—. ¡Probemos otra vez! Con cosas normales que conozcamos los dos.

Llenaron de nuevo la bandeja con objetos varios cogidos de la tienda e incluso de la cocina, el niño ganó una y otra vez, al extremo de provocar la admiración de Kim.

—Venda mis ojos, déjame palparlo una vez con mis dedos e incluso así, te dejaré atrás a ti con los ojos sin vendar —le retó.

Kim pateó de rabia cuando el mocoso cumplió su desafío.

—Si fueran hombres, o caballos —dijo—, lo haría mejor. Este juego con pinzas, cuchillos y tijeras es demasiado poco.

—Aprende primero, enseña después —repuso el sahib Lurgan—. ¿Es él tu maestro?

—Lo es. ¿Pero cómo se hace?

—Repitiéndolo muchas veces hasta que se hace perfectamente, porque vale la pena aprenderlo.

El muchacho hindú rebosante de satisfacción incluso le dio a Kim unas palmaditas en la espalda.

—No desespere —dijo—. Yo te enseñaré.

—Y yo me cuidaré de que seas bien enseñado —dijo el sahib Lurgan, hablando todavía en la lengua nativa— porque, excepto aquí mi chico, fue una estupidez de su parte comprar tanto arsénico blanco cuando, si lo hubiera pedido, se lo podría haber dado yo mismo... excepto aquí mi chico digo, hacía mucho tiempo que no me encontraba con alguien a quien valiera la pena enseñar. Y tenemos otros diez días antes de que puedas volver a Nucklao, donde a la larga no enseñan nada, a pesar de pagar tanto. Creo que seremos amigos.

Fueron diez días de locura, pero Kim se divertía demasiado para pensar en ello. Por la mañana jugaban al juego de las joyas, a veces con piedras auténticas, a veces con montones de espadas y dagas, a veces con fotografías de nativos. Por las tardes, él y el muchacho hindú montaban guardia en la tienda, sentados en silencio detrás de un embalaje de alfombra o de un biombo, observando a los muchos y peculiares visitantes del señor Lurgan. Había pequeños rajás, con sus escoltas tosiendo por la veranda, que venían a comprar curiosidades, como los fonógrafos y los juguetes mecánicos. Había señoras a la búsqueda de collares y señores, eso le parecía a Kim —aunque su mente podía estar viciada por un entrenamiento temprano—, a la búsqueda de

señoras; nativos de cortes principescas independientes y feudales, cuyo motivo aparente era el de reparar los collares rotos —ríos de luz que se derramaban sobre la mesa—, pero cuyo verdadero propósito parecía ser el de reunir dinero para maharanís fastidiosas o para jóvenes rajás. Había babus a quienes el sahib Lurgan hablaba con severidad y autoridad, pero al final de cada entrevista les daba dinero en plata acuñada, en billetes y en pagarés del tesoro. Ocasionalmente, había reuniones de nativos, de aspecto teatral en sus largos ropajes, que discutían de metafísica en inglés y en bengalí, para gran edificación del señor Lurgan. Este estaba siempre interesado en las religiones. Al final del día se esperaba que Kim y el muchacho hindú, cuyo nombre cambiaba a capricho de Lurgan, dieran un detallado informe de todo lo que habían visto u oído, su opinión sobre el carácter de cada hombre, tal como se reflejaba en su cara, charla y modales y su parecer acerca del verdadero motivo de su visita. Después de la cena, el gusto del sahib Lurgan se centraba más en lo que se podría llamar disfraces, en cuyo juego se tomaba un interés de lo más instructivo. Podía pintar caras de maravilla; con un trazo aquí y una línea allá, cambiándolas y haciéndolas irreconocibles. La tienda estaba llena de toda suerte de vestidos y turbantes y Kim fue ataviado de diversas formas; como un joven musulmán de buena familia, un aceitero, y una vez, durante una velada estupenda, como el hijo de un terrateniente de Oudh con un traje extremadamente suntuoso. El sahib Lurgan tenía un ojo de halcón para detectar el mínimo defecto en el disfraz; y recostado en un desgastado diván de teca les explicaba largo y tendido cómo hablaba tal y tal casta, o andaba, o tosía, o escupía, o estornudaba y, puesto que los cornos importan poco en este mundo, les explicaba sobre todo el porqué de cada cosa. El muchacho hindú jugaba este juego con torpeza. Su limitado intelecto, agudo como un témpano de hielo cuando se trataba del recuento de piedras preciosas, no conseguía amoldarse y penetrar en el alma de otro; sin embargo, en Kim se despertaba un demonio y cantaba de contento mientras se vestía con los diferentes trajes, cambiando con cada uno la voz y los gestos.

Una noche, llevado por el entusiasmo, Kim se ofreció voluntario para mostrarle al sahib Lurgan cómo los discípulos de una cierta casta de faquires, viejos conocidos de Lahore, mendigaban limosnas en la acera y qué tipo de lenguaje usaban con un inglés, un campesino punyabí camino de una feria y una mujer sin velo. El sahib Lurgan se partió de risa y rogó a Kim que se quedara como estaba, con las piernas cruzadas, cubierto de cenizas, con ojos de loco, inmóvil, durante media hora en la habitación trasera. Transcurrido ese tiempo entró un babu obeso y grande, cuyas piernas con calcetines temblaban por la grasa y Kim le lanzó una sarta de bromas callejeras. El sahib Lurgan, para fastidio de Kim, miraba al babu y no a la comedia.

—Creo —dijo el babu pausadamente, encendiendo un cigarrillo—, soy de opeenión que esta es representación extraordinaria, muy efecaz. Si no me

hubiera prevenido, hubiera creído que... que... que me estaba tomando el pelo. ¿En cuánto tiempo puede ser efecaz agrimensor? Porque entonces le daré tarea.

—Eso es lo que debe aprender en Lucknow.

—Entonces ordénele que sea endiabladamente rápido. Buenas noches, Lurgan. —El babu salió balanceándose con el paso de una vaca caminando por el barro.

Cuando estaban repasando la lista diaria de visitantes, el sahib Lurgan le preguntó a Kim quién pensaba que era ese hombre.

—¡Sabe Dios! —dijo Kim con desenfado. El tono casi podría haber engañado a Mahbub Ali, pero fracasó por completo con el curador de perlas enfermas.

—Es verdad. Dios, Él lo sabe; pero deseo saber lo que tú piensas.

Kim miró de reojo a su anfitrión, cuyos ojos sabían cómo sacarle a uno la verdad.

—Yo... yo creo que me escogerá cuando vuelva de la escuela, pero —confidencialmente, mientras el sahib Lurgan asentía con aprobación— no comprendo como él puede disfrazarse con muchos trajes y hablar varias lenguas.

—Más tarde entenderás muchas cosas. Él escribe historias para un cierto coronel. Su renombre es grande sólo en Simia y es importante que no tenga nombre, sino sólo un número y una letra, esa es la costumbre entre nosotros.

—¿Y su cabeza también tiene precio, como la de Mah... todos los demás?

—Todavía no, pero si un chico que está ahora aquí sentado se levantara y se fuera, ¡mira, la puerta está abierta!, hasta una cierta casa con la veranda pintada de rojo, detrás de lo que fue el viejo teatro en el bazar de abajo, y susurrara a través de las contraventanas: «Hurree Chunder Mookerjee llevó las malas noticias del mes pasado», ese chico podría conseguir un cinto lleno de rupias.

—¿Cuántas? —dijo Kim con presteza.

—Quinientas, mil, tantas como exigiera.

—Bien. ¿Y cuánto tiempo viviría un tal chico después de dar la noticia? —Kim sonrió divertido a las mismas barbas del sahib Lurgan.

—¡Ah! Eso hay que pensárselo bien. Quizás, si fuera muy listo, pudiera sobrevivir el día, pero no la noche. La noche de ninguna manera.

—Entonces ¿cuál es la paga del babu si dan tanto por su cabeza?

—Ochenta... quizás, cien... quizás, ciento cincuenta rupias; pero la paga es lo de menos en el trabajo. De vez en cuando, Dios hace que nazcan hombres, y tú eres uno de esos, que tienen ganas de salir al camino a riesgo de sus vidas y descubrir cosas nuevas, hoy puede ser sobre sitios muy alejados, mañana sobre alguna montaña escondida, y al día siguiente sobre hombres cercanos que han cometido alguna estupidez contra el Estado. Estas almas son muy pocas; y de estas pocas, no más de diez son de lo mejor. Entre estas diez cuento al babu y es curioso. Por eso, ¡qué grande y deseable tiene que ser un cometido para que inflame el corazón de un bengalí!

—Verdad. Pero para mí los días pasan despacio. Soy todavía un chico y sólo hace dos meses que aprendí a escribir angrezi. Todavía no puedo leerlo bien. Y pasarán todavía años y años y largos años antes de que pueda ser por lo menos un agrimensor.

—Ten paciencia, Amigo de todo el Mundo —Kim se sorprendió por el título—. Si tuviera todavía alguno de esos años que a ti tanto te fastidian. Te he probado de muchas pequeñas maneras. No me olvidaré de ello cuando haga mi informe al sahib coronel. —Luego, con una risa grave, pasando de repente al inglés—: ¡Por Júpiter! O'Hara, creo que hay buena madera en ti, pero no tienes que volverte orgulloso, ni parlotear. Tienes que volver a Lucknow y ser un buen chico y meter las narices en tu libro, como dicen los ingleses, y ¡quizás, en las próximas vacaciones, si te apetece, puedas volver conmigo! —A Kim se le puso cara larga—. Oh, quiero decir si tú lo deseas. Ya sé dónde quieres ir.

Cuatro días más tarde fue reservado un asiento para Kim y su pequeño baúl en la parte trasera de un tonga para Kalka. Su compañero de viaje era el babu con aspecto de ballenato, quien, con un chal de flecos enroscado en la cabeza y sentado sobre su regordeta pierna izquierda con calcetín calado, temblaba y refunfuñaba en el frío de la mañana.

—¿Cómo es que este hombre es uno de nosotros? —pensó Kim, observando la espalda gelatinosa mientras se alejaban traqueteando carretera abajo; y la reflexión le empujó a placenteras divagaciones. El sahib Lurgan le había dado cinco rupias, una suma espléndida, así como la garantía de su protección si trabajaba con ahínco. A diferencia de Mahbub, el sahib Lurgan había hablado de forma explícita sobre la recompensa que seguiría a la obediencia y Kim estaba contento. ¡Si sólo, como el babu, pudiera disfrutar de la dignidad de una letra y un número, y un precio sobre su cabeza! Algún día sería todo eso y más. ¡Algún día sería casi tan grande como Mahbub Ali! Las azoteas a investigar se extenderían por media India; seguiría a reyes y ministros, como en los viejos tiempos había seguido a vakils y a emisarios de abogados a través de Lahore por encargo de Mahbub Ali. Entretanto, justo ante sus ojos estaba la realidad inminente, y no desagradable, de la vuelta a

San Javier. Habría nuevos chicos con los que ser condescendiente e historias de aventuras estivales que escuchar. El joven Martin, hijo de un plantador de té de Manipur, se había pavoneado de que él iría a la guerra con un rifle contra los cazadores de cabezas. Quizás lo hubiera hecho, pero seguro que el joven Martin no había sido proyectado por el aire al centro del patio delantero de un palacio de Patiala por una explosión de fuegos artificiales; ni había... Kim empezó a contarse a sí mismo la historia de sus propias aventuras de los últimos tres meses. Podría paralizar a todo San Javier, incluso a los chicos más grandes que se afeitaban, con el recital, si le estuviera permitido. Pero, lógicamente, quedaba descartado. A su debido tiempo habría un precio por su cabeza, como el sahib Lurgan le había asegurado; y si él cotorreaba a lo tonto ahora, no sólo ese precio no sería puesto nunca, sino que el coronel Creighton lo expulsaría, y quedaría a merced de la ira del sahib Lurgan y de Mahbub Ali... por el corto tiempo de vida que aún le quedara.

—Así perderé Delhi por un pez —era su filosofía proverbial. Le convenía olvidar sus vacaciones (siempre le quedaría la diversión de inventar aventuras imaginarias) y trabajar, como el sahib Lurgan le había dicho.

De todos los chicos que se apuraban de regreso a San Javier desde Sukkur en las arenas a Galle bajo las palmeras, ninguno estaba más lleno de virtud que Kimball O'Hara, traqueteando hacia Ambala detrás de Hurree Chunder Mookerjee, cuyo nombre en los libros de una sección del Departamento Etnológico era R.17.

Y si se necesitaba un estímulo adicional, el babu lo proporcionó. Tras una copiosa comida en Kalka, habló sin pausa. ¿Iba Kim a la escuela? Entonces él, un licenciado M.A. de la Universidad de Calcuta le explicaría las ventajas de la educación. Había puntos a ganar poniendo la debida atención al latín y a La excursión de Wordsworth (todo esto a Kim le sonaba a chino). El francés también era esencial y el mejor se aprendía en Chandernagore, a unas pocas millas de Calcuta. En resumen, un hombre podía llegar lejos, como él había hecho, prestando una cuidadosa atención a obras llamadas Lear y Julio César, ambas muy solicitadas por los examinadores. Lear no estaba tan lleno de alusiones históricas como Julio César; el libro costaba cuatro annas, pero podía ser comprado de segunda mano por dos en el bazar Bow. Aún más importante que Wordsworth, o autores eminentes como Burke y Hare, era el arte y la ciencia de la agrimensura. Un muchacho que hubiera pasado los exámenes en estas materias, para las cuales, a propósito, no había libros que empollar, podía, caminando simplemente sobre un terreno con una brújula, un nivel y un buen ojo, elaborar un dibujo de ese terreno que podría ser vendido por una elevada suma de plata acuñada. Pero como en ocasiones era inapropiado llevar consigo cadenas de medición, un muchacho haría bien en conocer la longitud precisa de su propio paso, de manera que, cuando

estuviera falto de lo que Hurree Chunder llamaba «ayudas ocasionales», podría a pesar de todo calcular las distancias. Para mantener la cuenta de miles de pasos, según la experiencia le había mostrado a Hurree Chunder, no había nada mejor que un rosario de ochenta y una cuentas, o de ciento ocho, porque «era divisible y subdivisible en muchos múltiplos y submúltiplos». De entre el torrente de verborrea inglesa, Kim pescó las ideas principales del tema y las encontró muy interesantes. He ahí una nueva habilidad que un hombre podía almacenar en su cabeza; y a la vista del vasto y ancho mundo que se desplegaba ante él, parecía que cuanto más supiera un hombre, mejor para él.

Cuando hubo hablado durante hora y media, el babu dijo:

—Espero que algún día pueda tener el placer de conocerle oficialmente. Ad interim, si se me permite la expresión, le daré esta caja de betel, que es muy valiosa y me costó dos rupias hace sólo cuatro años. —Era una caja barata, con forma de corazón y tres compartimentos para llevar la eterna nuez de betel, la cal y la hoja de pan; pero estaba llena de pequeños frascos con comprimidos—. Es una recompensa por mérito de su actuación en papel de hombre santo. Ve, es tan joven que piensa que vivirá siempre y no se preocupa de su cuerpo. Es un gran fastidio caer enfermo en medio de una misión. Soy aficionado a las medicinas y son prácticas cuando hay que curar también a la gente pobre. Estas son buenas medicinas oficiales, quinina y demás. Se las doy de recuerdo. Ahora, adiós. Tengo asuntos privados urgentes aquí, a la vera del camino.

Se bajó sin hacer ruido, como un gato, en la carretera de Ambala, detuvo un carro que pasaba y se alejó en el tintineante vehículo, mientras Kim, enmudecido, le daba vueltas a la caja de betel de hojalta.

El historial de la educación de un chico no le interesa a nadie excepto a sus padres, y, como el lector sabe, Kim era huérfano. Según consta en los libros de San Javier en Partibus, al final de cada trimestre se enviaba un informe sobre los progresos de Kim al coronel Creighton y al padre Víctor, de cuyas manos llegaba puntualmente el dinero para su escolarización. También consta en el mismo libro que Kim mostraba una gran aptitud para los estudios matemáticos así como para la cartografía y que se había llevado un premio (La vida de lord Lawrence, en cuero marrón, dos volúmenes, nueve rupias, ocho annas) por su dominio en la materia; y el mismo trimestre jugó en el equipo de críquet de San Javier contra el Colegio Universitario Musulmán de Aligarh, a la edad de catorce años y diez meses. Fue también revacunado (de lo que podemos deducir que había habido otra epidemia de viruela en Lucknow) por esa misma época. Notas a lápiz en el margen de una vieja lista dejaban constancia de que fue castigado varias veces por «conversar con personas desaconsejables» y parece que, una vez, fue sentenciado a un castigo severo por «ausentarse un día entero en compañía de un mendigo». Eso fue cuando escaló la verja de

entrada y durante un día entero, a la orilla del Gumti, le suplicó al lama que, en las próximas vacaciones, le dejara acompañarle en el camino durante un mes, durante una breve semana; y el lama se negó a ello con un gesto duro como el mármol, aduciendo que el momento todavía no había llegado. El deber de Kim, dijo el viejo mientras comían pasteles juntos, era adquirir toda la sabiduría de los sahibs y después ya se vería. De alguna manera, la Mano de la Amistad tuvo que haber desviado el Látigo de la Calamidad porque, al parecer, seis semanas más tarde Kim aprobó un examen de agrimensura elemental con «mención honorable», a la edad de quince años y ocho meses. A partir de esa fecha el registro guarda silencio. Su nombre no aparece entre el grupo que aquel año presentó su candidatura para el Departamento Topográfico de la India, sino que aparecen las palabras «transferido por nombramiento».

Durante esos tres años, el lama recaló varias veces en el templo de los Tirthankaras en Benarés, un poco más delgado y un tono más amarillo, si ello era posible, pero amable e intachable como siempre. A veces venía del sur, del sur de Tuticorin, desde donde los maravillosos barcos de fuego zarpaban para Ceilán, donde había sacerdotes que conocían el pali; otras veces llegaba del oeste, húmedo y verde, y de las miles de chimeneas de las fábricas de algodón que rodeaban Bombay; y una vez del norte, donde hizo ochocientas millas de ida y vuelta para hablar durante un día con el Conservador de las Imágenes en la Casa de las Maravillas. A su regreso se recogía en su celda de fresco mármol pulido —los sacerdotes del templo eran buenos con el anciano— se limpiaba el polvo del viaje, hacía sus oraciones y, muy familiarizado ya con las costumbres del ferrocarril, se marchaba a Lucknow en un compartimento de tercera clase. A su regreso, como señaló su amigo el buscador al sacerdote superior, llamaba la atención que durante un tiempo cesara de lamentar la pérdida de su río o de dibujar prodigiosas imágenes de la Rueda de la Vida, y prefiriera hablar de la belleza y la sabiduría de un cierto chela misterioso, a quien nadie del templo había visto. Sí, había seguido los rastros de los Pies Benditos por toda la India (el conservador está todavía en posesión de una extraordinaria crónica de sus peregrinaciones y meditaciones). No le quedaba más en la vida que encontrar el Río de la Flecha. Sin embargo, le fue revelado en sueños que no era una misión para ser acometida con esperanza de éxito a menos que el buscador tuviera consigo el chela predestinado para conducir el proceso a buen término, un chela investido de gran sabiduría, la sabiduría que posee el Conservador de las Imágenes de pelo blanco. Por ejemplo, (aquí sacaba la tabaquera con rapé y los amables sacerdotes jaines se apresuraban a guardar silencio):

—Hace mucho mucho tiempo, cuando Devadatta era rey de Benarés, ¡escuchad todos al Jâtaka!, un elefante fue capturado durante un tiempo por los cazadores del rey y antes de que se escapara, le colocaron un cruel anillo

alrededor del pie. Con odio e ira en su corazón, el elefante intentó quitárselo y corriendo arriba y abajo por la selva, suplicó a sus hermanos elefantes que se lo arrancaran de cuajo. Uno a uno lo intentaron con sus fuertes colmillos y fracasaron. Al final, emitieron el parecer de que el anillo no se podría romper con ningún poder bestial. En un matorral, recién nacida, mojada con la humedad del nacimiento, había una cría del rebaño que tenía un día y cuya madre había muerto. El elefante anillado, olvidando su propia agonía, dijo: «Si no ayudo a este cachorro, perecerá bajo nuestros pies». Así que se colocó por encima del pequeño animal, usando sus piernas como contrafuertes contra la manada que se movía inquieta; y le pidió leche a una vaca virtuosa y la cría creció y el elefante anillado era su guía y su defensa. Ahora bien, un elefante, ¡escuchad todos al Jâtaka!, tarda unos treinta y cinco años en alcanzar la plenitud de sus fuerzas y durante treinta y cinco lluvias el elefante anillado fue el amigo del animal más joven y todo ese tiempo el anillo se le fue clavando en la carne. Entonces un día el joven elefante vio el hierro medio incrustado en la carne y volviéndose al más viejo dijo: «¿Qué es esto?». «Este es mi dolor», dijo aquel que era su amigo. Entonces el otro sacó su colmillo y en un abrir de ojos rompió el anillo diciendo: «El momento señalado ha llegado». Así que el elefante virtuoso que había esperado pacientemente y realizado actos nobles, llegado el momento, fue aliviado por la cría misma a la que él había elegido cuidar, ¡escuchemos todos al Jâtaka!, porque el elefante era Ananda y la cría que rompió el anillo no era otro que el Señor en persona...

Luego, el lama solía sacudir la cabeza con benevolencia y repasando el rosario, que siempre chasqueaba, señalaba lo libre que era esa cría de elefante del pecado de orgullo. Era tan humilde como su chela quien, viendo a su maestro sentado en el polvo ante las Puertas de la Sabiduría, saltó sobre esas puertas (a pesar de que estaban cerradas) y acogió a su maestro en su corazón en presencia de una ciudad altanera y saciada. ¡Grande será la recompensa de un tal maestro y un tal chela cuando les llegue a ambos el momento de buscar la libertad juntos!

Así hablaba el lama, yendo y viniendo a través de la India, silencioso como un murciélago. Una vieja mujer de lengua afilada en una casa entre árboles frutales más allá de Saharunpore le honraba como la mujer honró al profeta, pero su aposento no estaba en absoluto sobre el muro. El lama se sentaba en un cuarto del patio delantero a la vista de las palomas que zureaban, mientras ella se quitaba su inútil velo y charlaba de espíritus y de enemigos de Kulu, de nietos por nacer y del mocosito deslenguado que había hablado con ella en el sitio de descanso. En una ocasión, el lama se desvió solo de la Gran Ruta, por debajo de Ambala, hacia el mismo pueblo cuyo sacerdote había intentado drogarle; pero el Cielo clemente que protege a los lamas le envió al ocaso a través de las cosechas, absorto y confiado, hasta la puerta del resaldar. Aquí casi se produjo un serio malentendido, porque el viejo soldado le preguntó que

por qué el Amigo de las Estrellas se había ido hacía sólo seis días.

—No puede ser —replicó el lama—. Él ha regresado con su gente.

—Hace cinco noches estaba sentado en esa esquina contando cientos de historias divertidas —insistió el anfitrión—. Es verdad, de repente se esfumó al despuntar el día, después de tontear con mi nieta. Crece muy rápido, pero es el mismo Amigo de las Estrellas que me trajo el aviso verdadero de la guerra. ¿Os habéis separado?

—Sí... y no —replicó el lama—. Nosotros... nosotros no nos hemos separado del todo, pero aún no es el momento adecuado para tomar el camino juntos. Él está adquiriendo sabiduría en otro sitio. Debemos esperar.

—Todo uno. Pero si no era el chico, ¿cómo puede ser que hablara de ti todo el tiempo?

—¿Y qué contaba? —preguntó el lama con avidez.

—Dulces palabras, cien mil, que tú eras su padre y su madre y demás. Lástima que no se ponga al servicio de la reina. Es valiente.

Estas noticias asombraron al lama, que no sabía aún cuán religiosamente Kim se mantenía fiel al trato hecho con Mahbub Ali y ratificado a la fuerza por el coronel Creighton...

—No hay forma de impedir al poni joven que juegue —dijo el tratante de caballos cuando el coronel comentó que vagabundear por la India durante las vacaciones era absurdo—. Si se le niega el permiso para ir y venir a su antojo, se burlará de la prohibición. Entonces ¿quién va a atraparlo? Sahib coronel, sólo una vez cada mil años nace un caballo tan bien dotado para el juego como nuestro potro. Y necesitamos hombres.

Capítulo 10

*Vuestro halcón pasa demasiado tiempo sin volar, señor. No es un halcón
niego*

Voló y cazó durante mucho tiempo antes de que le atrapáramos

En el aire, peligrosamente libre. ¡A fe mía! Si fuera mío

(Como mío es el guante sobre el que descansa)

Le haría volar con un halcón experto. Está listo para la caza.

Bien plumado, acostumbrado a la gente y bien fogueado

Dadle el firmamento para el que Dios le creó,

¿Y quién podrá alcanzarle por el aire?

El sahib Lurgan no usaba un lenguaje tan directo, pero su consejo coincidía con el de Mahbub; y el resultado fue provechoso para Kim. A partir de ese momento, este se guardó de dejar la ciudad de Lucknow disfrazado de nativo y si Mahbub estaba en algún punto al alcance de un correo, se dirigía al campamento de Mahbub y realizaba la transformación bajo los ojos atentos del pastún. Si la pequeña caja de pinturas para la topografía, que usaba para colorear los mapas durante el curso, tuviera lengua para contar las andanzas de las vacaciones, Kim habría sido expulsado de San Javier. Una vez, Mahbub y él fueron juntos hasta la bella ciudad de Bombay, con tres furgones llenos de caballos para el tranvía, y Mahbub casi se ablanda cuando Kim le propuso navegar en un dhow a través del océano Índico para comprar caballos árabes en el golfo Pérsico, los cuales, según había oído de un gorrón que acompañaba al tratante Abdul Rahman, lograban mejores precios que los simples kabulis.

Mojó su mano en la misma fuente que ese gran tratante cuando Mahbub y unos pocos correligionarios fueron invitados a una gran cena haj. Volvieron a Karachi por mar, ahí, en la escotilla de proa de un vapor costero, Kim vivió su primera experiencia de un mareo, persuadido por completo de que había sido envenenado. La famosa caja de medicinas del babu resultó inútil, aunque Kim la había rellenado en Bombay. Mahbub tenía negocios en Quetta, y allí, como él mismo reconoció, Kim se ganó su sustento, y quizás un poco más, al pasar cuatro extraños días como pinche de cocina en casa de un sargento gordo del comisariado, de cuyo armario de oficina sacó, en un momento apropiado, un pequeño cuaderno de contabilidad, encuadernado en vitela, que copió —parecía tratar enteramente de las ventas de ganado y camellos— a la luz de la luna, echado detrás de un cobertizo durante toda una calurosa noche. Luego devolvió el libro a su sitio y, siguiendo las instrucciones de Mahbub, abandonó el trabajo sin cobrar, reuniéndose con él en el camino, a seis millas de distancia, llevando la copia limpia en su pecho.

—Ese soldado es un pez pequeño —explicó Mahbub Ali—, pero a su tiempo cogeremos al más grande. Este sólo vende bueyes a dos precios, uno para sí mismo y el otro para el Gobierno, lo cual no considero un pecado.

—¿Por qué no podía quitarle el pequeño cuaderno y asunto resuelto?

—Porque entonces él se hubiera asustado y se lo hubiera dicho a su patrón. De esa forma hubiéramos perdido, quizás, una gran cantidad de rifles nuevos que se mueven de Quetta al norte. El Juego es tan grande que uno sólo ve un poco de cada vez.

—¡Oho! —dijo Kim, pero se contuvo. Eso fue durante las vacaciones de

los monzones, después de que ganara el premio de matemáticas. Las fiestas de Navidad las pasó, exceptuando diez días para diversiones privadas, con el sahib Lurgan, donde se sentó la mayor parte del tiempo delante de un fuego crepitante —ese año, el camino del Jakko estaba cubierto por cuatro pies de nieve—; y, como el pequeño hindú se había ido para casarse, Kim ayudó a Lurgan a ensartar las perlas. Este le enseñó de memoria capítulos enteros del Corán hasta que pudo decirlos con la vibración y la cadencia de un mulá. Además, le dijo a Kim los nombres y propiedades de muchas medicinas nativas, así como las runas adecuadas para recitar cuando son administradas. Y por las noches escribió encantamientos en un pergamino, elaborados pentagramas coronados con nombres de demonios, Murra y Awan el Compañero de los Reyes, todos escritos con intrincados caracteres en las esquinas. Muy prácticos fueron los consejos que le dio a Kim sobre cómo cuidar de su propio cuerpo, cómo curar los ataques de fiebre y algunos remedios sencillos para el camino. Una semana antes de regresar, el sahib coronel Creighton —menuda injusticia— le envió a Kim un examen escrito que trataba íntegramente de varas de longitud, cadenas, limbos y ángulos.

Durante las vacaciones siguientes se fue de viaje con Mahbub y ahí, dicho sea de paso, poco le faltó para morir de sed, montado en un camello y cabalgando penosamente a través de las dunas hacia la misteriosa ciudad de Bikaner, donde los pozos están a cuatrocientos pies de profundidad y ribeteados con huesos de camello.

Desde el punto de vista de Kim, no fue un viaje de placer porque, a pesar del contrato, el coronel le había encargado hacer un mapa de esa ciudad amurallada y salvaje y puesto que no se supone que los mozos de cuadra musulmanes y encargados de las pipas, carguen con cadenas de medición por la capital de un Estado nativo independiente, Kim estaba obligado a medir a pasos todas las distancias con la ayuda de las cuentas de un rosario. Usaba la brújula para orientarse cuando se presentaba la ocasión —sobre todo cuando la noche ya había caído y los camellos habían sido alimentados— y, con la ayuda de su pequeña caja de pintura con seis colores y tres pinceles, consiguió dibujar algo no demasiado diferente de la ciudad de Jaisalmer. Mahbub se rio con ganas y le aconsejó escribir también un informe; y, en las páginas de atrás de un gran libro de contabilidad que estaba bajo la tapa de la silla de montar favorita de Mahbub, Kim se puso manos a la obra.

—Tiene que reflejar todo lo que has visto, tocado o considerado. Escribe como si el sahib Jang-i-Lat mismo hubiera venido en secreto con un vasto ejército preparado para iniciar una guerra.

—¿De qué tamaño el ejército?

—Oh, medio lakh de hombres.

—¡Qué locura! Recuerda qué pocos y qué malos eran los pozos en las arenas. Ni mil hombres sedientos podrían acercarse por aquí.

—Pues escríbelo, y también sobre todas las viejas brechas en las murallas, y dónde se corta la leña, y cuál es el temperamento y la disposición del rey. Yo me quedo aquí hasta que venda todos mis caballos. Alquilaré una habitación al lado de la puerta de la ciudad y tú serás mi contable. Hay un buen cerrojo en la puerta.

El informe en la inconfundible caligrafía cursiva de San Javier y el mapa pintarrajeado de marrón, amarillo y púrpura estaba disponible hasta hace unos pocos años (un oficinista descuidado lo archivó junto con un borrador de las anotaciones de E.23 sobre su segunda misión en Sistán), pero entretanto los caracteres a pincel tienen que ser ya casi ilegibles. Al segundo día en su viaje de regreso, Kim se lo tradujo a Mahbub sudando bajo la luz de una lámpara de aceite. El pastún se levantó y se inclinó sobre sus alforjas salpicadas de manchas.

—Sabía que valdría la pena un traje de honor, así que encargué uno —dijo sonriendo—. Si yo fuera el emir de Afganistán (y algún día puede ser que le veamos), llenaría tu boca de oro. —Mahbub colocó las prendas con ceremonia a los pies de Kim. Había un casquete para un turbante al estilo de Peshawar, en forma de cono, bordado en oro y una gran tela de turbante que acababa en flecos de oro. Había un chaleco bordado de Delhi para poner encima de una camisa blanca como la leche, que se abrochaba a la derecha, amplia y ligera; un pantalón tipo pijama, de color verde, que se ataba con un cordón de seda trenzada; y para que nada faltara, babuchas de cuero ruso que olían divinamente, con las puntas rizadas con arrogancia.

—Ponerse ropa nueva un miércoles por la mañana es de buen agüero —dijo Mahbub con solemnidad—. Pero no debemos olvidar a la gente malvada de este mundo. ¡Por eso!

Coronó toda esa magnificencia, que estaba dejando a Kim sin aliento, con un revólver calibre .450, con incrustaciones de madreperla, chapado en níquel y con extractor automático.

—Tenía en mente un calibre más pequeño, pero después pensé que este usaba balas del Gobierno. Se pueden conseguir con facilidad, especialmente al otro lado de la Frontera. Ponte de pie y déjame ver. —Le dio una palmada a Kim en el hombro—. ¡Que nunca te canses, pastún! ¡Oh, los corazones que se van a romper! ¡Oh, los ojos que mirarán de reojo bajo las pestañas!

Kim se giró, alzó las puntas de los pies, se estiró y se tocó instintivamente el bigote que comenzaba a crecer. Luego se inclinó a los pies de Mahbub para mostrar el debido agradecimiento palmoteando con manos temblorosas; su

corazón estaba demasiado rebosante para decir una palabra. Mahbub se anticipó y le dio un abrazo.

—Hijo mío —dijo—, ¿qué necesidad hay de palabras entre nosotros? ¿No es una maravilla esta pequeña arma? Los seis cartuchos se disparan de un giro. Se lleva sobre el pecho, cerca de la piel, lo que, al parecer, la mantiene engrasada. Nunca la guardes en otro sitio, y si Dios lo quiere, algún día matarás a un hombre con ella.

—¡Hai mai! —exclamó Kim con pesar—. Si un sahib mata a un hombre le cuelgan en prisión.

—Cierto, pero un paso más allá de la Frontera, los hombres son más sabios. Guárdala, pero cárgala primero. ¿De qué sirve un arma vacía?

—Cuando vuelva a la madraza, te la devolveré. No permiten armas pequeñas. ¿La guardarás por mí?

—Hijo, estoy preocupado con esa madraza donde cogen los mejores años de un hombre para enseñarle lo que sólo puede aprender en el camino. La necesidad de los sahibs no tiene fondo ni límite. No importa. Quizás tu informe escrito te libre de un largo cautiverio; y Dios sabe que necesitamos más y más hombres en el Juego.

Con las mandíbulas apretadas contra la arena del viento, siguieron la marcha a través del desierto de sal hacia Jodhpur, donde Mahbub y su guapo sobrino Habib Ullah hacían muchas transacciones; y entonces, triste y vestido con las ropas europeas que le quedaban ya casi pequeñas, Kim se fue en un tren de segunda clase a San Javier. Tres semanas más tarde, el coronel Creighton, que estaba valorando unas dagas ceremoniales tibetanas en la tienda de Lurgan, se confrontó con un Mahbub Ali abiertamente amotinado. El sahib Lurgan actuó como un apoyo en reserva.

—El poni está formado, adiestrado, con brida y paso, ¡sahib! Desde ahora, día a día perderá sus maneras si se le ocupa con tonterías. Suelte las riendas y déjele ir —dijo el tratante de caballos—. Le necesitamos.

—Pero es tan joven, Mahbub, no tiene más de dieciséis años, ¿verdad?

—Cuando yo tenía quince, había matado de un tiro a un hombre y engendrado a otro, sahib.

—Tú, viejo ateo impenitente —Creighton se volvió hacia Lurgan. La barba negra asintió ante la sabiduría de la barba teñida de escarlata del afgano.

—Yo le hubiera utilizado ya hace tiempo —dijo Lurgan—. Cuanto más jóvenes, mejor. Por esa razón siempre tengo mis joyas de verdadero valor vigiladas por un chico. Me lo envió para probarle. Le probé de todas las maneras: Es el único chico al que no conseguí hacerle ver cosas.

—¿En el cristal, en las manchas de tinta? —preguntó Mahbub.

—No. Bajo mi mano, como le dije. Nunca me había ocurrido antes. Quiere decir que es lo suficientemente fuerte, aunque usted crea que es un disparate, coronel Creighton, para obligar a cualquiera a hacer lo que él quiera. Y de esto hace tres años. Desde entonces le he enseñado gran cantidad de cosas, coronel Creighton. Creo que le desperdicia ahora.

—¡Hmm! Tal vez tenga razón. Pero, como sabe, en este momento no hay trabajo para él en el Departamento.

—Déjele salir, déjele marchar —interrumpió Mahbub—. ¿Quién espera que un potro acarree peso fuerte al principio? Déjele que vaya con las caravanas, como nuestros camellos blancos jóvenes, por gusto. Le llevaría yo mismo, pero...

—Hay un pequeño asunto donde sería de gran utilidad, en el Sur —dijo Lurgan, con una suavidad peculiar, cerrando sus párpados de azul intenso.

—E.23 lo tiene controlado —dijo Creighton con rapidez—. No debe ir allí. Además, no sabe turco.

—Dígale tan solo la forma y el olor de las cartas que queremos y las traerá de vuelta —insistió Lurgan.

—No. Es un trabajo de hombres —dijo Creighton.

Se trataba de un arriesgado asunto de correspondencia desautorizada e incendiaria entre una persona que pretendía ser la autoridad suprema en todos los asuntos de religión musulmana del mundo entero y el vástago más joven de una casa real que había sido llamado a capítulo por secuestrar mujeres en territorio británico. El arzobispo musulmán había sido enfático y sobremanera arrogante; el joven príncipe estaba sólo contrariado por el recorte de sus privilegios, pero no había necesidad de que continuara una correspondencia que algún día podría comprometerle. Se había recuperado ya una carta, pero, más tarde, la persona que la obtuvo fue hallada muerta en la cuneta del camino con ropas de comerciante árabe, según E.23, que le había sustituido en la misión, informó en su momento.

Estos hechos, y algunos otros que no eran para publicar, les hacía sacudir la cabeza a Creighton y a Mahbub.

—Déjele marchar con su lama rojo —dijo el tratante de caballos con visible esfuerzo—. Él quiere al viejo. Por lo menos así puede aprender sus mediciones con el rosario.

—He tenido algún trato con el anciano por carta —dijo el coronel Creighton sonriendo para sí—. ¿Por dónde anda?

—Arriba y abajo por el territorio, como ha hecho estos tres años. Busca un río de curación. Dios les maldiga a todos —Mahbub se controló—. Cuando regresa de la peregrinación, se aloja en el templo de los Tirthankaras o en Bodh Gaya. Entonces va a ver al muchacho a la madraza, como sabemos porque el chico fue castigado por ello dos o tres veces. Está bastante loco, pero es un hombre de paz. Le he conocido. El babu también ha tenido tratos con él. Le hemos vigilado durante estos tres años. Los lamas rojos no son tan comunes en Indostán como para que uno les pierda la pista.

—Los babus son muy curiosos —dijo Lurgan pensativo—. ¿Saben lo que el babu Hurree quiere realmente? Quiere que le hagan miembro de la Real Sociedad por sus anotaciones etnológicas. Como se lo digo, le conté sobre el lama todo lo que Mahbub y el chico me habían contado. El babu Hurree se va a Benarés, por cuenta propia, creo.

—No me parece —dijo Creighton brevemente. Había pagado los gastos de viaje de Hurree por una tremenda curiosidad de saber quién podía ser el lama.

—Varias veces estos años, Hurree ha solicitado del lama información sobre el lamaísmo, danzas demoníacas, conjuros y encantamientos. ¡Virgen santa! Yo podría haberle contado todo eso hace tres años. Creo que el babu Hurree se está haciendo viejo para el camino. Le gusta más recolectar información sobre usos y costumbres. Sí, él quiere ser un F.R.S.

—Hurree tiene una buena opinión del chico, ¿verdad?

—Oh, muy buena, hemos pasado todos juntos unas cuantas veladas agradables en mi pequeña casa, pero pienso que sería un desperdicio ponerle con Hurree en la parte etnológica.

—No para una primera experiencia. ¿Qué le parece esto Mahbub? Permitir al chico irse con el lama seis meses. Después, ya veremos. Cogerá experiencia.

—Experiencia de la vida ya la tiene, sahib, conoce su entorno como la palma de su mano. Pero, de todas formas estará bien liberarle del colegio.

—Entonces, muy bien —dijo Creighton, medio para sí—. Puede ir con el lama y si el babu Hurree se ocupa de echarles un ojo tanto mejor. Él no pondrá en peligro al chico como haría Mahbub. Es raro, su deseo de ser un F.R.S. Y también muy humano. Mejor está en la parte etnológica, Hurree.

Ni el dinero ni un ascenso habrían apartado a Creighton de su trabajo en el Departamento Topográfico indio, pero en el fondo de su corazón también latía la ambición de escribir F.R.S. tras su nombre. Algunos honores podían conseguirse con habilidad y con la ayuda de amigos, pero, según él, nada excepto el trabajo —escritos que representaban una vida entera de dedicación— podía llevar a un hombre a entrar en la Real Sociedad, a la que él había

bombardeado durante años con monografías de extraños cultos asiáticos y costumbres desconocidas. Nueve hombres de cada diez huirían muertos de aburrimiento de una velada de la Real Sociedad; pero Creighton era ese décimo y a veces su alma sentía nostalgia de los salones animados en el placentero Londres, donde caballeros de pelo plateado o calvos, que no sabían nada del Ejército, dedicaban su atención a experimentos espectroscópicos, a las plantas más pequeñas de las heladas tundras, a máquinas eléctricas para medir vuelos y a aparatos para descomponer en fracciones milimétricas el ojo izquierdo del mosquito hembra. Por derecho y por razón, era la Sociedad Geográfica la que debiera haberle atraído, pero los hombres son tan imprevisibles como niños a la hora de escoger sus juguetes. Así que Creighton sonrió y pensó en el babu Hurree con simpatía por moverle un deseo similar.

Dejó caer la daga ceremonial y miró a Mahbub.

—¿Cuándo podemos sacar al potro del establo? —dijo el tratante de caballos, leyéndole la mirada.

—¡Hmm! Si ordeno ahora su salida, ¿qué cree usted que hará él? Nunca he dirigido la educación de alguien así.

—Vendrá a mí —dijo Mahbub con presteza—. El sahib Lurgan y yo le prepararemos para el camino.

—Que así sea entonces. Durante seis meses podrá correr libre a su gusto. ¿Pero quién va a responder de él?

Lurgan inclinó su cabeza levemente.

—No dirá nada, si es lo que teme, coronel Creighton.

—No es más que un chico, después de todo.

—Sí, pero primero, no tiene nada que contar, y segundo, sabe lo que ocurriría. También le tiene cariño a Mahbub y un poco a mí.

—¿Recibirá una paga? —preguntó el pragmático tratante de caballos.

—Sólo para comida y agua. Veinte rupias al mes.

Una ventaja del Servicio Secreto es que no había ninguna auditoria inoportuna. El Servicio contaba con una financiación ridícula, desde luego, pero los fondos eran administrados por unos pocos que no exigían comprobantes ni la presentación de cuentas detalladas. Al oír eso los ojos de Mahbub se iluminaron casi con el mismo amor por el dinero que podría sentir un sij. Incluso la cara inexpresiva de Lurgan cambió. Consideró los años venideros, cuando Kim hubiera entrado y estuviera jugando en el Gran Juego, que nunca cesa ni de día ni de noche por toda la India. Presagió el respeto y el reconocimiento que recibiría gracias a su pupilo, por boca de unos pocos

escogidos. El sahib Lurgan había hecho a E.23 lo que E.23 era, a partir de un pequeño hombre de la provincia noroeste, aturdido, impertinente y mentiroso.

Pero la alegría de esos maestros palidecía y se difuminaba al lado de la alegría de Kim cuando el director de San Javier lo llamó aparte con el aviso de que el coronel Creighton le había enviado a buscar.

—Deduzco, O'Hara, que le ha encontrado un puesto como asistente de agrimensor en el Departamento de Canales: eso viene por ser aplicado en matemáticas. Es una gran suerte para usted porque sólo tiene dieciséis años; pero, claro, como sabe no llegará a ser pukka (empleado fijo) hasta que no haya pasado el examen de otoño. Así que no piense que va a salir al mundo para divertirse, o que su fortuna ya está hecha. Tiene mucho trabajo ante sí. Únicamente si consigue convertirse en pukka, puede subir, ya sabe, a cuatrocientas cincuenta al mes.

El director le dio un montón de consejos sobre su conducta, sus modales y su moral; y otros, los estudiantes mayores que aún no habían conseguido una colocación, hablaban, como sólo pueden hablar los muchachos angloindios, de favoritismo y de corrupción. El joven Cazalet, cuyo padre era un pensionista de Chunar, señaló sin rodeos que el interés del coronel Creighton en Kim era claramente paternal; Kim, en vez de contraatacar, no dijo palabra. Pensaba en la inmensa diversión que le esperaba, en la carta de Mahbub del día anterior, correctamente escrita en inglés, concertando una cita para esa tarde en una casa cuyo nombre le hubiera puesto los pelos de punta al director...

Aquella noche en la estación de Lucknow, Kim le dijo a Mahbub por encima de la báscula de los equipajes:

—Tenía miedo de que, al final, el techo me cayera encima y me jugara una mala pasada. ¿Se acabó de verdad, oh padre mío?

Mahbub chasqueó los dedos para mostrar lo definitivo del final y sus ojos resplandecieron como carbones rojos.

—Entonces, ¿dónde está la pistola para que pueda llevarla?

—¡Despacio! Medio año para correr sin cadenas en los pies. Eso le rogué al sahib coronel Creighton. Por veinte rupias al mes. El viejo Gorro Rojo sabe que vas a llegar.

—Te pagaré un dustoorie (una comisión) de mi paga durante tres meses —dijo Kim con gravedad—. Sí, dos rupias al mes. Pero primero debemos deshacernos de esto. —Se quitó sus finos pantalones de lino y tiró del cuello de su camisa—. He traído conmigo todo lo que necesito para el camino. Mi baúl ha sido enviado al sahib Lurgan.

—Quién a su vez te envía sus salaams... sahib.

—El sahib Lurgan es un hombre muy listo. ¿Pero qué harás tú?

—Vuelvo al norte de nuevo, al Gran Juego. ¿Qué si no? ¿Sigues decidido a seguir al viejo Gorro Rojo?

—No olvides que él me ha hecho lo que soy, aunque no lo supiera. Año tras año envió el dinero para mi enseñanza.

—Yo hubiera hecho otro tanto... si se me hubiera pasado por la cabezota —refunfuñó Mahbub—. Ven. Ahora las lámparas están encendidas y nadie se fijará en ti en el bazar. Vamos a casa de Huneefa.

Por el camino, Mahbub le dio más o menos la misma clase de consejos que la madre de Lemuel le dio a este y, curiosamente, Mahbub fue muy claro al precisar cómo Huneefa y las de su clase destruyeron a reyes.

—Y recuerdo —citó con malicia—, uno que dijo: «Confía en una serpiente antes que en una ramera, y en una ramera antes que en un pastún, Mahbub Ali». Ahora bien, a excepción de la parte que toca a los pastunes a los que pertenezco, el dicho es cierto. Aún más cierto en el Gran Juego, porque los planes se arruinan siempre a causa de las mujeres y nosotros aparecemos al amanecer tirados y con la garganta cortada. Así le sucedió a aquel tipo. —Y relató el incidente con pelos y señales.

—Entonces, ¿por qué...? —Kim se paró ante la sucia escalera que subía hacia la sofocante oscuridad de una estancia superior, en el barrio situado detrás de la tienda de tabaco de Azim Ullah. Aquellos que lo conocían, lo llamaban La Jaula del Pájaro, por estar tan lleno de murmullos, silbidos y gorjeos.

La habitación, con sus sucios cojines y narguiles a medio fumar, olía de forma repugnante a tabaco rancio. En una esquina había una enorme mujer amorfa, vestida con muselinas de un color verduzco y adornada toda ella —cejas, nariz, oreja, cuello, muñecas, brazos, caderas y tobillos— con pesada joyería nativa. Cuando se giró, se oyó como el entrecuchar de cacharros de cobre. Un gato flaco maullaba hambriento en el balcón ante la ventana. Kim se detuvo desconcertado delante de la cortina de la puerta.

—¿Es esta la nueva mercancía Mahbub? —dijo Huneefa con apatía, sin apenas molestarse en apartar la boquilla de los labios—. ¡Oh Buktanoos! —como muchas de su clase, solía jurar por los Djinnns— ¡Oh Buktanoos! Está de muy buen ver.

—Eso forma parte de la venta del caballo —explicó Mahbub a Kim, el cual se echó a reír.

—Llevo oyendo ese discurso desde que tenía seis días —replicó, agachándose junto a la luz. ¿Adónde nos lleva todo esto?

—A la protección. Esta noche cambiaremos tu color. El dormir bajo techo te ha blanqueado como a una almendra. Pero Huneefa tiene el secreto del tinte que perdura. Nada de pintura de un día o dos. Así te fortalecemos contra los contratiempos del camino. Ese es mi regalo para ti, hijo mío. Quítate todo lo metálico que lleves encima y ponlo aquí. Prepárate, Huneefa.

Kim depositó su brújula, la caja de pinturas del Departamento y la de medicinas recién rellena. Todo ello le había acompañado durante sus viajes y, como todo chico, lo valoraba inmensamente.

La mujer se levantó despacio y se movió con las manos ligeramente extendidas ante sí. Entonces Kim se dio cuenta de que era ciega.

—No, no —murmuró—, el pastún dice la verdad, mi coloración no se quita en una semana ni en un mes y aquellos a los que protejo están bajo una guarda poderosa.

—Cuando uno está solo y lejos, no sería bueno encontrarse de repente cubierto de manchas y como un leproso —dijo Mahbub—. Cuando estabas conmigo, yo podía velar por ello. Además, un pastún tiene la piel clara. Ahora, desnúdate hasta la cintura; fíjate que blanco has quedado. —Huneefa tanteó el camino de vuelta desde una habitación interior—. No hay problema, no puede ver. —Mahbub cogió de las manos ensortijadas de la mujer un cuenco de cinc.

El tinte tenía un aspecto azul y viscoso. Kim lo probó en la parte interior de la muñeca con un poco de algodón; pero Huneefa le oyó.

—No, no —gritó—, no se hace así, sino con la debida ceremonia. La coloración es lo de menos. Te doy la protección completa del camino.

—¿Jadoo (magia)? —preguntó Kim medio asustado. No le gustaban los ojos blancos y sin vista. La mano de Mahbub reposaba sobre su cuello y le inclinó hacia el suelo hasta que su nariz estuvo a una pulgada de los tablones.

—Tranquilo. No se te hará ningún daño, hijo mío. ¡Yo soy tu garante!

Kim no podía ver lo que hacía la mujer, pero oyó el tintineo de su joyería durante varios minutos. Una cerilla iluminó la oscuridad; oyó el bien conocido siseo y chisporroteo de los granos de incienso quemándose. Luego, la habitación se llenó de humo fuerte, aromático y soporífero. Mientras se hundía en un torpor, oyó el nombre de los demonios, de Zulbazan, hijo de Eblis, que vive en los bazares y paraos, convirtiendo de repente los sitios de descanso al borde del camino en sitios de maldades obscenas; de Dulhan, invisible en las mezquitas, campando entre las alpargatas de los creyentes, impidiendo a la gente orar; y Musboot, señor de las mentiras y del pánico. Huneefa, ora susurrándole en la oreja, ora hablando como desde una inmensa distancia, le tocó con unos horribles dedos blandos, pero la garra de Mahbub se mantuvo

sobre su cuello hasta que, relajándose con un suspiro, el chico perdió el sentido.

—¡Alá! ¡Cómo ha luchado! Nunca lo hubiéramos logrado si no fuera por las drogas. Creo que debe de ser su sangre blanca —dijo Mahbub irritado—. Continúa con el dawut (invocación). Dale una protección completa.

—¡Oh Tú que oyes! Tú que escuchas con los oídos, estate presente. ¡Escucha, oh Oyente! —gimió Huneefa, sus ojos muertos vueltos hacia el oeste. La habitación oscura se llenó de gemidos y resoplidos.

Desde el balcón exterior, una voluminosa figura levantó una cabeza redonda como una bola y tosió con nerviosismo.

—No interrumpa este necromancismo ventrílocuo, amigo mío —dijo en inglés—. Opino que es muy inquietante para usted, pero ningún observador avisado se deja impresionar.

—... ¡Prepararé una trama para su ruina! Oh Profeta, soporta a los infieles. ¡Déjales en paz por un tiempo! —La cara de Huneefa se volvió hacia el norte, se contrajo con gestos horribles y parecía como si le contestaran voces desde el techo.

Apoyado en el alféizar de la ventana, el babu Hurree volvió a su libro de notas; sin embargo su mano temblaba. Huneefa, en una especie de éxtasis alucinógeno, se retorció hacia atrás y hacia delante sentada con las piernas cruzadas al lado de la cabeza inmóvil de Kim e invocaba a un demonio tras otro, en el antiguo orden de un ritual, conjurándolos a que se mantuvieran alejados del camino del chico.

—¡Con El están las llaves de las cosas secretas! Nadie las conoce excepto Él. ¡Él sabe lo que está en la tierra firme y en el mar! —De nuevo se escucharon las respuestas susurrantes del otro mundo.

—Yo... Yo infiero que ello no es maligno en su efecto —dijo el babu, viendo los músculos de la garganta de Huneefa temblar y sacudirse mientras esta hablaba en otras lenguas—. No... ¿no es probable que haya matado al chico? Si es así, declino ser testigo del juicio... ¿Cuál era el último demonio hipotético que mencionó?

—Babuji —dijo Mahbub en la lengua nativa—, no tengo ningún respeto por los demonios del Indostán, pero los hijos de Eblis son otra cosa y sean jumalee (bien dispuestos) o jullalee (terribles) a ellos no les gustan los kafires.

—Entonces ¿cree que es mejor me vaya? —preguntó el babu Hurree medio levantándose—. No son más que fenómenos inmateriales. Spencer dice...

La crisis de Huneefa acabó como acaban estas cosas, en un paroxismo de alaridos y con un rastro de espuma en los labios. Al final quedó exhausta e

inerte al lado de Kim y las voces enloquecidas cesaron.

—¡Wah! El trabajo está hecho. Que le aproveche al chico; y Huneefa es sin duda una maestra del dawut. Ayúdeme a arrastrarla a un lado, babu. No tenga miedo.

—¿Cómo voy a tener miedo de lo absolutamente inexistente? —dijo el babu Hurree, hablando inglés para recobrar la compostura—. A pesar de todo, es horrible temer a la magia que uno investiga de forma despectiva, recabar folclore para la Real Sociedad con una creencia viva en todos los poderes de las tinieblas.

Mahbub rio para sí. Ya había estado antes con Hurree en el camino.

—Acabemos con lo del tinte —dijo—. El chico está bien protegido si..., si los Señores del Aire tienen oídos para oír. Soy un sufi (librepensador), pero si uno puede ganarse el favor de una mujer, un semental o un demonio, ¿por qué dar un rodeo para evitarlo y exponerse a que te pateen? Póngale en el camino, babu, y cuide de que el viejo Gorro Rojo no le conduzca fuera de nuestro alcance. Tengo que volver a mis caballos.

—De acuerdo —dijo el babu Hurree—. En este momento, representa un curioso espectáculo.

Al tercer canto del gallo, Kim se despertó de un sueño como de mil años. Huneefa roncaba fuertemente en su esquina, pero Mahbub se había ido.

—Espero que no se haya asustado —dijo una voz untosa cerca de su codo—. Yo supervisé operación entera que fue muy interesante desde punto de vista etnológico. Fue dawut de primera clase.

—¡Huh! —dijo Kim, reconociendo al babu Hurree, que sonreía amistosamente.

—Y también tuve honor de traer, de parte de Lurgan, su ropa actual. No tengo costumbre, ofeencialmente, de cargar con tales atavíos para subordinados, pero —soltó una risita tonta— su caso está anotado en los libros como excepcional. Espero que el señor Lurgan tendrá en cuenta mi acción.

Kim bostezó y se estiró. Era estupendo girarse y retorcerse de nuevo dentro de ropas flojas.

—¿Qué es esto? —Miró con curiosidad el pesado paño de lana vasta cargado de los aromas del lejano Norte.

—¡Oho! Este es discreto ropaje de chela al servicio de lama lamaístico. Completo en cada detalle —dijo el babu Hurree, pasando al balcón para lavarse los dientes con una vasija de agua—. Soy de opeenión que no es esa la releegión precisa de tu anciano señor, sino subvariante de la misma. He

contribuido sobre estos temas con apuntes rechazados al *Asiatic Quarterly Review*. Pero, es curioso que el viejo caballero esté totalmente desprovisto de reelegiosidad. En eso no es escrupuloso.

—¿Le conoce entonces?

El babu Hurree levantó su mano para mostrar que estaba ocupado con los ritos prescritos que acompañan el lavarse los dientes y demás operaciones entre bengalíes decentemente educados. Luego recitó en inglés una oración del Arya Samaj de naturaleza teísta y se llenó la boca de pan y betel.

—Oah, sí. Le he visitado varias veces en Benarés y también en Bodh Gaya para interrogarle sobre aspectos reelegiosos y el culto al demonio. Es un agnóstico puro, como yo.

Huneefa se revolvió en su sueño y el babu Hurree, nervioso, pegó un salto hacia el quemador de incienso en cobre, oscuro y descolorido por completo a la luz de la mañana, frotó un dedo en los hollines negros acumulados y trazó con ello una diagonal sobre su cara.

—¿Quién ha muerto en tu casa? —preguntó Kim en lengua nativa.

—Nadie. Pero puede que ella tenga el mal de ojo, esa hechicera —replicó el babu.

—Entonces ¿qué harás ahora?

—Te pondré en el camino a Benarés, si vas allí, y te diré lo que Nosotros tenemos que saber.

—Sí que voy allí. ¿A qué hora sale el tren? —Kim se puso en pie, miró alrededor de la habitación desolada y a la cara amarilla como la cera de Huneefa mientras los rayos del sol ascendente que se colaban cruzaban el suelo—. ¿Hay que pagarle algo a esta bruja?

—No. Te ha exorcizado contra todos los demonios y todos los peligros, en el nombre de sus demonios. Era el deseo de Mahbub. —Y continuando en inglés—: Él está bastante obsoleto, creo yo, para caer en tales supersticiones. ¡Bah!, es todo ventriloquia. Habla estomacal... ¿entiende?

Kim chasqueó sus dedos de forma instintiva para evitar cualquier espíritu maligno —aunque sabía que Mahbub no habría planeado algo que le perjudicara— que pudiera haberse colado a través de las ceremonias de Huneefa; y una vez más, Hurree se rio tontamente. Pero mientras cruzaba la habitación tuvo cuidado de no pisar encima de la sombra borrosa y agazapada que Huneefa proyectaba sobre los tablones del suelo. Las brujas, cuando están poseídas, pueden agarrar los talones del alma de un hombre si este hiciera algo así.

—Ahora tiene que escucharme bien —dijo el babu cuando estaban al aire fresco—. Parte de esas ceremonias que presenciamos incluyen proporcionar un amuleto eficaz a aquellos que pertenecen a nuestro Departamento. Si se palpa el cuello, encontrará un pequeño amuleto de plata, muuy pequeño. Es el nuestro. ¿Comprende?

—Oah, sí, hawa-dilli (un Infunde Valor) —dijo Kim, palpándose el cuello.

—Huneefa los fabrica por dos rupias y doce annas con, oh, toda suerte de exorcismos. Son bastante comunes, excepto que estos están en parte esmaltados en negro y hay un papel dentro de cada uno lleno de nombres de divinidades locales y cosas así. Eese es el cometido de Huneefa, ¿comprende? Huneefa los hace sólo para nosotros, pero en el caso de que ella no lo hiciera, cuando los tenemos les ponemos, antes de entregarlos, un pequeño trozo de turquesa. El señor Lurgan nos las proporciona. No hay otra fuente de suministro; pero yo fui quien inventó todo esto. Es estrictamente inofeencial, por supuesto, pero conveniente para subordinados. El coronel Creighton no sabe nada de esto. Él es europeo. La turquesa está envuelta en el papel... Sí, este es camino para la estación... Ahora supongamos que va con el lama, o conmigo, algún día espero, o con Mahbub. Supongamos, que nos metemos en un serio aprieto. Soy un hombre miedoso, muy miedoso, pero se lo digo, he estado en más situaciones apuradas que pelos tengo en mi cabeza. Usted dice: «Soy Hijo del Encantamiento». Muuy bien.

—No acabo de entenderlo del todo. No deben oírnos hablar inglés aquí.

—No pasa nada. Soy sólo babu alardeando de mi inglés ante usted. Todos nosotros, babus, hablamos inglés para presumir —dijo Hurree, echando hacia atrás con desenfado el pañuelo de sus hombros—. Como estaba a punto de explicar, «Hijo del Encantamiento» significa que puede ser miembro del Sat Bhai, los Siete Hermanos, que es a la vez hindú y tántrico. La gente supone que es una sociedad extinta, pero he escrito unas notas para demostrar que todavía existe. Ve, es todo invención mía. Muuy bien. El Sat Bhai tiene muchos miembros y quizás antes de que le corten alegremente el pescuezo le den la oportunidad de salvar el pellejo. De todas formas, es útil. Y además, esos estúpidos nativos —si no están demasiado excitados— siempre se lo piensan dos veces antes de matar a un hombre que dice pertenecer a alguna organización concreta. ¿Entiende? Cuando esté en un trance apurado, dice: «Soy Hijo del Encantamiento» y consigue, tal vez, ah... una segunda oportunidad. Esto es sólo en casos extremos, o para abrir negociaciones con un extraño. ¿Me sigue? Muuy bien. Pero supongamos ahora que yo, o algún otro del Departamento, me acerco vestido de forma diferente. Apuesto a que no me reconocería a menos que yo lo quisiera. Algún día se lo demostraré. Llego pues como un comerciante de Ladakh, o cualquier otro, y le digo: «¿Quiere comprar piedras preciosas?». Usted responde: «¿Tengo pinta de ser un hombre

que compra piedras preciosas?». Luego añadió: «Incluso un hombre muuy pobre puede comprar una turquesa o un tarkeean».

—Eso es kichree, curry de verduras —dijo Kim.

—Por supuesto. Usted dice: «Déjame ver el tarkeean». Luego le digo: «Fue cocinado por una mujer y quizás no es aceptable para su casta». Luego responde: «No hay castas cuando los hombres van a... buscar tarkeean». Hace una pequeña pausa entre estas dos palabras, «a... buscar». Ese es todo el secreto. La pequeña pausa entre las dos palabras.

Kim repitió la frase de prueba.

—Así está bien. Luego le mostraré mi turquesa si hay tiempo y así sabrá quién soy y podremos intercambiar opiniones, documentos y todas esas cosas. Funciona también con los otros del grupo. A veces hablamos sobre turquesas y a veces sobre tarkeean, pero siempre con esa pequeña pausa en el medio de las palabras. Es muuy fácil. Primero, «Hijo del Encantamiento», si está en un mal paso. Quizás pueda ayudarlo... quizás no. Luego lo que le he contado sobre el tarkeean, si quiere hacer transacción de asuntos ofeeciales con un extraño. Lógicamente por el momento no tiene ningún asunto ofeecial. Es... ¡ah zha!, supernumerario a prueba. Un espécimen único. Si fuera asiático de nacimiento sería contratado inmediatamente; pero este medio año de permiso es para «desinglesizarle», ¿entiende? El lama le espera porque le informé semiofeecialmente que había aprobado todos sus exámenes y tendría pronto un empleo del Gobierno. ¡Oh ho! Está bajo retribución por servicio, ya ve; si le llaman para ayudar a los Hijos del Encantamiento tiene que intentarlo cueste lo que cueste. Ahora le digo adiós, mi querido colega y espero, ah, que salga bien librado.

El babu Hurree dio un par de pasos de vuelta hacia el gentío a la entrada de la estación de Lucknow y desapareció. Kim respiró hondo y se palpó por todo el cuerpo. Sintió el revólver niquelado en su pecho bajo su ropaje de un color oscuro, el amuleto colgaba de su cuello; la escudilla de mendicante, el rosario y la daga ceremonial (el señor Lurgan no había olvidado nada) estaban a mano, junto con las medicinas, la caja de pinturas, la brújula y en el bolsillo del cinto viejo y desgastado bordado con el diseño de las púas de un erizo, se hallaba la paga de un mes. Los reyes no podían ser más ricos. Compró a un comerciante hindú dulces en un cuenco hecho de hojas y los comió en un raptó de placer, hasta que un policía le ordenó que se quitara de los escalones.

Capítulo 11

*Dadle al hombre que no esté hecho
Para su trabajo
Espadas para arrojar y atrapar después,
Monedas para lanzar y recoger después,
Hombres para herir y curar después,
Serpientes para engatusar y atraer después...
Y será herido por su propia hoja,
Desobedecido por sus serpientes,
Puesto en evidencia por su torpeza
Ridiculizado por la gente...
¡No pasa eso con quien ha nacido para malabarista!
Una pizca de polvo o una flor marchita,
Una fruta caída o un bastón prestado,
Es lo único que necesita y consolida su poder,
¡Atrae el hechizo o desata la risa!
Pero un hombre que, etc.
La canción del malabarista, Op. 15.*

Siguió una reacción tan natural como repentina.

—Ahora estoy solo, completamente solo —pensó Kim—. ¡En toda la India no hay nadie tan solo como yo! Si me muero hoy, ¿quién llevará la noticia y a quién? Si vivo y Dios es bueno, habrá un precio por mi cabeza, porque soy un Hijo del Encantamiento, yo, Kim.

Pocos blancos, pero muchos asiáticos pueden quedarse embelesados repitiéndose a sí mismos sus propios nombres una y otra vez dejando la mente vagar libre y especular sobre lo que se llama identidad propia. Cuando uno se hace viejo, la capacidad normalmente desaparece, pero mientras dura el arrebato puede sobrevenirle a uno en cualquier momento.

—¿Quién es Kim... Kim... Kim?

Se agachó en una esquina de la ruidosa sala de espera, arrinconando cualquier otro pensamiento; las manos cruzadas en el regazo y las pupilas contraídas como puntas de aguja. En un minuto, en medio segundo más, Kim sentía que llegaría a la solución de ese tremendo rompecabezas, pero en ese momento, como siempre sucede, su mente cayó en picado de esas alturas

como un pájaro herido y pasándose la mano por los ojos, sacudió la cabeza.

Un bairagi (santo) hindú de pelo largo, que acababa de comprar un billete, se paró ante él en ese momento y le miró de forma penetrante.

—Yo también he perdido esa facultad —dijo con tristeza—. Es una de la Puertas de la Senda, pero para mí está cerrada desde hace muchos años.

—¿De qué hablas? —preguntó Kim, azorado.

—Te estabas preguntando en tu espíritu qué es tu alma. El impulso te vino de repente. Yo lo conozco. ¿Quién podría conocerlo sino yo? ¿A dónde vas?

—A Kashi (Benarés).

—Allí no hay dioses. Los he puesto a prueba. Yo voy a Prayag (Allahabad) por quinta vez, buscando la Senda de la Iluminación. ¿De qué religión eres?

—Yo soy también un buscador —dijo Kim usando una de las palabras favoritas del lama—. Aunque —y por un instante olvidó sus ropas del norte— aunque sólo Alá sabe lo que busco.

El viejo santón deslizó la muleta del bairagi bajo el brazo y se sentó en un trozo de piel de leopardo rojizo mientras Kim se levantaba a la llamada del tren para Benarés.

—Ve con esperanza, pequeño hermano —dijo—. La Senda hasta los pies del Único es larga, pero hacia allí viajamos todos.

Después de esto, Kim ya no se sintió tan solo, y, antes de haber recorrido veinte millas sentado en el compartimento atestado de pasajeros, estaba entreteniendo a sus vecinos con una sarta de los más fantásticos cuentos sobre sus dones mágicos y los de su maestro.

Benarés le pareció una ciudad extremadamente sucia, aunque era agradable constatar el respeto que su ropaje producía. Al menos un tercio de la población reza eternamente a uno u otro grupo de los muchos millones de dioses y por eso reverencian a toda clase de hombres santos. Kim fue guiado al templo de los Tirthankaras, a una milla aproximadamente de la ciudad, cerca de Sarnath, por un campesino punyabí que conoció por casualidad, un kamboh de la zona de Jullundur, que había apelado en vano a todos los dioses de su tierra para que curaran a su pequeño hijo y probaba en Benarés como último recurso.

—¿Eres del Norte? —preguntó, abriéndose paso con los hombros por entre la muchedumbre de las estrechas y malolientes calles, como su buey favorito habría hecho en casa.

—Sí, conozco el Punyab. Mi madre era una pahareen, pero mi padre venía de Amritsar, cerca de Jandiala —dijo Kim, engrasando su afilada lengua para las necesidades del camino.

—¿Jandiala, Jullundur? ¡Oho! Entonces, somos de alguna manera vecinos, por así decir. —El hombre inclinó con ternura la cabeza hacia el niño que lloraba en sus brazos—. ¿A quién sirves?

—A un hombre muy santo en el templo de los Tirthankaras.

—Todos son muy santos y... muy codiciosos —dijo el jat con amargura—. He vagado por entre los pilares y pateado los templos hasta despellejarme los pies y el niño no se pone ni una pizca mejor. Y la madre está enferma también... Hush, ale pequeñín... Cambiamos su nombre cuando empezó la fiebre. Le vestimos como una niña. No hay nada que no hayamos probado, excepto, se lo dije a su madre cuando me despachó para Benarés, ella debió haber venido conmigo, le dije que el Sultán Sakhi Sarwar nos habría hecho mejor servicio. Conocemos su generosidad, pero estos dioses de la planicie son extraños para nosotros.

El niño se revolvió en el colchón de los grandes y musculosos brazos del padre y miró a Kim por debajo de los pesados párpados.

—¿Y no valió para nada? —preguntó Kim, con sincero interés.

—Para nada, para nada —dijo el niño con los labios cuarteados por la fiebre.

—Al menos los dioses le han dado una buena cabeza —dijo el padre con orgullo—. Pensar que él lo ha entendido todo con tanta claridad. Allí está tu templo. Ahora soy un hombre pobre, conmigo trataron muchos sacerdotes, pero mi hijo es mi hijo y si un regalo a tu maestro puede curarle... yo ya no sé qué más hacer.

Kim reflexionó un instante estremeciéndose de orgullo. Tres años antes se habría aprovechado al instante de la situación y seguido su camino sin pensarlo dos veces; pero ahora, el respeto mismo que le mostraba el jat le confirmaba que era un hombre. Además, ya había sentido un par de veces lo que era la fiebre y sabía lo suficiente para reconocer las señales de la desnutrición cuando las veía.

—Llámale y le daré un vale por mi mejor yunta de bueyes para que cure al niño.

Kim se detuvo ante la puerta exterior del templo que estaba tallada. Un banquero oswal de Ajmer, vestido de blanco, con sus pecados de usura recién purgados, le preguntó qué quería.

—Soy el chela del lama Teshoo, un santo de Bhotiyal, ahí dentro. Me pidió que viniera. Estoy esperando. Avísale.

—No te olvides del niño —imploró a sus espaldas el inoportuno jat y luego se puso a vocear en punyabí—: ¡Oh santo, oh discípulo del santo, oh dioses

por encima de todos los mundos, contemplad la aflicción sentada a la puerta!
—Ese grito es tan común en Benarés que los pasantes nunca giran sus cabezas.

El oswal, en paz con la humanidad, llevó el mensaje a la oscuridad trasera y los plácidos e incontables minutos orientales fueron corriendo porque el lama estaba dormido en su celda y ningún sacerdote quería despertarlo. Cuando el clic de su rosario volvió a romper el silencio del patio interior, donde estaban las serenas figuras de los Arhats, un novicio le susurró:

—Tu chela está aquí, —y el anciano se dirigió a grandes pasos hacia la puerta, olvidando el final de la oración.

Apenas había aparecido la alta figura en el corredor, el jat corrió hacia él, y, levantando al niño, gritó:

—Mírale, santo; y si los dioses quieren, ¡vivirá, vivirá!

El jat revolvió en su cinto y sacó una pequeña moneda de plata.

—¿Qué es esto? —Los ojos del lama se giraron hacia Kim. Era evidente que él hablaba un urdu mucho más comprensible que tiempo atrás, bajo el Zam-Zammah; pero el padre no estaba dispuesto a permitirles tener una charla privada.

—No es más que una fiebre —dijo Kim—. El niño no está bien alimentado.

—Se pone malo con todo y su madre no está aquí.

—Si se me permite, podría curarle, santo.

—¡Qué! ¿Te han convertido en un sanador? Espera aquí —dijo el lama y se sentó al lado del jat sobre el escalón más bajo del templo, mientras Kim, mirándoles de reojo, abrió despacio la pequeña caja de betel. En el colegio había soñado volver junto al lama como un sahib —gastarle una broma al anciano antes de darse a conocer— todo fantasías de chicos. Ahora había mucho más suspense en esa búsqueda distraída, con las cejas enarcadas, por entre los frascos de comprimidos, con una pausa aquí y allá para pensar y murmurar de vez en cuando una invocación. Tenía quinina en comprimidos y tabletas de extracto de carne marrón oscuro —ternera muy probablemente, pero ese no era asunto suyo. El pequeño no podía comer, pero chupó la tableta con avidez y dijo que le gustaba el sabor salado.

—Toma entonces estas seis. —Kim se las dio al padre—. Alaba a los dioses y hierva tres en leche y otras tres en agua. Después de que se haya bebido la leche, dale esto (era la mitad de un comprimido de quinina), y arrópale, que esté caliente. Cuando despierte, dale el agua de las otras tres, y luego la otra mitad de ese comprimido blanco. Entre tanto, aquí hay otra medicina marrón que puede chupar de camino a casa.

—¡Dioses, qué sabiduría! —dijo el kamboh, arrebatándole las medicinas.

Eso era todo lo que Kim podía recordar de su propio tratamiento contra un ataque de malaria otoñal, si se exceptúa la labia extra que le añadió para impresionar al lama.

—¡Ahora ve! Vuelve por la mañana.

—Pero el precio, el precio —dijo el jat, echando los poderosos hombros hacia atrás—. Mi hijo es mi hijo. Ahora que se pondrá bueno otra vez, ¿cómo podría volver con su madre y decirle que acepté tu ayuda por el camino y ni siquiera te di un cuenco de cuajada en compensación?

—Estos jats son todos iguales —dijo Kim con afabilidad—. El jat estaba sobre su estercolero cuando pasaron por delante los elefantes del rey. «Oh conductor de la manada», dijo el jat, «¿por cuánto venderías a esos burritos?».

El jat estalló en carcajadas para a renglón seguido asfixiar al lama con disculpas.

—En mi tierra se habla así, exactamente de esa manera. Así somos todos los jats. Volveré mañana con el niño; y la bendición de los dioses del pueblo, que son dioses pequeños y buenos, sea con vosotros... Ahora, hijo, nos pondremos fuertes de nuevo. ¡No lo escupas, pequeño príncipe! Rey de mi corazón, no lo escupas y mañana seremos hombres fuertes, luchadores y manejaremos las mazas.

Se marchó canturreando y murmurando. El lama se volvió hacia Kim y toda su vieja alma cariñosa se reflejó en sus ojos oblicuos.

—Curar al enfermo es adquirir mérito; pero primero uno consigue conocimiento. Se ha hecho sabiamente, oh Amigo de todo el Mundo.

—Tú me hiciste sabio, santo —dijo Kim, olvidando el pequeño teatro recién representado, olvidando San Javier, olvidando su sangre blanca, olvidando incluso el Gran Juego mientras se inclinaba a la manera musulmana, para tocar los pies de su maestro entre el polvo del templo jain—. Mi enseñanza te la debo a ti. He comido tu pan durante tres años. He completado mi tiempo. Estoy liberado del colegio. Y vengo a ti.

—Aquí está mi recompensa. ¡Entra! ¡Entra! ¿Y va todo bien? —Pasaron al patio interior, donde el sol dorado de la tarde descendía en ángulo—. Quédate de pie que te pueda ver. ¡Así! —Lo miró con ojo crítico—. Ya no es un niño sino un hombre, madurado con la sabiduría, ejerciendo como médico. Hice bien, hice bien cuando te entregué a los hombres armados aquella negra noche. ¿Recuerdas nuestro primer día bajo el Zam-Zammah?

—Sí —dijo Kim—. Recuerdas cuando salté del carruaje el primer día que fui a...

—¿Las Puertas de la Sabiduría? Ciertamente. Y el día que comimos juntos los pasteles por donde el río cerca de Nucklao. ¡Aha! Has mendigado para mí muchas veces, pero aquel día yo mendigué para ti.

—Por una buena razón —repuso Kim—. Entonces era un estudiante tras las Puertas de la Sabiduría e iba vestido como un sahib. No olvides, santo —siguió bromeando—, que todavía soy un sahib, gracias a tu bondad.

—Verdad. Y un sahib muy estimado. Ven a mi celda, chela.

—¿Cómo lo sabes?

El lama sonrió. Al principio gracias a las cartas del amable sacerdote a quien conocimos en el campamento de los hombres armados; pero ahora se ha ido a su propio país y yo he seguido enviando el dinero a su hermano. — Aunque el coronel Creighton, que había asumido la guardia y custodia cuando el padre Víctor se fue a Inglaterra con los Mavericks, no era en absoluto el hermano del capellán—. Pero no entiendo muy bien las cartas de los sahibs. Me las tienen que interpretar. Por eso escogí un camino más seguro. Varias veces cuando volvía de mi búsqueda a este templo, que ha sido siempre como un refugio para mí, vino alguien buscando iluminación, un hombre de Leh, que había sido, según contó, un hindú, pero que estaba cansado de todos esos dioses. —El lama señaló a los Arhats.

—¿Un hombre gordo? —preguntó Kim con una chispa en sus ojos.

—Muy gordo; pero percibí al instante que su mente estaba completamente dedicada a cosas inútiles, como demonios y hechizos, el modo y manera de tomar el té en los monasterios, y por qué camino iniciamos a los novicios. Un hombre lleno de preguntas, pero era un amigo tuyo, chela. Me dijo que tú ibas camino de recibir grandes honores como escribiente. Y veo que eres un médico.

—Sí, eso soy; un escribiente cuando soy un sahib, pero eso queda a un lado cuando vengo como tu discípulo. He cumplido los años establecidos para la educación de un sahib.

—¿Cómo si fueras un novicio? —dijo el lama, asintiendo con la cabeza.

—¿Estás libre de la escuela? No quisiera que vinieras conmigo siendo aún inmaduro.

—Soy del todo libre. Cuando llegue el momento, entraré al servicio del Gobierno como escribiente.

—No como guerrero. Eso está bien.

—Pero primero vengo a peregrinar... contigo. Por eso estoy aquí. ¿Quién mendiga por ti estos días? —continuó con ansiedad. Kim sentía que estaba

pisando terreno resbaladizo.

—Muy a menudo mendigo yo mismo, pero como sabes, rara vez estoy aquí, excepto cuando vengo para ver otra vez a mi discípulo. He viajado de un extremo al otro del Indostán a pie y en el tren. ¡Una tierra grande y maravillosa! Pero cuando regreso aquí, es como si estuviera en mi propio Bhotiyal.

Miró complacido alrededor de la celda pequeña y limpia. Un cojín bajo le proporcionaba un asiento sobre el cual se había colocado con las piernas cruzadas en la actitud del Bodhisattva emergiendo de la meditación; ante él estaba una mesa de madera de teca negra, de menos de veinte pulgadas de alto, ocupada con tazas de té en cobre. En una esquina había un pequeño altar, también de teca muy tallada, con una imagen de cobre dorado de Buda sentado y frente a él había una lámpara, así como un soporte para el incienso y un par de maceteros de cobre.

—El Conservador de las Imágenes de la Casa de las Maravillas adquirió mérito dándome todo eso hace un año —dijo, siguiendo la mirada de Kim—. Cuando uno está lejos de su propia tierra estas cosas traen recuerdos; y tenemos que reverenciar al Señor por haber mostrado la Senda. ¡Mira! —Señaló un curioso montón de arroz coloreado con un extraño ornamento de metal encima—. Cuando era abad en mi monasterio... antes de adquirir un conocimiento más elevado, hacía esta ofrenda a diario. Es el sacrificio del universo al Señor. Así lo hacemos los de Bhotiyal, ofrecer todo el universo diariamente a la Ley Excelsa. Y lo hago incluso ahora, aunque sé que el Excelso está más allá de toda presión y adulación. —Y aspiró rapé de la tabaquera.

—Bien hecho, santo —murmuró Kim, hundiéndose a gusto en los cojines, muy feliz y bastante cansado.

—Y también —dijo el anciano con una risita complaciente—, hago pinturas de la Rueda de la Vida. Tres días para una pintura. Estaba ocupado con ello, o puede ser que hubiera cerrado mis ojos un poco, cuando me dieron tu recado. Es bueno tenerte aquí. Te enseñaré mi arte, no por orgullo, sino porque tienes que aprender. Los sahibs no tienen toda la sabiduría del mundo.

Sacó de debajo de la mesa una hoja de un papel chino extrañamente perfumado, los pinceles y un pedazo de tinta india. Con trazos muy precisos y severos había dibujado la Gran Rueda con sus seis radios, cuyo centro era la conjunción del Cerdo, la Serpiente y la Paloma (Ignorancia, Ira y Lujuria), y cuyos compartimentos representaban todos los Cielos e Infiernos, y todas las vicisitudes de la vida humana. Dicen que el mismo Bodhisattva lo dibujó primero con granos de arroz sobre el polvo, para enseñar a sus discípulos la Causa de las Cosas. Muchos años más tarde se había cristalizado en un

maravilloso diseño tradicional coronado con cientos de pequeñas figuras, donde cada línea tenía un significado. Pocos logran traducir la parábola de la pintura; no hay veinte personas en todo el mundo que lo puedan dibujar con seguridad, sin un modelo; y sólo tres que pueden a la vez dibujarla y explicarla.

—He aprendido a dibujar un poco —dijo Kim—. Pero esto es la maravilla de las maravillas.

—Lo he escrito durante muchos años —dijo el lama—. Hubo un tiempo en el que podía escribirlo todo entre el encendido de una lámpara y el siguiente. Te enseñaré el arte, después de la debida preparación; y te enseñaré el significado de la Rueda.

—¿Tomamos el camino entonces?

—El camino y nuestra búsqueda. Sólo esperaba por ti. Se me hizo claro en cien sueños, sobre todo en uno que me vino la noche del día en el que las Puertas de la Sabiduría se cerraron por primera vez detrás de ti, que nunca encontraré mi río sin ti. Como sabes, lo aparté de mí una y otra vez, temiendo que fuera una ilusión. Por ello, no te quería llevar conmigo aquel día en Lucknow, cuando comimos los pasteles. No pensaba llevarte hasta que el momento fuera adecuado y propicio. He ido de las montañas al mar, del mar a las montañas, pero en vano. Luego me acordé del Jâtaka.

Le contó a Kim la historia del elefante con el hierro en la pierna, como se la había contado tantas veces a los sacerdotes jaines.

—No se necesitan más testimonios —concluyó con serenidad—. Tú fuiste enviado para ayudarme. Cuando faltó esa ayuda, mi búsqueda se paralizó. Por ello, saldremos de nuevo juntos, y nuestra búsqueda no fracasará.

—¿A dónde iremos?

—¿Qué importa, Amigo de todo el Mundo? La búsqueda, digo, no fracasará. Si es necesario, el río surgirá del suelo ante nosotros. Yo adquirí mérito cuando te envié a las Puertas de la Sabiduría y te di la joya del conocimiento. Volviste, como he visto, convertido en un seguidor de Sakyamuni, el médico, que tiene muchos altares en Bhotiyal. Es suficiente. Estamos juntos y todo es como era, Amigo de todo el Mundo, Amigo de las Estrellas, ¡mi chela!

Luego hablaron de asuntos mundanos; pero resultaba extraño que el lama no preguntara detalles de la vida en San Javier, ni mostrara la más mínima curiosidad por los usos y costumbres de los sahibs. Su mente se movía en el pasado y revivía cada etapa de su maravilloso primer viaje juntos, frotándose las manos y riéndose para sí, hasta que le apeteció enroscarse en el repentino

sueño de la vejez.

Kim contempló los últimos rayos polvorientos de sol desvanecerse en el patio y jugueteó con su daga ceremonial y el rosario. El clamor de Benarés, la ciudad más vieja del mundo, despierta ante los dioses día y noche, golpeaba los muros como el rugido del mar contra un rompeolas. De vez en cuando, un sacerdote jain cruzaba el patio con alguna pequeña ofrenda para las imágenes divinas, barriendo el camino delante de él por miedo a que, por accidente, le quitara la vida a algún ser vivo. Una lámpara parpadeaba y a continuación se oía el murmullo de una oración. Kim contempló las estrellas mientras se elevaban una tras otra en la oscuridad tranquila y bochornosa, hasta que se quedó dormido a los pies del altar. Esa noche soñó en indostaní, sin una palabra de inglés...

—Santo, hay un niño a quien le dimos la medicina —dijo, hacia las tres de la mañana, cuando el lama, que también se había despertado de su sueño, quería iniciar la peregrinación—. El jat estará aquí en cuanto se haga de día.

—Me he merecido esa respuesta. En mi prisa, habría cometido una injusticia. —Y el anciano se sentó sobre los cojines y volvió a su rosario—. En verdad, los viejos son como niños —dijo con patetismo—. Desean algo, ves, tiene que ser hecho al instante ¡o se quejan y lloran! Muchas veces cuando iba por la Ruta, he estado apunto de patalear ante el obstáculo de una carreta de bueyes en el camino, o ante una simple nube de polvo. No era así cuando era un hombre... hace mucho tiempo. De cualquier manera, está mal...

—Pero tú eres de verdad viejo, santo.

—El hecho ha sucedido. Una causa fue colocada en el mundo y, viejo o joven, sano o enfermo, sabio o no sabio, ¿quién puede frenar el efecto de esa causa? ¿Se para la Rueda si un niño la gira... o un borracho? Chela, este es un mundo grande y terrible.

—A mí me parece bueno —bostezó Kim—. ¿Qué hay para comer? No he comido desde ayer.

—He olvidado tus necesidades. Ahí hay buen té de Bhotiyal y arroz frío.

—Con eso no podremos caminar mucho. —Kim sintió las ganas de carne de un europeo, pero esta no está disponible en un templo jain. Sin embargo, en vez de salir de inmediato con la escudilla de mendigo se quedó y aplacó su estómago con bolas de arroz frío hasta que amaneció por completo. Ello trajo al campesino, desbordante y tartamudeando de gratitud.

—Por la noche la fiebre apareció y brotó el sudor —gritó—. ¡Pálpale aquí, su piel está fresca y como nueva! Le gustaron las pastillas saladas y bebió la leche con avidez. —Levantó el paño de la cara del niño y este, medio

dormido, sonrió a Kim. Un pequeño grupo de sacerdotes jaines, silenciosos, pero observándolo todo, se reunió junto a la puerta del templo. Sabían, y Kim sabía que lo sabían, cómo el anciano lama había conocido a su discípulo. Siendo personas corteses, la noche anterior habían evitado imponerse de presencia, palabra o gesto. Por lo cual Kim los recompensó en cuanto salió el sol.

—Agradéceselo a los dioses de los jaines, hermano —dijo, sin saber cómo se llamaban esos dioses—. La fiebre ha desaparecido de veras.

—¡Mirad! ¡Ved! —Al fondo el lama sonrió hacia sus anfitriones de los últimos tres años—. ¿Hubo alguna vez un chela así? El sigue el ejemplo de nuestro Señor, el Sanador.

Los jaines reconocen a todos los dioses del credo hindú, así como al lingam y a la serpiente. Llevan el cordón brahmán; observan todas las normas del sistema de castas hindú. Pero, porque conocían y amaban al lama, porque era un anciano, porque buscaba la Senda, porque era su invitado, y porque debatía durante largas noches con el superior de la orden —un metafísico tan librepensador como para dividir un pelo en setenta— murmuraron asintiendo.

—Recuerda —Kim se inclinó sobre el niño— que el mal puede aparecer de nuevo.

—No si tienes el hechizo adecuado —dijo el padre.

—Pero muy pronto, nos iremos.

—Cierto —dijo el lama a todos los monjes jaines—. Partimos ahora juntos a la búsqueda sobre la que he hablado tan a menudo. Estaba esperando a que mi chela madurara. ¡Miradle! Nos vamos al norte. Nunca más volveré a ver este sitio de mi reposo, oh gente de buena voluntad.

—Pero yo no soy un mendigo. —El agricultor se puso en pie, estrechando al niño en sus brazos.

—Tranquilo. No molestes al santo —dijo un sacerdote.

—Vete —le susurró Kim—. Nos encontraremos de nuevo bajo el gran puente del ferrocarril y por todos los dioses de nuestro Punyab, trae comida: curry, legumbres, tortas fritas en grasa y dulces. Especialmente dulces. ¡Hazlo rápido!

La palidez del hambre le sentaba muy bien a Kim de pie, alto y delgado, en sus ropas amplias de color apagado; con una mano sostenía el rosario y con la otra hacía el gesto de bendición, copiado fielmente del lama. Un observador inglés podría haber dicho que parecía más bien un joven santo de una vidriera, cuando no era sino un muchacho que estaba creciendo y a punto de desmayarse por el estómago vacío.

La despedida fue larga y ceremoniosa, tres veces acabada y tres veces recomenzada. El buscador —que había invitado al lama desde el lejano Tíbet a ese puerto, un asceta de cara plateada y sin pelo— no tomó parte en ella, sino que meditaba, como siempre, solo entre las imágenes. Los otros eran muy humanos; insistieron en que el anciano aceptara pequeños regalos —una caja de betel, un fino plumier nuevo de hierro, una bolsa con provisiones y cosas parecidas— advirtiéndole sobre los peligros del mundo y profetizando un final feliz para la búsqueda. Entretanto Kim, más solo que nunca, se agachó en los escalones y juró para sí en el lenguaje de San Javier.

—Es culpa mía —concluyó—. Con Mahbub, comía el pan de Mahbub, o el del sahib Lurgan. En San Javier tres comidas al día. Aquí tengo que apañármelas por mí mismo. Encima no estoy bien entrenado. ¡Qué plato de carne me comería ahora!... ¿Se ha terminado, santo?

El lama, con ambas manos levantadas, entonó una bendición final en un chino florido.

—Debo apoyarme en tu hombro —dijo al cerrarse las puertas del templo—. Creo que nos vamos anquilosando.

El peso de un hombre de seis pies no es fácil de soportar durante millas de calles llenas de gente y Kim, cargado con los bultos y paquetes para el camino, se alegró de alcanzar la sombra del puente del ferrocarril.

—Aquí comeremos —dijo resuelto, mientras el kamboh, vestido de azul y sonriente, apareció a la vista llevando una cesta en una mano y al niño en la otra.

—¡Tomad, santos! —gritó a cincuenta yardas de distancia. (Estaban en el bancal de arena bajo el primer arco del puente, a resguardo de sacerdotes hambrientos)—. Arroz y buen curry, tortas bien calientes y perfumadas con hing (asafétida), cuajada y azúcar. Rey de mis campos —esto a su hijo pequeño—, mostrémosles a estos santos que los jats de Jullundur pueden recompensar un servicio... He oído que los jaines no comerían nada que no hubieran cocinado, pero ciertamente —por educación miró a lo lejos, más allá del ancho río— donde no hay ojo, no hay casta.

—Y nosotros —dijo Kim, dando la espalda y llenando un plato hecho de hojas para el lama—, estamos por encima de toda casta.

En silencio saciaron el hambre con la buena comida. Hasta que Kim no hubo lamido de su dedo pequeño el último resto de los pegajosos dulces, no se dio cuenta de que el kamboh también estaba equipado para un viaje.

—Si nuestro camino es el mismo —dijo el hombre con brusquedad—, yo voy contigo. Uno no encuentra a menudo un hacedor de milagros y el niño

todavía está débil. Pero yo no soy en absoluto un junco débil. —Cogió su lathi, una caña de bambú-macho de cinco pies con anillos de hierro pulido enroscados en ella y lo blandió en el aire—. A los jats se les considera pendencieros, pero no es cierto. Si no se nos enfada, somos como nuestros propios búfalos.

—Que así sea —dijo Kim—. Un buen palo es una buena razón.

El lama observaba con tranquilidad corriente arriba hacia donde ascendían sin pausa, en una perspectiva amplia y emborronada, las incesantes columnas de humo de las piras de los ghats a la orilla del río. De vez en cuando, a pesar de todas las regulaciones municipales, una parte de un cuerpo medio quemado pasaba flotando zarandeado por la corriente.

—Si no fuera por ti —le dijo el kamboh a Kim, apretando al niño contra su pecho peludo—, quizás hubiera tenido que ir hoy allí, con este pequeño. Los sacerdotes nos dicen que Benarés es santa, lo cual nadie pone en duda, y un lugar deseable para morir. Pero no conozco sus dioses y piden dinero; y cuando uno ha cumplido un ritual, un cabeza rapada asegura que todo eso no tiene efecto a no ser que se haga otro. ¡Lávate aquí! ¡Lávate allá! Echa agua, bebe, báñate y arroja flores, pero paga siempre a los sacerdotes. No; para mí, el Punjab es la mejor tierra y el mejor terruño el del doab de Jullundur.

—He dicho muchas veces, en el templo, creo... que si fuera necesario, el río surgirá a nuestros pies. Por ello, iremos hacia el norte —dijo el lama levantándose—. Recuerdo un lugar agradable, con muchos árboles frutales, donde uno puede pasear meditando y el aire está más fresco que aquí. Viene de las montañas y de la nieve de las montañas.

—¿Cómo se llama? —preguntó Kim.

—¿Cómo podría saberlo? ¿No te acuerdas?... No, fue después de que el ejército saliera de la tierra y te llevara consigo. Me alojé allí meditando en una habitación frente a un palomar, excepto cuando ella se ponía a hablar sin pausa.

—¡Oho! La mujer de Kulu. Eso es por Saharunpore —rio Kim.

—¿Cómo impulsa el espíritu a tu maestro? ¿Va a pie por pecados pasados? —preguntó el jat con cautela—. Hay un buen trecho desde aquí hasta Delhi.

—No —dijo Kim—. Mendigaré un tikkut para el tren. —En la India uno nunca admite poseer dinero.

—Entonces, en el nombre de los dioses, tomemos el carruaje de fuego. Mi hijo está mejor en los brazos de su madre. El Gobierno nos ha cargado con muchos impuestos, pero nos da una cosa buena, el tren que reúne a los amigos y junta a los ansiosos. Una maravilla es ese tren.

Un par de horas más tarde estaban los cuatro amontonados en uno y durmieron durante todo el calor del día. El kamboh acosó a Kim con diez mil preguntas sobre la peregrinación del lama y su misión en la vida y recibió algunas respuestas curiosas. Kim estaba contento de estar donde estaba, de contemplar el paisaje llano del noroeste y de charlar con la masa cambiante de compañeros de viaje. Incluso hoy en día, los billetes y la revisión de los mismos constituyen una oscura opresión para los campesinos indios. Ellos no entienden por qué, cuando han pagado por un trozo mágico de papel, unos extraños deben perforar un gran trozo del talismán. Por ello, los debates entre pasajeros y revisores euroasiáticos son largos y acalorados. Kim ayudó en dos o tres peleas dando serios consejos, a fin de oscurecer aún más la cuestión y presumir de su sabiduría ante el lama y el admirativo kamboh. Pero en la calle Somna, el destino le envió un problema con el que romperse la cabeza. Allí, cuando el tren se puso en marcha, entró tambaleante en el compartimento un hombre bajo, flaco y pobre, un mahratta, por lo que Kim dedujo a partir de la inclinación del apretado turbante. Su cara estaba llena de cortes, la ropa de muselina estaba desgarrada por completo y tenía una pierna vendada. Les contó que un carro de campo había volcado y casi le mata: ahora iba de camino a Delhi, donde vivía su hijo. Kim le estudiaba con atención. Si, como él aseguraba, había caído y rodado por tierra, debiera haber arañazos en su piel por el roce de la grava. Pero todas sus heridas parecían cortes limpios y una mera caída de un carro no aterrorizaría a un hombre de forma tan extrema. Cuando desabotonó la tela desgarrada con dedos temblorosos, quedó al descubierto alrededor de su cuello un amuleto del tipo llamado «Infunde Valor». Ahora bien, aunque los amuletos son bastante comunes, por lo general no están engarzados en un hilo de cobre trenzado de forma cuadrada, y todavía menos común es que lleven un esmalte negro sobre la plata. Excepto el kamboh y el lama, no había nadie en el compartimento, que era del viejo estilo con paredes sólidas. Kim fingió que se rascaba el pecho y levantó su propio amuleto. La cara del mahratta cambió completamente al verlo y colocó su amuleto sobre el pecho, bien a la vista.

—Sí —prosiguió el hombre dirigiéndose al kamboh—, iba con prisa y el carro, guiado por un bastardo, metió la rueda en un foso de agua y además del daño que me hizo, se perdió un cuenco entero de tarkeean. Hoy no he sido un Hijo del Encantamiento (un hombre con suerte).

—Una gran pérdida —dijo el kamboh, con poco interés. Su experiencia en Benarés le había vuelto suspicaz.

—¿Quién lo cocinó? —preguntó Kim.

—Una mujer. —El mahratta levantó los ojos.

—Pero todas las mujeres pueden cocinar tarkeean —dijo el kamboh—. Es

un buen curry, lo sé.

—Oh, sí, es un buen curry —dijo el mahratta.

—Y barato —dijo Kim—. Pero ¿y la casta de la mujer?

—Oh, no hay castas cuando los hombres van a... buscar tarkeean —repuso el mahratta con la cadencia prescrita—. ¿Al servicio de quién estás tú?

—Estoy al servicio de este santo. —Kim señaló al feliz y adormilado lama, que se despertó con un respingo al oír el apelativo bien amado.

—Ah, él me fue enviado por el Cielo para ayudarme. Le llaman el Amigo de todo el Mundo. También el Amigo de las Estrellas. Va en calidad de médico porque llegó su hora. Su sabiduría es grande.

—Y también me llaman Hijo del Encantamiento —dijo Kim muy bajo, mientras el kamboh se apresuraba a prepararse una pipa por miedo a que el mahratta le pidiera limosna.

—¿Y quién este ese? —preguntó el mahratta, mirando nervioso de reojo.

—Uno a cuyo hijo he... hemos curado y que tiene una gran deuda con nosotros, siéntate junto a la ventana, hombre de Jullundur. Aquí hay un enfermo.

—¡Humph! No tengo ganas mezclarme con tunantes conocidos por casualidad. No tengo orejas largas. No soy una mujer que desea espiar secretos. —El jat se movió pesadamente hacia una esquina alejada.

—¿Eres alguna especie de sanador? Yo estoy metido a diez leguas de profundidad en calamidades —dijo el mahratta, siguiendo el hilo.

—Este hombre está cortado y magullado por todo el cuerpo. Voy a intentar curarle —le replicó Kim al kamboh—. Nadie se interpone entre tu niño y yo.

—Me está bien empleado ser reprendido —dijo el kamboh con humildad—. Te debo la vida de mi hijo. Tú eres un hacedor de milagros... lo sé.

—Enséñame las heridas. —Kim se inclinó sobre el cuello del mahratta, los latidos de su corazón casi le ahogaban porque ese era el Gran Juego de verdad—. Ahora cuéntame tu historia rápido, hermano, mientras recito el encantamiento.

—Vengo del sur, donde está mi trabajo. A uno de los nuestros lo mataron en el camino. ¿Lo sabes? —Kim negó con la cabeza. Él, por supuesto, no sabía nada del predecesor de E.23, asesinado en el Sur bajo el disfraz de comerciante árabe—. Después de haber encontrado una carta que me enviaron a buscar, me marché. Escapé de la ciudad y me fugué a Mhow. Estaba tan seguro de que nadie lo sabía que no cambié mi cara. En Mhow una mujer

presentó cargos en mi contra por robar joyas en la ciudad que había abandonado. Luego vi que había una revuelta contra mí. Huí de Mhow de noche, sobornando a la policía, que había sido sobornada a su vez para entregarme sin preguntas a mis enemigos en el Sur. Luego me quedé en la ciudad de Chitor una semana, como penitente en un templo, pero no pude deshacerme de la carta que estaba a mi cargo. La enterré bajo la Piedra de la Reina, en Chitor, en el sitio que todos conocemos.

Kim no lo conocía, pero por nada del mundo habría interrumpido el relato.

—En Chitor, fíjate, estaba en territorio de reyes, porque Kotah al este no está bajo la ley de la reina y más al este están Jaipur y Gwalior. A ninguno de ellos le gustan los espías y no hay justicia. Me dieron caza como a un chacal mojado; pero me escabullí en Bandakui, donde oí que había una acusación contra mí por asesinato, de un chico, en la ciudad que había abandonado. Tienen el cuerpo y los testigos esperando.

—¿Pero no te puede proteger el Gobierno?

—Nosotros los del Juego estamos más allá de toda protección. Si morimos, morimos. Nuestros nombres son borrados del libro. Eso es todo. En Bandakui, donde vive uno de Nosotros, pensé que cambiando mi aspecto, me perderían el rastro así que me convertí en un maharatta. Luego llegué a Agra y hubiera regresado a Chitor para recobrar la carta. Tan seguro estaba de que los había despistado. Por eso no envié un tar (telegrama) a nadie diciendo donde estaba. Quería todo el mérito para mí. —Kim asintió. Comprendía bien ese sentimiento—. Pero en Agra, mientras caminaba por las calles, un hombre gritó que yo tenía una deuda con él y acercándose con muchos testigos, quería llevarme a juicio allí sin más. ¡Oh, son listos en el Sur! Me reconoció como su agente para el comercio de algodón. ¡Que arda en el Infierno por ello!

—¿Y lo eras?

—¡Oh tonto! ¡Yo era el hombre que buscaban por el asunto de la carta! Me metí corriendo en el barrio de los carniceros y salí por la casa del judío, el cual temiendo un tumulto me expulsó de allí. Llegué a pie a la calle Somna, sólo tenía dinero para mi tikkut a Delhi, y allí, mientras estaba tumbado en una zanja con fiebre, alguien saltó de entre los arbustos y me dio una paliza, me hizo cortes y me registró de pies a cabeza. ¡Tan cerca del tren que incluso podían oírnos!

—¿Por qué no te mató allí mismo?

—No son tan estúpidos. Si me detienen en Delhi a petición de los abogados por un cargo probado de asesinato, seré entregado al Estado que lo desee. Regresaré custodiado y luego, moriré lentamente como ejemplo para el resto de Nosotros. El Sur no es mi país. Me muevo en círculos, como una

cabra tuerta. No he comido desde hace dos días. Estoy marcado —tocó el sucio vendaje de su pierna— para que me reconozcan en Delhi.

—Al menos en el tren estás seguro.

—¡Quédate un año en el Gran Juego y ya me contarás después! ¡Los telegramas ya habrán llegado a Delhi describiendo cada desgarrón y cada andrajo que llevo encima! Veinte, cien, si es necesario, me habrán visto matar al chico. ¡Y no puedes hacer nada!

Kim conocía lo suficiente los métodos nativos de ataque para no dudar de que estaría todo apañado, hasta el cadáver. De tanto en tanto el maharatta retorció los dedos de dolor. En su esquina, el kamboh le miraba sombrío; el lama estaba ocupado con su rosario; y Kim, palpando a la manera de un médico el cuello del hombre, tejía su plan entre invocaciones.

—¿Tienes un hechizo para cambiar mi forma? Si no, soy hombre muerto. Cinco, diez minutos a solas, si no hubiera estado tan apurado, hubiera podido...

—¿Ya está curado, hacedor de milagros? —dijo el kamboh celoso—. Ya has invocado lo suficiente.

—Nay. No hay cura para sus heridas por lo que veo, excepto que se siente tres días con el atuendo de un bairagi. —Esta es una penitencia muy corriente que un maestro espiritual impone a menudo a un obeso comerciante.

—Un sacerdote siempre intenta convertir a otro en sacerdote —fue la réplica. Como mucha de la gente extremadamente supersticiosa, el kamboh no pudo morderse la lengua y evitar mofarse de su Iglesia.

—¿Se convertirá entonces tu hijo en sacerdote? Es hora de que tome más de mi quinina.

—Nosotros los jats somos todos como búfalos —dijo el kamboh suavizándose de nuevo.

Kim frotó una pizca de la sustancia amarga sobre los labios pequeños y confiados del niño.

—No he pedido nada —le dijo al padre con dureza—, excepto comida. ¿Me reprochas eso? Voy a curar a otro hombre. ¿Tengo tu permiso, príncipe?

El hombre levantó las grandes manos en una súplica.

—Nay... nay. No te burles así de mí.

—Me complace curar a este enfermo. Tú tienes que adquirir mérito ayudándome. ¿De qué color es la ceniza ahí, en la cazoleta de tu pipa? Blanco. Es de buen augurio. ¿Hay cúrcuma cruda entre tus vituallas?

—Yo... yo...

—¡Abre tu hatillo!

Era la colección habitual de pequeñas menudencias: trozos de tela, remedios de curandero, mercaderías baratas compradas en ferias, un envoltorio de atta, la harina nativa, grisácea y molida gorda, rollos de tabaco de la llanura, cañas de pipa chillonas y un paquete de ingredientes para el curry, todo envuelto en una colcha. Kim revolvió con el aire de un sabio hechicero, murmurando un invocación musulmana.

—Esta es sabiduría que aprendí de los sahibs —susurró al lama; y, si uno piensa en su entrenamiento en casa de Lurgan, sobre este punto no decía más que la verdad—. Como muestran las estrellas, hay un gran mal en la suerte de este hombre, que... que le oprime. ¿Lo hago desaparecer?

—Amigo de las Estrellas, has hecho bien en todo. Que sea como desees. ¿Es otra curación?

—¡Rápido! ¡Rápido! —dijo el mahratta con voz entrecortada—. El tren puede pararse.

—Una curación contra la sombra de la muerte —dijo Kim, añadiendo a la harina del kamboh la mezcla de carbón y ceniza de tabaco en la cazoleta de la pipa de tierra roja. E.23, sin una palabra, se quitó el turbante y dejó suelto su largo pelo negro.

—Esa es mi comida, sacerdote —refunfuñó el jat.

—¡Búfalo en el templo! ¿Te has atrevido a mirar incluso hasta ahora? —exclamó Kim—. Debo realizar curaciones milagrosas ante tontos; pero ten cuidado con tus ojos. ¿Hay ya un velo ante ellos? Salvo a tu niño y como recompensa tú... ¡oh, desvergonzado! —El hombre se estremeció ante la mirada directa de Kim porque este hablaba muy en serio—. Tendré que maldecirte, o te... —Levantó la colcha que envolvía el bulto y la arrojó sobre la cabeza inclinada—. Atrévete a pensar en desear ver, y... y... incluso yo no podré salvarte. ¡Siéntate! ¡No digas ni pío!

—Soy ciego, mudo. ¡No me maldigas! ...ven, niño; jugaremos a un juego de escondite. Por mi bien, no mires por debajo de la tela.

—Veo una esperanza —dijo E.23—. ¿Cuál es tu plan?

—Eso viene después —dijo Kim, quitándole la fina camisa del cuerpo. E.23 vacilaba con toda la reticencia de un hombre del Noroeste a desnudar su cuerpo.

—¿Qué significa la casta para una garganta cortada? —preguntó Kim, desgarrando la camisa hasta la cintura—. Tenemos que convertirte en un

saddhu amarillo de pies a cabeza. Desnúdate... desnúdate con rapidez y agita el pelo sobre los ojos mientras yo extiendo las cenizas. Ahora, una marca de casta sobre tu frente. Sacó de su pecho la pequeña caja de pintura del Departamento y un pedazo de esmalte carmesí.

—¿Eres sólo un principiante? —dijo E.23, afanándose literalmente por su vida, cuando se quitó los trapos y se quedó únicamente con un paño por la cadera, mientras Kim le ponía con cenizas una noble marca de casta sobre las cejas.

—Hace sólo dos días que entré en el Juego, hermano —replicó Kim—. Extiende más cenizas sobre el pecho.

—¿Has conocido... a un médico de perlas enfermas? —Desenvolvió la larga tela del turbante, fuertemente enrollada y con manos ligeras la volvió a enrollar alrededor de los riñones y por los muslos a la manera enrevesada de un saddhu.

—¡Hah! ¿Conoces su toque entonces? Fue mi profesor por un tiempo. Tenemos que camuflar tus piernas. Las cenizas curan las heridas. Échate más.

—Yo fui una vez su orgullo, pero tú eres casi mejor. ¡Los dioses son clementes con nosotros! Dame eso.

Entre las bagatelas del hatillo del jat, había una cajita de latón con pastillas de opio. E.23 se tragó medio puñado de ellas.

—Son buenas contra el hambre, el miedo y el frío. Y también te ponen los ojos rojos —explicó—. Ahora tendré coraje para jugar al Juego. Nos faltan sólo las tenazas de un saddhu. ¿Qué hacemos con las ropas viejas?

Kim las enrolló con fuerza y las introdujo entre los anchos pliegues de su túnica. Con un trozo de pintura amarillo-ocre le pintó las piernas y el pecho, trazando grandes rayas sobre el fondo de harina, cenizas y cúrcuma.

—La sangre sobre las ropas es suficiente para colgarte, hermano.

—Quizás; pero no es necesario tirarlas por la ventana... He terminado. — Su voz vibraba con el puro placer de un chico por el juego—. Vuélvete y mira, ¡oh jat!

—Los dioses nos protejan —dijo el encapuchado kamboh, emergiendo de debajo de la colcha como un búfalo de entre los juncales—. Pero ¿adónde se fue el mahratta? ¿Qué has hecho?

Kim había sido entrenado por el sahib Lurgan; y E.23, en virtud de sus actividades, no era mal actor. En lugar del tembloroso comerciante encogido, había ahora, repantigado en una esquina del compartimento, un saddhu casi desnudo, cubierto con cenizas y rayas ocre, el pelo lleno de polvo, los ojos

hinchados —el opio hace un efecto rápido en un estómago vacío— encendidos con insolencia y deseo bestial, las piernas cruzadas debajo del cuerpo, el rosario marrón de Kim alrededor del cuello y sobre los hombros, una yarda escasa de cretona estampada de flores y desgastada. El niño escondió su cara entre los brazos del asombrado padre.

—¡Mira, principito! Viajamos con brujos, pero no te harán daño. Oh, no llores... ¿Qué sentido tiene curar a un niño un día y matarle a sustos al siguiente?

—El niño será afortunado toda su vida. Ha visto una gran curación. Cuando yo era niño fabricaba figuritas de hombres y caballos con arcilla.

—Yo también las he hecho. El señor Banás, viene por la noche y les da vida a todas detrás del basurero de nuestra cocina —chilló el niño.

—Y así no te asustas por nada. ¿Eh, príncipe?

—Estaba asustado porque mi padre estaba asustado. Sentía sus brazos temblar.

—¡Oh, gallina de hombre! —dijo Kim, e incluso el avergonzado jat se rio—. He hecho una curación con este pobre comerciante. Debe renunciar a sus ganancias y a sus libros de contabilidad y sentarse al lado del camino tres noches para vencer la malignidad de sus enemigos. Las estrellas están contra él.

—Cuantos menos prestamistas, mejor, digo yo; pero, saddhu o no saddhu, debe pagarme por la tela que lleva sobre sus hombros.

—¿Ah sí? Pero ahí sobre tus hombros está tu hijo, destinado, no hace ni dos días, a las piras de los ghats. Aún queda una cosa más. Hice este hechizo en tu presencia porque la necesidad era grande. Cambié su apariencia y su alma. Sin embargo, si por casualidad, oh hombre de Jullundur, recordaras lo que has visto, sea entre tus convecinos sentado bajo el árbol del pueblo, o en tu propia casa, o en compañía de tu sacerdote al bendecir tu ganado, una plaga caerá sobre tus búfalos y un fuego prenderá en tu tejado, entrarán ratas en tu arca de grano y la maldición de nuestros dioses caerá sobre tus campos que serán estériles ante tu pie y detrás de la reja de tu arado. —Todo eso era parte de una vieja maldición que Kim copió de un faquir junto a la Puerta de Taksali en los días de su inocencia. No perdió nada con la repetición.

—¡Para, santo! ¡Por piedad, para! —gritó el jat—. No maldigas a la casa. ¡No he visto nada! ¡No he oído nada! ¡Soy tu vaca! —e intentó coger el pie desnudo de Kim que golpeaba rítmicamente el suelo del carruaje.

—Pero, como te ha sido permitido ayudarme en el problema con una pizca de harina y un poco de opio y tonterías por el estilo que he honrado al usarlas

en mi arte, quieran los dioses devolvarte una bendición —y se la otorgó con generosidad, para gran alivio del hombre. Era una que había aprendido del sahib Lurgan.

El lama observaba a través de sus lentes como no lo había hecho antes con el asunto del disfraz.

—Amigo de las Estrellas —dijo al fin—, has adquirido una gran sabiduría. Ten cuidado de que no dé lugar al orgullo. Ningún hombre que tenga la Ley ante sus ojos habla con ligereza de un asunto que ha visto o encontrado.

—No... no... no, de verdad —gritó el campesino, por miedo a que el maestro sintiera la inclinación de superar al discípulo. E.23, con la boca relajada, se entregó al sopor del opio que era carne, tabaco y medicina para el agotado asiático.

Así, en un silencio de admiración y total incompreensión, llegaron a Delhi en el momento en que las farolas se estaban encendiendo.

Capítulo 12

¿Quién ha deseado el mar, la vista inabarcable del agua salada?

*¿La subida y la parada y el descenso y el fragor del romper de la ola
azuzada por el viento?*

*¿El oleaje suave y ondulado antes de la tormenta, gris, sin espuma,
enorme y creciente?*

*¿La calma chicha a nivel del Ecuador, o el huracán soplando con ojos
enloquecidos?*

*¿Su mar distinto en cada apariencia, su mar bajo todas las apariencias el
mismo,*

Su mar que llena a su ser?

*¡Así y no de otra forma, así y no de otra manera, los montañeses desean
sus montañas!*

El mar y la montaña

—He recobrado de nuevo mi coraje —dijo E.23 a cubierto por el tumulto del andén—. El hambre y el miedo aturden a los hombres, de lo contrario se me hubiera ocurrido antes esta escapatoria. Tenía razón. Vienen a cazarme. Has salvado mi cabeza.

Una patrulla de policías del Punjab con pantalones amarillos, encabezados por un acalorado y sudoroso joven inglés, se abría camino entre la multitud junto a los vagones. Detrás de ellos, discreto como un gato, caminaba tranquilamente un personaje pequeño y gordo que parecía emisario de un abogado.

—Mira al joven sahib leyendo algo en un papel. Lo que tiene en su mano es mi descripción —dijo E.23—. Van vagón por vagón, como pescadores pasando la red por un estanque.

Cuando la procesión llegó a su compartimento, E.23 estaba pasando las cuentas de su rosario con una sacudida regular de la muñeca, mientras Kim se mofaba de él por estar tan drogado como para haber perdido las tenazas anilladas para el fuego, que eran la marca distintiva del saddhu. El lama, absorto en la meditación, miraba fijamente ante sí y el campesino, lanzando miradas furtivas, recogía sus pertenencias.

—Aquí no hay nada excepto un montón de santurrones —dijo el inglés en voz alta y pasó entre un murmullo de malestar, porque por toda la India la policía nativa se asocia con extorsión.

—El problema ahora —susurró E.23—, es enviar un telegrama con el lugar donde escondí la carta que me enviaron a buscar. No puedo ir a la oficina de tar de esta guisa.

—¿No es suficiente con haberte salvado el cuello?

—No si el trabajo queda sin acabar. ¿Nunca te lo dijo el curador de perlas? ¡Viene otro sahib! ¡Ah!

Este era un inspector de policía del distrito, más bien alto y de piel cetrina —cinturón, casquete, espuelas pulidas y toda la indumentaria correspondiente — que venía pavoneándose y atusándose el oscuro bigote.

—¡Qué zopencos son esos sahibs de la policía! —dijo Kim con tono festivo.

E.23 miró con los párpados entrecerrados.

—Bien dicho —murmuró con una voz diferente—. Voy a beber agua. Ocupa mi lugar.

Al salir del compartimento tropezó cayendo casi en brazos del inglés y ganándose por ello algunos insultos en un urdu torpe.

—¿Tum mut? ¿Tú borracho? No tienes que ir dando bandazos como si la estación de Delhi te perteneciera, amigo mío.

E.23, sin mover un músculo del rostro, le contestó con una sarta de vituperios a cual más grosero, que, naturalmente, entusiasmaron a Kim. Le

recordó a los tambores y a los barrenderos de las barracas de Ambala en la terrible época de su primera escolarización.

—Mi pobre infeliz —dijo el inglés con calma—. ¡Nickle-jao! Vuelve a tu vagón.

Despacio, a pequeños pasos, el saddhu amarillo, retirándose con deferencia y bajando la voz, regresó al vagón maldiciendo al D.S.P. hasta la posteridad más remota, y aquí Kim casi salta, por la Piedra de la Reina, por el escrito bajo la Piedra de la Reina y por una colección de dioses con nombres completamente nuevos.

—No sé lo que estás diciendo —se sonrojó el inglés encolerizado— pero es algún tipo de maldita impertinencia. ¡Fuera de ahí!

E.23, pretendiendo no comprender correctamente, enseñó con toda compostura su billete, que el inglés arrancó de su mano con furia.

—¡Oh, zoolum! ¡Qué agobio! —gruñó el jat desde su esquina—. Todo por una broma. —Había sonreído abiertamente ante la insolente lengua del saddhu—. ¡Hoy tus hechizos no funcionan bien, santo!

El saddhu siguió al policía con adulaciones y súplicas. La aglomeración de pasajeros, ocupados con sus niños y sus bultos, no se había enterado del incidente. Kim salió tras el saddhu porque le vino a la cabeza que, hacía tres años, cerca de Ambala, había oído a ese enfadado y estúpido sahib conversar en alto de temas personales con una vieja dama.

—Ya está todo arreglado —susurró el saddhu, atascado entre la multitud gritona y ofuscada, con un galgo persa entre los pies y, sobre los riñones, una jaula llena de halcones chillando, a cargo de un halconero rajput—. Se ha ido para enviar aviso de la carta que escondí. Me dijeron que estaba en Peshawar. Debería haber supuesto que es como el cocodrilo, siempre en la otra orilla. Me ha salvado de la calamidad inminente, pero a ti te debo la vida.

—¿Es también uno de Nosotros? —preguntó Kim saliendo de bajo la axila grasienta de un camellero de Mewar para darse de bruces contra un pequeño grupo de matronas sijs charlando unas con otras.

—El más grande, ni más ni menos. ¡Tenemos suerte, los dos! Le informaré de lo que has hecho. Estoy a salvo bajo su protección.

Se abrió paso por el margen del gentío que asediaba los vagones y se agachó al lado del banco cerca de la oficina de telégrafos.

—¡Vuelve o te cogerán el sitio! No temas por el trabajo, hermano, ni por mi vida. Me has dado un soplo de aire y el sahib Strickland me ha empujado a tierra firme. Puede que todavía trabajemos juntos en el Juego. ¡Hasta pronto!

Kim se apresuró a volver al vagón, eufórico, aturdido, pero un poco irritado por no tener la clave para los secretos de su entorno.

—Soy sólo un principiante en el Juego, está claro. Yo no podría haberme puesto a salvo como hizo el saddhu. Sabía que estaba más oscuro bajo la lámpara. Yo no hubiera pensado en pasar las noticias bajo pretexto de echarle una maldición... ¡y qué listo fue el sahib! No importa, salvé la vida de uno... ¿Dónde se ha ido el kamboh, santo? —susurró, mientras tomaba asiento en el vagón lleno a tope para entonces.

—Le atenazó el miedo —replicó el lama con un toque de tierna malicia—. Te vio transformar al mahratta en saddhu en un abrir y cerrar de ojos para protegerle contra el mal. Eso le conmocionó. Luego vio al saddhu caer de plano en manos de los polis, todo a consecuencia de tus artes. Entonces cogió a su hijo en brazos y huyó porque dijo que tú transformaste a un comerciante tranquilo en un impertinente capaz de intercambiar groserías con sahibs y temía un destino parecido. ¿Dónde está el saddhu?

—Con los polis —dijo Kim...— Sin embargo, salvé al niño del kamboh.

El lama aspiró rapé con suavidad.

—Ah, chela, ¡mira como tu acción te ha sobrepasado! Tú curaste al niño del kamboh sólo por adquirir mérito. Pero le hiciste un hechizo al mahratta con propósitos soberbios, te estuve observando, y con miradas de reojo para impresionar a un hombre viejo, viejo y a un campesino tonto; de ahí vienen la calamidad y la sospecha.

Kim se controló con un esfuerzo superior a sus años. Le dolía tanto como a cualquier otro joven ser reprendido o mal juzgado, pero se vio entre la espada y la pared. El tren arrancó de Delhi y se adentró en la noche.

—Es verdad —murmuró—. Donde te he ofendido, he hecho mal.

—Es más, chela. Tú has desencadenado un acto en el mundo y, como una piedra tirada a un estanque, así se extienden las consecuencias sin que sepas hasta dónde.

Esa ignorancia era buena tanto para la vanidad de Kim como para la tranquilidad de espíritu del lama, si pensamos que en ese momento estaba siendo entregado en Simia un telegrama codificado informando de la llegada de E.23 a Delhi y, lo más importante, del paradero de una carta que se le había encargado... sustraer.

Incidentalmente, un policía en un exceso de celo había arrestado, bajo cargo de asesinato cometido en un lejano Estado del sur, a un comerciante de algodón de Ajmer terriblemente indignado, que se estaba explicando a un señor Strickland en el andén de Delhi, mientras E.23 se escabullía por

callejuelas hacia el cerrado corazón de la ciudad. En dos horas, le habían llegado varios telegramas al ministro de un Estado del sur informándole de que se había perdido toda pista de un mahratta algo magullado; y para cuando el tren, con toda tranquilidad, se paró en Saharunpore, la última reverberación de la piedra, que Kim había ayudado a lanzar, chocaba suavemente contra los escalones de la mezquita en la lejana Roum, interrumpiendo las oraciones de un hombre piadoso.

El lama hizo la suya propia con todo detalle junto al enrejado de buganvillas cubierto de rocío, cerca del andén, animado por los luminosos rayos del sol y la presencia de su discípulo.

—Dejaremos todo esto detrás de nosotros —dijo, señalando la máquina bronceada y los carriles brillantes—. Las sacudidas del tren, aunque es una cosa estupenda, han convertido mis huesos en agua. Respiraremos aire limpio a partir de ahora.

—Vayamos a la casa de la mujer de Kulu —dijo Kim y partió alegre con los bultos a la espalda. Por la mañana temprano el camino de Saharunpore está limpio y huele bien. Kim pensó en las otras mañanas de San Javier, y el contraste aumentó de nuevo su ya tres veces crecido contento.

—¿De dónde viene esa prisa desconocida? Los hombres sabios no corren por ahí como gallinas al sol. Hemos hecho ya cientos y cientos de koss y, hasta ahora, raramente he estado contigo a solas un instante. ¿Cómo puedes recibir enseñanza zarandeado por la muchedumbre? ¿Cómo puedo yo, ahogado por un torrente de charla, meditar sobre el camino?

—Entonces ¿la lengua de esa mujer no se vuelve más corta con los años? —Sonrió el discípulo.

—Ni su deseo de conjuros. Recuerdo una vez cuando le hablé de la Rueda de la Vida —el lama palpó su pecho buscando su última copia—, ella sólo sentía curiosidad por los demonios que asediaban a los niños. Adquirirá mérito acogiéndonos en su casa, dentro de poco, cuando se presente la ocasión, sin prisas, sin prisas. Ahora caminaremos con los pies libres, aguardando la Cadena de las Cosas. La búsqueda no fracasará.

De esta manera viajaron sin problemas atravesando los extensos jardines de frutas en pleno florecimiento —pasando por Aminabad, Sahaingunge, Akrola del Vado y la pequeña Phulesa— la línea de los Siwaliks siempre al norte y detrás de ellos las nieves de nuevo. Después de un sueño largo y dulce bajo las nítidas estrellas venía el cruce digno y pausado por un pueblo que se despertaba, Kim extendía la escudilla de mendicante en silencio, pero sus ojos erraban, desafiando la Ley, de un extremo al otro del cielo. Tras lo cual, Kim solía volver con paso ligero a través del polvo junto a su maestro para comer y

beber a gusto a la sombra de un árbol de mangos o a la sombra más fina de un siris blanco del Doon. Al mediodía, tras la charla y una pequeña marcha, echaban una siesta, sintiéndose al despertar, en un mundo renovado con un aire más fresco. La noche los sorprendía aventurándose en un nuevo territorio, algún pueblo escogido, descubierto tres horas antes a través de los extensos campos y discutido en detalle por el camino.

Allí contaban su historia, una nueva cada noche por lo que respectaba a Kim, y el sacerdote o el jefe del pueblo les daba la bienvenida, de acuerdo con la tradición hospitalaria del amable Oriente.

Cuando las sombras se acortaban y el lama se apoyaba sobre Kim más pesadamente, siempre estaba la Rueda de la Vida para extender, sujeta bajo piedras previamente limpiadas, y explicar ciclo por ciclo con una rama larga. Aquí, en las alturas, se sentaban los dioses, que eran sueños de sueños. Aquí estaba nuestro Cielo y el mundo de los semidioses, jinetes luchando entre las montañas. Aquí los animales en agonía, almas ascendiendo o descendiendo la escalera y a las que había que dejar en paz. Aquí estaban los Infiernos, calientes y fríos, y las moradas de los espíritus atormentados. Que el chela estudie los males que vienen del exceso de comer: un estómago hinchado de gases y ardor de intestinos. Luego, obediente, el chela estudiaba con la cabeza inclinada y el dedo moreno listo para seguir el recorrido de la rama, pero tan pronto como llegaban al mundo humano, ajetreado sin provecho alguno, que está justo sobre los Infiernos, su mente se distraía porque a la vera del camino giraba la Rueda misma —comiendo, bebiendo, comerciando, casándose y peleándose— cálida y llena de vida. A menudo, el lama hacía de las vividas pinturas el tema de su discurso, señalando a Kim, bien predispuesto, cómo la carne adopta miles y miles de formas, deseables o detestables según lo consideren los hombres, pero que, en realidad, no tienen ningún valor; y cómo el estúpido espíritu, esclavizado al Cerdo, a la Paloma y a la Serpiente, deseando nuez de betel, un nuevo yugo de bueyes, mujeres, o el favor de los reyes, está obligado a seguir al cuerpo a través de todos los Cielos e Infiernos para recomenzar de nuevo el círculo. A veces una mujer o un hombre pobre observaban el ritual, no era más que eso, cuando el gran mapa amarillo se desplegaba, y arrojaban flores o un puñado de cauries sobre el margen. A esta gente humilde le bastaba haber conocido a un santo que podría sentirse inclinado a recordarles en sus plegarias.

—Cúralos si están enfermos —decía el lama, cuando se despertaba el instinto activo de Kim—. Cúralos si tienen fiebre, pero en ningún caso hagas hechizos. Recuerda lo que le ocurrió al mahratta.

—¿Entonces todo acto es malo? —replicó Kim, estirándose bajo un gran árbol en una bifurcación de la carretera del Doon, contemplando las pequeñas hormigas subir por su mano.

—Abstenerse de la acción está bien, excepto para adquirir mérito.

—En las Puertas de la Sabiduría nos enseñaron que abstenerse de la acción no era apropiado para un sahib. Y yo soy un sahib.

—Amigo de todo el Mundo —el lama miró a Kim directamente—, soy un hombre viejo, tan complacido con las apariencias como los niños. Para aquellos que siguen la Senda, no hay ni blanco ni negro, ni Indostán ni Bhotiyal. Somos todos almas buscando una salida. No importa lo que diga la sabiduría aprendida entre los sahibs; cuando llegemos a mi río serás liberado de toda ilusión, a mi lado. ¡Hai! Mis huesos gimen por ese río, como clamaban de dolor en el tren; pero, por encima de mis huesos está mi espíritu esperando. ¡La búsqueda no fracasará!

—Tengo mi respuesta. ¿Se me permite hacer una pregunta?

El lama inclinó su majestuosa cabeza.

—Como bien sabes comí tu pan durante tres años... Santo, ¿de dónde vino...?

—Desde el punto de vista del hombre, hay mucha riqueza en Bhotiyal —replicó el lama tranquilo—. En mi propia tierra se me otorga la ilusión del honor. Pido lo que necesito. No me preocupo por la cuenta. Esa es para mi monasterio. ¡Ay! ¡Los altos asientos negros en el monasterio y los novicios todos en orden!

Y, trazando con el dedo en el polvo, le contó historias sobre el suntuoso y fabuloso ritual en las catedrales al abrigo de avalanchas; sobre procesiones y danzas demoníacas; sobre las metamorfosis de monjes y monjas en cerdos; sobre ciudades santas a quince mil pies en el aire; sobre intrigas entre un monasterio y otro; sobre voces por entre las montañas y sobre ese misterioso espejismo que baila sobre la nieve seca. Habló incluso de Lhasa y del Dalai Lama, a quién había visto y adorado.

Cada día, largo y perfecto, se acumulaba detrás de Kim construyendo como una barrera que le separaba de su raza y de su lengua materna. Empezó, sin darse cuenta, a pensar y soñar en la lengua nativa y, de forma mecánica, seguía los hábitos ceremoniosos del lama al comer, beber y demás. La mente del viejo hombre se volvía más y más hacia su monasterio a medida que sus ojos empezaban a vislumbrar las nieves eternas. Su río no le preocupaba. Cierta que, de vez en cuando, observaba largo rato una mata o una rama, esperando, decía, que la tierra se abriera y le concediera su bendición; pero estaba contento de estar con su discípulo y a gusto en el viento templado que bajaba del Doon. Esto no era Ceilán, ni Bodh Gaya, ni Bombay, ni alguna ruina recubierta de hierba con la que parecía haberse tropezado dos años antes. El lama hablaba de esos lugares como un erudito sin vanidad, como un

buscador caminando con humildad, como un anciano, sabio y moderado, iluminando el conocimiento con una brillante percepción. Una a una, sin conexión, cada historia surgía a partir de algún detalle del camino, el lama hablaba de todos sus peregrinajes arriba y abajo del Indostán; hasta que Kim, que le había querido sin motivo, le quería ahora por cincuenta buenos motivos. De esta forma disfrutaban de una felicidad total, absteniéndose, como lo mandaba la Regla, de palabras malignas, y deseos desmesurados; no comiendo exageradamente, ni acostándose en camas altas, ni vistiendo ricas ropas. Sus estómagos marcaban la hora de comer y la gente les llevaba los alimentos, como dicen los escritos. Eran señores respetados en los pueblos de Aminabad, Sahaigunge, Akrola del Vado y en la pequeña Phulesa, donde Kim le dio una bendición a la mujer sin alma.

Pero, en la India, las noticias corren veloces y, demasiado pronto, apareció a través de los campos de cereales, un servidor de barba blanca, un urya escuchimizado y seco, cargando con una cesta de frutas que contenía una caja de uvas de Kabul y naranjas doradas y les rogó que llevaran el honor de su presencia a su señora, dolida porque el lama la había descuidado tanto tiempo.

—Ahora recuerdo —el lama habló como si fuera una propuesta completamente nueva—. Es virtuosa, pero una habladora inagotable.

Kim estaba sentado en el borde de un pesebre de vacas contando historias a los niños del herrero del pueblo.

—Sólo te pediré otro hijo para su hija. No la he olvidado —dijo—. Dejémosla adquirir mérito. Avísala de que iremos.

En dos días recorrieron once millas a través de los campos y, una vez llegados, fueron abrumados con atenciones, ya que la vieja dama cultivaba una exquisita tradición hospitalaria, que imponía también a su yerno, el cual se hallaba bajo el zapato de las mujeres de la familia y compraba su tranquilidad tomando prestado del usurero. La edad no había debilitado ni su lengua, ni su memoria y desde una ventana superior discretamente enrejada, al alcance del oído de no menos de doce sirvientes, saludó a Kim con cumplidos que hubieran atentado contra la sensibilidad de cualquier audiencia europea.

—Pero sigues siendo todavía el pedigüeño descarado del parao —chilló—. No te he olvidado. Lavaos y comed. El padre del hijo de mi hija se ha ido por un tiempo. Así que nosotras, pobres mujeres, nos hemos quedado mudas e inútiles.

Para probarlo, arengó con órdenes a la casa entera hasta que trajeron comida y bebida, y, a la caída de la noche —noche perfumada de humo que cubría los campos de un color cobre oscuro y turquesa—, tuvo a bien ordenar que se dispusiera el palanquín en el desordenado patio delantero, a la luz de

antorchas humeantes; allí, detrás de unas cortinas medio entreabiertas, se puso a chismorrear.

—Si el santo hubiera venido solo, le hubiera recibido de otra manera; pero con este pillo, ¿quién podría pecar de demasiado precavido?

—Maharaní —dijo Kim, escogiendo como siempre el título más ampuloso—, ¿es culpa mía que un sahib, ni más ni menos, un poli-sahib, llamase a la maharaní cuya cara él...?

—¡Chutt! Eso fue durante el peregrinaje. Cuando se viaja... conoces el proverbio.

—¿Llamase a la maharaní Rompedora de Corazones y Dispensadora de Delicias?

—¡Mira que recordar eso! Es verdad. Lo hizo. Eso era en la época de la plenitud de mi belleza. —La anciana rio para sí como un loro satisfecho por un terrón de azúcar—. Ahora cuéntame de tus idas y venidas, tanto como sea posible sin tener que avergonzarse. ¿Cuántas chicas, y las esposas de quién, se colgaron de tus pestañas? ¿Venís de Benarés? Habría ido allí este año, pero mi hija... sólo tenemos dos hijos. ¡Phaiiii! Ese es el efecto de estas llanuras bajas. Ahora que en Kulu, allí los hombres son auténticos elefantes. Pero querría pedirle a tu santo, ponte a un lado, pillastre, un conjuro contra esos tremendos cólicos de gases que en la época del mango le sobrevienen al hijo mayor de mi hija. Hace dos años me dio un conjuro muy poderoso.

—¡Pero santo! —exclamó Kim, a punto de reventar de risa ante la cara contrita del lama.

—Es verdad. Le di uno contra los gases.

—Los dientes... dientes... dientes —regañó la vieja dama.

—«Cúralos si están enfermos» —citó Kim regodeándose— «pero de ninguna manera hagas hechizos. Recuerda lo que le pasó al mahratta».

—Fue hace dos estaciones de lluvias; ella me fatigaba con su continuo importunar. —El lama gimió como el juez injusto había gemido antes—. Así sucede, toma nota, chela mío, que incluso aquellos que quieren seguir la Senda son apartados a un lado por mujeres ociosas. Durante los tres días que el niño estuvo enfermo no paró de hablarme.

—¡Arré! ¿Y con quién debía hablar? La madre del niño no sabía qué hacer y el padre dijo (fue en las noches de la estación fría): «Rezad a los dioses», como os lo cuento, luego ¡se dio la vuelta y se puso a roncar!

—Le di un conjuro. ¿Qué otra cosa podía hacer un viejo?

—«Es bueno abstenerse de la acción, excepto para adquirir mérito».

—Ah, chela, si me dejas, me quedo completamente solo.

—En todo caso, los dientes de leche le salieron sin problema —dijo la vieja señora—. Pero todos los sacerdotes son parecidos.

Kim tosió con severidad. Siendo joven, no aprobaba la ligereza de la mujer.

—Importunar a los sabios a deshora es invitar a la calamidad —dijo.

—Sobre los establos hay un mynah que habla —el contragolpe retornó con el bien conocido golpeteo del dedo enjoyado— y ha copiado el mismísimo tono del sacerdote de la familia. Quizás olvido el debido respeto a mis invitados, pero si le hubierais visto a él apretar los puños contra la barriga, tan grande como la mitad de una calabaza y llorar: «¡Aquí duele!» me perdonaríais. Estoy casi decidida a tomar la medicina del hakim. La vende barata y la verdad es que le vuelve tan gordo como el propio toro de Shiva. Él no niega un remedio, pero dudé por el niño, por culpa del color poco recomendable de los frascos.

El lama, al abrigo del monólogo, se había esfumado en la oscuridad hacia la estancia que le habían preparado.

—Le has ofendido probablemente —dijo Kim.

—A él no. Está cansado y lo olvidé con mi preocupación de abuela. (Nadie excepto una abuela debe cuidar de un niño. Las madres sólo valen para traerles al mundo). Mañana, cuando vea cómo ha crecido el hijo de mi hija, escribiré el conjuro. Luego, puede juzgar también las nuevas medicinas del hakim.

—¿Quién es el hakim, maharaní?

—Un nómada como tú, pero un bengalí serio de Dacca, un maestro de medicina. Me alivió de una opresión, después de comer carne, gracias a una pequeña pastilla que actuó como un diablo desencadenado dentro de mí. Ahora está de viaje, vendiendo preparados de gran valor. Incluso tiene papeles, impresos en angrezi, que explican lo que ha hecho por hombres de espalda débil y mujeres flojas. Ha estado aquí cuatro días, pero al oír que llegabais (los hakims y los sacerdotes son como la serpiente y el tigre en todas partes), se ha puesto ha cubierto, me parece a mí.

Mientras se tomaba un respiro después de esa retahíla, el viejo sirviente, sentado sin ser reprendido al borde de la luz de la antorcha, murmuró:

—En el fondo esta casa es un redil para todos los embaucadores y... sacerdotes. Con que el niño dejara de comer mangos... ¿pero quién puede discutir con una abuela? —Y alzó la voz con respeto—: Sahiba, el hakim duerme después de su cena. Está en los aposentos detrás del palomar.

A Kim se le erizó el vello como si fuera un terrier expectante. Confrontar y superar dialécticamente a un bengalí educado en Calcuta, a un lenguaraz vendedor de medicinas de Dacca, podría ser un juego divertido. No convenía que el lama y, por ende, él mismo, fueran desbancados por semejante sujeto. Conocía esos extraños anuncios en falso inglés publicados en la última página de los periódicos nativos. Los chicos de San Javier los traían a veces a escondidas para carcajearse entre compañeros porque el lenguaje del agradecido paciente recitando sus síntomas era de lo más simple y revelador. El urya, ansioso de azuzar un parásito contra otro, se escabulló en dirección al palomar.

—Sí —dijo Kim con un desprecio calculado—. Sus mercancías son un poco de agua coloreada y una desvergüenza muy grande. Su presa son reyes venidos a menos y bengalíes sobrealimentados. Su beneficio está en los niños... que aún no han nacido.

La vieja señora rio para sí.

—No seas envidioso. Los conjuros son mejores ¿eh? No seré yo quien diga lo contrario. Procura que tu santo me escriba un buen amuleto por la mañana.

—Nadie sino el ignorante lo niega —una voz gruesa y fuerte resonó a través de la oscuridad, mientras una figura se acercaba agachándose para descansar—. Nadie sino el ignorante niega el valor de los conjuros. Nadie sino el ignorante niega el valor de las medicinas.

—Una rata encontró un trozo de cúrcuma y dijo: «Abriré una verdulería» —replicó Kim.

Ahí se enzarzó la batalla, y ambos notaron como la anciana se estiraba atenta.

—El hijo del sacerdote conoce los nombres de su niñera y de tres dioses. Dice: «Oídmeme, u os maldeciré por los tres millones de Todopoderosos». —En verdad, el tipo invisible tenía una flecha o dos en su carcaj. Continuó—: No soy sino un maestro del alfabeto. He aprendido toda la sabiduría de los sahibs.

—Los sahibs nunca envejecen. Bailan y juegan como niños cuando son ya abuelos. Una raza de espaldas fuertes —gorjeó la voz dentro del palanquín.

—Yo también tengo nuestras medicinas que disuelven los humores en la cabeza de hombres acalorados y coléricos. Sinà bien elaborada cuando la luna está en la Casa conveniente; tengo tierras amarillas, arplan de China que le devuelve a un hombre su juventud, para asombro de su familia; azafrán de Cachemira y el mejor salep de Kabul. Mucha gente ha muerto antes...

—Eso lo creo de veras —interrumpió Kim.

—... de que conocieran el valor de mis medicinas. No doy a mis enfermos

la simple tinta con la que se escriben los conjuros, sino medicinas fuertes y efectivas que actúan y atacan al enemigo.

—Y lo hacen a conciencia —suspiró la vieja dama.

La voz del hombre se embarcó en una historia inacabable de infortunios y bancarrota, acompañados de incontables peticiones al Gobierno.

—Si no fuera ese mi destino, que todo lo rige, estaría ahora al servicio del Gobierno. Tengo un diploma de la gran escuela de Calcuta, a la que quizás vaya el hijo de esta casa.

—Iría, sin duda. Si el mocoso de nuestro vecino puede convertirse en un par de años en un F.A. (First Arts, la mujer usó el término inglés que había oído muy a menudo), cuantos premios no ganarán en la rica Calcuta los niños listos que yo me sé.

—¡Nunca —dijo la voz— he visto un niño así! Nacido en una hora propicia y destinado a durar muchos años... (a no ser por ese cólico que, ¡vaya!, puede degenerar en cólera negra y llevárselo como a una paloma), es envidiable.

—¡Hai mai! —dijo la vieja señora—. Alabar a los niños no es de buen augurio, si no, podría escuchar esta conversación. De todas formas, la parte trasera de la casa no está vigilada e incluso en estos aires tranquilos los hombres se creen que son hombres y las mujeres, ya sabemos... El padre del niño tampoco está aquí y tengo que hacer de chowkedar (vigilante) a mi edad. ¡Arriba! ¡Arriba! Levantad el palanquín. Dejad que el hakim y el joven sacerdote arreglen entre ellos si son más eficaces los sortilegios o las medicinas. ¡Ho! Holgazanes, ¡traed tabaco para los invitados y... me voy a dar una vuelta a la casa!

El palanquín se alejó tambaleándose, seguido de antorchas remolonas y de una horda de perros. Veinte pueblos conocían a la sahíba, sus defectos, su lengua y su gran generosidad. Veinte pueblos la engañaban, según la costumbre inmemorial, pero ni por todo el oro del mundo, hubieran robado o atracado en su jurisdicción. A pesar de ello, la anciana hacía un gran teatro de sus inspecciones formales, el jaleo de las cuales podía oírse hasta a medio camino de Mussoorie.

Kim se relajó como un augur tiene que hacer cuando se encuentra con otro. El hakim, todavía agachado, le pasó su narguile empujándolo con un pie amistoso y Kim aspiró el humo aromático. Los mirones esperaban un debate profesional serio, y quizás un poco de tratamiento gratuito.

—Discutir sobre medicina ante el ignorante es lo mismo que enseñar al pavo real a cantar —dijo el hakim.

—La verdadera cortesía —corroboró Kim— es muy a menudo la indiferencia.

Esto, claro está, era un diálogo amañado, destinado a impresionar a la concurrencia.

—¡Hi! Tengo una úlcera en la pierna —gritó un sirviente—. ¡Échenle un vistazo un momento!

—¡Iros! ¡Largaos! —dijo el hakim—. ¿Es la costumbre del lugar molestar a los huéspedes honorados? Os amontonáis aquí como búfalos.

—Si la sahiba supiera... —comenzó Kim.

—¡Ay! ¡Ay! Vámonos. Están ahí sólo para la anfitriona. Cuando los cólicos de su pequeño demonio estén curados, quizás nos permitan a nosotros, la gente pobre...

—La señora alimentó a tu esposa mientras estuviste en la cárcel por romperle la cabeza al prestamista. ¿Quién habla mal de ella? —A la luz de la luna, el viejo servidor se retorció el bigote blanco con furia—. Soy responsable del honor de esta casa. ¡Andando! —y se llevó a los subordinados caminando delante él.

Moviendo apenas los labios, dijo el hakim:

—¿Cómo está, señor O'Hara? Encantado de verle de nuevo.

La mano de Kim se contrajo alrededor de la caña de la pipa. En cualquier punto del ancho camino no se hubiera sorprendido; pero aquí, en este quieto remanso de vida, no estaba preparado para el babu Hurree. Además le molestó haber sido engañado.

—¡Ah ha! Se lo dije en Lucknow, resurgam, resurgiré de nuevo y no me reconocerá. ¿Cuánto había apostado, eh?

Masticaba con parsimonia unas semillas de cardamomos, pero respiraba con dificultad.

—¿Pero, por qué venir aquí, babuji?

—¡Ah! Eesa es la cuestión, como decía Shakespeare. Vengo a felicitarle por su actuación extraordinariamente efeciente en Delhi. ¡Oah! Se lo aseguro, estamos todos orgullosos de usted. Fue muuy buena y oportuna. Nuestro común amigo es vieja amistad mía. Ha estado en algunas situaciones muy apuradas. Y se verá en alguna más. Él me lo contó; yo se lo conté al señor Lurgan; y este se alegró de que se haya graduado tan brillantemente. Todo el departamento se alegra.

Por primera vez en su vida, Kim se estremeció de orgullo legítimo (lo que,

sin embargo, puede ser una trampa mortal) con los elogios del Departamento, elogios halagadores de un colega por un trabajo apreciado por los otros compañeros. No hay nada comparable en este mundo. Pero, gritó el oriental en él, los babus no viajan sólo para repartir cumplidos.

—Cuenta tu historia, babu —dijo con autoridad.

—¡Oah! No es nada. Soloo que estaba en Simia cuando se recibió el telegrama sobre lo que nuestro mutuo amigo dijo haber escondido y el viejo Creighton... —Y miró a Kim para ver como se tomaba esa audacia.

—El sahib coronel —corrigió el estudiante de San Javier.

—Por supuesto. A él le pareció que yo no tenía nada mejor que hacer así que me cayó en suerte ir a Chitor para recuperar esa maldita cana. No me gusta el Sur, demasiado viaje en tren; pero me dieron una buena bolsa para gastos del viaje. ¡Ha! ¡Ha! Encontré a nuestro conocido en Delhi, en el camino de vuelta. Ahora mismo está reposando y dice que disfraz de saddhu le sienta de maravilla. Bien, allí oí lo que usted había hecho tan bien, tan rápido, sin pensárselo dos veces. Le dije a nuestro mutuo que usted se llevó la palma, ¡por Júpiter! Fue magnífico. Vengo a decírselo.

—¡Umm!

Las ranas saltaban en las acequias y la luna se desplazó hacia su escondite. Algún sirviente feliz había salido para comulgar con la noche y tocar un tambor. La siguiente frase de Kim fue en lengua nativa.

—¿Cómo nos seguiste?

—Oah. No fue nada. Sé por nuestro amigo mutuo que se dirige a Saharunpore. Así que vengo. Los lamas rojos no son personas que pasen desapercibidas. Me compré yo mismo mi caja de medicinas y realmente soy buen doctor. Voy a Akrola del Vado y oigo todo sobre ustedes y hablo aquí y allá. Toda la gente corriente sabe lo que hacen. Me enteré cuando la vieja dama hospitalaria envió el dooli. Por aquí tienen grandes recuerdos de las visitas del viejo lama. Sé que las señoras viejas no pueden apartar las manos de las medicinas. Así que me convierto en doctor y... ¿oye como me expreso? Creo que es muuy convincente. Le doy mi palabra, señor O'Hara, en cincuenta millas a la redonda, la gente corriente sabe de usted y del lama. Así que he venido. ¿Le importa?

—Babuji —dijo Kim mirando hacia la cara ancha y sonriente—, soy un sahib.

—Mi querido señor O'Hara...

—Y espero jugar al Gran Juego.

—En este momento está subordinado a mí en lo que concierne al Departamento.

—Entonces ¿por qué hablar como un mono en el árbol? Nadie te sigue desde Simia y cambia de vestimenta sólo para decirte unas palabras agradables. No soy un niño. Hable hindi y vamos al grano. Tú estás aquí y no cuentas ni una sola verdad de cada diez palabras. ¿Por qué estás aquí? Dame una respuesta sincera.

—Eso es lo que me parece taan chocante en los europeos, señor O'Hara. A su edad debería conocer mejor el estilo de aquí.

—Pero quiero saberlo —dijo Kim riéndose—. Si es el Juego, a lo mejor puedo ayudar. ¿Cómo puedo hacer algo si usted bukh (parlotea) sin ir al meollo de la cuestión?

El babu Hurree se estiró para coger la pipa y chupó hasta que burbujeó de nuevo.

—Ahora hablaré en la lengua nativa. Siéntese quieto señor O'Hara... se trata del pedigrí del semental blanco.

—¿Todavía? Eso se resolvió hace tiempo.

—El Gran Juego se habrá acabado sólo cuando todos estén muertos. No antes. Escúchame hasta el final. Hace tres años, cuando Mahbub Ali te dio el pedigrí del semental, cinco reyes preparaban una guerra sorpresa. Gracias a aquella noticia, nuestro ejército cayó sobre ellos antes de que estuvieran preparados.

—Sí, ocho mil hombres con cañones. Recuerdo esa noche.

—Pero la guerra no se continuó hasta el final. Es la costumbre del Gobierno. Las tropas fueron retiradas porque el Gobierno creyó que los cinco reyes ya estaban lo suficiente intimidados y no es barato alimentar a los hombres entre los grandes pasos de montaña. Hilás y Bunár, rajás con cañones, asumieron, a cambio de una cantidad de dinero, la protección de los pasos contra toda incursión del Norte. Alegaron miedo y amistad. —Se interrumpió con una risita pasando al inglés—: Por supuesto, se lo cuento extraofeencialmente para elucidar situación política, señor O'Hara. Ofeeencialmente, me está prohibido criticar cualquier acción de los superiores. Prosigo ahora. Esto complació al Gobierno, ansioso de evitar gastos, e hicieron un trato: Por tantas rupias al mes Hilás y Bunár protegerían los pasos tan pronto como las tropas del Estado se retiraran. Por esa época, después de nuestro encuentro, yo, que había estado vendiendo té en Leh, me hice contable en el Ejército. Cuando las tropas se retiraron, me dejaron atrás para pagar a los culis encargados de abrir nuevas carreteras en las montañas. Esa construcción

vial era parte del trato entre Bunár, Hilás y el Gobierno.

—¿Ah sí? ¿Y luego?

—Le aseguro que allí también hacía un frío brutal después del verano — dijo el babu Hurree en tono confidencial—. Todas las noches tenía miedo de que los hombres de Bunár me cortaran el pescuezo para apoderarse del cofre con las pagas. ¡Mis guardias, nativos cipayos, se reían de mí! ¡Por Júpiter! Tema tanto miedo... Da lo mismo. Sigo en nuestra lengua. Avisé varias veces de que esos dos reyes estaban vendidos al Norte, y Mahbub Ali, que estaba aún más al norte, lo confirmó ampliamente. No tomaron ninguna medida. Tan sólo se me congelaron los pies y se me cayó un dedo. Envié un mensaje informando de que las carreteras por las que yo estaba pagando un sueldo a los excavadores estaban siendo construidas para los pies de extranjeros y enemigos.

—¿Para?

—Para los rusos. El asunto, conocido entre los culis, era objeto de mofa general. Entonces me llamaron para que contara de viva voz lo que sabía. Mahbub vino también al sur. ¡Escucha el final! Este año, después del deshielo, por entre los pasos —tembló de nuevo— vienen dos extranjeros con el pretexto de cazar cabras salvajes. Llevan armas, pero también cadenas, niveles y brújulas.

—¡Oho! La cosa se aclara.

—Son bien recibidos por Hilás y Bunár. Hacen grandes promesas; hablan como emisarios de un kaiser y les ofrecen regalos. Van por los valles arriba y abajo, diciendo: «Este es un sitio para construir un parapeto; aquí podéis instalar un fuerte. Desde aquí podéis salvaguardar la carretera contra un ejército», las mismas carreteras por las que yo había pagado mensualmente. El Gobierno está al corriente, pero no hace nada. Los otros tres reyes, que no eran pagados por proteger los pasos, denunciaron, a través de un mensajero, la mala fe de Bunár e Hilás. Cuando todo el mal está hecho, ves, cuando esos dos extranjeros con los niveles y las brújulas han hecho creer a los cinco reyes que un gran ejército invadirá los pasos al día siguiente o al próximo —toda esa gente de montaña es tonta—, me llega la orden a mí, el babu Hurree: «Ve al norte y mira a ver que hacen esos extranjeros». Le digo al sahib Creighton: «Esto no es un proceso judicial para ir juntando evidencias». Hurree volvió al inglés con un bote: «Por Júpiter», dije, «¿por qué demonios no da órdenes semifeeciales a algún hombre de temple para que los envenene, por ejemplo? Es, si se me permite la observación, una indolencia de su parte muy reprehensible». ¡Y el coronel Creighton, se rio de mí! Es ese desmedido orgullo inglés. ¡Creéis que nadie se atreve a conspirar contra vosotros! Todo eso no es más que pura estupidez del Tommy.

Kim fumaba despacio, dándole vueltas al asunto en su mente rápida hasta donde podía entenderlo.

—Entonces ¿te vas para seguir a los extranjeros?

—No. Para ir a su encuentro. Vienen a Simia para enviar los cuernos y las cabezas a fin de que las preparen en Calcuta. Son caballeros exclusivamente deportistas y el Gobierno les otorga facilidades especiales. Como no, siempre hacemos así. Es nuestro orgullo inglés.

—Entonces, ¿qué hay que temer de ellos?

—Por Júpiter, no son gente negra. Con los negros puedo hacer todo tipo de cosas, naturalmente. Pero estos son rusos, gente desprovista de todo escrúpulo. Yo... yo no quiero codearme con ellos sin testigos.

—¿Te matarán?

—Oah, eso no es nada. Soy lo bastante buen Herbert Spenceriano, espero, como para confrontarme con pequeña cosa como la muerte, la cual depende por completo de mi destino, sabe. Pero... pero pueden golpearme.

—¿Porqué?

Hurree Babu chascó los dedos con irritación.

—Por supuesto me afiliaré a su campamento en capacidad supernumeraria, como intérprete quizás, o persona mentalmente incapaz y hambrienta, o algo parecido. Y luego tendré que recoger lo que pueda, supongo. Para mí es tan fácil como jugar al señor doctor con la vieja señora. Soloo que... soloo que... ve, señor O'Hara, por desgracia soy asiático, lo que constituye serio impedimento en algunos aspectos. Y además soy bengalí... un hombre miedoso.

—Dios hizo a la liebre y al bengalí. ¿De qué avergonzarse? —dijo Kim, citando el proverbio.

—Fue proceso de evolución, pienso, a partir de necesidad primordial, pero el hecho se reduce, en resumen, al cui bono. Soy, oh, ¡horriblemente miedoso!, recuerdo que una vez, en el camino a Lhasa, querían cortarme la cabeza. (No, nunca llegué a Lhasa). Me senté y lloré, señor O'Hara, anticipando torturas chinas. No espero que esos dos caballeros vayan a torturarme, pero prefiero contar ante posible contingencia con asistencia europea en caso de emergencia. —Tosió y escupió los cardamomos—. Es una simple proposición extraofeacial a la que puede decir «No, babu». Si no tiene ningún compromiso urgente con su anciano, quizás usted pueda desviarle; quizás yo pueda seducir sus fantasías, me gustaría que quedara en contacto departamental conmigo hasta que encuentre a esos personajes deportistas. Tengo gran opeenión de usted desde que me encontré en Delhi con mi amigo. Y también yo

incorporaré su nombre en mi informe ofeencial cuando asunto sea finalmente juzgado. Será una gran pluma en su sombrero. Por esa razón he venido realmente.

—¡Humph! El final de la historia creo que es verdad; pero ¿la primera parte?

—¿Sobre los cinco reyes? ¡Oah! Hay muchísima verdad en ello. Mucha más de lo que puede suponer —dijo Hurree con sinceridad—. Vendrá, ¿eh? Me voy de aquí directamente al Doon. El paisaje es muuy verde y lleno de colorido. Iré a Mussoorie, al buen y viejo Mussoorie Pahar, como dicen las damas y los caballeros. Luego a Chini pasando por Rampur. Es el único camino por el que pueden venir. No me gusta esperar al frío, pero tendré que aguardarles. Quiero ir a pie con ellos hasta Simia. Sabe, uno de los rusos es un francés, y mi francés es bastante bueno. Tengo amigos en Chandernagore.

—Seguro que él se alegraría de ver las montañas de nuevo —dijo Kim pensativo—. Toda su conversación en estos últimos diez días no ha sido de otra cosa. Si vamos juntos...

—¡Oah! En el camino podemos hacer como si fuéramos desconocidos, si su lama lo prefiere. Estaré tan sólo a cuatro o cinco millas por delante. No hay prisa para Hurree, ese es un chiste europeo, ¡ha!, ¡ha!, y ustedes vienen detrás. Hay tiempo de sobra; conspirarán, medirán y harán mapas, como es lógico. Me iré mañana y ustedes al día siguiente, si quiere. ¿Eh? Piénselo hasta mañana. Por Júpiter, es casi por la mañana ya. —Bostezó abiertamente y, sin despedirse, se fue con paso pesado hacia su aposento. Pero Kim durmió poco y sus pensamientos discurrieron en indostaní:

—¡Con razón llaman al Juego, Grande! Fui durante cuatro días sirviente en Quetta, atendiendo a la esposa del hombre cuyo libro robé. ¡Y eso fue parte del Gran Juego! El mahratta vino desde el sur, Dios sabe a qué distancia y, a riesgo de su vida, jugó al Gran Juego. Ahora me alejaré más y más hacia el norte para jugar al Gran Juego. Es verdad que atraviesa como una lanzadera todo el Indostán. Y mi parte en él, y mi diversión —sonrió a la oscuridad—, se las debo a este lama. También a Mahbub Ali, también al sahib Creighton, pero sobre todo al santo. Tiene razón, es un mundo grande y maravilloso y yo soy Kim... Kim... Kim... solo... una persona... en medio de todo ello. Pero veré a esos extranjeros con sus niveles y cadenas...

—¿Cuál fue el resultado de la charla de la noche pasada? —dijo el lama después de sus plegarias.

—Vino un vendedor ambulante de medicamentos, uno de los gorriones que dependen de la sahiba. Le derroté probando con argumentos y oraciones que nuestros conjuros son más valiosos que sus aguas coloreadas.

—¡Alas, mis conjuros! ¿La virtuosa señora está todavía empeñada en uno nuevo?

—Por completo.

—Entonces hay que escribirlo, o me ensordecera con su griterío. —El lama buscó tanteando su plumier.

—En las llanuras —dijo Kim— hay siempre demasiada gente. En las montañas, tal como yo lo veo, hay menos.

—¡Oh! Las montañas y las nieves de las montañas. —El lama partió un pequeño trozo de papel para encajarlo en un amuleto—. ¿Pero qué sabes tú de las montañas?

—Están muy cerca. —Kim abrió la puerta y miró a la larga y serena línea de los Himalayas, bañada en el oro de la mañana—. Excepto en las ropas de sahib, nunca he puesto el pie en ellas. —El lama aspiró el viento con nostalgia—. Si vamos al norte —Kim hizo la pregunta al sol que se elevaba—, ¿no se evitaría al menos mucho del calor del mediodía, caminando entre las montañas bajas?... ¿Está listo el conjuro, santo?

—He escrito los nombres de siete demonios tontos, ninguno de los cuales vale un grano de polvo en el ojo. ¡Así nos apartan las mujeres tontas de la Senda!

El babu Hurree salió de detrás del palomar, lavándose los dientes con un ostentoso ritual. Metido en carnes, caderas anchas, cuello de toro y voz profunda, no parecía un «hombre miedoso». Kim le hizo una señal imperceptible de que el asunto iba por buen camino y cuando finalizó el aseo matinal, el babu Hurree vino a honrar al lama en un florido lenguaje. Comieron, naturalmente por separado, y después, la vieja dama, más o menos velada tras una ventana, volvió al asunto vital de los cólicos de mango verde del niño. El conocimiento médico del lama era, como es lógico, únicamente simbólico. Él creía que el excremento de un caballo negro mezclado con sulfuro y llevado en una piel de serpiente, era un remedio eficaz contra el cólera; sin embargo, el simbolismo le interesaba mucho más que la ciencia. El babu Hurree aceptó esas opiniones con una encantadora educación, a tal punto que el lama lo consideró un médico cortés. El babu replicó que no era más que un aficionado inexperto en esos misterios; pero, al menos, daba gracias a los dioses por ello, sabía cuándo estaba en presencia de un maestro. Él mismo había sido enseñado por los sahibs, que no tienen en cuenta los gastos, en los salones señoriales de Calcuta; pero, como siempre estaba dispuesto a reconocer, detrás de la sabiduría terrena, hay otra sabiduría, la noble y solitaria ciencia de la meditación. Kim lo observaba con envidia. El babu Hurree que él conocía —empalagoso, efusivo y nervioso— se había evaporado; también

había desaparecido el descarado vendedor de medicinas de la noche anterior. Allí quedaba —pulido, educado y atento— un sobrio e instruido hijo de la experiencia y la adversidad, recabando sabiduría de los labios del lama. La vieja dama le confesó a Kim que esas alturas intelectuales escapaban a su entendimiento. Lo que ella quería eran conjuros con mucha tinta que uno pudiera lavar en agua, tragar y así resolver de una vez. Si no ¿para qué servían los dioses? A ella le gustaba la gente y hablaba de pequeños reyes que había conocido en el pasado; de su propia juventud y sabiduría; de los estragos causados por los leopardos y de las excentricidades de amor asiáticas; del efecto de los impuestos, de rentas por las nubes, de las ceremonias funerarias, de su yerno (esto por alusión fácil de captar), del cuidado de los niños y de la falta de decencia de la época. Y Kim, tan interesado en la vida de este mundo como ella en dejarlo pronto, se sentaba con los pies bajo el dobladillo de su ropaje, absorbiéndolo todo, mientras el lama demolía una tras otra cada una de las teorías sobre la cura del cuerpo propuestas por el babu Hurree.

Al mediodía el babu se colgó su caja de medicinas chapada en latón, cogió sus zapatos de ceremonias de charol en una mano, en la otra una alegre sombrilla azul y blanca y partió hacia el norte, al Doon, donde, según dijo, estaba muy solicitado entre los pequeños reyes de esas partes.

—Nos iremos con el fresco del atardecer, chela —dijo el lama—. Ese doctor, instruido en temas del cuerpo y de la cortesía, afirma que la gente de esas montañas bajas son devotos, generosos y muy necesitados de un maestro. En poco tiempo, eso dice el hakim, llegaremos al aire fresco y al perfume de pinos.

—¿Vais a las montañas? ¿Y por la carretera de Kulu? ¡Oh, triplemente feliz! —chilló la vieja dama—. Si no estuviera un poco apurada con el cuidado de la hacienda, tomaría un palanquín..., pero sería una desvergüenza y mi reputación se resentiría. ¡Ho! ¡Ho! Conozco el camino, cada paso del camino, me conozco yo. Encontraréis caridad por todas partes, no se niega a aquellos de buen parecer. Daré órdenes para las provisiones. ¿Un sirviente para acompañaros al camino? No... Entonces, al menos voy a cocinaros algo bueno.

—¡Qué mujer, la sahiba! —dijo el urya de barba blanca, cuando se produjo un tumulto en la zona de la cocina—. En todos estos años nunca ha olvidado a un amigo; nunca ha olvidado a un enemigo. Y su forma de cocinar, ¡wah! —Y se frotó su delgada barriga.

Había tortas, había dulces, había carne de ave fría cocinada en trozos con arroz y ciruelas; suficiente para cargar a Kim como una mula.

—Soy vieja e inútil —dijo—. Ahora nadie me quiere ni me respeta, pero hay pocos que se comparen conmigo cuando invoco a los dioses y me agacho

ante mis cazuelas de cocinar. Volved de nuevo, oh gente de buena voluntad. Santo y discípulo, volved. La habitación está siempre preparada; la bienvenida siempre a punto... Cuídate de que las mujeres no sigan al chela demasiado abiertamente. Yo conozco a las mujeres de Kulu. Chela, ten cuidado de que él no se escape en cuanto huela sus montañas de nuevo... ¡Hai! No volquéis la bolsa de arroz... Bendice esta casa, santo, y perdona a tu servidora sus estupideces.

Se secó sus viejos ojos rojos con una esquina del velo y cloqueó con la garganta.

—Las mujeres hablan —dijo el lama al fin—, pero esa es una enfermedad de mujer. Le di un conjuro. Ella está en la Rueda y entregada por completo a las apariencias de esta vida, pero de todas formas, chela, es virtuosa, amable, hospitalaria, de corazón entero y diligente. ¿Quién dirá que no ha adquirido mérito?

—Yo no, santo —dijo Kim, acomodando las abundantes provisiones sobre los hombros—. En mi mente, tras mis ojos, he intentado imaginarme alguien así liberado de la Rueda, sin desear nada, sin causar nada, una monja, por así decir.

—¿Y, oh, diablete? —dijo el lama a punto de soltar una carcajada.

—No consigo formar la imagen.

—Yo tampoco. Pero hay muchos, muchos millones de vidas ante ella. Puede ser que consiga un poco de sabiduría en cada una de ellas, tal vez.

—¿Y olvidará en ese camino cómo hacer guisos con azafrán?

—Tu mente se apega a cosas sin valor. Pero ella tiene habilidad. Estoy recuperado por completo. Cuando lleguemos a la baja montaña seré aún más fuerte. El hakim me dijo la verdad esta mañana cuando comentó que un soplo de las nieves le quita a un hombre veinte años de encima. Subiremos por un tiempo a las montañas, a las altas montañas, hasta donde se oye el sonido del agua de las nieves y de los árboles. El hakim dijo que podremos regresar a los llanos en cualquier momento porque no haremos más que rozar los sitios agradables. El hakim está lleno de sabiduría, pero no es en modo alguno orgulloso. Hablé con él, cuando tú estabas hablando con la sahíba, de un cierto mareo que me coge la parte de atrás del cuello por la noche, y dijo que venía por exceso de calor, que tenía que ser curado con aire fresco. Considerándolo, me maravillo de no haber pensado en un remedio tan simple.

—¿Le hablaste de tu búsqueda? —dijo Kim, un poco celoso. Prefería persuadir al lama con su propia elocuencia, no a través de las artimañas de El babu Hurree.

—Ciertamente. Le conté mi sueño y la manera en la que había adquirido mérito haciendo que te enseñaran la sabiduría.

—¿No le dijiste que yo era un sahib?

—¿Qué necesidad había? Te he dicho muchas veces que no somos más que dos almas buscando la salida. Dijo, y ahí tenía razón, que el río de la curación surgirá justo como yo soñé, a mis pies, si es necesario. Ves, después de haber encontrado la Senda que me liberará de la Rueda, ¿necesito preocuparme por encontrar un camino por los campos de la tierra que no son sino ilusión? Sería insensato. Tengo mis sueños, que se repiten noche tras noche; tengo el Jâtaka; y te tengo a ti, Amigo de todo el Mundo. Estaba escrito en tu horóscopo que un toro rojo sobre campo verde, no lo he olvidado, te traería honores. ¿Quién sino yo vio cumplirse la profecía? Cierto, fui el instrumento. Tú me encontrarás el río, tú serás esta vez el instrumento. ¡La búsqueda no fracasará!

Giró su rostro de amarillo marfil, sereno y apacible, hacia las montañas que parecían hacerles guiños; su sombra se alargaba ante él en el polvo.

Capítulo 13

¿Quién ha deseado el mar, las inmensas y desdeñosas olas?

*¿El temblor, la caída, el desvío antes de que emerja el bauprés que
apuñala las estrellas,*

*Las nubes pacíficas de los vientos alisios y debajo el céfiro irritado
rugiendo,*

*Los escollos sin anunciar acechando en los acantilados y el sordo
retumbar de las velas de trinquete?*

¿Su mar diferente en cada maravilla, su mar el mismo en cada maravilla,

Su mar que llena su ser?

*¡Así y no de otra forma, así y no de otra manera los montañeses desean
sus montañas!*

El mar y la montaña

«Quién va a las montañas va a su madre». El lama y Kim habían cruzado los Siwaliks y el Doon semitropical, habían dejado Mussoorie detrás de ellos y se dirigían al norte a lo largo de los angostos caminos de montaña. Día tras día se adentraban más profundamente en las densas cadenas montañosas y día tras día Kim veía al lama recuperar la fuerza de un hombre. Entre las terrazas del

Doon se había apoyado en los hombros del chico, siempre presto para aprovechar cada descanso del camino. A los pies de la gran rampa hacia Mussoorie el lama reunió sus fuerzas, como un viejo cazador que fuera a confrontarse a una loma que recuerda bien, y donde debiera haberse hundido exhausto, agitó sus largos ropajes en torno a él, aspiró una doble y profunda bocanada de aire diamantino, y comenzó a ascender como sólo un hombre de montaña puede hacerlo. Kim, nacido y criado en la llanura, sudaba y jadeaba asombrado.

—Esta es mi tierra —dijo el lama—. Pero comparado con Such-zen, esto es más llano que un campo de arroz —y subió montaña arriba con un vaivén de cadera regular y enérgico. Pero fue en la bajada, una pendiente con un desnivel de tres mil pies en tres horas, donde se distanció por completo de Kim, cuya espalda le dolía por descender intentando mantenerse derecho y cuyo dedo gordo del pie estaba casi cortado por la tira de esparto de la sandalia. El lama caminaba con un balanceo incansable a través de la sombra moteada de los grandes bosques de deodares; entre robles coronados y emplumados de helechos, abedules, encinas, rododendros y pinos, hasta salir a desnudas laderas de montaña, de hierba resbaladiza y quemada por el sol y vuelta de nuevo al frescor de los bosques, hasta que el roble cedió el sitio al bambú y a la palma del valle.

A la luz crepuscular, echándole una mirada a las grandes cimas detrás de él y a la línea tenue y estrecha del camino por donde habían venido, el lama se ponía a planear, con la amplia y generosa visión de un montañés, las nuevas marchas del día siguiente, o, parándose en el punto más alto de algún paso elevado desde el que se divisaba Spiti y Kulu, extendía los brazos con añoranza hacia las altas nieves del horizonte. Estas resplandecían al amanecer con un rojo etéreo contra el azul más intenso, cuando Kedarnath y Badrinath, reyes de esas tierras vírgenes, captaban los primeros rayos del sol. Las cumbres permanecían todo el día bajo el sol como si fueran plata fundida y al atardecer se enjoyaban de nuevo. Al principio, sobre los viajeros soplaban con moderación brisas agradables de encontrar cuando se asciende por alguna vertiente gigantesca; pero pocos días después, a una altura de nueve o diez mil pies, esas brisas cortaban; y Kim, benévolo, permitió a las gentes de un pueblo montañés adquirir mérito dándole un tosco abrigo de tela de manta. El lama estaba un poco sorprendido de que alguien pudiera objetar a las brisas afiladas como un cuchillo que le habían arrancado años de los hombros.

—Esto no es más que la baja montaña, chela. No hará frío hasta que no lleguemos a las montañas verdaderas.

—El aire y el agua son buenos y la gente es lo bastante devota, pero la comida es muy mala —refunfuñó Kim—; y andamos como si estuviéramos locos... o fuéramos ingleses. Y encima hiela por la noche.

—Un poco quizás; pero sólo lo justo para hacer que los viejos huesos se alegren con el sol. No siempre tenemos que regalarnos con camas suaves y buena comida.

—Podríamos al menos seguir el camino.

Kim sentía todo el amor de alguien de la llanura por el camino bien pateado, de apenas seis pies de ancho, que serpenteaba entre las montañas; pero el lama, como buen tibetano, no podía resistirse a los atajos por las estribaciones ni a los rebordes de las laderas de gujarros. Como le explicó a su cojeante discípulo, un hombre criado entre montañas puede profetizar el curso de un camino de montaña y aunque las nubes bajas pueden ser un obstáculo para un extranjero que quiera atajar, no son ningún impedimento para un hombre prevenido. Por eso, tras largas horas de lo que, en los países civilizados, podría ser considerado montañismo de alto nivel, jadeaban en una ensillada, esquivaban algunos deslizamientos y descendían, en un ángulo de cuarenta y cinco grados, a través del bosque, hacia el camino de nuevo.

A lo largo de su ruta se encontraban pueblos de montañeses: cabañas de tierra y barro y, de vez en cuando, de madera tallada de forma rudimentaria con un hacha, pegadas como nidos de golondrinas a las escarpaduras; amontonadas en terrazas minúsculas a mitad de un despeñadero de tres mil pies de profundidad; o encajadas en un rincón entre precipicios que canalizaban y concentraban cada ráfaga errante; o bien, debido a los pastos de verano, encogidas en una garganta que en invierno estaría cubierta por diez pies de nieve. Y los habitantes —gente de piel cetrina, obesa, vestida con gruesa lana, de piernas cortas y desnudas y rostros casi como de esquimal— se congregaban para venerarles. La gente de la llanura, amable y bondadosa, había tratado al lama como un santo entre otros santos. Pero la de la montaña lo reverenciaba como a alguien que conocía todos sus demonios. Los montañeses practicaban un budismo casi extinguido, recubierto por un culto a la naturaleza tan fantástico como sus propios paisajes y tan intrincado como la disposición en terrazas de sus diminutos campos; pero reconocían como máxima autoridad al gran gorro, al tintineo del rosario y a los extraños textos chinos; y respetaban al hombre bajo el gorro.

—Te hemos visto bajar por la pendiente de los Pechos Negros de Eua —dijo un betah que una noche les dio queso, lecha amarga y pan duro como una piedra—. No vamos muy a menudo allí, excepto cuando alguna vaca preñada se extravía en verano. Hay un viento repentino entre esos riscos que derriba a los hombres en los días más calmados. ¡Pero qué os puede importar a vosotros el demonio de Eua!

Entonces Kim, al que le dolía cada fibra del cuerpo, mareado de mirar hacia abajo, con los pies lastimados y los dedos acalambrados de agarrarse a

hendiduras demasiado pequeñas, se alegraba de la marcha del día, como un chico de San Javier se hubiera alegrado de las alabanzas de sus amigos tras ganar el cuarto de milla en pista. Las montañas le hicieron sudar el sebo de ghi y azúcar de sus huesos; el aire seco, aspirado entre sollozos en la cima de los crueles pasos, afirmaba y desarrollaba sus pectorales; y las laderas en pendiente le dieron nuevos y fuertes músculos en muslos y pantorrillas.

A menudo meditaban sobre la Rueda de la Vida, tanto más cuanto que, como dijo el lama, estaban liberados de sus tentaciones visibles. Si no fuera porque divisaban el águila gris, o porque veían de vez en cuando un oso a lo lejos escarbando y hurgando en la ladera, o por un furioso leopardo moteado encontrado al alba en un tranquilo valle devorando una cabra, o por un pájaro de colores brillantes aquí y allí, estaban solos con los vientos y las hierbas silbando bajo su soplo. Las mujeres de las cabañas humeantes, por encima de cuyos tejados caminaban según bajaban la montaña, eran poco agraciadas y sucias, esposas de muchos maridos y padecían de bocio. Los hombres eran leñadores, cuando no campesinos, pusilánimes y de una ingenuidad increíble. Pero para que no les faltara conversación acorde a su nivel, el destino les envió al cortés doctor de Dacca —unas veces adelantándoles por el camino, otras siendo adelantado— el cual pagaba por su comida con pócimas buenas contra el bocio y consejos para restablecer la armonía entre hombres y mujeres. Parecía conocer las montañas tan bien como conocía los dialectos montañeses y le explicó al lama la situación de la región con respecto a Ladakh y al Tíbet. El doctor les dijo que podrían volver a la llanura en cualquier momento. Entre tanto, para los aficionados a las montañas, aquel camino de allí podría interesarles. Todo esto no fue expuesto de golpe, sino en los encuentros al atardecer en la era empedrada, cuando, una vez despachados los pacientes, el doctor fumaba y el lama aspiraba rapé, mientras Kim miraba las pequeñas vacas pastando sobre los tejados de las casas, o su alma vagaba detrás de sus ojos por los abismos de azul profundo entre cordillera y cordillera. Mantenían conversaciones aparte en los bosques oscuros, cuando el doctor buscaba hierbas, y Kim, como doctor en ciernes, tenía que acompañarle.

—Ve, señor O'Hara, no sé qué demonios haré cuando encuentre a nuestros amigos deportistas, pero si amablemente no pierde de vista mi sombrilla, que es buen punto fijo para medición catastral, me sentiré mucho mejor.

Kim miró a través de la jungla de picos.

—Esta no es mi tierra, hakim. Creo que es más fácil encontrar una pulga en la piel de un oso.

—Oah, eese es mi punto fuerte. No hay prisa para Hurree. No hace mucho estaban en Leh. Dijeron que habían bajado del Kara Korum con sus cabezas,

cuernos y demás. Soolo temo que hayan enviado desde Leh a territorio ruso todas las cartas y documentos comprometedores. Por supuesto, se alejarán hacia el este tanto como les sea posible, simplemente para que parezca que nunca estuvieron en los Estados del oeste. ¿No conoce las montañas? — Garabateó por tierra con una rama—. ¡Mire! Deberían haber venido por Srinagar o Abbottabad. Eese es el atajo para ellos, bajando el río por Bunji y Astor. Pero han hecho trastada en el Oeste. Así que —trazó un surco de izquierda a derecha— caminan y caminan hacia el este hasta Leh (¡ah allí sí que hace frío!), después Indus abajo hasta Han-lé (conozco ese camino), y luego más abajo, ve, hasta Bushahr y el valle de Chini. Está confirmado por proceso de eliminación y también mediante preguntas a la gente a la que curo tan bien. Nuestros amigos han estado mucho tiempo jugando y atrayendo la atención. Así que son bien conocidos desde lejos. Me verá dar con ellos en alguna parte del valle de Chini. Por favor, no pierda de vista la sombrilla.

Esta ondulaba como una campánula zarandeada por el viento descendiendo los valles y por los flancos de montaña, y el lama y Kim, que se guiaban por la brújula, siempre la adelantaban al anochecer cuando su portador se ponía a vender ungüentos y polvos.

—¡Vinimos por tal y tal camino! —El lama señalaba con dedo despreocupado las cumbres, y la sombrilla se deshacía en elogios.

Cruzaron un paso con nieve a la fría luz de la luna y el lama, burlándose ligeramente de Kim, atravesó con nieve hasta las rodillas, como un camello de Bactria, la raza peluda, criada en la nieve, que va por el caravasar de Cachemira. Avanzaron entre capas de nieve ligera y guijarros de esquisto salpicados de nieve en polvo, y se refugiaron de una tormenta en un campamento de tibetanos que bajaban deprisa sus pequeñas ovejas, cargadas cada una con un saco de bórax. Llegaron a cerros con hierba, jaspeados todavía de nieve, cruzaron bosques y desembocaron de nuevo en terrenos de hierba. A pesar de todas sus marchas, Kerdarnath y Badrinath no se mostraban impresionados; y sólo tras días de viaje, Kim, subido a un insignificante montículo de diez mil pies de altura, pudo ver que una joroba o cuerno de los dos grandes señores había, cambiado de contorno, de manera casi imperceptible.

Al fin entraron en un mundo dentro de otro mundo, un valle de muchas leguas donde las altas colinas estaban formadas por simples escombros y desechos caídos del regazo de la montaña. Aquí un día de marcha no les llevaba muy lejos, como una pesadilla en la que uno caminara con pies de plomo. Durante horas contornearon penosamente un saliente de montaña, pero he aquí que no era sino una protuberancia de un contrafuerte que sobresalía de la mole principal. Una pradera redondeada se revelaba, en cuanto habían llegado a ella, como una vasta meseta que se extendía hacia el valle a lo lejos.

Tres días más tarde, no era sino un pliegue en el terreno hacia el sur.

—¡Seguro que los dioses viven aquí! —dijo Kim, vencido por el silencio y el impresionante movimiento y dispersión de las nubes tras la lluvia—. Este no es un sitio para hombres.

—Hace mucho mucho tiempo —dijo el lama, como para sí mismo—, le preguntaron al Señor si el mundo existiría siempre. A esto el Excelso no contestó... Cuando estuve en Ceilán, un sabio buscador lo confirmó a partir del evangelio escrito en pali. En realidad, puesto que conocemos la Senda hacia la libertad, la pregunta no tenía sentido, pero ¡mira y reconoce la ilusión, chela! ¡Estas son las montañas verdaderas! Son como mis montañas de Suchzen. ¡Nunca hubo montañas así!

Por encima de ellos, todavía muy por encima, la tierra ascendía hasta la línea de nieve, trazada como con una regla, de Este a Oeste, a través de cientos de millas, donde se detenían los últimos abedules audaces. Por encima, emergiendo en escarpas y bloques, las rocas se afanaban en estirar sus cabezas por encima de la blanca capa de vaho. Más arriba aún, se extendían las nieves eternas, inmutables desde el comienzo de los tiempos, pero transformándose con cada variación del sol y de las nubes. Sobre su superficie se podían ver manchas y borrones, allí donde danzaban las tormentas y el repentino wulliewa. Debajo de ellos, allí donde se pararon, el bosque descendía milla tras milla en una alfombra verdeazul; bajo el bosque había un pueblo con sus campos en terraza y sus inclinados pastos esparcidos aquí y allá. Bajo el pueblo sabían que, aunque en ese momento retumbaba y rugía allí una tormenta de truenos, un declive de mil doscientos o mil quinientos pies iba a dar al húmedo valle donde las corrientes, que engendraban al joven Sutlej, se juntaban.

Como de costumbre, el lama guio a Kim por senderos de ganado y caminos secundarios, lejos de la ruta principal a lo largo de la cual, el babu Hurree, ese «hombre miedoso», tres días antes había bregado con una tormenta ante la que nueve de cada diez ingleses hubiera cedido el paso gustoso. Hurree no era ni por asomo un cazador —el clic de un gatillo le demudaba el color— pero, como él mismo habría dicho, era un «perseguidor bastante efeciente», y había rastreado a fondo el gran valle con un par de binoculares baratos con un objetivo claro. Además, el blanco de las telas desgastadas de las tiendas destacaba desde lejos contra el fondo verde. Cuando se sentó en la era de Ziglaur, el babu Hurree había visto todo lo que quería ver a veinte millas a vuelo de águila y a cuarenta por carretera, es decir, dos pequeños puntos que un día estaban justo bajo la línea de nieve y al siguiente habían descendido quizás seis pulgadas por la ladera de la colina. Una vez limpias y listas para entrar en acción, sus piernas gordas y desnudas podían cubrir una sorprendente cantidad de terreno, y esa era la razón por la cual, mientras Kim y el lama se quedaban en Ziglaur, en una cabaña con goteras,

hasta que la tormenta hubiera pasado, un bengalí zalamero, empapado, pero siempre sonriente, hablando el inglés más refinado con los giros más atroces, estaba ganándose el favor de dos extranjeros calados hasta los huesos y bastante reumáticos. Hurree entró en escena, dándole vueltas a varias estrategias, justo después de una tormenta de truenos que había partido un pino encima del campamento, y enseguida persuadió a una docena o dos de atemorizados culis de que el día no era favorable para seguir viaje, de modo que estos, por unanimidad, arrojaron sus cargas y se negaron a continuar. Eran súbditos de un rajá de las montañas el cual, como era la costumbre, arrendaba sus servicios a terceros para su ganancia personal; y, para colmo de sus desdichas, los sahibs extranjeros ya los habían amenazado con rifles. La mayoría de ellos conocían desde hacía tiempo a los sahibs y los rifles: eran batidores y shikarris de los valles del norte, hábiles rastreadores de osos y de cabras salvajes; pero nunca en su vida habían sido tratados de esa manera. Así que el bosque los acogió en su regazo y, a pesar de los juramentos y protestas, se negaba a devolverlos. No había necesidad de fingir locura o... el babu había pensado en otra manera de asegurarse una bienvenida. Escurrió sus ropas mojadas, se puso sus zapatos de charol, abrió su sombrilla azul y blanca, y con paso afectado y el corazón latiéndole en las amígdalas, se presentó como un «agente de su Alteza Real, el rajá de Rampur, caballeros. Por favor, ¿qué puedo hacer por ustedes?».

Los caballeros estaban encantados. Uno era obviamente francés, el otro ruso, pero hablaban un inglés no muy inferior al del babu. Ambos le rogaron que les prestara sus amables oficios. Sus sirvientes nativos se habían puesto enfermos en Leh.

Ellos se habían adelantado porque estaban ansiosos por llevar los trofeos de caza a Simia antes de que las pieles fueran carcomidas por las polillas. Traían consigo una carta de presentación (el babu le dedicó un salam a la manera oriental) para los oficiales del Gobierno. No, no se habían encontrado con otras partidas de caza en route. Iban por su cuenta. Tenían abundantes provisiones. Sólo querían avanzar tan pronto como fuera posible. En esto el babu descubrió entre los árboles a un montañés acobardado y tras tres minutos de charla y un poco de plata (uno no puede hacer economías al servicio del Estado, aunque el corazón de Hurree sangrara ante el gasto) los once culis y los tres acompañantes reaparecieron. Al menos el babu sería testigo de su opresión.

—Mi real señor se enfadará mucho, pero esta es sólo gente vulgar y muy ignorante. Me alegraría mucho si vuestras señorías cierran los ojos ante incidente desafortunado. En un momento cesará la lluvia y entonces podremos continuar. Han estado cazando ¿eh? ¡Buena proeza!

Hurree brincaba con agilidad de un kilita a otro, pretendiendo ajustar cada

uno de los cestos cónicos. Por lo general, el inglés no confiaba mucho en el asiático, pero nunca golpearía la mano de un babu servicial que, por accidente, hubiera volcado un kilta con un hule rojo por encima. Por otra parte, nunca animaría a un babu a beber por muy afable que este fuera, ni le invitaría a comer carne. Los extranjeros hicieron todo eso y formularon muchas preguntas, sobre mujeres la mayoría, a las cuales Hurree respondió de forma desenfadada e improvisada.

Le dieron un vaso de un fluido blanco parecido a la ginebra, luego más, y al rato su seriedad se había esfumado. Hurree se volvió groseramente traicionero y habló en términos absolutamente indecorosos contra un Gobierno que le había obligado a recibir la educación de un blanco, pero había descuidado proveerle con el salario de un blanco. Farfulló historias de opresión y de agravios hasta que las lágrimas por las miserias de su país corrieron por sus mejillas. Luego, se alejó tambaleante, cantando canciones de amor de la baja Bengala y se derrumbó sobre un tronco húmedo. Nunca un desdichado producto del Gobierno inglés en la India se ofreció tan patéticamente a unos extranjeros.

—Son todos iguales —dijo en francés uno de los deportistas al otro—. Cuando lleguemos a la India propiamente dicha ya verás. Me gustaría visitar a su rajá. Uno podría dejar caer allí la palabra adecuada. Es posible que ya haya oído de nosotros y quiera mostrarnos su buena voluntad.

—No tenemos tiempo. Debemos llegar a Simia tan rápido como sea posible —replicó su compañero—. Por lo que a mí respecta, desearía que nuestros informes hubieran sido enviados desde Hilás, o incluso de Leh.

—El correo inglés es mejor y más seguro. Recuerda que gozamos de todas las facilidades, y ¡en nombre de Dios!, ¡las gentes se nos ofrecen por sí mismas! ¿No es de una estupidez increíble?

—Es orgullo, orgullo que merece y recibirá castigo.

—¡Sí! En nuestro Juego, enfrentarse a un colega continental es otra cosa. Hay un riesgo añadido, pero esta gente... ¡bah! Es demasiado fácil.

—Orgullo... sólo orgullo, amigo mío.

—Y ahora ¿de qué demonios sirve que Chandernagore esté tan cerca de Calcuta y todo eso —se dijo Hurree, roncando con la boca abierta sobre el musgo empapado—, si no puedo entender su francés? ¡Hablan tan terriblemente rápido! Habría sido mucho más fácil cortarles el cuello a estas malas bestias.

Cuando se presentó de nuevo, un dolor de cabeza le martirizaba; arrepentido, expresó con locuacidad su temor de que en su borrachera hubiera

podido ser indiscreto. Quería al Gobierno inglés, fuente de toda prosperidad y honor, y su amo en Rampur era de la misma opinión. En ese momento, los hombres empezaron a burlarse de él y a citar sus palabras anteriores, hasta que poco a poco, con muecas desaprobadoras, sonrisas empalagosas y miradas maliciosas de astucia infinita, las defensas del pobre babu fueron derrotadas y le forzaron a contar... la verdad. Cuando más tarde le narraron la historia a Lurgan, lamentó en voz alta no haber podido estar en el lugar de los culis, testarudos y descuidados, que con felpudos de esparto sobre sus cabezas y las gotas de lluvia rellenando sus huellas y formando charcos, esperaban a que el tiempo cambiara. Todos los sahibs que los culis conocían —hombres vestidos de cualquier manera que volvían alegremente año tras año a sus barrancos predilectos— tenían sirvientes, cocineros y ordenanzas, muy a menudo montañeses. Estos sahibs de aquí viajaban sin séquito. Por eso debían de ser sahibs pobres e ignorantes porque ningún sahib en sus cabales seguiría el consejo de un bengalí. Pero el bengalí, surgido de algún sitio, les había dado dinero y podía desenvolverse en su dialecto. Acostumbrados al maltrato general entre los de su propio color, barruntaban una trampa en alguna parte y estaban preparados para escapar en cuanto la ocasión se presentara.

A través del aire recién lavado y humeante con los agradables olores de la tierra, el babu abrió camino pendiente abajo, caminando con orgullo delante de los culis y con humildad detrás de los extranjeros. Sus pensamientos eran muchos y varios. El menor de ellos les hubiera interesado muchísimo a sus compañeros. Pero era un guía agradable, siempre pendiente de señalar las bellezas de los dominios de su real señor. Poblaba las montañas con todo lo que a los caballeros les pudiera interesar abatir —antílopes, íbices o muflones y tantos osos como tuviera a bien el profeta Eliseo—. Echaba parrafadas sobre botánica y etnología con una imprecisión inapelable, y su repertorio de leyendas locales, recordemos que era agente del Estado desde hacía quince años, era inagotable.

—Decididamente este tipo es un original —dijo el más alto de los dos extranjeros—. Es como la pesadilla de un correo vienes.

—Representa en pequeño la India en transición, la monstruosa hibridación entre Oriente y Occidente —replicó el ruso—. Somos nosotros los que podemos tratar con los orientales.

—Ha perdido su propio país y no ha adoptado otro. Pero siente el odio más profundo hacia sus conquistadores. Escucha. Él me confió la noche pasada... —dijo el otro.

Bajo la sombrilla a rayas, el babu Hurree estaba aguzando el oído y el cerebro para seguir la rápida cascada de francés, manteniendo al mismo tiempo ambos ojos en un kilta lleno de mapas y documentos, uno

especialmente grande con una cubierta de doble hule. No deseaba robar nada. Sólo quería saber lo que había para robar y, llegado el caso, cómo escapar cuando lo hubiera robado. Agradeció a todos los dioses del Indostán y a Herbert Spencer el que todavía quedaran cosas valiosas que sustraer.

Al segundo día, la carretera subía en cuesta hacia un espolón con hierba, por encima del bosque, y fue en ese momento, hacia la puesta de sol, cuando se cruzaron con un anciano lama —aunque le llamaron bonzo— sentado con las piernas cruzadas ante un misterioso mapa, sujetado con piedras, que estaba explicando a un muchacho, un neófito a todas luces, de belleza singular aunque desaliñado. Ambos habían divisado la sombrilla a rayas a medio día de marcha y Kim había sugerido hacer una parada hasta que llegara a ellos.

—¡Ha! —exclamó el babu Hurree, tan lleno de recursos como el gato con botas—. Este es eminente hombre santo local. Probablemente súbdito de mi real señor.

—¿Qué está haciendo? Es muy interesante.

—Está explicando una pintura sagrada, toda hecha a mano.

Los dos hombres se quedaron de pie con la cabeza descubierta bañados por la luz del atardecer descendiendo entre la hierba dorada. Los culis malhumorados, agradecidos por la parada, se detuvieron y dejaron sus cargas en el suelo.

—¡Mire! —dijo el francés—. Es como una pintura del nacimiento de una religión, el primer profesor y el primer discípulo. ¿Es budista?

—De alguna variante degradada —contestó el otro—. En las montañas no hay verdaderos budistas. Pero fíjate en los pliegues de sus ropajes. Fíjate en sus ojos, ¡qué insolencia! ¿Por qué nos hace sentir como si fuéramos un pueblo joven? —El hablante golpeó con pasión una hierba alta—. Aún no hemos dejado nuestra marca en ningún sitio. ¡En ningún sitio! Eso, me comprendes, es lo que me inquieta. —Y frunció el ceño ante la placidez del rostro y la calma monumental de la pose.

—Paciencia. Imprimiremos juntos vuestra marca, nosotros y vosotros, pueblo joven. Entre tanto, pinta su retrato.

El babu avanzó altanero; la pose de su espalda desentonaba con su habla deferencial o con su guiño a Kim.

—Santo, estos son sahibs. Mis medicinas curaron a uno de una diarrea y voy a Simia para supervisar su recuperación. Desean ver tu pintura...

—Curar al enfermo siempre es bueno. Esta es la Rueda de la Vida —dijo el lama—, la misma que te mostré en la cabaña de Ziglaur, mientras llovía.

—... y escucharte cómo la explicas.

Los ojos del lama se iluminaron con la perspectiva de nuevos oyentes.

—Explicar la Senda más Excelsa es bueno. ¿Saben algo de hindi, como el Conservador de las Imágenes?

—Un poco quizás.

Así, absorto como un niño con un juego nuevo, el lama echó la cabeza hacia atrás y empezó con un tono profundo la invocación que el teólogo hace preceder a la revelación de su doctrina. Los extranjeros se apoyaron en sus bastones alpinos y escucharon. Kim, humildemente agachado, contemplaba la luz rojiza del sol reflejada en sus caras y sus largas sombras juntándose y separándose. Vestían unas polainas no inglesas y llevaban ceñidos unos extraños cintos que le recordaron vagamente a los dibujos de un libro de la biblioteca de San Javier: Las aventuras de un joven naturalista en México, era su título. Sí, se parecían mucho al maravilloso señor Sumichrast de la historia, y en modo alguno a la «gente sin el menor escrúpulo» de las fantasías del babu Hurree. Los culis, mudos e impregnados del color de la tierra, se agacharon con reverencia a unas veinte o treinta yardas de distancia y el babu, los faldones de sus finas ropas aleteando como una banderola al soplo de la fría brisa, quedó de pie a su lado con aire de feliz propietario.

—Estos son los hombres —murmuró el babu Hurree, mientras el ritual continuaba su curso y los dos blancos seguían el amplio recorrido de la brizna de hierba yendo del Cielo al Infierno y vuelta de nuevo—. Todos sus libros están en el kilita grande con la tapa rojiza, libros, informes y mapas, y he visto la carta de un rey escrita por Hilás o Bunár. La guardan con mucho cuidado. No han enviado nada desde Hilás o Leh. Seguro.

—¿Quién está con ellos?

—Sólo los culis beegar. No tienen sirvientes. Son tan reservados que incluso cocinan su propia comida.

—¿Pero qué tengo que hacer?

—Esperar y ver. Pero si algo me sucede, sabrás dónde buscar los papeles.

—Esto estaría mejor en las manos de Mahbub Ali que en las de un bengalí —dijo Kim con desdén.

—Hay otras formas de llegar hasta una amante que derribando una pared con la cabeza.

—Mirad, aquí está el Infierno destinado a la Avaricia y la Codicia. Por un lado está flanqueado por el Deseo y por el otro por el Hastío. —Mientras el lama se animaba más y más con la explicación, uno de los extranjeros hizo un

boceto de él a la luz que se estaba desvaneciendo con rapidez.

—Es suficiente —dijo al fin el hombre con brusquedad.

—No puedo entenderle, pero quiero esa pintura. Es mejor artista que yo. Pregúntele si la quiere vender.

—Dice que «No, sar» —replicó el babu. El lama, por supuesto, estaba tan dispuesto a separarse de su mapa dándoselo a un caminante ocasional, como un arzobispo a empeñar los recipientes sagrados de la catedral. Todo Tíbet está lleno de reproducciones baratas de la Rueda; pero el lama era un artista, además de un abad rico en su lugar de origen.

—Quizás en tres días, o cuatro, o diez, si percibo que el sahib es un buscador y de buen entendimiento, pueda yo mismo pintarle otra. Pero esta es usada para la iniciación de un novicio. Díselo así hakim.

—La quiere ahora... por dinero.

El lama negó con la cabeza lentamente y empezó a enrollar la Rueda. Por su parte, el ruso no vio más que un sucio anciano regateando por un sucio trozo de papel. Sacó un puñado de rupias y medio en broma le arrancó el mapa que se rasgó al sujetarlo el lama. Un tenue murmullo de horror escapó de los culis, algunos de los cuales eran hombres de Spiti y, para sus luces, buenos budistas. Ante la ofensa, el lama se puso en pie; su mano se dirigió hacia el pesado plumier de hierro que es el arma del sacerdote y el babu angustiado pegaba botes.

—Ahora ve... ve por qué quería testigos. Son personas desprovistas de escrúpulos. ¡Oh, sar!, ¡sar! ¡No puede golpear a un hombre santo!

—¡Chela! ¡Ha profanado la Palabra Escrita!

Era demasiado tarde. Antes de que Kim pudiera protegerle, el ruso golpeó al anciano en plena cara. Al momento siguiente, rodaba colina abajo con Kim aferrado a su garganta. El golpe había despertado en la sangre del chico todos los demonios irlandeses desconocidos y la caída súbita de su enemigo hizo el resto. El lama se inclinó de rodillas, medio mareado; los culis con sus cargas huyeron colina arriba tan rápido como un hombre de la llanura corre por terreno plano. Habían presenciado un sacrilegio innombrable y más les valía alejarse antes de que los dioses y los demonios de las montañas se vengaran. El francés corrió hacia el lama, tanteando su revólver con el vago propósito de convertirle en rehén a cambio de su compañero. Una lluvia de piedras cortantes —los montañeses tienen muy buena puntería— le ahuyentó y un culi de Ao-chung empujó consigo al lama en la huida. Todo sobrevino tan rápidamente como la repentina oscuridad en la montaña.

—Han cogido el equipaje y todas las armas —gritó el francés, disparando a

ciegas en el ocaso.

—¡De acuerdo, sar! ¡De acuerdo! No dispare. Voy al rescate —y Hurree, bajando pesadamente la pendiente, se tiró en plancha sobre el divertido y asombrado Kim, que estaba golpeando contra una roca la cabeza de su enemigo ya sin resuello.

—Regresa con los culis —le susurró el babu al oído—. Tienen el equipaje. Los papeles están en el kilta con la tapa roja, pero mira en todos. Coge los documentos y especialmente la murasla (la carta del rey). ¡Vete! ¡Viene el otro hombre!

Kim trepó montaña arriba. Una bala de revólver rebotó a su lado contra una roca y se puso a cubierto como una perdiz.

—Si dispara —gritó Hurree—, descenderán y nos aniquilarán. He rescatado al caballero, sar. Todo esto es terriblemente peligroso.

—¡Por Júpiter! —pensaba Kim concentrado en inglés—. Este es un buen aprieto, pero creo que es en defensa propia. —Palpó por su pecho buscando el regalo de Mahbub y con inseguridad (excepto por unos pocos tiros de prácticas en el desierto de Bikaner, nunca había usado la pequeña arma) apretó el gatillo.

—¡Qué le dije, sar! —El babu parecía estar llorando—. Baje aquí y ayúdeme a resucitar. Estamos todos en la misma cuerda floja, se lo digo yo.

Los disparos cesaron. Se oyó un ruido de pies tropezando y Kim trepó de prisa en la oscuridad, jurando como un gato, o como alguien criado en esa tierra.

—¿Te hirieron, chela? —preguntó el lama por encima de él.

—No. ¿Y a ti? —respondió Kim metiéndose entre un grupo de abetos enanos.

—Estoy bien. Ven. Iremos con esta gente a Shamlegh-bajo-la-nieve.

—Pero no antes de hacer justicia —gritó una voz—. Tengo las armas de los sahibs, las cuatro. Vamos abajo.

—Golpeó al santo, ¡lo vimos! ¡Nuestro ganado quedará estéril, nuestras mujeres no volverán a parir! Las nieves caerán sobre nosotros en el camino de vuelta a casa... ¡Encima de todas las otras injusticias!

El pequeño grupo de abetos se llenó de culis protestando, muertos de miedo y, en su terror, capaces de cualquier cosa. El hombre de Ao-chung hizo restallar con impaciencia el pestillo de la recámara de su arma, y mostró su intención de ir montaña abajo.

—Espera un poco, santo; no pueden ir lejos. Espera hasta que vuelva — dijo.

—Es esta persona la que ha sufrido el agravio —dijo el lama, llevándose la mano a la frente.

—Por esa misma razón —fue la réplica.

—Si esta persona lo pasa por alto, vuestras manos estarán limpias. Además, adquiriréis mérito con la obediencia.

—Espera, e iremos a Shamlegh juntos —insistió el hombre.

Durante un instante, justo el que se necesita para rellenar la recámara de un cargador con un cartucho, el lama vaciló. Luego se puso en pie y posó un dedo sobre el hombro del culi.

—¿Has oído? Yo digo que no habrá matanza, yo que fui abad de Such-zen. ¿Te apetece renacer como una rata, o una víbora bajo un canalón... o como un gusano en el vientre de la bestia más despreciable? ¿Es tu deseo...?

El hombre de Ao-chung cayó de rodillas, pues la voz retumbó como un gong demoníaco del Tíbet.

—¡Ay!, ¡ay! —gritaron los hombres de Spiti—. No nos maldigas. No le maldigas. ¡No era más que su fervor, santo!... ¡Baja el rifle, idiota!

—¡Ira sobre ira! ¡Mal sobre mal! No habrá matanza. Dejemos a los que golpean a sacerdotes que se marchen esclavizados a sus actos. Justa y segura es la Rueda, ¡no se desvía ni un pelo! Renacerán muchas veces, en tormento. —Su cabeza cayó hacia delante y se apoyó con todo su peso sobre el hombro de Kim.

—He estado muy cerca de un gran mal, chela —murmuró en el silencio sepulcral bajo los abetos—. Estuve tentado de dejar salir la bala; y es verdad, en el Tíbet habrían recibido una muerte lenta y dolorosa... Me golpeó en la cara... sobre la carne... —El lama se dejó caer al suelo, respirando con dificultad y Kim podía oír el corazón sobrecargado latir y pararse.

—¿Le han herido de muerte? —dijo el hombre de Ao-chung, mientras los otros permanecían callados.

Kim se arrodilló sobre el cuerpo con un miedo mortal.

—Nay —gritó vehemente—, es sólo debilidad. —Luego recordó que era un hombre blanco, con los accesorios de acampada de un hombre blanco a su disposición—. ¡Abrid los kiltas! Puede que los sahibs tengan alguna medicina.

—¡Oho! Entonces sé cuál es —dijo el hombre de Ao-chung con una sonrisa—. Después de haber sido cinco años shikarri del sahib Yankling,

¡como para no conocer esa medicina! También yo la probé. ¡Mira!

Sacó de entre sus ropajes una botella de whisky barato, como el que se vende a los exploradores en Leh, y con destreza introdujo a la fuerza un poco del líquido entre los dientes del lama.

—Así lo hice cuando el sahib Yankling torció el pie más allá de Astor. ¡Aha! Ya he mirado en sus cestos, pero haremos un reparto igualitario en Shamlegh. Dale un poco más. Es buena medicina. ¡Siéntelo! Su corazón va mejor ahora. Colócale con la cabeza baja y frótale un poco el pecho. Si hubiera esperado en silencio mientras yo daba cuenta de los sahibs, esto no habría pasado. Pero quizás los sahibs nos persigan aquí. Entonces no estará mal dispararles con sus propias armas, ¿heh?

—Uno de ellos ya ha cobrado, creo —dijo Kim entre dientes—. Le pateé en la ingle cuando rodábamos montaña abajo. ¡Si le hubiera matado!

—Es fácil ser valiente cuando uno no vive en Rampur —dijo uno cuya cabaña estaba situada a unas pocas millas del desvencijado palacio del rajá—. Si cogemos mala fama entre los sahibs, ninguno nos empleará más como shikarris.

—Oh, pero estos no son sahibs angrezi, no son hombres de carácter alegre como sahib Fostum o sahib Yankling. Son extranjeros... no pueden hablar angrezi como lo hablan los sahibs.

En ese momento el lama tosió y se sentó, buscando a tientas el rosario.

—No habrá matanza —murmuró—. ¡Justa es la Rueda! Mal sobre mal...

—Nay, santo. Estamos todos aquí —el hombre de Ao-chung le palmeó los pies con timidez—. Si no es por orden tuya, no se matará a nadie. Reposa un rato. Haremos un pequeño campamento aquí, y más tarde, cuando se ponga la luna, iremos a Shamlegh-bajo-la-nieve.

—Después de un golpe —dijo un hombre de Spiti con tono dogmático—, es mejor dormir.

—Tengo una molestia en la parte de atrás de mi cuello y como un pinzamiento. Déjame reposar la cabeza en tu regazo, chela. Soy un hombre viejo, pero no estoy libre de pasiones... Tenemos que pensar en la Causa de las Cosas.

—Dale una manta. No nos atrevemos a encender un fuego por miedo a que los sahibs lo vean.

—Es mejor irse a Shamlegh. Nadie nos seguirá hasta allí.

Este era el hombre nervioso de Rampur.

—He sido el shikarri del sahib Fostum y soy el shikarri del sahib Yankling. Debería haber estado ahora con el sahib Yankling si no fuera por este maldito beegar (trabajo forzado). Que dos hombres vigilen abajo con las armas, por si acaso los sahibs hacen más tonterías. Yo no dejaré a este santo.

Se sentaron un poco aparte del lama y, después de escuchar un rato, se pasaron entre ellos la pipa de agua cuya cazoleta era un viejo frasco de betún negro de Day y Martin. Mientras pasaba de mano en mano, el resplandor del carbón al rojo vivo iluminó los ojos oblicuos y parpadeantes, los huesos altos de las mejillas chinas y las gargantas de toro que se hundían entre los pliegues de las oscuras ropas de lana alrededor de los hombros. Parecían duendes de alguna gruta mágica, gnomos de las montañas en cónclave. Y mientras hablaban, los rumores del agua de lluvia a su alrededor enmudecieron uno a uno a medida que la helada de la noche atascaba y bloqueaba los regatos.

—¡Cómo se revolvió contra nosotros! —dijo admirativo un hombre de Spiti—. Recuerdo, hace siete estaciones, un viejo íbice, que el sahib Dupont perdió por errar el disparo en el camino de Ladakh, revolviéndose justo como él. El sahib Dupont era un buen shikarri.

—No tan bueno como el sahib Yankling. —El hombre de Ao-chung tomó un trago de la botella de whisky y la pasó a los otros—. Ahora escuchadme, a menos que alguno piense que sabe más.

Nadie recogió el desafío.

—Iremos a Shamlegh cuando salga la luna. Allí dividiremos con justicia el equipaje entre nosotros. Yo me doy por contento con este pequeño rifle nuevo y todos sus cartuchos.

—¿Es que los osos son fieros sólo en tus terrenos? —preguntó un compañero, chupando su pipa.

—No pero ahora las bolsas de almizcle valen seis rupias la pieza, y tus mujeres pueden quedarse con la tela de las tiendas y algunos de los cacharros de cocinar. Haremos todo eso en Shamlegh antes del alba. Luego cada uno seguirá su camino, recordando que nunca hemos visto o estado al servicio de estos sahibs, porque siempre podrían contar que les hemos robado su equipaje.

—Eso está bien para ti, pero ¿qué dirá nuestro rajá?

—¿Quién se lo va a contar? ¿Esos sahibs, que no pueden hablar nuestro idioma, o el babu, que nos dio dinero por razones que sólo él conoce? ¿Va a lanzar él un ejército contra nosotros? ¿Qué prueba quedará? Lo que no necesitamos, lo arrojaremos en el muladar de Shamlegh, donde nadie ha puesto todavía el pie.

—¿Quién está en Shamlegh este verano? —Shamlegh era sólo un lugar de

pastos con tres o cuatro cabañas.

—La Mujer de Shamlegh. A ella no le gustan los sahibs, como sabemos. Los otros se alegrarán con pequeños regalos; y aquí hay suficiente para todos nosotros. Palmeó los laterales abombados del cesto más cercano.

—Pero... pero...

—He dicho que no son sahibs verdaderos. Todas sus pieles y cabezas fueron compradas en el bazar de Leh. Conozco las marcas. Os las enseñé durante la última marcha.

—Cierto. Fueron todas compradas, las pieles y las cabezas. Algunas tenían incluso polillas.

Ese era un argumento sagaz, y el hombre de Ao-chung conocía a sus compañeros.

—Si sucede lo peor, se lo contaré al sahib Yankling, que es un hombre de buen temperamento y se reirá. No hacemos nada malo a ningún sahib conocido. Esos son apaleadores de sacerdotes. Nos asustaron. ¡Huimos! ¿Quién sabe dónde dejamos tirado el equipaje? ¿Creéis que el sahib Yankling permitirá a la policía de la llanura andar por las montañas, espantando la caza? Hay mucha distancia de Simia a Chini, y más aún de Shamlegh al fondo de la sima de Shamlegh.

—Que así sea, pero yo me llevo el gran kilta. El cesto con la tapa roja que los sahibs empaquetaban ellos mismos cada mañana.

—Así pues está demostrado —dijo el hombre de Shamlegh con astucia—, que son sahibs de poca monta. Quién ha oído que el sahib Fostum, o el sahib Yankling, o incluso el pequeño sahib Peel que hace guardia por la noche para cazar cabras serow, digo, ¿quién oyó que estos sahibs fueran a la montaña sin un cocinero de la llanura, ni un porteador, ni... ni toda clase de gente bien pagada, altanera y tiránica en su séquito? ¿Cómo pueden esos darnos problemas? ¿Qué pasa con el kilta?

—Nada, sólo que está llena de la Palabra Escrita, los libros y los papeles en los que escribían y de extraños aparatos, como para el culto.

—La sima de Shamlegh los acogerá a todos.

—¡Cierto! ¿Pero qué sucede si con ello insultamos a los dioses de los sahibs? No me gusta tratar la Palabra Escrita de esa manera. Y sus ídolos de latón escapan a mi entendimiento. No es un botín para la gente sencilla de las montañas.

—El viejo todavía duerme. ¡Hst! Preguntemos a su chela. —El hombre de Ao-chung tomó un trago y se hinchó con el orgullo del liderazgo—. Tenemos

aquí —susurró—, un kilta del que no conocemos su naturaleza.

—Pero yo sí —dijo Kim con cautela. La respiración del lama indicaba que su sueño era normal y apacible, y Kim había estado pensando en las últimas palabras de Hurree. Como jugador del Gran Juego, estaba dispuesto en ese momento a honrar al babu—. Es un kilta con una tapa roja lleno de cosas maravillosas que no deben ser manejadas por tontos.

—Lo dije; lo dije —gritó el portador del bulto—. ¿Crees que nos delatará?

—No, si me la dais a mí. Yo puedo sacarle la magia. De lo contrario, causará un gran daño.

—Un sacerdote siempre toma su parte. —El whisky estaba desmoralizando al hombre de Ao-chung.

—No tiene interés para mí —respondió Kim, con la astucia de su tierra materna—. ¡Repartidlo entre vosotros y veréis lo que ocurre!

—Yo no. Era sólo una broma. Da la orden. Hay más que suficiente para todos nosotros. Al amanecer cada uno cogerá un camino desde Shamlegh.

Los culis hicieron y rehicieron sus pequeños y simples planes durante una hora más, mientras Kim temblaba de frío y de orgullo. La ironía de la situación cosquilleaba al irlandés y al oriental en su alma. Aquí estaban los emisarios del temido poder del norte, muy posiblemente tan importantes en su país como Mahbub o el coronel Creighton, reducidos de repente a la impotencia. Uno de ellos, Kim lo sabía en su interior, estaría cojo durante un tiempo. Ambos habían hecho promesas a los reyes. Y esa noche yacían en algún sitio por ahí abajo, sin mapas, sin comida, sin tienda, sin armas, sin guía, excepto por el babu Hurree. Y este colapso del Gran Juego (Kim se preguntaba a quién tenían que informar), esa huida nocturna en medio del pánico, no había acaecido por las artes de Hurree o por la contribución de Kim, sino de forma simple, admirable e inevitable como la captura de los amigos faquires de Mahbub por el joven y expeditivo policía de Ambala.

«Están ahí, sin nada, ¡y por Júpiter, está frío! Yo estoy aquí con todas sus cosas. ¡Oh, qué rabiosos estarán! Lo siento por el babu Hurree».

Kim hubiera podido ahorrarse su compasión porque en ese momento aunque el bengalí sufría agudamente en sus carnes, su alma estaba henchida de orgullo. Una milla más abajo, al borde del bosque de pinos, dos hombres medio congelados —uno con náuseas a intervalos— oscilaban entre recriminaciones mutuas y los insultos más vejatorios dirigidos al babu, que parecía fuera de sí por el terror. Exigieron un plan de acción. Hurree explicó que tenían mucha suerte de estar vivos; que sus culis, si no les estaban acechando en ese momento, se habían largado sin esperanza de echarles el

guante; que el rajá, su señor, estaba a noventa millas, y, lejos de prestarles dinero y un séquito para el viaje a Simia, les arrojaría seguramente a un calabozo si oyera que habían golpeado a un sacerdote. Hurree se extendió sobre este pecado y sus consecuencias hasta que los hombres le ordenaron que cambiara de tema. Su única esperanza, dijo, era una huida discreta de pueblo en pueblo hasta que alcanzaran la civilización; y, deshecho en lágrimas por centésima vez, preguntó a las altas estrellas por qué los sahibs «habían golpeado a un hombre santo».

Habrían bastado diez pasos en la oscuridad llena de crujidos para poner a Hurree completamente fuera del alcance de los dos extranjeros y camino del refugio y la comida del pueblo más cercano, donde los doctores con buena labia eran raros. Pero prefería soportar el frío, pinchazos en el estómago, palabras hirientes y golpes ocasionales en compañía de sus honorables patronos. Agachado junto al tronco de un árbol, sorbía compungido por la nariz.

—¿Y has pensado —preguntó enfadado el hombre que salió ileso— qué clase de espectáculo vamos a dar errando por estas montañas entre estos aborígenes?

El babu Hurree no había pensado casi en otra cosa durante las últimas horas, pero el comentario no iba dirigido a él.

—¡No podemos caminar! Apenas puedo andar —gimió la víctima de Kim.

—Quizás el santo tendrá compasión en su bondad, sar, de lo contrario...

—Me prometo a mí mismo un placer especial vaciando mi cargador en ese joven bonzo, la próxima vez que nos encontremos —fue la poco cristiana respuesta.

—¡Revólveres! ¡Venganza! ¡Bonzos! —Hurree se encogió aún más. La guerra estaba empezando de nuevo—. ¿No tienes consideración por nuestras pérdidas? ¡El equipaje! ¡El equipaje! —Podía oír al hablante agitar los pies por la hierba—. ¡Todo lo que llevábamos! ¡Todo lo que habíamos conseguido! ¡Nuestras ganancias! ¡Ocho meses de trabajo! ¿Sabes lo que eso significa? «Desde luego ¡somos nosotros los que podemos tratar con orientales!». Oh, buena la has hecho.

Se pusieron a discutirlo en varias lenguas y Hurree sonrió. Kim estaba con los kiltas y en los kiltas había ocho meses de buena diplomacia. No había medio de comunicar con el chico, pero uno podía confiar en él. En cuanto al resto, Hurree pudo organizar las etapas del viaje por las montañas de tal modo que Hilás, Bunár y cuatrocientas millas de caminos de montaña contarían la historia durante una generación. Los hombres que no podían controlar a sus propios culis son poco respetados en las montañas y los montañeses tienen un

agudo sentido del humor.

—Si lo hubiera hecho yo mismo —pensó Hurree—, no hubiera salido mejor; y, por Júpiter, ahora que pienso en ello, por supuesto que lo organicé yo. ¡Qué espabilado he sido! ¡Lo pensé justo cuando corría montaña abajo! La afrenta fue accidental, pero sólo yo podía haberla utilizado así, ah, valió la pena a pesar de todo. ¡Considérese el efecto moral sobre estas gentes ignorantes! Sin tratados, sin papeles, sin ningún documento escrito y conmigo como su intérprete. ¡Cómo me voy a reír con el coronel! Ojalá tuviera sus papeles también; pero no se pueden ocupar dos lugares en el espacio al mismo tiempo. Eso es axiomático.

Capítulo 14

Mi hermano se arrodilla (dice Kabir)

Ante piedra y bronce como un infiel,

Pero en la voz de mi hermano oigo

Mis propias agonías sin respuesta.

Su Dios es el que su Destino le asigna,

Su oración es todas las del mundo y la mía también.

La oración

A la salida de la luna los precavidos culis se pusieron en camino. El lama, refrescado por el sueño y el alcohol, no necesitaba más que apoyarse en el hombro de Kim para continuar, en silencio, con zancada ligera. Durante una hora se mantuvieron sobre la hierba salpicada de esquistos, bordearon el flanco de un precipicio inmortal y ascendieron hacia una nueva tierra completamente cerrada a toda vista del valle de Chini. Un enorme terreno de pastos se extendía en forma de abanico hacia la nieve viviente. En su base había quizás medio acre de terreno llano, sobre el cual se erigían unas pocas cabañas de barro y madera. Tras ellas —pues, como es típico de las montañas, estaban colgadas al borde del mundo— el terreno caía en picado dos mil pies hasta la base de la sima de Shamlegh, donde un hombre nunca había dejado la huella.

Los hombres no hicieron ningún movimiento para repartir el botín hasta que no vieron al lama acostado en la mejor habitación del lugar, con Kim lavándole y masajeándole los pies a la manera musulmana.

—Enviaremos comida —dijo el hombre de Ao-chung— y el kilta de tapa

roja. Al alba no quedará nadie de nosotros que pueda dar una pista, de una manera u otra. Si algo del kilita no se necesita... ¡mira aquí!

Señaló por la ventana que daba al espacio bañado por la luz de la luna reflejada en la nieve y arrojó una botella de whisky vacía.

—No hace falta esperar a escuchar el golpe de la caída. Esto es el fin del mundo —dijo, y salió. El lama miró al espacio, ambas manos en el alféizar, con ojos que brillaban como ópalos amarillos. Desde el inconmensurable abismo ante él se elevaban cumbres blancas anhelando la luna. El resto era como la oscuridad del espacio interestelar.

—Estas —dijo lentamente— son en verdad mis montañas. Así debe vivir un hombre, colgado sobre el mundo, alejado de los placeres, reflexionando sobre asuntos de trascendencia.

—Sí; si tiene un chela que prepare té para él, y doble una manta para su cabeza, y espante a las vacas preñadas.

Una lámpara humeante ardía en un nicho, pero la intensa luz de la luna la eclipsaba y en la combinación de luces, Kim, inclinado sobre las bolsas y los cuencos de comida, se movía como un alto fantasma.

—¡Ay! Aunque mi sangre se ha enfriado, la cabeza todavía me bate y martillea y tengo como una cuerda alrededor de la nuca.

—No me extraña. Fue un golpe fuerte. Que el que lo dio...

—Si no hubiera sido por mis pasiones no hubiera ocurrido ningún mal.

—¿Qué mal? Tú has salvado a los sahibs de una muerte que merecían cien veces.

—No has aprendido bien la lección, chela. —El lama se fue a descansar sobre una manta doblada, mientras Kim proseguía con sus quehaceres nocturnos—. El golpe no fue sino una sombra sobre otra sombra. El mal en sí, ¡mis piernas se fatigan rápido estos últimos días!, encontró el mal en mí, furia, ira y el deseo de devolver el mal. Todo esto bulló en mi sangre, despertó un tumulto en mi estómago y ensordeció mis oídos. —En ese momento, tomando la taza caliente de manos de Kim, bebió el té ardiente con ceremonia—. Si no hubiera tenido pasiones, el golpe maligno hubiera producido sólo un mal corporal, una cicatriz o un moratón, que son ilusiones. Pero mi espíritu no estaba por encima de todo ello porque me invadió el deseo de dejar a los hombres de Spiti que los matasen. Al luchar contra ese deseo, mi alma se desgarró como si hubiera recibido más de mil golpes. Hasta que no repetí las Bendiciones (quería decir las Beatitudes budistas) no conseguí la calma. Pero el mal plantado en mí por la negligencia de un momento de descuido hace su efecto hasta el final. ¡Justa es la Rueda que no se desvía ni un pelo! Aprende la

lección, chela.

—Es demasiado elevada para mí —murmuró Kim—. Todavía estoy alterado. Me alegro de haber herido al hombre.

—Lo percibí cuando dormía sobre tus rodillas en el bosque. Me intranquilizó en sueños, el mal en tu alma filtrándose en la mía. Sin embargo, por otra parte —aflojó su rosario— he adquirido mérito salvando dos vidas, las vidas de los que me ofendieron. Ahora debo analizar la Causa de las Cosas. La barca de mi alma se ladea.

—Duerme y ponte fuerte. Es lo más sabio.

—Quiero meditar. Hay una necesidad más grande de lo que piensas.

El lama continuó mirando fijamente la pared hora tras hora hasta el alba, mientras la luz de la luna palidecía sobre los grandes picos y lo que había sido un cinturón de negrura entorno a las lejanas montañas se revelaba como un bosque de suave verde. De vez en cuando lanzaba un gemido. Tras la puerta cerrada, hacia la que el ganado desorientado se dirigía reclamando entrar en su viejo establo, Shamlegh y los culis se daban al saqueo y a la vida desenfrenada. El hombre de Ao-chung era su líder, y una vez abiertas las latas de conserva de los sahibs, y encontrando que eran muy sabrosas, ya no pudieron volverse atrás. El muladar de Shamlegh se tragó los restos.

Cuando Kim, tras una noche de pesadillas, salió a la helada de la mañana para lavarse los dientes, una mujer de piel clara luciendo en la cabeza un tocado con incrustaciones de turquesas quiso hablarle en privado.

—Los otros se han ido. Te dejaron este kilta como prometieron. No me gustan los sahibs, pero nos harás un sortilegio como pago por ello. No deseamos que el pequeño Shamlegh coja mala reputación a causa del... incidente. Soy la Mujer de Shamlegh. Le miró de arriba a bajo con ojos insolentes y claros, muy diferente de la típica mirada furtiva de las mujeres de montaña.

—Desde luego. Pero debe hacerse en secreto.

La mujer levantó la pesada kilta como un juguete y la arrojó en su propia cabaña.

—¡Sal fuera y cierra con cerrojo la puerta! No dejes que nadie se acerque hasta que haya terminado —dijo Kim.

—Pero después... ¿podemos hablar?

Kim volcó el kilta en el suelo, una cascada de instrumentos de agrimensura, libros, diarios, cartas, mapas y correspondencia nativa con un extraño perfume. En el fondo del todo había una bolsa bordada cubriendo un

documento sellado, dorado y con brillos tal como el que un rey envía a otro. Kim respiró hondo con placer y reconsideró la situación desde el punto de vista de un sahib.

—Los libros no los quiero. Además, son logaritmos para agrimensura, supongo. —Los puso a un lado—. Las cartas no las entiendo, pero las entenderá el coronel Creighton. Hay que conservarlas todas. Los mapas, dibujaron mapas mejores que los míos, por supuesto. Todas las cartas de nativos, ¡oh! Y sobre todo la murasla. —Olfateó la bolsa bordada—. Esto debe ser de Hilás o de Bunár y el babu Hurree dijo la verdad. ¡Por Júpiter! Es un botín refinado. Ojalá Hurree pudiera enterarse... El resto tiene que ir por la ventana. —Kim pasó los dedos por una magnífica brújula prismática y la punta brillante de un teodolito. Pero después de todo, un sahib no puede robar y, más tarde, esos objetos podrían convertirse en evidencias comprometedoras. Clasificó cada manuscrito, cada mapa y las cartas de nativos. Formaban un paquete blando. Puso a un lado los tres libros de tapas metálicas y con cierre, junto con cinco librillos de anotaciones desgastados.

—Las cartas y la murasla tengo que llevarlas entre la ropa y bajo mi cinto y los libros escritos a mano los tengo que poner en la bolsa de las provisiones. Será muy pesada. No. No creo que haya nada más. Si lo hay, los culis lo habrán arrojado ya por el khud abajo, así está bien. Ahora, os toca a vosotros. —Volvió a empaquetar la kilta con todo lo que quería tirar y la alzó hasta el alféizar de la ventana.

Mil pies por debajo, había un banco de niebla largo, perezoso, ondulado, todavía sin tocar por el sol matinal. Mil pies más abajo aún había un bosque de pinos centenarios. Podía ver las copas verdes que parecían como un lecho de musgo cuando algún remolino de viento diluía las nubes.

—¡No! No creo que nadie os persiga hasta ahí.

El cesto vomitó su contenido al caer dando vueltas. El teodolito golpeó un saliente puntiagudo del precipicio y explotó como una bomba; por unos segundos los libros, tinteros, cajas de pinturas, brújulas y reglas se asemejaron a un enjambre de abejas. Luego desaparecieron; y, aunque Kim, con medio cuerpo fuera de la ventana, aguzó sus jóvenes oídos, no llegó ningún sonido del abismo.

—Ni con quinientas, ni con mil rupias se podría comprar todo eso —pensó con tristeza—. Ha sido un graan derroche, pero tengo todas sus otras cosas, todo lo que hicieron, espero. Y ahora, ¿cómo demonios voy a contárselo al babu Hurree, y qué diablos voy a hacer? Y mi viejo está enfermo. Debo envolver las cartas en el hule. Es lo primero que hay que hacer, si no, se humedecerán todas con el sudor... ¡Y estoy solo por completo! —Ató las canas en un ordenado paquete, doblando bien el hule rígido y pegajoso en las

esquinas, porque su vida itinerante le había hecho tan metódico en asuntos del camino, como un viejo cazador. Luego, con enorme cuidado, colocó los libros en el fondo de la bolsa de provisiones.

La mujer picó a la puerta.

—Pero no has hecho ningún sortilegio —dijo, mirando a su alrededor.

—No hace falta. —Kim había descuidado por completo la necesidad de un poco de palique. La mujer se rio con irreverencia ante su confusión.

—Ninguna... para ti. Puedes lanzar un conjuro con un simple guiño. ¡Pero piensa en nosotros, pobre gente, cuando te hayas ido! La noche pasada estaban todos demasiado borrachos para escuchar a una mujer. ¿No estarás borracho?

—Soy un sacerdote. —Kim había recobrado la compostura y, puesto que la mujer no carecía de atractivo, consideró más prudente representar su función.

—Les avisé de que los sahibs se enfadarán y harán una investigación y un informe para el rajá. El babu está también con ellos. Los escribientes tienen lenguas largas.

—¿Es esa toda tu preocupación? —El plan surgió completo en la cabeza de Kim y esbozó una sonrisa encantadora.

—No del todo —replicó la mujer, tendiendo una mano encallecida y muy bronceada, toda cubierta de turquesas engastadas en plata.

—Puedo arreglarlo en un suspiro —continuó Kim con rapidez—. El babu es el mismo hakim (¿has oído hablar de él?) que vagabundeaba entre las montañas de Ziglaur. Le conozco.

—Lo contará para conseguir una recompensa. Los sahibs no puede distinguir a un montañés de otro, pero los babus tienen ojo para los hombres... y para las mujeres.

—Llévale un mensaje de mi parte.

—Por ti haría cualquier cosa.

Aceptó el cumplido con calma, como tienen que hacer los hombres en tierras donde son las mujeres las que hacen la corte, arrancó una hoja de un cuaderno y escribió con un lápiz de tinta en vulgar shikast, la escritura que los niños pequeños y traviosos usan cuando escriben cosas feas en las paredes:

«Tengo todo lo que han escrito: sus dibujos del terreno y muchas cartas. Especialmente la murasla. Dime lo que debo hacer. Estoy en Shamlegh-bajo-la-nieve. El viejo está enfermo».

—Llévaselo. Sellará su boca. No puede haber ido lejos.

—Desde luego que no. Están todavía en el bosque, del otro lado de la estribación. Nuestros niños fueron a vigilarles en cuanto se hizo de día y cuando se han movido, han gritado las noticias.

Kim dejó traslucir su asombro; pero desde el borde de los pastos de ovejas flotó un chillido agudo, como el de un milano. Un niño cuidando del ganado lo había recibido de un hermano o hermana en un punto alejado de la ladera que dominaba el valle del Chini.

—Mis maridos están también por allí recogiendo leña. —Sacó de su pecho un puñado de nueces, cascó una limpiamente y empezó a comer. Kim fingió una total ignorancia.

—¿No conoces el significado de la nuez... sacerdote? —dijo ella con timidez y le alargó las mitades de las cascaras.

—Pensándolo bien. —Deslizó con rapidez el trozo de papel entre dos cascaras—. ¿Tienes un poco de cera para sellar alrededor?

La mujer suspiró alto y Kim se ablandó.

—No hay pago hasta que el servicio no se haya hecho. Llévale esto al babu y dile que fue enviado por el Hijo del Encantamiento.

—¡Ay! ¡Claro! ¡Claro! Por un mago... que parece un sahib.

—Nay, un Hijo del Encantamiento, y pregunta si hay respuesta.

—Pero ¿y si suelta alguna grosería? Tengo... tengo miedo.

Kim se echó a reír.

—Estoy seguro de que está muy cansado y muy hambriento. Las montañas son malas compañeras de cama. Hai, mi —tenía en la punta de la lengua decir madre, pero lo convirtió en un hermana— tú eres una mujer sabia e ingeniosa. En este momento todos los pueblos saben ya lo que les ha sucedido a los sahibs, ¿eh?

—Así es. Las noticias llegaron a Ziglaur a medianoche y mañana llegarán a Kotgarh. Los pueblos están a la vez asustados y enfadados.

—No hay motivo. Di por los pueblos que alimenten a los sahibs y que los dejen pasar en paz. Tenemos que alejarlos de nuestros valles sin llamar la atención. Robar es una cosa, matar otra. El babu lo entenderá y no habrá quejas después. Apúrate. Tengo que atender a mi maestro cuando se despierte.

—Que así sea. Después del servicio... ¿dijiste?... viene la recompensa. Yo soy la Mujer de Shamlegh y nombrada por un rajá. No soy una vulgar portadora de bebés. Shamlegh es tuyo: pezuñas, cuernos, pieles, la leche y la mantequilla. Tómalo o déjalo.

Se volvió con determinación colina arriba, con sus collares de plata tintineando sobre su gran pecho, para encontrarse con el sol matinal de cara, a mil quinientos pies sobre ellos. Esta vez Kim pensó en lengua nativa mientras pegaba con cera los bordes del hule que envolvía los paquetes.

—¿Cómo puede un hombre seguir la Senda o el Gran Juego cuando es incordiado todo el tiempo por una mujer? Había esa chica en Akrola del Vado y la mujer del sirviente detrás del palomar, sin contar las otras, ¡y ahora viene esta! Cuando era niño estaba muy bien, pero ahora soy un hombre y no quieren verme como un hombre. ¡Nueces, nada menos! ¡Ho! ¡Ho! ¡En las llanuras son almendras!

Salió para conseguir comida del pueblo, no con una escudilla de mendicante, que puede estar bien para la llanura, sino a la manera de un príncipe. La población de verano de Shamlegh se reduce a tres familias, cuatro mujeres y ocho o nueve hombres. Estaban bien aprovisionados de carne enlatada y bebidas variadas, desde quinina tratada con amoniaco hasta vodka blanco, puesto que la noche anterior habían recibido una generosa parte del botín. Las estupendas tiendas continentales habían sido cortadas y repartidas hacía tiempo y había por allí varias sartenes de aluminio patentado.

Pero consideraban la presencia del lama como una protección perfecta contra todas las consecuencias del saqueo y sin el menor remordimiento le dieron a Kim lo mejor que tenían, incluso un trago de chang, la cerveza de cebada que viene de la parte de Ladakh. Luego se relajaron al sol y se sentaron con las piernas colgando sobre abismos infinitos, charlando, riendo y fumando. Juzgaban a la India y a su Gobierno sólo a partir de su experiencia con los sahibs itinerantes que les habían empleado a ellos o a sus amigos como shikarris. Kim escuchó historias de tiros errados sobre íbices, cabras serow, o muflones, disparados por sahibs que reposaban en la tumba desde hacía ya veinte años, cada detalle iluminado desde atrás como ramas en las copas de los árboles vistas al contraluz de un rayo. Le contaron sus pequeños males y, lo más importante, las enfermedades de su pequeño ganado de pezuñas firmes; le hablaron de viajes tan lejos como Kotgarh, donde vivían los extraños misioneros y más allá incluso hasta la maravillosa Simia, donde las calles están pavimentadas con plata y todo el mundo, atención, puede conseguir un empleo con los sahibs que viajan en carruajes de dos ruedas y gastan dinero a paladas. En ese momento, digno y replegado en sí, caminando con fatiga, el lama se unió a la charla bajo los aleros y los hombres le dejaron mucho sitio. El fino aire le refrescó y se sentó al borde de los precipicios con los mejores de entre ellos, y, cuando la charla languidecía, arrojaba guijarros al vacío. A treinta millas, a vuelo de águila, estaba la siguiente cadena montañosa, arrugada, estriada y salpicada con parches de maleza: bosques, cuya travesía implicaba un día de marcha en la oscuridad. Tras el pueblo, la montaña de

Shamlegh cortaba toda vista al sur. Era como sentarse en un nido de golondrina bajo los aleros del techo del mundo.

De tanto en tanto, el lama estiraba la mano y cuando alguien le animaba a ello en voz baja y suave, señalaba por donde pasaba la carretera hacia Spiti que continuaba hacia el norte a través de Parungla.

—Más allá, donde las montañas se vuelven más densas, está Dech'en (quería decir Han-lé), el gran monasterio. Lo construyó s'Tag-stan-ras-ch'en y de él viene esta historia. —Y se puso a contarla: una narrativa fantástica, saturada de hechizos y milagros que dejaron a Shamlegh con la respiración cortada. Luego se volvió un poco hacia el oeste y oteó las montañas verdes de Kulu y buscó bajo los glaciares Kailung—. Porque de allí vine un lejano, lejano día. Vine de Leh, cruzando el Baralachi.

—Sí, sí; lo conocemos —dijeron las gentes de Shamlegh, viajeros avezados en tierras lejanas.

—Y dormí dos noches con los sacerdotes de Kailung. ¡Esas son las montañas de mi contento! ¡Sombras benditas entre todas las otras sombras! Allí se abrieron mis ojos en este mundo; allí fueron abiertos mis ojos a este mundo; allí encontré la iluminación; y allí me preparé para mi búsqueda. Vine de las montañas, de las grandes montañas y de los poderosos vientos. ¡Oh, justa es la Rueda!

Los bendijo uno a uno: los grandes glaciares, las rocas desnudas, las morenas apiladas y los esquistos desprendidos; las secas tierras altas, el escondido lago de sal, los bosques centenarios y el valle fructífero y rebosante de agua, uno tras otro, como un hombre moribundo que bendijera a su pueblo, y Kim se maravilló de su pasión.

—Sí, sí. No hay lugar como nuestras montañas —dijo la gente de Shamlegh. Y dieron en preguntarse cómo podría vivir un hombre en las llanuras terribles con ese calor, donde corre ganado tan grande como los elefantes, inapropiado para arar en una ladera de montaña; donde, según habían oído, un pueblo sigue al otro durante cientos de millas; donde la gente va por ahí en bandas robando y lo que dejan los ladrones lo limpia sin pudor la policía.

Así transcurrió la tranquila mañana y al final de ella la mensajera de Kim bajó de los empinados pastos respirando tan tranquila como cuando había partido.

—Envié un mensaje al hakim —explicó Kim, mientras ella hacía una reverencia.

—¿Se unió a los idólatras? Nay, recuerdo que hizo una curación con uno

de ellos. Ha adquirido mérito, aunque el curado empleó su energía para el mal. ¡Justa es la Rueda! ¿Qué sucede con el hakim?

—Temía que estuvieras herido y... y sabía que él es sabio. —Kim cogió la cascara de nuez pegada con cera y leyó en inglés por detrás de su nota—: «Recibida su apreciada carta. No puedo dejar ahora actual compañía, que llevaré a Simia. Después espero reunirme con usted. Inoportuno seguir caballeros furibundos. Vuelva por mismo camino que vino y alcanzaré. Muy complacido por correspondencia debida a mi previsión».

—Dice, santo, que escapará de los idólatras y regresará con nosotros. ¿Esperamos un poco entonces en Shamlegh?

El lama miró largo tiempo y con cariño a las montañas y sacudió la cabeza.

—No puede ser chela. Lo deseo por mis huesos, pero está prohibido. He visto la Causa de las Cosas.

—¿Por qué? Si las montañas te devuelven la fuerza día a día. Recuerda lo débiles y desmayados que estábamos abajo en el Doon.

—Me volví fuerte para hacer el mal y para olvidar. Un pendenciero y un bravucón en las montañas, eso era yo. —Kim reprimió una sonrisa—. Justa y perfecta es la Rueda, no se desvía un pelo. Cuando era un hombre, hace mucho tiempo, hice una peregrinación al Gurú Ch'wan entre los álamos —señaló en dirección a Bután—, donde guardan el caballo sagrado.

—¡Silencio, silencio! —exclamó todo Shamlegh excitado—. Habla de Jam-lin-nin-k'or, el Caballo que Puede Ir alrededor del Mundo en un Día.

—Le hablo sólo a mi chela —dijo el lama con suave reproche y desaparecieron como la escarcha en los aleros del sur bajo el sol de la mañana—. En aquella época, no buscaba la verdad, sino la charla sobre la doctrina. ¡Todo ilusión! Bebí la cerveza y comí el pan del Gurú Ch'wan. Al día siguiente uno dijo: «Salimos para luchar contra Sangor Gutok valle abajo y aclarar» (¡fíjate de nuevo como el Deseo está unido a la Ira!) «qué abad debe sentar las reglas en el valle y recoger el beneficio de las oraciones que se imprimen en Sangor Gutok». Yo fui y luché un día entero.

—¿Pero cómo, santo?

—Con nuestros largos plumieres, como te hubiera podido mostrar... Digo, luchamos bajo los álamos, ambos abades y todos los monjes, y uno me abrió la frente hasta el hueso. ¡Mira! —Eché hacia atrás su gorro y le mostró una cicatriz arrugada y plateada—. ¡Justa y perfecta es la Rueda! Ayer, la cicatriz me picaba y después de cincuenta años recordé cómo me fue hecha y la cara de aquel que me la hizo; aunque estaba aún entretenido con la ilusión. Siguió lo que viste, lucha y estupidez. ¡Justa es la Rueda! El golpe del idólatra cayó

sobre la cicatriz. Entonces sentí una sacudida en mi alma; esta se oscureció y el bote de mi alma se zarandeó en aguas de la ilusión. Hasta que no llegué a Shamlegh, no pude meditar sobre la Causa de las Cosas, o retrazar las raíces profundas del mal. Luché por ello toda la larga noche.

—Pero, santo, tú eres inocente de todo mal. ¡Yo soy tu garante!

Kim estaba acongojado de veras ante la pena del anciano y se le escapó sin querer esa frase de Mahbub Ali.

—Al amanecer —continuó el lama más gravemente, el rosario chasqueando entre las lentas frases—, llegó la iluminación. Aquí está... soy un hombre viejo... crecido y alimentado en la montaña, y no volveré a sentarme entre mis montañas. He viajado tres años a través del Indostán, pero ¿puede ser la tierra más fuerte que la Madre Tierra? Desde allí abajo, mi estúpido cuerpo añora las montañas y las nieves de las montañas. Dije, y es cierto, que mi búsqueda no fracasará. Así que, desde la casa de la mujer de Kulu me volví hacia la montaña, persuadido enteramente por mí mismo. No hay que culpar al hakim. Él, que sigue al Deseo, predijo que las montañas me pondrían fuerte. Me fortalecieron para cometer un mal, para olvidar mi búsqueda. Le tomé gusto a la vida y al placer de vivir. Deseaba escalar grandes pendientes. Fui a buscarlas. Medí la fuerza de mi cuerpo, que es el mal, contra las grandes montañas. Me mofé de ti cuando te quedaste sin resuello bajo el Jamnotri. Me burlé cuando tú vacilabas ante la nieve del paso.

—Pero ¿qué mal hubo? Estaba asustado. Fue justo. No soy un montañés y te quise por tu nueva fuerza.

—Más de una vez, recuerdo —reposó su mejilla en la mano con gesto triste—, busqué tu alabanza y la del hakim por la simple fuerza de mis piernas. Así un mal siguió a otro hasta que la copa estuvo llena. ¡Justa es la Rueda! Durante tres años todo el Indostán me honró. Desde la Fuente de Sabiduría en la Casa de las Maravillas hasta —sonrió— un muchacho pequeño jugando con un gran cañón, todo el mundo me allanó el camino. ¿Y por qué?

—Porque te queríamos. Es sólo la fiebre del golpe. Yo mismo todavía estoy enfermo y débil.

—¡No! Fue porque estaba en el camino, tan afinado como lo están los sinen (címbalos), para los fines de la Ley. Me alejé de ese mandato. La armonía se rompió; siguió el castigo. En mis propias montañas, al borde de mi propia tierra, en el mismo sitio de mi deseo maligno, viene la bofetada, ¡aquí! (Se tocó la frente). Como un novicio es golpeado cuando coloca mal las tazas, así fui golpeado yo, que fui abad de Such-zen. Ni una palabra, fíjate, sino un golpe, chela.

—Pero los sahibs no te conocían, santo.

—Estábamos bien acoplados. Ignorancia y Deseo se encuentran en el camino con Ignorancia y Deseo y producen Ira. El golpe fue una señal para mí de que no soy mejor que un yak perdido, de que mi sitio no está aquí. ¡Quien puede leer la Causa de un Acto está a mitad de camino de la libertad! «De vuelta a la Senda», dice el golpe. «Estas montañas no son para ti. No puedes elegir la libertad y estar esclavizado al goce de la vida».

—¡Si no hubiéramos encontrado a ese maldito ruso!

—Nuestro Señor mismo no puede hacer que la Rueda gire hacia atrás. Y, por el mérito que he adquirido, obtuve aún otra señal. —Puso su mano sobre el pecho y sacó de entre las ropas la Rueda de la Vida—. ¡Mira! Reflexioné sobre esto después de haber meditado. Lo que el idólatra dejó intacto no es más grande que el ancho de mi uña.

—Ya veo.

—Así de grande es entonces el lapso que me queda de vida en este cuerpo. He servido a la Rueda todos mis días. Ahora la Rueda me sirve a mí. Si no fuera por el mérito que he conseguido guiándote en la Senda, me hubiera sido añadida aún otra vida antes de que hubiera encontrado mi río. ¿Está claro, chela?

Kim miró el mapa completamente destrozado. El desgarrón corría en diagonal de izquierda a derecha, desde la Onceava Casa donde el Deseo alumbraba al Niño (como los tibetanos lo dibujan), a través el mundo humano y animal, hasta la Quinta Casa, la Casa vacía de los Sentidos. La lógica era incontestable.

—Antes de que nuestro Señor ganara la Iluminación —el lama lo plegó con reverencia— fue tentado. Yo también fui tentado, pero se acabó. La flecha cae en las llanuras, no en las montañas. Así que ¿qué hacemos aquí?

—¿Esperamos al menos por el hakim?

—Sé cuánto tiempo viviré en este cuerpo. ¿Qué puede hacer un hakim?

—Pero estás bastante enfermo y débil. No puedes andar.

—¿Cómo puedo estar enfermo si veo la libertad? Se puso en pie tambaleante.

—Entonces tengo que conseguir comida del pueblo. ¡Oh el camino agotador! —Kim sintió que también necesitaba descansar.

—Así debe ser. Comamos y marchémonos. La flecha cayó en las llanuras... pero yo cedí al deseo. Prepárate, chela.

Kim se volvió hacia la mujer con el tocado de turquesas que había estado lanzando perezosamente guijarros al precipicio. Esta le sonrió con mucha

amabilidad.

—Le encontré como un búfalo perdido en un campo de maíz, el babu; resoplando y estornudando de frío. Estaba tan hambriento que olvidó su dignidad y me dijo dulces palabras. Los sahibs no tienen nada. Estiró la palma de la mano vacía. Uno está muy enfermo por donde el estómago. ¿Culpa tuya?

Kim asintió con los ojos brillantes.

—Hablé con el bengalí primero y después con la gente de un pueblo cercano. Los sahibs recibirán la comida que necesiten y la gente no les pedirá dinero. El botín ya está distribuido. El babu no cuenta más que falsedades a los sahibs. ¿Por qué no les abandona?

—Por la grandeza de su corazón.

—Todavía no hubo bengalí que tuviera uno más grande que una nuez seca. Pero no importa... Volviendo ahora a las nueces. Después del servicio viene la recompensa. He dicho que el pueblo es tuyo.

—Yo me lo pierdo —comenzó Kim—. Incluso ahora había planeado en mi corazón cosas deseables que... —no hay necesidad de repetir los cumplidos propios de estas ocasiones. Kim suspiró profundamente...—. Pero mi maestro, guiado por una visión...

—¡Huh! ¿Qué pueden ver los viejos ojos excepto una escudilla de mendicante llena?

—... se va de este pueblo a la llanura de nuevo.

—Pídele que se quede.

Kim negó con la cabeza.

—Conozco a mi santo y su furia si le contrarían —replicó con énfasis—. Sus maldiciones hacen temblar las montañas.

—¡Una pena que no le salvaran de una cabeza rota! He oído que tú fuiste el que tuvo un corazón de tigre para golpear al sahib. Déjale soñar un poco más. ¡Quédate!

—Mujer de la montaña —dijo Kim con una seriedad que no lograba endurecer los rasgos de su joven rostro ovalado—, estos asuntos son demasiado elevados para ti.

—¡Los Dioses nos asistan! ¿Desde cuándo los hombres y las mujeres han sido otra cosa que hombres y mujeres?

—Un sacerdote es un sacerdote. Dice que se marchará en este momento. Yo soy su chela y me voy con él. Necesitamos comida para el camino. Es un huésped honorado en todos los pueblos, pero —y esbozó una picara sonrisa—

la comida aquí es buena. Dame algo.

—¿Qué pasa si no te lo doy? Yo soy la mujer de este pueblo.

—Entonces te maldeciré... un poco... no mucho, pero suficiente para recordarlo. —Kim no pudo evitar una sonrisa.

—Tú me has maldecido ya con esa bajada de pestañas y el mentón levantado. ¿Maldiciones? ¿Qué me preocupan a mí las simples palabras? —Cerró las manos sobre el pecho—... Pero no permitiré que te vayas enfadado, pensando mal de mí, una recogedora de boñiga de vaca y de hierba en Shamlegh, pero a pesar de ello una mujer de carácter.

—No pienso nada —dijo Kim—, excepto que siento marcharme porque estoy muy cansado y que necesitamos comida. Aquí está la bolsa.

La mujer se la arrancó enfadada.

—Fui una tonta —dijo ella—. ¿Quién es tu mujer en las llanuras? ¿De piel clara o oscura? Una vez tuve la piel clara. ¿Te ríes? Una vez, hace mucho tiempo, si te lo puedes creer, un sahib me miró con buenos ojos. Una vez, hace mucho tiempo llevé vestidos europeos allá, en la casa de la misión. —Señaló hacia Kotgarh—. Una vez, hace mucho tiempo, fui ker-lis-ti-ana y hablé inglés, como los sahibs lo hablan. Sí. Mi sahib dijo que volvería y se casaría conmigo, sí, casarse conmigo. Se fue, le había cuidado cuando estuvo enfermo, pero nunca regresó.

Luego vi que los dioses de los kerlistianos mienten y regresé con mi gente... Desde entonces nunca volví a poner los ojos en un sahib. (No te rías de mi. La crisis ya pertenece al pasado, pequeño sacerdote). Tu cara, tu caminar y tu manera de hablar me recordaron al sahib, aunque seas sólo un mendigo errante a quien le doy un donativo. ¿Maldecirme? ¡Tú no puedes ni maldecir ni bendecir! —Puso sus manos en sus caderas y rio con amargura—. Tus dioses son mentiras; tus actos mentiras; tus palabras mentiras. No hay dioses bajo los cielos. Lo sé... Pero por un instante pensé que tú eras mi sahib que había regresado y él era mi Dios. Sí, una vez toqué música en un piano en la casa de la misión en Kotgarh. Ahora doy limosnas a sacerdotes que son heathens. —Concluyó con la palabra inglesa y ató el extremo de la bolsa que desbordaba.

—Te estoy esperando, chela —dijo el lama, reclinándose contra el marco de la puerta.

La mujer miró de arriba abajo la alta figura.

—¡Caminar él! No puede cubrir media milla. ¿Adónde van los viejos huesos?

En ese momento, Kim, desconcertado ya ante el colapso del lama y

previando el peso de la bolsa, perdió los estribos.

—¿Qué te importa, mujer de mal agüero, adónde va?

—A mí nada, pero a ti algo, sacerdote con cara de sahib. ¿Le vas a llevar en hombros?

—Voy a las llanuras. Nadie tiene que impedir mi vuelta. He luchado con mi alma hasta quedar extenuado. El cuerpo estúpido está agotado y estamos lejos de las llanuras.

—¡Mira! —dijo ella simplemente, y se puso a un lado para dejarle ver su propia y total impotencia—. Maldíceme. Quizás le dé fuerzas a él. ¡Lanza un sortilegio! Llama a tu gran Dios. Eres un sacerdote. —La mujer se alejó.

El lama, desfallecido, se había agachado y agarrado al marco de la puerta. Uno no puede golpear a un hombre viejo y este recuperarse en una noche como si fuera un chico. La debilidad le postraba a tierra, pero sus ojos, clavados en Kim, eran vivos y suplicantes.

—Todo va bien —dijo Kim—. Es el aire fino el que te debilita. ¡En un rato nos vamos! Es el mal de montaña. Yo también estoy un poco enfermo del estómago... —y se arrodilló y le animó con las pobres palabras que primero le vinieron a los labios. Entonces, la mujer reapareció más estirada que nunca.

—Tus dioses son inútiles ¿eh? Prueba los míos. Yo soy la Mujer de Shamlegh. —Pegó un grito desabrido y de un establo salieron sus dos maridos y otros tres hombres con un dooli, la tosca camilla, típica de las montañas, que usan para transportar a los enfermos y para visitas de Estado—. Este ganado —no se dignó a mirarles— es tuyo tanto tiempo como los necesites.

—Pero no iremos hacia la parte de Simia. No nos acercaremos a donde están los sahibs —gritó el primer marido.

—No huirán como hicieron los otros, ni robarán el equipaje. Hay dos que sé que son enclenques. Poneros en las varas de atrás, Sonooy y Taree. Estos obedecieron de inmediato. Bajadla ahora y subid encima al santo. Cuidaré del pueblo y de vuestras virtuosas mujeres hasta que volváis.

—¿Cuándo será eso?

—Pregunta a los sacerdotes. A mí no me molestéis. Colocad la bolsa de las provisiones a los pies, tiene más estabilidad así.

—¡Oh, santo, tus montañas son más amables que nuestras llanuras! —exclamó Kim, aliviado, mientras el lama se acercaba vacilante a la camilla—. Es una cama real... un lugar de honor y tranquilidad. Y se lo debemos a...

—Una mujer de mal agüero. Necesito tus bendiciones tanto como tus maldiciones. Es una orden mía y no tuya. ¡Arriba y en marcha! ¡Eh! ¿Tienes

dinero para el camino?

La mujer le hizo una seña a Kim para que la siguiera a su cabaña y se inclinó sobre una baqueteada caja inglesa de dinero que guardaba debajo de su catre.

—No necesito nada —dijo Kim, enfadado cuando debiera estar agradecido—. Ya estoy agobiado con tantos favores.

Ella alzó los ojos con una sonrisa curiosa y puso la mano sobre su hombro.

—Al menos, agrádecemelo. No soy hermosa y soy de montaña, pero, como dices tú, he adquirido mérito. ¿Debo mostrarte cómo dan las gracias los sahibs? —y sus duros ojos se ablandaron.

—No soy más que un sacerdote errante —dijo Kim, sus ojos brillaron en respuesta—. No necesitas ni mis bendiciones ni mis maldiciones.

—Nay. Pero, sólo un momento; a el dooli puedes adelantarla en dos pasos... si tú fueras un sahib, ¿debo mostrarte lo que harías?

—¿Y qué si lo adivino? —dijo Kim y colocando el brazo alrededor de la cintura de ella, la besó en la mejilla, añadiendo en inglés—: Muuchas gracias, querida mía.

El beso es prácticamente desconocido entre asiáticos, tal vez fuera esa la razón por la que ella retrocedió con los ojos abiertos y cara de pánico.

—La próxima vez —prosiguió Kim—, no debes estar tan segura de tus sacerdotes paganos. Ahora te digo adiós. —Alargó su mano a la manera inglesa. Ella la tomó mecánicamente—. Adiós querida mía.

—Adiós, y... y... —la mujer estaba recordando su inglés palabra por palabra—, ¿volverás de nuevo? Adiós, y... Dios te bendiga.

Media hora después, mientras la camilla crujiendo traqueteaba por el camino que conduce, montaña arriba, desde Shamlegh al sureste, Kim vio una diminuta figura en la puerta de la cabaña agitando un trapo blanco.

—Ella ha adquirido más mérito que todos los otros —dijo el lama—. Porque poner a un hombre en la Senda de la Liberación es la mitad de grande que si ella misma la hubiera encontrado.

—Umm... —dijo Kim pensativo, considerando el pasado—. Puede ser que yo haya adquirido mérito también... Al menos no me trató como a un niño. —Ató sus ropas por delante, donde estaba el bulto de los documentos y mapas, guardó de nuevo la preciosa bolsa de provisiones a los pies del lama, puso su mano en el borde de la litera y ajustó su paso al paso lento de los maridos gruñones.

—Estos también adquieren mérito —dijo el lama, después de tres millas.

—Más que eso, serán pagados en plata —replicó Kim. La Mujer de Shamlegh se la había dado a él y era de justicia, argumentó Kim, que sus hombres la recuperaran de nuevo.

Capítulo 15

*No cedería el paso a un emperador,
Mantendría mi camino ante un rey.
Ante la triple corona, no me inclinaría,
¡Pero esto es algo diferente!
Yo no lucharé contra los poderes del Aire,
¡Centinela, déjale pasar!
Puente levadizo abajo, Él es el Señor de todos nosotros,
¡El soñador cuyo sueño se hizo realidad!
El asedio de las hadas*

Doscientas millas al norte de Chini, sobre los esquistos azules de Ladakh, está el sahib Yankling, el hombre alegre, inspeccionando indignado las cimas a través de los anteojos, en busca de alguna señal de su batidor favorito, un hombre de Ao-chung. Pero el renegado, con un nuevo rifle Männlicher y doscientos cartuchos, está en otra parte cazando almizclero para vender en el mercado y el sahib Yankling se enterará la próxima temporada de lo muy enfermo que ha estado.

Valle de Bushahr arriba —las águilas de vista larga de los Himalayas se desvían ante su nueva sombrilla a rombos, azul y blanca— se apresura un bengalí, una vez gordo y bien parecido, ahora flaco y desmejorado por la intemperie. Ha recibido las gracias de los dos distinguidos extranjeros, a los que dirigió, no sin habilidad, hacia el túnel de Mashobra que conduce a la capital grande y bulliciosa de la India.

No fue culpa suya que, envueltos en neblinas húmedas, los condujera de largo por delante de la estación de telégrafos y de la colonia europea de Kotgarh. No fue culpa suya, sino de los dioses, sobre quienes soltaba discursos entretenidos, que les condujera a la frontera de Nahan, donde el rajá de ese Estado los tomó por desertores de la soldadesca británica. El babu Hurree le explicó la grandeza y gloria de sus compañeros en su propio país, hasta que el

aletargado reyezuelo sonrió. Dio explicaciones a todo aquel que preguntó... muchas veces, en voz alta, de todas las formas posibles. Mendigó comida, se ocupó del alojamiento, demostró ser un médico hábil para un herida de ingle —un golpe como el que uno puede recibir rodando por una ladera rocosa en la oscuridad— y era indispensable en todos los aspectos. El motivo de su amistad le honraba. Como millones de otros siervos, había aprendido a considerar a Rusia como el gran liberador del norte. Era un hombre miedoso. Había temido no poder salvar a sus ilustres patrones de la ira de un campesinado revuelto. Él mismo no tendría nada que objetar a golpear a un santo, pero... Estaba profundamente agradecido y sinceramente contento por haber hecho «lo poco que había podido», llevando la aventura hacia —dejando a un lado el equipaje perdido— un final exitoso. Había olvidado los golpes; negado que los hubiera habido aquella indigna primera noche bajo los pinos. No pedía ni pensión ni avance de honorarios pero, si le consideraban digno de ello, ¿podrían escribirle una recomendación? Le podría resultar útil más tarde, si otros amigos suyos llegaban por los pasos. Les rogó que le recordaran en sus futuras grandezas, porque «opinaba sutilmente» que él, incluso él, Mohendro Lal Dutt, M.A. de Calcuta, le había «hecho un servicio al Estado».

Le dieron un certificado alabando su cortesía, disponibilidad y habilidad infalible como guía. Hurree lo metió en su cinto y lloró de emoción; se habían enfrentado juntos a tantos peligros. A plena luz del mediodía les guio a lo largo del Malí de Simia, lleno de gente, hasta el Banco Alianza, donde deseaban probar su identidad. Luego desapareció como una pequeña nube del alba sobre el Jakko.

Miradle, demasiado chupado para sudar, demasiado apurado para pregonar las medicinas de su pequeña caja chapada en latón, ascendiendo la pendiente de Shamlegh, un hombre justo convertido en perfecto. Observadle, dejando a un lado todas sus ínfulas de babu, fumando al mediodía sobre un catre, mientras una mujer con un tocado de turquesas señala al sureste a través de la hierba desnuda. Las camillas, dice ella, no viajan tan rápido como los hombres solos, pero sus pájaros deben estar ahora en la llanura. El santo no quería quedarse aunque Lispeth le insistió. El babu gime con amargura, se prepara mentalmente y se pone en camino otra vez. No le gusta viajar después del ocaso; pero sus marchas diarias —aunque no hay nadie que las haya anotado en un registro— asombrarían a la gente que ridiculiza su raza. Campesinos amables, recordando al vendedor de medicinas de Dacca de hacía dos meses, le dan cobijo contra los malos espíritus del bosque. Sueña con dioses bengalíes, libros de texto de la universidad y la Real Sociedad de Londres, Inglaterra. Al amanecer siguiente la sombrilla saltarina blanquiazul continúa su camino.

Al límite del Doon, con Mussoorie muy lejano ya a sus espaldas y enfrente

las extensas llanuras de polvo dorado, descansaba una camilla desgastada en la cual, toda la montaña lo sabe, yace un lama enfermo que busca un río para su curación. Los pueblos casi llegan a las manos disputándose el honor de transportarle, no sólo porque el lama les ha dado bendiciones, sino también porque su discípulo les ha pagado buen dinero, un tercio entero de los precios de los sahibs. Doce millas al día ha recorrido el dooli, como muestran los extremos engrasados y rozados de los agarres, y por caminos que pocos sahibs usan. Por el paso del Nilang, en una tormenta donde el polvo de nieve flotando rellenaba cada pliegue del ropaje del impasible lama; cruzando entre los negros picos de Raieng, donde oyeron el silbido de las cabras salvajes entre las nubes; dando bandazos y precipitándose hacia abajo sobre esquisto; sostenido con fuerza entre los hombros y con la mandíbula apretada cuando contornearon las terribles curvas de la Carretera Cortada por debajo de Bhagirati; balanceándose y crujiendo al ritmo del trote corto y regular en el descenso al Valle de las Aguas; apresurándose a lo largo de los húmedos terrenos de ese valle encerrado; subiendo más y más, y de nuevo en terreno abierto para encontrarse con las ráfagas rugientes que soplan de Kedarnath; dejado en el suelo al medio día bajo la sombra parda de agradables bosques de robles; pasando de pueblo en pueblo en la helada matinal, cuando incluso se les puede perdonar a los devotos por soltar juramentos a santos impacientes; a la luz de la antorcha, cuando incluso los menos temerosos piensan en fantasmas, el dooli ha alcanzado su última etapa. Los montañeses de baja estatura sudan en el calor creciente de los bajos Siwaliks y se reúnen alrededor de los sacerdotes para recibir sus bendiciones y sus pagas.

—Habéis adquirido mérito —dice el lama—. Un mérito más grande de lo que os imagináis. Y volveréis a las montañas —suspira el anciano.

—Por descontado. A las altas montañas tan pronto como sea posible.

El porteador frota sus hombros, bebe agua, la escupe otra vez y reajusta sus sandalias de esparto. Kim, con cara demacrada y fatigada, les paga con pequeñas monedas de plata que saca de su cinto, levanta la bolsa de provisiones, mete un paquete de hule —los escritos sagrados— entre las ropas de su pecho y ayuda al lama a ponerse de pie. La paz ha vuelto de nuevo a los ojos del anciano y no espera que las montañas se derrumben y le aplasten como hizo aquella noche terrible cuando el río desbordado les demoró.

Los hombres izaron el dooli y balanceándolo desaparecieron de la vista entre una fronda de matorrales.

El lama alzó una mano hacia la muralla del Himalaya.

—No cayó en ti, ¡oh bendita entre todas las montañas!, la flecha de Nuestro Señor. ¡Y nunca volveré a respirar tus aires otra vez!

—Pero tú eres diez veces más fuerte en este aire bueno —dijo Kim, porque su alma fatigada se sentía atraída por las llanuras bien cultivadas y amables—. Aquí o por aquí, cayó la flecha, sí. Iremos muy despacio, quizás un koss por día, porque la búsqueda no fracasará. Pero la bolsa pesa mucho.

—Ay, nuestra búsqueda no fracasará. He evitado una gran tentación.

Ahora, nunca hacían más de un par de millas al día y los hombros de Kim soportaban el peso de todo, la carga de un hombre viejo, la carga de una bolsa de provisiones con los libros con cierre metálico dentro, el peso de los escritos sobre su corazón y los detalles de las faenas cotidianas. Mendigaba al alba, colocaba las mantas para la meditación del lama, le sostenía la cansada cabeza en su regazo durante los calores del mediodía, espantándole las moscas hasta que le dolían las muñecas, mendigaba de nuevo al anochecer y masajeara los pies del lama, quien le recompensaba con la promesa de la liberación, ese día, al siguiente o, como muy tarde, al próximo.

—Nunca hubo un chela así. Me pregunto a veces si Ananda cuidó más fielmente a Nuestro Señor. ¿Y tú eres un sahib? Cuando era un hombre, hace mucho mucho tiempo, siempre lo olvidaba. Ahora te miro a veces y me acuerdo cada vez de que tú eres un sahib. Es extraño.

—Tú has dicho que no hay ni blanco ni negro. ¿Por qué me fastidias con esta charla, santo? Déjame masajear el otro pie. Me saca de quicio. No soy un sahib. Soy tu chela, y mi cabeza me pesa sobre los hombros.

—¡Ten un poco de paciencia! Alcanzaremos la liberación juntos. Entonces tú y yo en la alejada orilla del río contemplaremos nuestras vidas como en las montañas veíamos nuestra marcha diaria marcada detrás de nosotros. Quizás una vez yo fuera un sahib.

—Nunca hubo un sahib como tú, te lo juro.

—Estoy seguro de que el Conservador de las Imágenes de la Casa de las Maravillas fue un abad muy sabio en una vida anterior. Pero incluso sus anteojos no permiten a mis ojos ver. Caen sombras cuando miro fijamente. No importa, conocemos los trucos del pobre y estúpido esqueleto, sombra que cambia a otra sombra. Estoy atado por la ilusión del tiempo y el espacio. ¿Cuánto hemos recorrido hoy en carne y hueso?

—Quizás medio koss. (Tres cuartos de milla) —y fue una marcha muy ardua.

—Medio koss. ¡Ha! He recorrido diez mil veces mil con el espíritu. Cuán envueltos, vendados y enrollados estamos todos en estas cosas sin sentido.

Miró su delgada mano de venas azules que encontraba las cuentas tan pesadas.

—Chela, ¿nunca tienes deseos de dejarme?

Kim pensó en el paquete de hule y en los libros de la bolsa de provisiones. Si tan solo alguien debidamente autorizado se hiciera cargo de ellos, el Gran Juego podría jugarse por sí solo para todo lo que le importaba a él en ese momento. Estaba cansado, la cabeza le ardía y una tos que venía del estómago le preocupaba.

—No —dijo casi con severidad—. No soy un perro o una serpiente para morder cuando he aprendido a amar.

—Eres demasiado considerado conmigo.

—Eso tampoco. He arreglado un asunto sin consultarte. He enviado un mensaje a la mujer de Kulu, por esa mujer que esta mañana nos dio la leche de cabra, diciendo que tú estabas un poco débil y necesitarías una camilla. Me daría de cabezazos por no haberlo hecho cuando entramos en el Doon. Nos quedaremos en este sitio hasta que la camilla venga.

—Me alegro. Es una mujer con un corazón de oro, como dices, pero es parlanchina... un poco parlanchina.

—No te molestará. Ya me he encargado de eso también. Santo, mi corazón está muy pesaroso por mis muchos descuidos para contigo. —Un nudo de nervios le subió por la garganta—. Te he hecho caminar demasiado lejos; no siempre he conseguido buena comida para ti; no he tenido en cuenta el calor; he hablado con gente por el camino y te he dejado solo... He... He... ¡Hai mai! Pero te quiero... y es demasiado tarde... he sido un niño... Oh, ¿por qué no he sido un hombre?... —Sobrepasado por la tensión, la fatiga y el peso excesivo para su edad, Kim se derrumbó y lloró a los pies del lama.

—¿Qué cosas dices? —dijo el anciano amablemente—. Tú nunca te has alejado ni el ancho de un pelo del camino de la obediencia. ¿Descuidarme a mí? Niño, he vivido de tu fuerza como un viejo árbol vive de la cal de un nuevo muro. Día a día, desde que partimos de Sham-legh, te he robado fuerza. Por eso, y no por un pecado tuyo, estás debilitado. Es el cuerpo, el tonto y estúpido cuerpo, el que habla ahora. No el Alma sólida. ¡Consuélate! Aprende a conocer al menos los demonios con los que luchas. Nacen de la tierra, hijos de la ilusión. Iremos a la mujer de Kulu. Ella adquirirá mérito albergándonos y, especialmente, atendiéndome. Tú tienes que corretear libre hasta que te vuelvan las fuerzas. Había olvidado al estúpido cuerpo. Si hay alguna culpa, yo la tengo. Pero estamos demasiado cerca de las puertas de la liberación para sopesar las culpas. Puedo hacerte cumplidos ¿pero qué necesidad hay? En poco tiempo, en muy poco tiempo, estaremos sentados más allá de todas nuestras necesidades.

Y así, el lama acarició y consoló a Kim con sabios refranes y textos serios

sobre ese animal poco comprendido, nuestro cuerpo, que no siendo sino ilusión, insiste en pretender ser el alma para oscurecernos el camino y multiplicar al infinito los demonios innecesarios.

—¡Hai!, ¡hai! Hablemos de la mujer de Kulu. ¿Crees que pedirá otro conjuro para sus nietos? Cuando yo era un hombre joven, hace mucho tiempo, estaba aquejado por esos vapores, y algunos otros, y recurrí a un abad, un hombre muy santo y un buscador de la verdad, aunque entonces no lo sabía. ¡Siéntate y escucha, niño de mi alma! Le conté mi historia. Y él me dijo: «Chela, aprende esto. Hay muchas mentiras en el mundo, y no pocos mentirosos, pero no hay mayores mentirosos que nuestros cuerpos, excepto quizás las sensaciones de nuestros cuerpos». Considerando esto me consolé y por su gran bondad toleró que yo bebiera té en su presencia. Tolera ahora tú que beba té porque estoy sediento.

Con una sonrisa entre las lágrimas, Kim besó los pies del lama y se puso a preparar el té.

—Tú te apoyas en mí con el cuerpo, santo, pero yo me apoyo en ti para otras cosas. ¿Lo sabes?

—Lo he adivinado, quizás —y los ojos del lama lanzaron un destello—. Tenemos que cambiar eso.

Así que, cuando en medio de riñas y peleas, y con aires de importancia, surgió nada menos que el palanquín favorito de la sahiba enviado desde una distancia de veinte millas, a cargo del mismo viejo sirviente urya de pelo canoso, y una vez llegados al desordenado orden de la de la casa blanca, larga y laberíntica, más allá de Saharunpore, el lama tomó sus medidas.

Después de los mutuos cumplidos, la sahiba dijo con alegría desde una ventana superior:

—¿De qué valen los consejos de una mujer vieja a un hombre viejo? Te lo dije... te lo dije, santo, que le echaras un ojo al chela. ¿Y qué has hecho? ¡No me lo cuentes! Lo sé. Ha estado correteando con mujeres. Mira sus ojos, hundidos y ojerosos, ¡y la línea delatadora de nariz para abajo! ¡Le han pasado por el tamiz! ¡Fie! ¡Fie! ¡Y siendo como es sacerdote!

Kim levantó los ojos, demasiado agotado para sonreír y sacudió la cabeza para negarlo.

—No bromees —dijo el lama—. No hay tiempo para eso. Estamos aquí por razones de peso. Una enfermedad del alma me agarró en las montañas y a él una enfermedad del cuerpo. Desde entonces he vivido de su fuerza... consumiéndole.

—Niños, los dos juntos, el joven y el viejo —dijo la anciana con tono

desdeñoso, pero se guardó de hacer más bromas—. ¡Que esta hospitalidad de ahora os permita restableceros! Espera un poco y vendré a charlar sobre las buenas y altas montañas.

Por la noche —su yerno había vuelto así que no necesitaba hacer la ronda de inspección de la hacienda—, la sahiba se enteró de los detalles de la historia, explicados en voz baja por el lama. Las dos viejas cabezas asintieron al unísono con sabiduría. Kim se había retirado a una habitación con un catre y había caído en un sopor febril. El lama le había prohibido colocarle mantas o conseguirle comida.

—Lo sé... lo sé. ¿Quién mejor que yo? —dijo la anciana desternillándose de risa—. Nosotros, que bajamos a los ardientes ghats, nos agarramos a las manos de los que suben del río de la vida con jarros llenos de agua, sí, jarros rebosantes de agua. No le hice justicia al chico. ¿Te prestó su fuerza? Es cierto que los viejos devoran a los jóvenes día a día. Ahora debemos conseguir que se reponga.

—Has adquirido mérito muchas veces, sahiba...

—Mi mérito. ¿Qué es eso? Un viejo saco de huesos haciendo curries para hombres que no preguntan siquiera: «¿Quién cocinó esto?». Ahora que si quedara en reserva para mi nieto...

—¿El que tenía el dolor en la barriga?

—¡Pensar que el santo recuerda eso! Tengo que contárselo a su madre. ¡Ese es un honor especial! «El que tenía dolor de barriga»... el santo lo recordó inmediatamente. No se pondrá orgullosa ni nada.

—Mi chela es para mí como un hijo para los que no están iluminados.

—Di más bien «nieto». Las madres no tienen la sabiduría de nuestros años. Si un niño llora piensan que se les cae el cielo encima. Pero una abuela tiene la suficiente distancia del dolor del parto y del placer de dar el pecho para distinguir si un grito es pura maldad o gases. Y puesto que hablas de nuevo de gases, la última vez que el santo estuvo aquí, quizás le ofendí presionándole con los conjuros.

—Hermana —dijo el lama, usando la forma que un monje budista emplea a veces para dirigirse a una monja—, si los conjuros te consuelan...

—Son mejores que diez mil médicos.

—Digo que si te consuelan, yo, que fui abad de Such-zen, te haré tantos como puedas desear. Nunca he visto tu cara...

—Eso incluso los monos que roban nuestros nísperos lo consideran una suerte. ¡Hee! ¡Hee!

—Pero como aquel que duerme allí dice —señaló con la cabeza hacia la puerta cerrada de la habitación de invitados, al fondo del patio delantero— tienes un corazón de oro... Y en mi espíritu, él es para mí como mi propio «nieto».

—¡Bien! Soy la vaca del santo. —Este comentario era totalmente hinduista, pero el lama no le prestó atención—. Soy vieja. He llevado hijos en mi vientre. ¡Oh, hubo un tiempo en el que podía gustar a los hombres! Ahora puedo curarles. —El lama oyó sus brazaletes tintinear como si se remangara para entrar en acción—. Me encargaré del chico, le medicaré, le cebaré y le pondré sano. ¡Hai!, ¡hai! Nosotros, la gente vieja, todavía entendemos algo.

Por ello, cuando Kim, al que le dolía cada hueso del cuerpo, abrió los ojos y se dispuso a ir a la zona de la cocina para recoger la comida de su maestro, se encontró con una fuerte coerción a su alrededor y con una figura vieja con velo en la puerta, flanqueada por el sirviente canoso, que le enumeró con toda precisión las cosas que de ninguna manera podría hacer.

—¿Tú tienes que qué? Tú no tienes que nada. ¿Qué? ¿Un cofre con cerradura en el que guardar libros santos? Oh, eso es otra cosa. ¡El Cielo no permita que me interponga entre un sacerdote y sus oraciones! Te lo traerán y tú guardarás la llave.

Empujaron el cofre bajo su catre y Kim, con un gemido de alivio, guardó allí la pistola de Mahbub, el paquete de hule con las cartas, los libros con cierre y los diarios. Por alguna absurda razón su peso sobre sus hombros no era nada comparado con el peso sobre su pobre mente. Por las noches le dolía el cuello por ello.

—La tuya es una enfermedad poco común en la juventud de hoy; desde que la gente joven ha dejado de cuidar a sus mayores. El remedio es dormir y ciertas pociones —dijo la sahiba; y Kim se alegró de entregarse al vacío que lo amenazaba y lo tranquilizaba a un tiempo.

La sahiba elaboró pócimas en una misteriosa habitación asiática equivalente a una destilería, unos brebajes pestilentes y de peor sabor. Se inclinaba sobre Kim hasta que bajaban y preguntaba exhaustivamente después de que habían subido. Impuso una prohibición de pasar por el patio delantero y la puso en práctica por medio de un hombre armado. Es verdad que este pasaba de los setenta, que su espada envainada se acababa bajo la empuñadura, aún así representaba la autoridad de la sahiba y carros cargados, sirvientes charlando, terneros, perros, gallinas y demás, daban un amplio rodeo por esa parte. Lo mejor de todo fue que, una vez depurado el cuerpo, la sahiba separó de la masa de parientes pobres que llenaban la parte trasera del edificio —perros domésticos, les llamamos— a la viuda de un primo, hábil en lo que los europeos, que no entienden nada de ello, llaman masaje. Y las dos

colocaron a Kim hacia el este y hacia el oeste, para que las misteriosas corrientes terrestres que activan el barro de nuestros cuerpos ayudaran y no obstaculizaran, le descompusieron por partes, durante toda una larga tarde, hueso por hueso, músculo por músculo, ligamento por ligamento y finalmente, nervio por nervio. Le masajearon hasta convertirle en una pulpa indolente, medio hipnotizada por el continuo caer y sujetar de los incómodos chadores que cubrían los ojos de las mujeres. Kim se deslizó a diez mil millas de profundidad en un marasmo de treinta y seis horas, que le empapó como la lluvia empapa la tierra agrietada tras una sequía.

Luego le alimentó y la casa entera giró alrededor de sus órdenes. Hizo que mataran aves; envió a buscar verduras, sacándole con ello sudores al jardinero, serio, lento de pensamiento y casi tan viejo como ella; la sahiba cogió especies, leche, cebolla, pescado pequeño de los arroyos, luego limas para sorbetes, codornices engordadas en los fosos, después hígados de pollo en brocheta con jengibre en rodajas entremedio.

—He visto un poco de este mundo —dijo sobre las bandejas llenas—, y en él no hay más que dos tipos de mujeres: Las que absorben la fuerza de un hombre y las que se la devuelven. Una vez fui la primera, ahora soy la segunda. Nay, no juegues al sacerdotito conmigo. No era más que una broma. Si ahora no hace al caso, ya lo hará cuando tomes de nuevo el camino. Prima —esto a la pariente pobre que nunca se cansaba de exaltar la caridad de su benefactora—, su piel está cogiendo brillo como la de un caballo recién cepillado. Nuestro trabajo es como pulir joyas para ser arrojadas a una bailarina, ¿eh?

Kim se sentó en su lecho y sonrió. La terrible debilidad se le había ido como una vieja piel. Su lengua le picaba por poder hablar otra vez sin cortapisas; aunque no hiciera ni una semana, la más simple palabra se le atascaba como si fuera ceniza. El dolor en su cuello (lo debió coger del lama) se había ido junto con los fuertes dolores de dengue y el mal sabor de boca. Las dos viejas mujeres, ahora un poco más cuidadosas con sus velos, aunque no mucho más, cloqueaban tan alegres como las gallinas que habían entrado picoteando por la puerta abierta.

—¿Dónde está mi santo? —preguntó Kim.

—¡Óyete! Tú santo está bien —replicó la sahiba con malicia—. Aunque no sea por mérito suyo. Si supiera un conjuro para hacerle más sensato, vendería todas mis joyas y lo compraría. Rechazar la buena comida que cociné yo misma... e irse dos noches vagando por los campos con el estómago vacío... y al final ir a caerse en un arroyo... ¿llamas a eso santidad? Y entonces, después de haberme roto casi de ansiedad lo que tú has dejado de mi corazón, va y me dice que ha adquirido mérito. ¡Oh qué parecidos son todos los hombres! No,

no fue así... me dijo que estaba libre de todo pecado. Yo podría haberle dicho eso, antes de que se mojara entero. Ahora está bien, eso sucedió hace una semana, ¡pero líbrame de tal santidad! Un niño de tres años sabe cuidarse mejor. No te inquietes por el santo. Él tiene los dos ojos puestos en ti, cuando no anda vadeando nuestros arroyos.

—No recuerdo haberle visto. Recuerdo que los días y las noches pasaron como líneas en blanco y negro, abriéndose y cerrándose. No estaba enfermo; sólo estaba cansado.

—Un letargo que viene por sí mismo unos cuantos años más tarde. Pero ahora ya ha pasado.

—Maharaní —empezó a decir Kim, pero alertado por la mirada en los ojos de la anciana, cambió al título de simple cariño—. Madre, te debo mi vida. ¿Cómo te puedo dar las gracias? Diez mil bendiciones sobre tu casa y...

—¡Que la casa sea desbendecida! (Imposible repetir con exactitud las palabras de la vieja dama). Agradéceselo a los dioses como sacerdote si quieres, pero agradécemelo, si te apetece, como un hijo. ¡Cielos! ¿Te he cambiado de posición y levantado y palmeado y retorcido tus diez dedos para que me lances sermones a la cabeza? En algún sitio una madre debió de darte a luz para que le partieras el corazón. ¿Cómo se lo agradeciste a ella..., hijo?

—No tengo madre, madre mía —contestó Kim—. Me dijeron que murió cuando era pequeño.

—¡Hai mai! Entonces nadie puede decir que le robé a ella un derecho si... en cuanto tomes el camino de nuevo y esta casa no sea más que una de las miles usadas como refugio y olvidadas, después de una bendición lanzada con facilidad. No importa. No necesito bendiciones, sino... sino... —Y golpeando el suelo con el pie se dirigió a la pariente pobre—. Lleva estas bandejas a la casa. ¿Para qué sirve la comida pasada en la habitación, oh mujer de mal agüero?

—En mi época yo también di a luz a un hijo, pero murió —gimoteó la otra figura hermana inclinada tras el chador—. ¡Tú sabes que él murió! Sólo esperaba la orden de retirar la bandeja.

—Soy yo la mujer de mal agüero —lloró la vieja dama arrepentida—. Nosotros, los que bajamos a los chattris (las grandes sombrillas sobre los ghats ardientes donde el sacerdote recoge los últimos pagos), nos agarramos con fuerza a los portadores de los chattis (jarros de agua; quería decir la gente joven llena de alegría de vivir, pero el juego de palabras es torpe). Cuando uno no puede bailar en la fiesta, uno debe mirar por la ventana y hacer de abuela se lleva todo el tiempo de una mujer. Tu maestro me da ahora todos los conjuros que deseo para el hijo mayor de mi hija, puesto que, ¿es así?, está enteramente

libre de pecado. El hakim ha decaído mucho estos días. Va por ahí envenenando a mis sirvientes a falta de alguien mejor.

—¿Qué hakim, madre?

—El mismo hombre de Dacca que me dio la pastilla que me desgarró en tres partes. Apareció hace una semana como un camello perdido, jurando que él y tú habíais sido hermanos de sangre allá arriba en el camino de Kulu, y aparentando una gran preocupación por tu salud. Estaba muy delgado y hambriento, así que di órdenes para que le cebaran también... ¡a él y a su preocupación!

—Quisiera verlo si está aquí.

—Come cinco veces al día y pincha los pequeños furúnculos de mis mozos para salvarse a sí mismo de una apoplejía. Está tan ansioso por tu salud que se queda en la puerta de la zona de cocina y se mantiene con los restos. Se nos quedará aquí plantado. No nos libraremos de él nunca.

—Envíale aquí, madre —el brillo volvió a los ojos de Kim por un segundo — y yo intentaré echarle.

—Le enviaré, pero espantarlo no sería bueno. Al fin y al cabo tuvo el sentido común de pescar al santo en el arroyo, adquiriendo mérito de esa forma, como el santo no dijo.

—Es un hakim muy sabio. Envíamelo, madre.

—¿Un sacerdote alabando a otro sacerdote? ¡Qué milagro! Si es amigo tuyo de verdad (porque reñisteis durante vuestro último encuentro) le obligaré a venir aquí con un ronzal y... y después le daré un cena digna de su casta, hijo mío... ¡Levántate y ve el mundo! Estar postrado en la cama es la madre de los setenta demonios... ¡hijo mío!, ¡hijo mío!

La sahiba salió al trote para desatar un tifón en la parte de la cocina y casi sobre su sombra entró el babu envuelto en tela hasta los hombros como un emperador romano, mofletes como Tito, la cabeza descubierta, nuevos zapatos de charol y en el grado superlativo de gordura, exudando alegría y saludando.

—Por Júpiter, señor O'Hara, pero qué contento estoy de verle. Cerraré amablemente la puerta. Es una lástima que se encuentre mal. ¿Está muy enfermo?

—Los papeles... los papeles del kilta. ¡Los mapas y la murasla! —Kim le alargó la llave con impaciencia porque en ese momento la única necesidad de su alma era deshacerse del botín.

—Tiene mucha razón. Es correcta perspectiva departamental a adoptar. ¿Lo tiene todo?

—Cogí todo lo que estaba escrito a mano en el kilta. El resto lo tiré montaña abajo. —Podía oír la llave arañando la cerradura, el sonido del hule pegajoso difícil de desgarrar y un rápido revuelo de papeles. Durante los días inactivos de la enfermedad, le había irritado hasta la exasperación el saber que los tenía debajo: Una carga que no podía traspasar. Por esa razón, la sangre le cosquilleó por el cuerpo cuando Hurree, brincando como un elefante, le dio de nuevo la mano.

—¡Esto está bien! ¡Esto está muy bien! ¡Señor O'Hara! Usted ha, ¡ha!, ¡ha!, les ha dejado con lo puesto. ¡Ellos me dijeron que era el trabajo de ocho meses volatilizado en el aire! Por Júpiter, ¡cómo me golpearon!... Mire, ¡aquí está la carta para Hilás! —Entonó una línea o dos del persa de la corte, que es la lengua de la diplomacia autorizada y desautorizada—. El señor sahib rajá ha metido la pata hasta el cuello. Tendrá que explicar ofeencialmente cómo demonios es que escribe cartas de amor al zar. Y los mapas son muy inteligentes... y hay tres o cuatro primeros ministros de estas tierras implicados en la correspondencia. ¡Por los dioses, sar! El Gobierno inglés cambiará la sucesión de Hilás y Bunár y designará a sus herederos al trono. «Traición de lo más despreciable»... pero ¿usted no entiende nada?, ¿eh?

—¿Está todo en tus manos? —dijo Kim. Era todo lo que le importaba.

—Puede apostar que lo está. —El babu Hurree guardó todo el tesoro alrededor de su cuerpo, como sólo los orientales pueden hacer—. Esto va a ir a la oficina también. La vieja señora piensa que soy apéndice fijo aquí, pero me iré de inmediato con todo. El señor Lurgan estará orgulloso. Está ofeencialmente subordinado a mí, pero incorporaré su nombre en mi informe verbal. Es una pena que no se nos permitan informes escritos. Nosotros, los bengalíes, destacamos en las ciencias exactas. —Le lanzó la llave de vuelta y mostró el cofre vacío.

—Bien. Eso está bien. Estaba muy cansado. Mi santo estaba también cansado. Y cayó en...

—Oah, sí. Soy su buen amigo, se lo digo. Estaba comportándose de forma extraña cuando bajé detrás de ustedes y pensé que quizás él tuviera los papeles. Le seguí en sus meditaciones y para discutir también temas etnológicos. Sabe, aquí soy una persona muuy insignificante estos días, en comparación con todos sus conjuros. Por Júpiter, O'Hara, ¿sabe que el viejo padece enfermedad de ataques? Ssí, digo. Cataléptico, si no incluso epiléptico también. Le encontré en tal estado bajo un árbol in articulo mortem, de golpe se puso en pie y saltó a un arroyo y casi se ahoga si no es por mí. ¡Yo le saqué!

—¡Porque yo no estaba allí! —dijo Kim—. Podría haber muerto.

—Sí, podría haber muerto, pero ahora está seco y afirma que ha sufrido

transfiguración. —El babu se golpeó la frente con aire entendido—. Tomé notas de sus aseveraciones para Real Sociedad, in posse. Tiene que darse prisa, ponerse bueno, volver a Simia y le contaré toda mi historia en casa de Lurgan. Fue genial. Las culeras de sus pantalones estaban en bastante mal estado y el viejo rajá Nahan pensó que eran soldados europeos desertores.

—Oh, ¿los rusos? ¿Cuánto tiempo estuvieron contigo?

—Uno era francés. ¡Oh, días y días y días! Ahora toda la gente de la montaña cree que todos los rusos son mendigos. ¡Por Júpiter!, no tenían una maldita cosa que yo no les hubiera conseguido. Y le conté a la gente... oah, ¡tales historias y anécdotas! Se las contaré en casa del viejo Lurgan, cuando suba. Tendremos, ah, ¡una velada divertida! ¡Tenemos de qué enorgullecemos! Ssí, y ellos me dieron una recomendación. Eso es lo mejor del chiste. ¡Tendrías que haberlos visto en el Banco Alianza identificándose a sí mismos! ¡Y gracias al Dios Todopoderoso que usted se apropió de sus papeles con pericia! No se ríe demaasiado, pero se reirá cuando esté bien. Ahora iré directamente al tren y partiré. Tendrá todo tipo de honores por su Juego. ¿Cuándo vendrá? Estamos muy orgullosos de usted, aunque nos dio grandes sustos. Y, especialmente, a Mahbub.

—Ay, Mahbub. ¿Y dónde está?

—Vendiendo caballos en esta vecindad, desde luego.

—¡Aquí! ¿Por qué? Habla despacio. Todavía no tengo la cabeza despejada.

El babu miró con timidez hacia abajo.

—Bueno, ya sabe, soy un hombre miedoso, y no me gusta la responsabilidad. Usted estaba enfermo, ve, y yo no sabía dónde demonios estaban los papeles, y, en caso de que estuvieran aquí, cuántos eran. Así que cuando bajé hasta aquí, le envié un telegrama privado a Mahbub, estaba en Meerut por las carreras, para explicarle caso. Él viene con sus hombres, se conchaba con el lama, me llama necio y es muy grosero...

—Pero ¿por qué?, ¿por qué?

—Eso es lo que yo me pregunto. Sólo sugiero que si alguien roba los papeles, quisiera algunos hombres bien fuertes y valientes que los robaran de nuevo. Ve, son de importancia vital y Mahbub Ali no sabía donde estaba usted.

—¿Robar Mahbub Ali en casa de la sahiba? Tú estás loco, babu —dijo Kim indignado.

—Quería los papeles. ¿Y suponiendo que ella los hubiera robado? Era sólo sugerencia práctica, creo yo. No le agrada ¿eh?

Un proverbio nativo, imposible de citar, mostró la total desaprobación de

Kim.

—Bien —Hurree se encogió de hombros—, sobre gustos no hay nada escrito. Mahbub se enfadó también. Ha vendido caballos por toda esta zona y dice que vieja señora es vieja dama pukka (respetable) y que no iba a prestarse a actos tan viles. A mí no me importa. Tengo papeles y agradecí apoyo moral de Mahbub. Se lo digo, soy hombre miedoso, pero, de una forma u otra, cuanto más miedoso soy, en más atolladeros me meto. Así que agradecí que usted viniera a Chini y agradezco que Mahbub haya estado cerca. La vieja dama es a veces muy brusca conmigo y mis maravillosas pastillas.

—¡Alá tenga piedad! —dijo Kim contento, apoyándose en el codo—. ¡Qué animal más raro es un babu! ¡Y ese hombre iba solo, si es cierto que fue así, con extranjeros despojados y hambrientos!

—Oah, esoo no fue nada, después de que dejaran de golpearme; pero si hubiera perdido los papeles, eso hubiera sido grave de verdad. Mahbub casi me pega también, luego fue a conferenciar interminablemente con el lama. De ahora en adelante, me ocuparé sólo de investigaciones etnológicas. Ahora adiós, señor O'Hara. Si me doy prisa, puedo pillar el tren de las cuatro y veinticinco para Ambala. Será muy divertido cuando todos le contemos la historia allí arriba, en casa del señor Lurgan. Informaré oficialmente que está mejor. Adiós, querido compañero y la próxima vez que se emocione, por favor, no use términos musulmanes con ropa tibetana.

Le dio la mano dos veces, babu hasta las últimas consecuencias, y abrió la puerta. Al posarse el sol sobre su cara aún triunfante se convirtió de nuevo en el humilde curandero de Dacca.

—Les robó —pensó Kim, olvidando su propia participación en el Juego—. Les embaucó. Les mintió como un bengalí. Ellos le dieron un chit (una recomendación). Les convierte en el hazmerreír a riesgo de su vida, yo nunca habría bajado a ellos después de los disparos y luego dice que es un hombre miedoso... Y es un hombre miedoso. Tengo que volver de nuevo al mundo.

Al principio sus piernas se doblaban como cañas de pipa de mala calidad y el asalto del aire soleado le mareó. Se agachó junto al muro blanco; su mente revolvía en los episodios del largo viaje en el dooli, la debilidad del lama, y, ahora que desapareció el estímulo de la conversación, en su propia autocompasión, de la cual, como todo enfermo, tenía buena reserva. El cerebro acobardado se retrajo de todo lo exterior, como un caballo salvaje que, tras haber sentido por primera vez la espuela, intenta deshacerse de ella. Era suficiente, más que suficiente, que el botín del kilta estuviera lejos, no es sus manos, no en su posesión. Intentó pensar en el lama, preguntarse por qué había tropezado en el arroyo, pero la grandeza de este mundo, visto entre las puertas del patio delantero, barrió a un lado todo pensamiento coherente. Entonces

miró los árboles y los anchos campos, con las cabañas de techo de paja escondidas entre las cosechas —miró con ojos extraños, incapaces de captar el tamaño, la proporción y la función de las cosas— se quedó mirando durante una apacible media hora. Todo ese tiempo sintió, aunque no podía expresarlo en palabras, que su alma no estaba en contacto con su entorno, como una rueda dentada desconectada de la maquinaria, justo como la rueda parada de una trituradora de azúcar Beheea de mala calidad que estaba arrinconada en una esquina. Las brisas le abanicaban, los loros le chillaban, los ruidos de la casa habitada detrás —riñas, órdenes y reproches— caían en oídos sordos.

—Soy Kim. Soy Kim. ¿Y qué es Kim? —Su alma lo repetía una y otra vez.

No quería llorar, nunca en su vida había tenido menos ganas de llorar, pero, de repente, lágrimas suaves y absurdas corrían nariz abajo y con un che casi audible, sintió que las ruedas de su ser se ajustaban de nuevo al mundo. Cosas que hacía un instante desfilaban sin sentido ante el globo de sus ojos, tomaban ahora la proporción adecuada. Los caminos eran para caminar por ellos, las casas para vivir en ellas, el ganado para ser conducido, los campos para ser sembrados, y los hombres y las mujeres para hablar con ellos. Eran todos reales y auténticos, plantados sobre los pies con solidez, perfectamente comprensibles, barro de su barro, ni más ni menos. Se sacudió a sí mismo como un perro con una pulga en la oreja y traspasó la puerta. La sahiba, a quien unos ojos vigilantes habían informado del movimiento, dijo:

—Déjale ir. Yo he hecho mi parte. La Madre Tierra debe hacer el resto. Cuando el santo vuelva de la meditación, díselo.

A media milla de allí estaba parado un carro de bueyes vacío en un pequeño montículo, con un joven árbol banya detrás, una especie de atalaya sobre los terrenos recién arados, y sus párpados, bañados en el suave aire, se hicieron más pesados al acercarse. El terreno era de buen polvo limpio, ninguna planta nueva que, viviendo, estuviera ya a medio camino de la muerte, sino el polvo esperanzador que contiene las semillas de toda vida. Lo sintió entre los dedos de los pies, lo aplastó con la palma de las manos y, articulación por articulación, suspirando hondo, se tumbó cuan largo era a la sombra del carro de clavos de madera. Y la Madre Tierra fue tan leal como la sahiba. Le insufló su aliento para restaurar el equilibrio que Kim había perdido postrado tanto tiempo en una cama, aislado de sus buenos influjos. Su cabeza yacía sin fuerza sobre el pecho de la Tierra y sus manos abiertas se rindieron ante la fuerza de esta. El árbol de extensas raíces por encima de él e incluso la madera muerta y manipulada por el hombre a su lado sabían lo que Kim buscaba mejor que él mismo. Hora tras hora yació allí en un estado de inconsciencia más profundo que el sueño.

Hacia el atardecer, cuando el polvo del ganado que regresaba hacía humear

todos los horizontes, el lama y Mahbub Ali se acercaron, ambos a pie, caminando con cautela porque en la casa les habían dicho dónde había ido Kim.

—¡Alá! ¡Qué juego de tontos en campo abierto! —murmuró el tratante de caballos—. Podrían dispararle cien veces, menos mal que esto no es la Frontera.

—Y —dijo el lama, repitiendo una historia contada muchas veces— nunca hubo un chela así. Moderado, amable, sabio, bien dispuesto, con el corazón alegre en el camino, siempre pendiente, educado, sincero, cortés. ¡Grande es su recompensa!

—Conozco al chico... como he dicho.

—¿Y era todo eso?

—Algo hay... pero no he encontrado todavía un conjuro de Gorro Rojo para volverle completamente sincero. Ha sido ciertamente bien cuidado.

—La sahiba tiene un corazón de oro —dijo el lama serio—. Le considera un hijo.

—¡Hmph! Medio Indostán parece dispuesto a considerarle así. Sólo deseaba ver que al chico no le había pasado nada y que era una persona libre. Como sabes, él y yo éramos ya viejos amigos en los primeros días de vuestro peregrinaje juntos.

—Hay un vínculo entre nosotros. —El lama se sentó—. Estamos al final del peregrinaje.

—No es precisamente gracias a ti si el tuyo no se cortó de forma definitiva hace una semana. Oí lo que la sahiba te decía mientras te llevábamos en el palanquín. —Mahbub se rio y acarició su barba recién teñida.

—Estaba meditando sobre otras cuestiones de importancia. Fue el hakim de Dacca quien interrumpió mis meditaciones.

—De lo contrario —esto Mahbub lo dijo en pastú por decencia— hubieras terminado tus meditaciones en la parte más cálida del Infierno, siendo como eres un infiel y un idólatra a pesar de tu ingenuidad infantil—. Pero ahora, ¿qué hay que hacer, Gorro Rojo?

—Esta misma noche —las palabras salieron lentas, vibrando con triunfo—, esta misma noche él será tan libre como yo lo soy de toda mancha de pecado, seguro de ser liberado, como yo, de la Rueda de las Cosas, cuando él deje su cuerpo. Tengo una señal —puso su mano sobre el mapa roto en su pecho— de que me queda poco tiempo; pero le habré salvado a través de los años. Recuerda que he alcanzado el Conocimiento, como te dije, hace sólo tres

noches.

—Debe de ser cierto, como el sacerdote de Tirah dijo cuando le robé a la esposa de su primo, que soy un sufi (un librepensador) porque aquí estoy sentado —se dijo Mahbub a sí mismo—, tragándome esta blasfemia intolerable... Recuerdo la historia. En ese momento iré entonces al Jannatu l'Adn (Los Jardines del Edén). ¿Pero cómo? ¿Le matarás o le ahogarás en ese maravilloso río del que el babu te sacó?

—No me sacó de ningún río —dijo el lama simplemente—. Has olvidado lo que ocurrió. Lo encontré gracias al Conocimiento.

—Oh, sí. Es verdad —tartamudeó Mahbub, que se debatía entre una honda indignación y las ganas de soltar una carcajada—. Había olvidado la secuencia exacta de lo sucedido. Encontraste el río a sabiendas.

—Y decir que yo tomaría una vida es... no un pecado, sino una simple locura. Mi chela me ayudó a encontrar el río. Tiene derecho a ser purificado del pecado... conmigo.

—Sí, el chico necesita un lavado. ¿Pero después, anciano... después qué?

—¿Qué importa eso por todos los cielos? Él tiene asegurado el Nibban, la Iluminación, como yo.

—Bien dicho. Tenía miedo de que pudiera montar en el caballo de Mohamed y escaparse volando.

—Nay, debe continuar como maestro.

—¡Aha! ¡Ahora lo entiendo! Ese es el paso correcto para el potro. Ciertamente tiene que continuar como un maestro. El Estado le necesita con urgencia como escribiente, por ejemplo.

—Para ese fin fue preparado. Yo adquiriré mérito dando limosnas en su beneficio. Una buena acción no muere. Él me ayudó en mi búsqueda. Yo le ayudé en la suya. Justa es la Rueda, oh vendedor de caballos del norte. Que sea maestro o escribiente ¿qué importa? Habrá alcanzado la libertad al final. El resto es ilusión.

—¿Qué importa? ¡Cuándo tengo que tenerle conmigo más allá de Balkh en seis meses! Vengo aquí con diez caballos cojos y tres hombres de espaldas fuertes, gracias a esa gallina del babu, para llevarme a un muchacho enfermo a la fuerza de la casa de una vieja. En vez de eso, ahora parece que estoy esperando mientras un joven sahib es elevado a Alá sabe qué Cielo de idólatras por mediación del viejo Gorro Rojo. ¡Y yo paso por ser un aceptable jugador del Juego! Pero este loco le tiene cariño al chico, y yo debo estar también razonablemente loco.

—¿Cuál es tu plegaria? —le preguntó el lama, mientras el brusco pastún rezongaba entre su barba roja.

—No es nada; pero ahora que sé que el chico, con el Paraíso asegurado, puede entrar todavía al servicio del Gobierno, me siento más aliviado. Tengo que volver con mis caballos. Se hace de noche. No le despiertes. No deseo oírle llamándote maestro.

—Pero es mi discípulo. ¿Cómo va a llamarme si no?

—Me lo contó. —Mahbub se tragó su acceso de mal humor y se levantó riendo—. No pertenezco a tu fe, Gorro Rojo... si te interesa un asunto tan nimio.

—No significa nada —dijo el lama.

—Eso pensé yo. Por ello, no te ofenderás, tú, sin pecado, recién lavado y ahogado casi tres cuartos, si te llamo un buen hombre... un hombre muy bueno. Hemos hablado cuatro o cinco noches y, a pesar de no ser más que un tratante, puedo todavía, como quien dice, ver la santidad más allá de las patas de un caballo. Sí, puedo ver también como nuestro Amigo de todo el Mundo puso su mano en la tuya al principio. Trátale bien, y permítele que vuelva al mundo como maestro, cuando hayas... lavado sus piernas, si esa es la buena medicina para el potro.

—¿Por qué no sigues tú mismo la Senda y acompañas así al chico?

Mahbub se le quedó mirando estupefacto ante la magnífica insolencia de la petición que, del otro lado de la Frontera, hubiera pagado con algo más que un golpe. Pero enseguida la parte humorística de la situación prevaleció en su alma mundana.

—Espacio... espacio... un paso de cada vez, como hacía el caballo castrado y cojo para saltar los obstáculos en Ambala. Puedo ir al Paraíso más tarde... siento una predisposición en ese sentido... grandes inclinaciones... y se las debo a tu sencillez. ¿Nunca has mentido?

—¿Para qué?

—¡Oh Alá, óyele! «¿Para qué?» ¡en este mundo Tuyo! ¿Nunca has hecho daño a un hombre?

—Una vez, con un plumier, antes de ser sabio.

—¿Ah sí? Ahora ha mejorado mi opinión sobre ti. Tus enseñanzas son buenas. Has apartado a un hombre que yo conozco del camino de la trifulca. —Rio a mandíbula batiente—. Ese hombre llegó aquí con la intención de cometer un dacoity (robo de casa con violencia). Sí, para herir, robar, matar y llevarse lo que deseaba.

—¡Una gran tontería!

—¡Oh!, una negra vergüenza también. Eso pensó después de haberte visto... y algunos otros, hombres y mujeres. Así que abandonó el plan y ahora se va para vapulear a un babu grande y gordo.

—No te entiendo.

—¡Alá lo impida! Algunos hombres son buenos entendiendo, Gorro Rojo. Tu fuerza es aún más grande. Consévala, creo que lo harás. Si el chico no es buen sirviente, tírale de las orejas.

Ajustándose su ancho cinto de Bucara, el pastún se alejó contoneándose en el anochecer y el lama bajó de sus nubes lo suficiente para mirar la ancha espalda.

—A esa persona le falta cortesía y está engañado por la sombra de las apariencias. Pero habló bien de mi chela, que ahora obtendrá su recompensa. ¡Haré la plegaria!... Despierta, oh afortunado entre todos los nacidos de mujeres. ¡Despierta! ¡Se ha encontrado!

Kim emergió de los profundos pozos donde se hallaba y el lama chasqueó debidamente los dedos para ahuyentar malos espíritus y esperó a que acabara de bostezar tranquilamente.

—He dormido cien años. ¿Dónde...? Santo, ¿hace mucho que estás aquí? Salí para buscarte, pero... —rio adormilado— me dormí por el camino. Ahora estoy muy bien. ¿Has comido? Vamos a la casa. Hace muchos días que no te cuido. ¿Y la sahiba te alimentó bien? ¿Quién masajearon tus piernas? ¿Qué tal la debilidad... la barriga, el cuello, y el zumbido en los oídos?

—Desaparecieron... pasó todo. ¿No lo sabes?

—No sé nada, pero no te he visto desde hace una eternidad. ¿Saber el qué?

—Es extraño que el conocimiento no te llegara también a ti, cuando todos mis pensamientos iban en tu dirección.

—No puedo verte la cara, pero tu voz es como un gong. ¿La sahiba con su cocina ha hecho de ti un joven?

Kim echó un vistazo a la figura de piernas cruzadas, perfilada de negro intenso contra el movimiento de luz color limón. De esa forma estaba sentado el Bodhisattva de piedra que mira hacia abajo en el torniquete de autorregistro del Museo de Lahore.

El lama mantuvo la calma. Excepto por el clic del rosario y un débil clop-clop de los pies de Mahbub alejándose, el suave y humeante silencio del atardecer en la India los envolvió a los dos estrechamente.

—¡Escúchame! Traigo noticias.

—Pero,...

La larga mano amarilla se extendió para imponer silencio. Kim, obediente, metió los pies bajo el dobladillo de sus ropajes.

—¡Escúchame! ¡Traigo noticias! La búsqueda se ha terminado. Ahora viene la recompensa... Cuando estábamos en las montañas, viví de tu fuerza hasta que la rama joven se dobló y casi se rompe. Cuando salimos de las montañas, estaba preocupado por ti y por otros asuntos que guardé en mi corazón. La barca de mi alma no tenía dirección; no podía discernir la Causa de las Cosas. Así que te entregué a la virtuosa mujer. No comí. No bebí agua. Aun así, no veía el camino. Me presionaban para que comiera y gritaban ante mi puerta cerrada. Así que me trasladé a un hueco bajo un árbol. No tomé alimentos. No tomé agua. Me senté meditando dos días y dos noches, abstrayendo mi mente; inspirando y expirando como está prescrito... La segunda noche... así de grande fue mi recompensa... el alma sabia se separó del cuerpo ignorante y se liberó. Esto nunca antes lo había logrado, aunque había estado en el umbral. ¡Atiende porque es un suceso portentoso!

—Portentoso, sin duda. ¡Dos días y dos noches sin comida! ¿Dónde estaba la sahiba? —se dijo Kim.

—Sí, mi alma se liberó y, planeando como un águila, vio que no había ningún lama Teshoo ni ninguna otra alma. Como una gota regresa al agua, así mi alma se aproximó a la Gran Alma que trasciende todas las cosas. En ese punto, exaltado en la contemplación, vi todo el Indostán, desde Ceilán en el mar hasta las montañas y mis rocas de colores en Such-zen; vi cada campamento y cada pueblo, hasta el último, donde hemos descansado. Los vi al mismo tiempo y en un lugar porque estaba dentro de mi alma. Por eso supe que el alma había pasado más allá de la ilusión del Tiempo y del Espacio de las Cosas. Por eso supe que era libre. Te vi echado en tu catre y te vi rodar por la colina bajo el idólatra, a un tiempo, en un lugar, en mi alma, que, como te digo, ha tocado la Gran Alma. Vi también el estúpido cuerpo del lama Teshoo yaciendo y el hakim de Dacca arrodillado a su lado, gritando en su oreja. Luego mi alma se quedó completamente sola y no veía nada porque yo era todas las cosas, habiendo alcanzado la Gran Alma. Y medité miles y miles de años, libre de pasión, con plena conciencia de las Causas de las Cosas. Luego una voz gritó: «¿Qué le sucederá al chico si te mueres?» y por lástima hacia ti me sentí dividido entre esto y aquello y dije: «Regresaré con mi chela, no sea que él pierda el camino». Después de esto mi alma, que es el alma del lama Teshoo, se retiró de la Gran Alma con resistencia, añoranza, náuseas y agonías que no se pueden describir. Como el huevo del pez, como el pez del agua, como el agua de una nube, como la nube del aire denso, así se separó, así

saltó, así se alejó, así se desprendió el alma del lama Teshoo de la Gran Alma. Luego una voz gritó: «¡El río! ¡Presta atención al río!» y miré hacia abajo sobre el mundo entero, que era como lo había visto antes, de golpe y en un sitio, y vi con claridad el Río de la Flecha a mis pies. En ese momento mi alma fue entorpecida por algún mal del que no estaba completamente limpia, el cual se me puso en los brazos y se enroscó en mi cintura; pero lo aparté a un lado y me lancé en picado como un águila en su vuelo hacia el lugar del río. Empujé a un lado mundo tras mundo por ti. Vi el río debajo, el Río de la Flecha, y al descender sus aguas se cerraron sobre mí; y fíjate, estaba otra vez en el cuerpo del lama Teshoo, pero libre de pecado y el hakim de Dacca sacó mi cabeza de las aguas del río. ¡Está aquí! ¡Está detrás de la fronda de mangos, aquí... exactamente aquí!

—¡Alá kerim! ¡Oh, qué bien que el babu estaba cerca! ¿Te mojaste mucho?

—¿Por qué habría de importarme? Recuerdo que el hakim estaba preocupado por el cuerpo del lama Teshoo. Le sacó del agua santa con sus manos y allí llegó después tu vendedor de caballos del norte con una camilla y hombres, pusieron encima el cuerpo y lo llevaron a casa de la sahiba.

—¿Qué dijo la sahiba?

—Estaba meditando en ese cuerpo y no lo oí. De esta forma la búsqueda se ha terminado. Por el mérito que he adquirido, el Río de la Flecha está aquí. Surgió a nuestros pies, como he dicho. Lo he encontrado. Hijo de mi alma, ¡he arrancado mi alma del umbral de la libertad para liberarte a ti de todo pecado... del mismo modo que yo soy libre y sin pecado! ¡Justa es la Rueda! ¡Nuestra liberación es segura! ¡Ven!

Cruzó sus manos en su regazo y sonrió como hace un hombre que ha ganado la salvación para sí mismo y para aquel al que quiere.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es